



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**“Colombia no sólo exporta café, también exporta putas”:
Migración internacional y trabajo sexual.**

Diana Alejandra Rojas Moreno

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Escuela de Estudios de Género
Bogotá, Colombia

2011

**“Colombia no sólo exporta café, también exporta putas”:
Migración internacional y trabajo sexual.**

Diana Alejandra Rojas Moreno

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magíster en Estudios de Género

Directora:

Yolanda Puyana Villamizar

Magister en Estudio Integral de la Población

Línea de Investigación:

“Globalización, Desigualdades Sociales y Políticas Públicas”

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Estudios de Género

Bogotá, Colombia

2011

Para ti Elizabeth, por ser mi madre, mi amiga, mi apoyo incondicional. Jamás hubiera sido posible sin tu presencia, sin tu risa y sin tu amor

A mi familia, la consanguínea y la que he tenido el privilegio de elegir, por haber creído en mi y por acompañarme día a día en todo el proceso

A cada una de las diez mujeres que me permitió entrar en un pedacito de sus vidas, las mismas que con coraje y valentía persiguen sus sueños y me enseñaron que la resignación no puede ser una opción.

Título en español: “Colombia no sólo exporta café, también exporta putas”: Migración internacional y trabajo sexual.

Título en inglés: “Colombia does not only export coffee, it also exports whores”: International migration and sex work.

Resumen: Escrito con herramientas teóricas y políticas provenientes de los estudios feministas y de género, el presente trabajo de investigación constituye una invitación a (re) pensar la participación de trabajadoras sexuales colombianas en los circuitos migratorios internacionales de la globalizada industria del sexo, alertando sobre el riesgo de caer en generalizaciones “victimizadoras” que suponen siempre “traficadas” y “esclavas sexuales” a las mujeres migrantes que se encuentran vinculadas a los circuitos internacionales de comercio sexual. Siendo una elaboración de tipo cualitativo, el objetivo fue comprender el fenómeno migratorio, a partir de los relatos de algunas mujeres en Bogotá que, trabajaron sexualmente antes, durante y después de la migración internacional. Con un abordaje metodológico apoyado en la teoría fundada, el análisis cuidadoso de los relatos destaca la singularidad de cada experiencia individual, revela los proyectos, sentimientos y estrategias mediante las cuales las entrevistadas construyen significados y sentidos sobre su trabajo dentro de la industria del sexo transnacional que da vida a sus procesos migratorios, a la vez que devela las oportunidades y riesgos que este conlleva, y las diversas formas en que se adaptan y resisten a la estigmatización inherente a un oficio con una enorme carga simbólica en el orden socio-racial y de género: “la prostitución”.

Palabras clave: Trabajo Sexual -prostitución-, migración internacional -temporal-, retorno, género y feminismo, Colombia.

Abstract: Written with theoretical and political tools out of feminist and gender studies, this working document is an invitation to (re) think the participation of Colombian sex workers in the international migratory circuits of the globalized sex industry. Being on guard about the risk of falling into generalizations of "victimized women," and supposing they are "trafficked" or "sex slave" when talking about migrant women found to be linked with the international circuits of the sex trade. Being a qualitative type of elaboration, the objective was to understand the migratory phenomenon from the accounts of some women in Bogota who worked before, during and after the international migration phenomenon. With a approach methodology supported in the founded theory, the mindful analysis of the accounts highlight the uniqueness of each individual experience, shows the projects, feelings and strategies by means of which the interviewees construct meaning and consciousness about their work inside the transnational sex industry which gives life to its migratory processes. At one time revealing the opportunities and risks that it entails and the diverse forms in which they adapt to and resist the inherent stigmatization of a trade with an enormous burden symbolic in the socio-racial order and of gender: prostitution.

Keywords: Sexual work -prostitution-, International migration -temporary-, return, gender and feminism, Colombia.

Tabla de contenido

Introducción.....	7
¿Por qué?: Sobre la trayectoria de una pregunta investigativa	12
¿Desde dónde?.....	15
¿Cómo se hizo?: Consideraciones metodológicas	19
Capítulo 1. Situando el debate: Migración internacional, género y trabajo sexual.....	29
1.1 Migración internacional: conceptos generales y líneas de reflexión.....	29
1.2 Género y globalización: claves de las migraciones femeninas hoy.....	34
1.3 Precisando el contexto colombiano como expulsor de mujeres migrantes.....	37
1.4 Flujos migratorios feminizados: Mercados globales de trabajo generizados.	39
1.5 ¿Por qué distinguir la Trata de personas y la migración de mujeres que ejercen prostitución?.....	44
Capítulo 2. Asumir el riesgo de volar: El preámbulo de una partida.....	49
2.1. Cuando yo empecé aquí en Colombia.....	51
2.2 ¿Por qué marcharse?: Entre las motivaciones para migrar y las esperanzas instaladas en hacerlo.....	59
2.2.1 Me fui porque.....	59
2.2.2. Uno se va con la ilusión de.....	65
2.3. ¡Los contactos están!: redes, trámites y estrategias en el proceso de salida.....	68
Capítulo 3. Del otro lado de la frontera: Narrando la estadía fuera del país.....	83
3.1 <i>Allá la cosa es...</i> : Sobre la experiencia de trabajo y de vida en el país de destino	85
3.1.1 “Cuando estuve en Ecuador”: ¿el viaje a un país hermano?.....	86
3.1.2 Panamá: Entre puertos por los que no sólo fluyen mercancías	89
3.1.3 Atravesar el océano: la travesía en España.....	96
3.1.4 Al sudeste de Asia: Reconstruyendo la experiencia en Filipinas	100
3.1.5 <i>Yo pegué para las Islas</i> : en medio del “paraíso caribeño”	103
3.2 Ser “Colombiana”, “Trabajadora sexual” y “migrante”	112
3.3 ¿Y de los clientes qué?	116
3.4 “La gente es mucha: los dueños, los administradores, o los meseros...”: Acerca de quienes no venden servicios sexuales, pero viven del mercado sexual	123
3.5 “No estaba sola”: relaciones con compañeras de trabajo	126

3.6 <i>Uno si extraña cosas</i> : los sentimientos durante la migración	129
3.7 <i>No estaba del todo ausente</i> : prácticas vinculantes con Colombia.....	132
Capítulo 4. Estar de vuelta: Consideraciones frente al retorno.....	138
4.1 ¿Por qué retornar?	140
4.2 Vol-viendo: reanudar la vida en Colombia	144
4.3 La prostitución en Colombia tras el regreso: “De la tierra al cielo, es muy diferente”	148
4.4 Evaluando: La migración y sus frutos.....	153
Conclusiones	158
Bibliografía	172

Introducción

“Siempre que la tarde anterior a un viaje se cierne sobre mí con el aviso de que he de abandonar mi agujero, tiemblo de pensar en dejarlo. Sé mejor que nadie que todas mis aprehensiones son vanas, que a nadie ha de pasarle nada grave en mi ausencia, que ni mis amores, ni mis aliados, ni mis historias serán menos cuando vuelva, que en mis viajes he de ver y querer seres extraordinarios a quienes luego escribiré largas cartas recordando el breve tiempo en que nos tuvimos, que de vieja invocaré con nostalgia el paisaje remoto y bellissimo que estoy a punto de contemplar, que nadie habrá más agradecido con su destino de lo que estaré yo al perderme en otras montañas y asir otros amaneceres”
(Ángeles Mastretta, “El mundo iluminado”, 1998)

“Colombia no sólo exporta café, también exporta putas” fue el comentario que seguido de risas hizo una trabajadora sexual en la localidad de Mártires en Bogotá, en medio de un taller sobre *migración internacional y derechos humanos*, refiriéndose al creciente número de mujeres que como ella, salen del país a ejercer su trabajo. El tema no le era novedoso ni a ella, ni a las demás participantes del espacio, pero parece que a mí su frase me sacudió, me cuestionó como profesional y como “mujer”, me hizo (re) pensar el lugar del trabajo sexual en los procesos migratorios internacionales. La voz de esa mujer a la que no volví a ver, su tono y su risa desdibujaban mis arquetipos sobre *LA prostitución*, ella encarnando con contundencia lo que muchas otras habían dicho y siguieron diciendo, sin imaginarlo instalaron en mí la curiosidad que hizo posible el trabajo que hoy presento.

Pero la historia de este documento tiene otros detalles que he decidido abordar a partir de tres interrogantes: ¿Por qué?, ¿Desde dónde? Y ¿Cómo? Respondiendo el primero pretendo mostrar el recorrido de mi pregunta de investigación, los elementos que la permearon, cómo nació, en últimas por qué surgió este estudio y qué sentido tiene su elaboración. La segunda respuesta es más bien una *declaración*, una alusión explícita al lugar desde donde me sitúo para hacer el ejercicio investigativo, lo que además de aclarar mi postura epistemológica y política frente al tema abordado, sostiene sin evasivas mi implicación en este como sujeta, como trabajadora social, como persona con una

trayectoria de vida particular. Finalmente me referiré a la metodología empleada para hacer este trabajo, lo que hubo “detrás de”, los avatares del proceso de recolección y análisis de la información, el enfoque y los principios que lo orientaron, las estrategias, las alegrías y las angustias.

No está de más advertir que esta división es posible en el ejercicio de escribir esta introducción y tiene sentido para aclarar el contexto y el lugar en el que el documento está inscrito de modo que quien se acerque a leerlo sepa que fue elaborado con unos lentes particulares, pero esto no quiere decir que en todo el proceso de construcción del ejercicio investigativo estos elementos estuviesen escindidos.

Pero antes de esto es importante señalar algunos asuntos, que si se quiere constituyen algunas precisiones teóricas y contextuales, pues la pregunta que da vida a este documento hace parte de un escenario mucho más extenso.

Los procesos de migración internacional han acompañado durante mucho tiempo la dinámica de las sociedades. Hoy por hoy en el marco del proceso de globalización, se ha dado en el país –especialmente durante las últimas dos décadas - un aumento significativo en las tasas de colombianos y colombianas que por diversas razones se radican en otros países o por lo menos buscan opciones laborales de carácter temporal allí. Las causas son tan variadas y tan extensas como lo son quienes participan en dichos procesos y tienen que ver con factores ligados a las esferas económica, política, social, cultural, entre otras, y afectan dimensiones individuales y colectivas.

Se viaja al extranjero con la expectativa de mejorar condiciones de vida, cubrir necesidades, conocer, o simplemente porque el derecho a permanecer en el país ha sido vulnerado, bien sea por factores estructurales -varias veces invisibilizados- o por razones más explícitas como es el caso de los exiliados, refugiados y asilados. A este grupo se suman los dramáticos casos de quienes en su afán por percibir ingresos violan las normas internacionales y acaban privados o privadas de la libertad en centros de reclusión extranjeros, por varios años antes que puedan pedir repatriación (cumplir condena en el país de origen) y el de quienes son víctimas de delitos como la trata de personas o el tráfico de órganos.

Pero tal y como sucede con otros fenómenos sociales, no todos ni todas participamos de la misma manera en los procesos de movilidad humana. Con frecuencia las migraciones han sido analizadas, en palabras de Raquel Guerra Talavera, de un modo muy “masculinizante”, dejando de lado el papel de las mujeres que autónomamente emprenden proyectos migratorios. De acuerdo con esta autora, su palabra, su relato pocas veces ha sido tomado en cuenta pues ha costado trabajo asumir los flujos migratorios femeninos sin asociarlos como dependientes de las figuras masculinas (2006).

De acuerdo con el informe de Naciones Unidas: *Estado de la población mundial 2006. Hacia la esperanza. Las mujeres y la migración internacional*, casi la mitad de la población mundial migrante son mujeres, lo cual corresponde a 95 millones de personas, una cifra nada despreciable. En Colombia “según el censo del DANE (2005) entre el 2000 y el 2005 se ha incrementado 5,7 puntos la participación de la mujer sobre el total de migrantes; constando que en ese momento había 91 mil mujeres más que hombres” en el exterior (Puyana, *et al*, 2008). Lo anterior quiere decir que de los 3.331.107 colombianos y colombianas residentes fuera del país, 1.711.032 son mujeres. Estas cifras ilustran lo que ha estado sucediendo a nivel mundial con los flujos migratorios femeninos y la importancia que tiene en el país este fenómeno.

En ese contexto la emigración femenina, se ha convertido en un aspecto muy importante en el mercado de trabajo internacional, dada la demanda de mano de obra en tres áreas de las economías desarrolladas: sanidad, servicio doméstico y ocio [donde se asume está incluido el comercio sexual] (Ribas, 2004.). Dichas actividades, están asociadas a las tradicionales relaciones de género, lo que de por sí sostiene una dinámica que caracteriza la migración de las mujeres y nos pone de cara frente a lo planteado por Carmen Gregorio cuando sostiene que dichas relaciones constituyen en origen y en destino un factor que organiza los flujos migratorios. En razón de esto, podemos entender que se den las condiciones para que más mujeres migren, cuando los sectores en los que se emplean en los países expulsores y los de llegada, están segmentados sexualmente (Gregorio, 1998).

Sin embargo, no todas esas mujeres han estado presentes del mismo modo, la crítica feminista ha permitido visibilizar el sistema sexo-género como un factor que configura las migraciones internacionales, y esto no solamente se refiere al binomio hombres-mujeres,

sino que parte del reconocimiento de las diferencias existentes entre esas “mujeres”, atravesadas por distintos sistemas de opresión que se imbrican.

En ese sentido lo que algunos teóricos y teóricas han dado a conocer como *feminización de las migraciones*, aludiendo al carácter creciente, independiente y autónomo de las migraciones de mujeres hoy en día, está articulado a la forma hegemónica, globalizada y colonial como se han constituido en occidente las relaciones de género, raza y clase. El que cada vez más los llamados países “desarrollados” disparen sus demandas laborales para trabajar en el servicio doméstico o en los servicios sexuales -campos tradicionalmente relegados a las mujeres y desprestigiados- supone la existencia de un proceso global que entraña: “profundas inequidades en la división internacional y la división sexual del trabajo que acompañan el desarrollo de la economía global” (Arango, 2004: 10).

Como el mercado del cuidado, el mercado sexual también se ha globalizado, adquiriendo grandes proporciones, las mismas por las que algunos y algunas han dado en llamarlo *industria del sexo* en tanto sector de actividad económica con mucha importancia en el momento actual de globalización (Agustín, 2001), entendiendo que dicha industria incluye:

“Burdeles o casas de citas, clubes de alterne, ciertos bares, cervecerías, discotecas, cabarets y salones de cóctel, líneas telefónicas eróticas, sexo virtual por Internet, sex shops con cabinas privadas, muchas casas de masaje, de relax, del desarrollo del ‘bienestar físico’ y de sauna, servicios de acompañantes (call girls), unas agencias matrimoniales, muchos hoteles, pensiones y pisos, anuncios comerciales y semi-comerciales en periódicos y revistas y en formas pequeñas para pegar o dejar (como tarjetas), cines y revistas pornográficos, películas y videos en alquiler, restaurantes eróticos, servicios de dominación o sumisión (sodomismo) y prostitución callejera: una proliferación inmensa de posibles maneras de pagar una experiencia sexual o sensual . Está claro entonces que lo que existe no es ‘la prostitución’ sino un montón de distintos trabajos sexuales.” (Agustín, 2000: 2)

Esta definición es interesante porque nos permite situar *la prostitución* dentro de un entramado más amplio de relaciones económicas y mercantiles, lo que supone reconocer que las “prostitutas” son trabajadoras sexuales, pero sobretodo que su trabajo está inscrito en un contexto relacional, parte de un complejo de servicios sexuales remunerados que evidentemente incluye muchos otros agentes, construcciones simbólicas y acciones de opresión, negociación y resistencia.

La prostitución entonces, hace parte de uno de los mercados más lucrativos en el mundo de hoy, sin embargo contiene sobre sí una de las más fuertes cargas estigmatizadoras para quienes la ejercen –especialmente mujeres- que las expone a constantes maltratos y violencia de todo tipo. Pero en contextos globales, el ejercicio del trabajo sexual tiene múltiples caras.

Por un lado sabemos que en tanto actividad desprestigiada ha sido “heredada” a las inmigrantes de países “subdesarrollados”, al no querer ser desempeñada por aquellas mujeres del “primer mundo” las inmigrantes se convierten en una excelente estrategia para sostener este mercado, disminuir costos (porque con frecuencia trabajan por menos dinero) y de acuerdo con Sonia Parella “flexibilizar los mercados de trabajo secundarios” (2003:113), con unas ganancias muy altas para la economía global. Pero además ha sido la herramienta utilizada por muchas de esas migrantes para insertarse en los mercados de trabajo internacionales, percibir mayores beneficios económicos, salir del país, viajar e incluso conocer. De allí la necesidad de activar análisis que no victimicen *per se*, ni refuercen dicotomías.

En Colombia, un gran número de mujeres que ejercen trabajo sexual deciden hacerlo también en el extranjero, consolidando proyectos migratorios de carácter autónomo e independiente (con respecto a figuras masculinas, pero inscritas siempre en un contexto que ha configurado a Colombia como país expulsor de población migrante, en razón de sus condiciones sociales) que cada vez adquieren mayor protagonismo; son ellas también quienes han aumentado significativamente la cuota de emigrantes colombianas hecho que raras veces es reconocido, relegando su experiencia al silencio y al olvido. En ese sentido parte de la apuesta de este trabajo ha consistido en descubrir en las voces de un grupo de mujeres que han ejercido prostitución antes, durante y después del proceso migratorio un eslabón fundamental para comprender la complejidad del fenómeno migratorio, creyendo que a partir de su experiencia es posible aprehender el carácter multidimensional de este fenómeno.

El contexto donde se realizó este estudio se remite a “la Zona de Alto impacto” reglamentada en el centro de Bogotá a través del Decreto 400 de 2001 “en la cual está permitido el uso del suelo para desarrollo de actividades de diversión y esparcimiento de

escala metropolitana, dentro del cual figuran las whiskerías, streptose y casas de lenocinio, entre otros” (Documento Pacto de Convivencia Zona de Alto Impacto, Alcaldía Mayor de Bogotá: s/f). Conviene destacar que lo que se reglamentó fue una zona especial de servicios de Alto Impacto, no una Zona de Tolerancia, lo cual quiere decir que cuenta con “delimitación y reglamentación para controlar, vigilar e inspeccionar el ejercicio de la prostitución” y “las actividades delictivas conexas”, a través de un acompañamiento permanente de un comité interinstitucional del distrito (Ibid.).

¿Por qué?: Sobre la trayectoria de una pregunta investigativa

Como lo anuncié en las primeras líneas de esta introducción, este ejercicio de investigación se gesta mucho antes de su planteamiento formal. Lo antecede otro ejercicio académico y de intervención: mi práctica como trabajadora social en la Fundación Esperanza¹ durante el II semestre de 2007 y el I de 2008. Siendo este proceso el que casi cerraba mi formación en el pregrado de Trabajo Social de la Universidad Nacional, realmente estaba abriendo una línea de indagación y actuación personal y profesional que me inquieta desde entonces.

Al asunto migratorio llego motivada por la elección de un campo de práctica que me pareció novedoso, el tema de los derechos humanos en contextos migratorios internacionales, la trata de personas, el tráfico de migrantes, acciones de prevención e investigación y la posibilidad de hacerme en ese escenario la pregunta por el trabajo social. Como suele suceder cuando se es practicante mis expectativas eran muy altas, poco a poco el encuentro con “la realidad” me fue enseñando que esta suele desbordarnos -por fortuna- y que el espacio institucional dibujaba límites, que sería necesario reapropiar.

Con esa intención y en el marco de un convenio con la Secretaría de Integración Social, específicamente con la subdirección de Mártires, el equipo de práctica² con la orientación de Yolanda Puyana directora del espacio y figura de apoyo académico y personal incansable, plantea un ciclo de talleres dirigido concretamente a la sensibilización frente al

¹ Organización no Gubernamental que trabaja el tema de los Derechos Humanos en contextos de movilidad humana, teniendo un amplio desempeño y reconocimiento en el país por sus acciones concretas con los asuntos que comprometen la migración internacional de colombianos y colombianas.

² En ese momento compuesto por Carolina Cáceres, Viviana Molina y Yurani Curtidor.

tema de la trata de personas, aprovechando el espacio de “formación en derechos humanos y desarrollo personal” reglamentado para las personas que ejercen prostitución en Bogotá a través del Código de Policía y del proyecto de “Adulterez con oportunidades” del distrito.

Así lo hicimos y durante más de 6 meses estuve participando en esta experiencia. Eran dos grupos semanales con los que desarrollábamos el ciclo de talleres a través de tres sesiones en las que abordábamos respectivamente: violencia de género, relaciones familiares y finalmente la promoción de procesos de migración “saludable” (término usado por la Fundación para referirse a procesos de migración que respetan los mínimos de los derechos humanos y concentran prevención de su vulneración desde el preludio).

El objetivo de esa última sesión tenía -como todo en la vida- sustento en los prejuicios propios, llegamos creyendo que encontraríamos un montón de personas susceptibles todas de ser engañadas con facilidad y con experiencias funestas en el exterior. Pero cada sesión nos empezaba a revelar lo diverso de cada situación. Claro que encontramos vivencias terribles, situaciones de violencia que nos arrugaban el alma y que sólo nos develaban la vulnerabilidad propia porque no era asunto exclusivo de “prostitutas” - nosotras habíamos contado con suerte y con privilegios-, pero en esos mismos puentes que tejíamos con cada grupo descubríamos fortaleza, estrategias, personas apropiadas de su vida con tenacidad, a la final eso: *personas* poseedoras de un saber distinto al nuestro que por lo menos a mi me confrontaban cada vez más; por fortuna siempre habíamos cuestionado nuestro lugar de “expertas” dentro del proceso, no creímos estar por encima ni por debajo de nadie y ello nos significó profundos aprendizajes para el ejercicio profesional y para la vida misma.

Las reiterativas alusiones que hacían las participantes en los talleres sobre sus experiencias migratorias en el exterior ejerciendo su trabajo y distanciándolo de la Trata de Personas, me empezó a hacer pregunta. Cada día descubría más mujeres que habían activado sus propios recursos para migrar, y manifestaban satisfacción con esos procesos de estancia fuera del país y quizá la historia con la que comencé a escribir esta introducción fue el (buen) detonante que hizo que formalmente me interesara por este asunto como tema de

investigación. Ahora reconozco que tal vez de allí proviene mi afán y mi sesgo por aclarar que este no sería un estudio sobre trata de personas.

Pero el planteamiento de esta iniciativa como proyecto de investigación no hubiera sido posible si el “hacer” en la práctica no hubiera estado constantemente revisado y reflexionado, discutido en un escenario académico colectivo que le daba relevancia teórica y política, que a su vez lo retroalimentaba. Cada seminario de práctica, cada asesoría con la profesora Yolanda, cada discusión de cafetería con mis compañeras sobre sus inquietudes y sobre las propias afinaron mi curiosidad, hasta que llegué a convertirla en mi proyecto de monografía del pregrado.

En ese momento la pregunta era otra, las herramientas analíticas también eran distintas, los estudios de género y el feminismo me inquietaban pero no acababa de definirlos como marco teórico y epistemológico del estudio. Alentada por la profesora Yolanda –apoyo que hoy agradezco más que en ese momento–, decido presentarme a la Maestría en Estudios de Género como opción de grado, en la que evidentemente podría dar mayor alcance y profundidad al proyecto de investigación convirtiéndolo en mi tesis de grado.

En efecto, la primera versión cambió de manera importante y en la Maestría hallé derroteros de análisis, otros modos de abordarlo, discusiones interdisciplinarias que lo enriquecieron. El trabajo en la línea de investigación *Globalización, Desigualdades Sociales y Políticas Públicas*, promovió siempre nuevas búsquedas y aliento: la mirada aguda de Luz Gabriela Arango y su constante disposición para conversar y discutir; la paciencia, escucha y orientación de Yolanda quien no sólo me ha acompañado en la elaboración de este proyecto sino de quien he aprendido a querer el arte de investigar; y por su puesto cada pregunta, comentario, sugerencia y la solidaridad de mis 4 compañeras de línea: Johana, Olga, Astrid y María Elena, y la de muchas de mis otras compañeras y amigas: Paula y Angélica.

Todos estos elementos contribuyeron a dar forma y consolidar esta investigación. Como he tratado de mostrar, la pregunta no vino de repente ni fue azarosa sino que responde a un proceso de intervención, a la interacción fluida entre teoría y práctica (con sus encantos y desencantos), e indudablemente hace parte de un ejercicio académico. Así las cosas, la pregunta fue:

¿De qué manera han vivenciado algunas mujeres que ejercen prostitución en Bogotá, la experiencia migratoria internacional desde desarrollo del mismo trabajo en el extranjero?

El proyecto de investigación entonces, pretendió comprender el fenómeno migratorio desde los relatos de un grupo de mujeres³ que han sido trabajadoras sexuales en el extranjero durante tres meses o más, una vez retornan a Bogotá. Es decir, la indagación se hizo con mujeres que antes, durante y después de la experiencia migratoria ejercen el trabajo sexual como su actividad económica principal.

Con este fin, planteé tres objetivos específicos que me permitirían dar respuesta a la pregunta. Por un lado analizar las condiciones, motivaciones y expectativas que rodean el proceso migratorio a nivel internacional, cuando este se ha dirigido al ejercicio de la prostitución en el extranjero. En segundo lugar analizar las condiciones laborales, sociales y emocionales que con mayor frecuencia se enfrentan en los países de destino y finalmente comprender el modo como se configuran los vínculos y prácticas transnacionales durante la migración.

Sin embargo durante el trabajo de campo, el proceso de análisis de información y la elaboración de este documento el tercer objetivo planteado dejó de ser uno en sí mismo, para convertirse en parte del relato sobre la estancia fuera del país. En cambio, el retorno visto como parte del proceso migratorio cobró protagonismo. Esto se expresa en la estructura del texto y su contenido, los cuales presentaré brevemente más adelante.

¿Desde dónde?

Quien escribe este texto: yo, lo hago como mujer, como trabajadora social, que he decidido aceptar y asumir el feminismo como opción política y epistemológica, pero fundamentalmente como una opción de vida que atraviesa buena parte de mis relaciones con otros y otras en lo cotidiano, mis sueños y apuestas en el tránsito por el mundo, la forma como me pienso a mi misma y mi responsabilidad subjetiva y colectiva en la deconstrucción de las diversas formas de opresión, que penetran mi propio cuerpo pero

³ Es necesario decir que el ejercicio de la prostitución no es desarrollado sólo por mujeres, sino también por hombres y población trans, pero que en esta propuesta sólo se pretende recoger el relato de las primeras, entendiendo que esa categoría *mujeres* es también una construcción social.

frente a las cuales he tenido la posibilidad de usar mis “ventajas” materiales y sociales (he podido escribir esto, por ejemplo) como mecanismo para oponer resistencia.

Jamás he pretendido “neutralidad científica” en el desarrollo de este estudio. Todo lo contrario, reivindico mi lugar como sujeta en mi quehacer como investigadora, puesta siempre allí desde mi propia vida, sentimientos y expectativas, con un recorrido vital particular que también me involucró en este ejercicio del que no salí “intacta” y que obviamente configuró el modo en que analicé el tema y mi manera de verlo en la actualidad, pero que sobretodo impactó mi vida personal y mi forma de pensarme como mujer.

Como lo plantea Fox Keller, en la ciencia -occidental- el concepto de *objetividad científica* ha supuesto la distancia que se debe tener del “objeto” en el proceso de construcción de conocimiento, para poder acceder a la “verdad”. Sin embargo ella misma ha argumentado que aquello nombrado como objetividad, no es más que el carácter apersonal que supuestamente debe tener el conocimiento científico en su dimensión más “pura”, aquella en la que el científico o la científica debe invisibilizar la afectación que sufre en el encuentro con el “objeto”, en últimas, la noción de objetividad supone un sujeto despersonalizado, pero sobretodo intacto en su contenido viril, en su carácter masculino (1991).

La crítica feminista ha permitido reconocer el papel activo de quien investiga, “quien conoce es alguien que está en una determinada situación, posición o circunstancia. Todas las corrientes [epistemológicas feministas] niegan que en conocimiento se produzca desde “ninguna parte”. Se niega la universalidad y su nivel de abstracción” (Bach, 2010: 69). En ese sentido, en el ejercicio de producción de conocimiento reconozco la interacción entre *sujetos* cognoscentes y cognoscibles, inscritos e inscritas en un contexto específico desde el cuál significamos y comprendemos el mundo.

Pensar esto en un estudio hecho con trabajadoras sexuales, supone reconocerlas como interlocutoras válidas y con agencia propia. En ese sentido, es fundamental explicitar que a lo largo de este estudio he partido de que las personas que entrevisté, “prostitutas-migrantes- del *tercer mundo*”, son al fin y al cabo personas, que tienen capacidad de decisión sobre sus cuerpos y sobre sus vidas en el marco de un escenario social las permea

y que configura y condiciona socialmente muchas de las opciones que tienen, pero que aunque dentro de un estreñido abánico, pueden optar por una actividad económica como la prostitución, y son poseedoras de un saber producto de su experiencia que merece ser escuchado y legitimado.

Y considero que esta precisión es básica, pues muchos estudios sobre prostitución elaborados por ciertas corrientes feministas han construido –para usar los términos de Spivak- unas narrativas cómplices de representaciones dominantes que contribuyen al silenciamiento, a la subalternización de estas “otras mujeres” desde la producción intelectual. Ya lo planteaba Spivak en 1985, con su emblemático ensayo “¿Puede hablar el subalterno?”, cuando sostiene que el tema de fondo no es que no lo pueda hacer, sino que en el ejercicio violento colonial ha sido construido desde la otredad, homogeneizado y desprovisto de la posibilidad de hacer reconocible lo que dice, sobretodo cuando dentro del sujeto subalterno “la diferencia sexual esta doblemente suprimida”, manteniendo lo masculino dominante y dejando a “la mujer” en una condición de doble subalternización: en tanto mujer y sujeto colonial (1985).

Consciente de esto reconozco que mi análisis está mediado por mi interpretación, y que a su vez ésta ha sido construida en un ejercicio relacional. Tal y como lo plantea Diana Maffia la *verdad* dentro del conocimiento lo es en tanto “constitución inter-subjetiva”, pues todas las miradas son constitutivas del mundo, por lo que “va a ser verdadero aquello que sea legitimado por todas estas miradas, que pueda ser evaluado y re-evaluado desde todas estas miradas y se mantenga como sentido. Precisamente, este sentido, que no es un sentido acabado, es un sentido que se podrá ir renegociando” (2005: 633).

Hablo entonces desde mi mirada, parcial más no relativa. Esta mirada incluye por supuesto mi lugar como trabajadora social, asunto en el que quiero detenerme porque durante el proceso de formación dentro de la maestría y con esto dentro del ejercicio investigativo, me generó muchos interrogantes. De hecho, hoy creo que el feminismo me “iluminó” en buena medida la comprensión del trabajo social. En tanto profesión feminizada, el reconocimiento y valoración a la construcción de conocimiento que se hace desde aquí ha respondido a una división jerárquica y generizada de las disciplinas dentro de las ciencias sociales, jerarquización que en buena medida ha excluido al trabajo social.

La desigualdad en el reconocimiento académico y sociopolítico del trabajo social, está articulada a la forma en que se ha construido la subordinación de unos saberes en detrimento de otros, asunto que tiene que ver con una racionalidad científica hegemónica - occidental- que no sólo jerarquiza, sino que atribuye grados de validez y menosprecio, proyectando una concepción ideológica sobre el valor de los saberes, en la que estos son valorados genéricamente (Lorente, 2004); “la división del conocimiento también implica, a su vez, una asignación por género de los saberes considerados valiosos, abstractos, analíticos, trascendentes, productivos y transformadores frente a los que se consideran cotidianos, repetitivos, complementarios o asistemáticos” (*Ibid*: 40). Así las cosas, no es azaroso que el trabajo social haya sido fundamentalmente femenino, y que aunque inmerso en el terreno académico actualmente, su “carácter científico” se vea constantemente cuestionado y su praxis subestimada y reducida a la *aplicación*.

Ahora bien, creo que no se trata de reclamar legitimidad “científica” atribuida con cánones hegemónicos, no es eso lo que me interesa, pues no sólo resultaría contradictorio, sino que restaría fuerza al desafío de construir saber desde “otros” lugares. En tanto se asume el papel político que tiene la producción de conocimiento, muchas feministas han reivindicado las experiencias femeninas como recurso empírico y teórico, sosteniendo que estas tienen implicaciones para la reestructuración de la vida social: “Reconocer la importancia de las experiencias femeninas como recurso para el análisis social tiene implicaciones evidentes para la estructuración de las instituciones sociales, de la educación, de los laboratorios, las publicaciones, la difusión cultural y el establecimiento de agencias de servicio” (Harding, 1987: 6).

Pero más allá de que las “experiencias femeninas” sean cruciales para la construcción de conocimiento, creo que Harding sugiere un asunto crucial: el conocimiento ¿para qué? Y he descubierto que es allí donde a través del feminismo me he reconciliado con el trabajo social: para la transformación social. Situado en condiciones particulares, la producción de conocimiento desde el trabajo social se ha hecho por y para la acción, lo que llena de sentido el fuerte componente experimental que tiene, instalando paulatinamente en la disciplina la pregunta por la pertinencia social del saber y su potencial transformador.

El hecho de que buena parte del conocimiento en trabajo social se haya construido para la intervención y a partir de ella, cuestiona además esa lógica dicotómica y dissociadora de estas dos prácticas, asunto que considero también ha sido trascendental para el feminismo. Y pensando justamente en la experiencia social, en la interacción de estos dos escenarios, en la apuesta política del conocimiento y de la acción es que siento que en muchos sentidos la práctica del trabajo social también puede ser feminista.

Finalmente, así como he mencionado algunos de los lugares que me atravesaron en la construcción de este estudio, tendré que decir también que no he vivido la experiencia migratoria, ni he trabajado sexualmente⁴, pero creo que como muchas me he sentido *puta* varias veces. Por eso sé que no me estoy solidarizando con nadie al hacer esta investigación, sino que entiendo que saber sobre la experiencia de aquellas mujeres para las que sostener relaciones sexuales remuneradas es una actividad económica y que además han sido migrantes -muchas mis pares etéreas- es entender sobre mi propio lugar en esta sociedad ordenada genéricamente. Así que: “el problema interesa a todas las mujeres porque la estigmatización de las prostitutas es una manera socialmente desarrollada para controlarnos a todas. No se trata de idealización ni de altruismo, se trata de asumir que la posición jerárquica del género se apoya en la exclusión de ciertos sectores” (Juliano, 2005: 147)”.

¿Cómo se hizo?: Consideraciones metodológicas

Esta investigación tuvo un enfoque cualitativo que me permitió entender el proceso migratorio internacional desde las voces de diez mujeres que en una o más ocasiones han trabajado sexualmente en el exterior -al menos durante tres (3) meses-, a través de los significados y construcciones de sentido que hacen de dicha experiencia tras el retorno a Colombia.

Ahora bien, ¿por qué lo cualitativo? Esta perspectiva busca entender la realidad social como un todo integrado por leyes sociales, por una normatividad cultural cuyas

⁴ Por lo menos no formalmente, aunque supongo que intercambios económico-sexuales he tenido a otros niveles, cosa que llegué a preguntarme sólo tras hacer este estudio.

propiedades son diferentes a las de las leyes naturales. A partir de la interpretación de “los informantes” y tomando como referente categorías o dimensiones que emergen de la realidad misma este enfoque se orienta a profundizar en casos específicos de la praxis social para a partir de allí describir y analizar el fenómeno social desde de sus rasgos determinantes (proceso inductivo), pero además desde la comprensión de los marcos de referencia de quienes participan en el fenómeno en estudio (Rodríguez, 1999).

Ha sido esta la intención y el proceso de construcción de este trabajo. Desde el inicio del proyecto ha existido en mi un interés particular por reconocer y explorar los sentidos que para quienes han hecho parte del fenómeno de la migración internacional desde el ejercicio del trabajo sexual tiene esta experiencia, encontrar en la palabra, en sus relatos la principal fuente material para dar cuerpo a este estudio, significa no sólo reconocer en la singularidad “una perspectiva privilegiada para el conocimiento de lo social” (Galeano, 2004: 69) sino saber que esas mujeres son las que tienen el conocimiento sobre su propia historia y que son ellas quienes en tanto sujetas estuvieron interactuando como tales con quien estuvo puesta en el papel de investigadora (yo).

Reitero entonces que en todo este ejercicio investigativo no he estado nunca ajena, asumo como lo hacen muchos y muchas autoras que la realidad nos habla desde la relación con la historia a la que se pertenece y que sustenta (Gutiérrez, 2002) y que para comprender no basta sólo con aprender, es necesario vivir, percibir profundamente e interpretar aquello que se vive, pues sólo se puede comprender aquello de lo cual se es parte, no podemos comprender el mundo si para estudiarlo nos separamos de él (Roger, 2001). Partimos siempre –como afirma Bateson– de nuestros propios mapas de mundo, los significados y comprensiones de un hecho están en total relación con el contexto en el que se desarrolla. Por lo mismo, no podemos “conocer la realidad objetiva”, el acercamiento a ella está mediado por procesos en los que la interpretamos y la desciframos, en palabras de White: “todo conocimiento requiere un acto de interpretación” es en ese sentido que se refiere y me referí al “método interpretativo” (2002: 20).

Aceptando que “las personas organizan su experiencia y le dan sentido por medio del relato, y que en la construcción de estos relatos expresan aspectos escogidos de su experiencia vivida, se deduce que estos relatos son constitutivos: modelan las vidas y las

relaciones” (White, 2002: 29), cada vez que se construye un relato, la experiencia, la vida misma está siendo significadas, en esa medida da cuenta de las imágenes, comprensiones, contenidos e interpretaciones que para cada persona tiene un evento particular en su existencia.

Teniendo en cuenta lo anterior la principal técnica de recolección de información fue la entrevista semiestructurada a profundidad, entendiendo que esta: “indaga aspectos específicos de la realidad del entrevistado o entrevistada, encaminada hacia una comprensión de los significados, de las concepciones, sentimientos (...) al reconocer la vida interior de las personas” (Puyana *et al*, 2003), a través de la generación no directiva de un relato organizado, significado y explicado, el entrevistado o entrevistada convoca la experiencia vivida y la acción misma de “relatarse” en la que se dan “sentido y coherencia ante sí mismos y ante los demás” (White, 2002: 29). Las y los seres humanos son sujetas y sujetos interpretantes, activos de su realidad, que significan las experiencias vividas, “La vida” se configura como narrativa, siendo el lenguaje el medio a través del cual se exterioriza (*Ibid.*).

Realicé entonces diez entrevistas y aprovechando el contacto establecido durante la práctica con la realización de los talleres que mencioné antes y con los que tuve una aproximación inicial al tema que quería investigar, centré la búsqueda de las entrevistadas en la localidad de Mártires a través de tres estrategias. En un primer momento contacté a una de las asistentes a dichos talleres, que había participado en el trabajo monográfico de una de mis excompañeras de práctica. El puente que esta última estableció sentó bases de confianza y credibilidad que me posibilitaron la aceptación y realización de la entrevista. Tenía la primera protagonista:

Laura⁵: Bogotana, con 30 años de edad. Vivió en España 7 meses hace más de 10 años, y en el momento que decidió partir tenía una hija de 2, quien se convierte en su principal motivación para retornar. Se define a sí misma como una mujer decidida y arriesgada: *“fui una mujer muy decidida en mi vida, no tengo límites. Yo siempre he dicho: “a santarosa ó al charco”, “el que no arriesga un huevo no tiene un pollo”, yo siempre he sido como muy arriesgada. Y algo que me ha ayudado mucho a mi en la vida es que no he sido apegada, a mi no me importa tener una maleta llena de lujos y dejarla acá, coger un avión y irme, sé que en la otra parte voy a conseguir cosas mejores”*

⁵ Atendiendo parte de las consideraciones éticas, todos los nombres han sido cambiados, para proteger la identidad de las entrevistadas.

En segundo lugar, participé con algunas y algunos miembros de la Secretaría de Integración Social -Subdirección Local de Mártires- en varios recorridos diurnos y nocturnos a los establecimientos del barrio Santa Fe en los que se comercia sexualmente, pero fue con el apoyo directo de Jaime Ahumada⁶ que en cada uno de dichos recorridos logré conversar con varias de las trabajadoras sexuales que tenían experiencia migratoria, comentar de qué se trataba el estudio y cuál era el objetivo de la entrevista, aclarando siempre las consideraciones éticas de manejo y uso de la información.

Como era de esperarse muchas se negaron a participar, otras asentían y me daban sus números de teléfono para concretar el encuentro posteriormente, pero era difícil lograrlo porque dar la entrevista significaba, entre otras cosas, tiempo que no se trabajaba; con otras llegábamos a acordar una fecha, lugar y hora para vernos pero no todas llegaron, al llamarlas no manifestaban una negativa directa a que conversáramos por el contrario, alguna manifestó estar en camino [luego de dos horas asumí que no era así] y otras comentaban que estaban enfermas o que alguna diligencia de último momento impedía llegar. Finalmente eran sus historias y nadie más que ellas tiene el derecho a decidir a quién y cómo relatarla --decidir de hecho si quieren contarla o no--, por lo que fui cuidadosa con ello y no insistí desmesuradamente, además tengo claro que parte de la riqueza de entrevista a profundidad se encuentra en buena medida en la disponibilidad del relatante para hacerlo. Pero en medio de ese ir y venir encontré dos protagonistas más:

Natalia: Nació en Medellín, tiene 29 años y vive en Bogotá por temporadas como estrategia para mantener la clandestinidad de su trabajo. Su primer viaje fue a Panamá, pero después de eso también ha estado trabajando en Ecuador, Curazao y San Martín. A estos dos últimos destinos ha migrado con contratos de trabajo temporales por 3 meses.

Adriana: Chocoana de 28 años. Ha viajado en repetidas ocasiones a Curazao y a San Martín, con contratos temporales. Tiene un hijo al que cuida una de sus hermanas en Cali, pero al que quiere traer a vivir con ella en Bogotá cuando compre un apartamento, dice que trabaja duro para esto y que la migración la acerca a su meta.

⁶ Quien en ese momento trabajaba en el componente de Adultez (Adultez con oportunidades, un programa de la Secretaría de Integración Social que trabaja con hombre y mujeres entre los 18 y los 59 años de edad, que viven en condiciones de vulnerabilidad social y económica en Bogotá) de la subdirección como promotor. Pero además de esto era reconocido por muchas de las personas de la zona, de modo que con varias de las trabajadoras sexuales de allí tiene vínculos de cercanía y confianza.

Pero indudablemente la tercera estrategia resultó ser la más efectiva. Consistió en solicitar en la subdirección de Mártires, autorización a las personas que estaban desarrollando los talleres de código de policía [que tienen una periodicidad semanal o quincenal, y en los que participan en promedio 20 personas de la localidad que ejercen prostitución con el fin de obtener una certificación que les permite trabajar y que deben renovar anualmente], para conversar con el grupo. Durante varias semanas me acerqué a una de las sesiones y comentaba sobre el ejercicio investigativo que estaba realizando.

En una de esas visitas encontré una cara conocida, mientras esperaba que la tallerista me permitiera ingresar, había un grupo de 4 mujeres afuera. Realmente estaban excusadas en su desayuno para no permanecer dentro del taller. Manifestaban que no se sentían cómodas allí dentro. La actividad era de relajación y una de ellas sostiene que saludar a sus compañeras con las rodillitas no le sirve *“pa’ ni mierda, acaso le voy a decir al cliente: papi, venga lo saludo con la rodillita? O le voy a hacer una relajación? Eso no sirve para nada, es una pérdida de tiempo y uno acá está es perdiendo tiempo y plata, como si el trabajo estuviera muy bueno”*. A su queja se unen las demás, entre risas, sarcasmos y algunos insultos siguen entretenidas, se percatan que las estoy oyendo, es obvio, pues me encuentro sentada justo en frente de ellas en un par de sofás ya roídos por el tiempo y el uso y además es inevitable que lo que dicen no me haga reír a mi también (también yo dicté talleres, probablemente eso decían de mi). Me preguntaron que dónde vivía, rien por la distancia y me dicen que qué es lo que hago pues mi cara le es familiar a una de ellas. Definitivamente la suya es una cara que en dos años yo no había olvidado: Ximena. Hizo parte del primer grupo de mujeres con las que realizamos un taller años atrás, era una persona difícil de olvidar por la seguridad con la que habla y su humor. Ximena era simplemente la antítesis de la imagen que en ese entonces yo tenía de una *prostituta*. Ella sostenía que lo que hacía era un trabajo como cualquiera: *con sus cosas buenas y sus cosas malas*, que era mucho más rentable y que si bien no a todas les iba igual de bien, para ella la prostitución era la actividad que le permitía darse el nivel de vida que quería, le iba a permitir ahorrar y poner a trabajar en su negocio a todos los que nos habíamos dedicado a estudiar: *la prostitución no es para toda la vida!*

Este (re) encuentro fue fundamental, pues las tres amigas de Ximena tenían experiencia migratoria, y ella misma les pidió que me ayudaran con la entrevista. Pasa algo parecido a

lo que sucedió con la primera, y es que la mediación abona el terreno para una conversación menos “formal”, más tranquila y fluida. Además con dos de ellas hubo un elemento facilitador de las narraciones: teníamos edades similares, entre los 23 y los 26 años, lo que de alguna manera hizo el intercambio más franco. Son ellas:

Fernanda: Nació en Manizales hace 24 años, pero vive en Bogotá hace más de tres. Ha estado en Aruba dos veces, por periodos de tres meses y con contrato de trabajo. En una oportunidad quiso probar suerte en Trinidad Y Tobago, pero sostiene que no le fue bien “*porque allá este trabajo es como ilegal*” y que por eso no da mayores detalles. No tiene hijos, respalda económicamente a su madre y cree que está en la mejor época de su vida para ahorrar, porque: *la juventud se acaba*.

Luz: Es de Medellín, tiene 30 años y dos hijos a los que cuida su madre en su ciudad natal. Su primera migración fue a Ecuador, donde permaneció un poco más de un año y de la que hace un buen balance. Tras su retorno a Bogotá, decidió migrar nuevamente pero esta vez a Aruba y por un periodo de tres meses.

Ángela: Vallecaucana de 24 años. Cuando contaba con 16 años fue llevada a Filipinas con engaños, siendo víctima de una mafia que la explotaba sexualmente. Puede retornar a Colombia y acá permanece varios años trabajando en sectores distintos al comercio sexual, pero luego de un tiempo empieza a trabajar sexualmente. En ese momento conoce a una compañera, que es con quien programa un viaje a Panamá, donde estuvo más de tres meses.

Las siguientes visitas a la subdirección, me permitieron seguir estableciendo más contactos y además de ahí en adelante pude desarrollar las entrevistas en el mismo momento en el que aceptaban dármeles, usando un espacio cerrado que daba privacidad. Esto era una ventaja, pues como señalé antes, muchas de ellas no se sienten cómodas en los talleres y salir a darme la entrevista era más agradable que permanecer en el salón entonces, no escatimaban tiempo ni detalles de la historia. Así fue que accedí a los relatos de las 4 entrevistadas restantes:

Sara: Caleña de 30 años. Tiene una hija de 13, cuya crianza ha asumido con el apoyo de su madre y sus hermanos mayores. Hace 4 años, cuando llevaba uno trabajando sexualmente en Bogotá, emprendió un viaje a Curazao, donde estuvo tres meses. Sostiene que si es un viaje de trabajo lo haría las veces que pudiera.

Paola: tiene 32 años y lleva dos trabajando sexualmente. Su primer viaje fue a Curazao, y en el momento de la entrevista llevaba 4 meses de haber vuelto, luego de una estancia de 3. Planea salir nuevamente del país en menos de un año, esta vez a Panamá.

Isabel: Es bogotana, de 30 años y ha viajado tantas veces a “las islas y otras partes” que ya ha perdido la cuenta. Según ella salir del país a trabajar, ya es normal para sí misma y muchas de sus compañeras: “Yo creo que de las que estábamos en el salón más de 20, lo que pasa es que les da pereza hablar”. Aruba, Curazao, San Martín, Bonaire y Panamá son los destinos en los que ha estado.

Catalina: Vallecaucana de 32 años. Salió por primera vez del país a ejercer prostitución cuando tenía 21 años y llevaba uno trabajando en Bogotá. Desde entonces ha estado en repetidas ocasiones en Curazao, Aruba, Bonaire y San Martín.

Bien sabemos que en el proceso de realización de cada entrevista tiene lugar un acto comunicativo e interaccional, que como tal responde al contexto en el que se desarrolle. Y quisiera señalar que los distintos escenarios en que se desarrollaron las de este estudio, me permitieron establecer relaciones comunicativas distintas con las entrevistadas, pero además es importante reconocer que lo que ellas comunicaron también dependió mucho del espacio en el que pudimos conversar.

Es así como las entrevistas que realicé dentro de la subdirección, usando un cubículo o un salón desocupado se tornaron muy fluidas, pues el hecho de no estar siendo observadas por nadie más nos daba tranquilidad a ellas y a mí. En cambio las tres que realicé en Cafés, cafeterías o establecimientos de trabajo, fueron particulares, el tono empleado no sólo era más bajo sino que se cuidaba más lo que se decía, había silencios más prolongados, se restringían el uso de ciertas expresiones y se estaba pendiente de quien entraba o salía, situación que alteraba los contenidos o por lo menos el modo en que estos eran narrados, pues de todos modos buena parte de ellas desean mantener la clandestinidad sobre lo que hacen. Finalmente hubo tres entrevistas que desarrollé en el hotel donde vivían las entrevistadas, en sus habitaciones a puerta cerrada y acompañadas por algo de música, galletas y arequipe, lo cual definitivamente hizo la conversación muy expresiva y rica, no sólo por lo que contaban sino porque además respaldaban sus relatos con fotos, o con cosas que habían traído de sus viajes, de alguna manera me permitieron entrar a un pedacito de su vida. Allí no hubo lugar para reservas en el uso del lenguaje e incluso tras terminar, una de ellas me pregunta directamente -entre otras cosas- que si jamás he pensado en ejercer prostitución, y tuvimos un diálogo en la que la indagada era yo.

Pero antes de continuar quisiera señalar, que camino al Hotel del Barrio Santa Fe en el que realicé la entrevista, recorrimos varias de las calles caminando. El paso por algunas de esas

cuadras estuvo acompañado por insultos que nos proferían especialmente hombres desde talleres y cafeterías: “Adiós perras”, “Ya salieron las putas”, entre otros. Las personas del sector conocen que en las instalaciones de la subdirección se realizan esas jornadas de formación para las personas que ejercen prostitución, así que casi cualquier mujer que ronde el sector en determinadas horas, es susceptible de ser señalada y agredida, es el costo cotidiano del estima social, y yo empezaba a entenderlo.

Y digo todo esto porque creo fundamental señalar el trabajo y el aprendizaje que hay desde antes de sentarse a sistematizar la información o escribir este documento. Cada recorrido por ejemplo me significó además del establecimiento de *contactos: el contacto* con la llamada *zona de alto impacto*, la que efectivamente me impresionaba, me chocaba, asunto que está más allá de un tema territorial, sino que está en medio de la música, los colores y los cuerpos a través de los que se re-crea el deseo; mujeres, hombres, trans, escenas en las que el género se juega de múltiples modos, en las que los sentidos se agudizan para sentir, mirar, experimentar. Las entrevistas más que “recolección de información” fueron espacios en los que me redescubrí a mí misma. Luego de todo esto indudablemente no fui igual, a la primera que atravesó la construcción de este trabajo fue a mí y una vez terminado el trabajo de campo *-ahora sí-* estaba lista para sentarme a interpretar y analizar la información.

Retomando algunos aportes de la teoría fundamentada, planteados por Anselm Strauss y Juliet Corbin (2002), me propuse una ruta de análisis en la que la construcción de conceptos, supuso una interlocución constante y directa con los datos de los que emergieron significados.

En un primero momento con base en los objetivos que me había planteado surgieron algunas categorías de análisis generales que me permitieron hacer una revisión intencionada de los relatos transcritos. Sin embargo, realicé como lo sugiere el autor y la autora, el llamado *microanálisis de los datos*, que básicamente implica una lectura detallada del material “línea por línea”, en un ejercicio que permite ver categorías que no había contemplado “sus propiedades y relaciones, nos lleva más allá de la descripción y nos pone en un modo de análisis conceptual” (Strauss y Corbin, 2002: 40). Lo que me implicó

realizar también una *codificación abierta* en el que de la lectura cuidadosa de los relatos resultaron varias de las categorías emergentes.

Articulado con lo anterior, realicé una *codificación Axial* que consistió en analizar las categorías y ponerlas en relación, de modo que se pudieran empezar a agrupar en un sentido más denso, para empezar a hallar explicaciones o sentidos, en función del tema tal y como lo plantean Strauss y Corbin. Para todo este proceso usé como herramienta auxiliar, el programa de análisis cualitativo *Atlas ti*.

No fue un proceso lineal, de hecho intenté aplicar el denominado criterio de *saturación*, en función de elementos teóricos relevantes. Es decir, cuando había alcanzado un punto en el que “la recolección de datos parece ser contraproducente porque lo "nuevo" que se descubre no le añade mucho a la explicación” (Strauss y Corbin, 2002: 84), sería posible ir a la recolección de información y buscar intencionalmente situaciones, elementos, condiciones, que enriquecieran y renovaran las categorías de análisis (*Ibíd.*). Sin embargo ahí empezaron a aparecer los conocidos límites de tiempo para la elaboración de este trabajo, pretendí encontrar otros periodos de permanencia por ejemplo, o nuevos destinos, y pese a no lograrlo del todo, si hallé posibilidades de contraste y diversificación.

Por supuesto la revisión documental fue transversal al todo el proceso, y una vez hecho el ejercicio de codificación de todo el material y de agrupar lo que allí se encontraba en campos temáticos más amplios, apoyada por la producción existente comencé a dar estructura conceptual al análisis. De este modo resultaron los cuatro capítulos que presento a continuación.

En el primero de ellos hago una revisión teórica que contiene el marco conceptual general, los derroteros de análisis que empleo. Aclarando el lugar desde donde abordo el tema *migratorio* y el de la *prostitución*, inscribo el asunto a tratar en el marco de la globalización y su impacto sobre las mujeres, pasando por el papel del género en la configuración de los procesos migratorios femeninos y lo que concierne al lugar de las trabajadoras sexuales dentro de ellos. En el segundo, y teniendo en cuenta planteado en el capítulo anterior me centro en analizar la trayectoria recorrida por las entrevistadas antes de salir del país, los elementos que inciden en tomar la decisión, las motivaciones y en general todo lo que tiene que ver con el llamado *preludio migratorio*.

El tercer capítulo alude a toda la estancia fuera del país, condiciones halladas, relaciones establecidas, estrategias de inserción a los destinos, prácticas de solidaridad y resistencia, entre otros elementos que hicieron parte de la reflexión de las entrevistadas acerca de la experiencia de estar *del otro lado de la frontera*. El cuarto capítulo se refiere al retorno, explorando las principales razones para hacerlo y qué pasa una vez tiene lugar, lo cual permite entrever el impacto que la migración ha tenido en sus vidas, los significados atribuidos y algunos de los giros en la percepción de su trabajo una vez lo ejercen nuevamente en Colombia.

Finalmente presento algunas conclusiones generales, que más que demarcar el punto final, muestran la necesidad de seguir explorando este campo de estudio y el desafío de repensarlo actualmente. Entre otras cosas porque en una sociedad de rápidos cambios dichas conclusiones, sólo son provisionales.

Capítulo 1

Situando el debate: Migración internacional, género y trabajo sexual.

Complejas y múltiples son las discusiones que alimentan la intersección en la que se inscribe este estudio. Lo que aparece a continuación son los derroteros que han orientado mi análisis, los referentes desde los cuales parto y que han dibujado horizontes para abrir la reflexión. Pese a que los procesos de movilidad humana han existido desde siempre, no son iguales las condiciones en las que se han inscrito; parto de que las migraciones internacionales hoy se encuentran profundamente imbricadas a las dinámicas globales. Lo primero que mostraré son algunas definiciones sobre migración internacional y los principios teóricos desde los cuales me sitúo para entenderla. En segundo lugar, presento una lectura del proceso de globalización a la luz de la perspectiva de género, haciendo especial énfasis en lo que ha significado para las mujeres y su articulación con los procesos de movilidad. En tercera medida, haré referencia al contexto colombiano como expulsor de mujeres migrantes, y por esa vía finalmente me aproximaré a los procesos migratorios femeninos, de manera particular a aquellos que se encuentran asociados al ejercicio de la prostitución, diferenciándolos de la trata de mujeres para la explotación sexual y sentando mi posición frente al debate que considero esta de fondo cuando hablamos de prostitución en general: *forzada ó voluntaria?*

1.1 Migración internacional: conceptos generales y líneas de reflexión.

Son significativos los esfuerzos hechos por definir los procesos de movilidad humana, muchas las disertaciones sobre sus causas, sus efectos y los factores involucrados. Joaquín Arango en 1985, encontraba que pasados 100 años del que puede considerarse el primero

de los artículos modernos escrito sobre migraciones –“Las leyes de las migraciones” de Ravenstein- “el desarrollo teórico alcanzado aún no se compadece con la importancia del fenómeno” (pp. 8), 26 años después ese desarrollo teórico ha tomado mucha más fuerza y ha tenido novedosos e importantes avances, de hecho el fenómeno migratorio se han consolidado como escenario investigativo y ha adquirido mayor visibilidad en la agenda política. No obstante, sigue siendo cierto que una de las mayores dificultades para abordar el tema es su carácter multifacético e interdisciplinar, las dificultades en su medición y su imprecisión conceptual (Arango, 1985).

En un sentido amplio, de acuerdo con el mismo autor, las migraciones son desplazamientos o cambios de residencia a distancias significativas y con intenciones de permanencia que generalmente no son susceptibles de medición directa (Arango, 1985). Pero además del desplazamiento y la permanencia que son factores que se pueden relativizar, hay otros elementos que dan mayor precisión a lo que entendemos por migración internacional. La Organización Internacional para las Migraciones -OIM- define migración como el movimiento que hace una persona desde una unidad geográfica a otra atravesando fronteras administrativas o políticas, con la intención de radicarse temporal o indefinidamente en un lugar distinto a su lugar de origen (2006), en el que se encontrará bajo las leyes nacionales de otro Estado.

Amparo Micolta, haciendo una lectura de la propuesta conceptual de Cristina Blanco, da paso a una problematización mayor del concepto, al sostener que las migraciones son movimientos que significan para quien lo realiza un cambio “de entorno político administrativo, social y/o cultural relativamente duradero; o, de otro modo, cualquier cambio permanente de residencia que implique la interrupción de actividades en un lugar y su reorganización en otro.” (2005. Pp. 61), lo que significa que no solamente el desplazamiento en sí mismo o el cruce de una frontera define a la migración como tal, sino que ésta también pasa por un giro en el desarrollo vital.

Sin embargo, no todas las migraciones son del mismo tipo. La forma en que las consideramos varía de acuerdo con las razones que las motivan, los contextos en que se inscriben, el tiempo que duran, las implicaciones para las y los sujetos que las viven. En

términos generales las modalidades en que se presentan pueden ser: forzada, voluntaria, temporal o permanente.

La **migración forzada**, atañe como su nombre lo indica, a aquel desplazamiento que debe hacer una persona o un colectivo por coacción, salvaguardar la vida es la motivación imperante y detrás de ello puede haber desde persecuciones políticas, violencia de género hasta desastres naturales.

La llamada **migración voluntaria**, supone el movimiento que realiza una persona bajo condiciones en las que goza de capacidad de elección ante la posibilidad de su desplazamiento (Mendia, 2006). Las migraciones así entendidas incluyen a los llamados migrantes económicos, por ejemplo. Pero esta distinción convoca un debate más profundo, pues hay quienes cuestionan la verdadera capacidad de elección de las personas que migran por razones laborales, cuando muchos de quienes lo hacen en realidad se ven avocados a ello por la situación de sus países de origen, que condicionaría la elección. Pese a ello, habrá que reconocer que hay quienes participan en los procesos de movilidad, de modo no forzado, por estrategia económica o de otra índole.

Por otra parte, la **migración permanente**, es definida como tal en tanto el o la migrante establece su residencia definitiva o por un espacio de tiempo prolongado en el lugar de destino (Micolta, 2005), que implica vivir cotidianamente allí e instaurar un nuevo proyecto de vida (Motoa, Puyana & Viviel, 2009).

Las **migraciones temporales**, han sido definidas por la OIM como aquellas que se dan por un periodo de tiempo específico y después de las cuales se produce un retorno. Conocidas también transitorias o circulares, son de acuerdo con Alejandro Canales y Christian Zlolniski: “desplazamientos continuos y recurrentes, que definen un constante ir y venir, pero en donde, la residencia habitual se mantiene en la comunidad de origen. Se trata de cambios temporales de residencia, que no alteran el carácter permanente de la residencia habitual” (2001: 1).

Muy buena parte de la investigación que presento encontró piso en este escenario, mujeres colombianas que a través de migraciones internacionales temporales se han vinculado a la prostitución en regiones que han mostrado alto crecimiento de su sector turístico.

Las migraciones temporales para el ejercicio de la prostitución (a través de contratos específicos y de corta duración, con claras y definidas intenciones de retorno) harían parte de una estrategia de flexibilización de la mano de obra en la industria del sexo, en la que modos aparentemente laxos y con pocas trabas para salir del país (que retomaré en el Capítulo 2), forman parte de un sistema global de producción más flexible. Así, no sólo queda planteada la opción de migrar para muchas mujeres sino también la modalidad (plenamente permeada por las relaciones de género) en la que pueden hacerlo.

Este tipo de migraciones plantean un cuestionamiento claro a la forma en que se definen a los y las migrantes tradicionalmente pues no se marchan para establecer su residencia en otro país de manera indefinida, ni sus expectativas de regreso o reagrupación están condicionadas al largo plazo tantas veces desconocido, el desarrollo de sus proyectos de vida se encuentra anclado más a su lugar de origen, en este caso Colombia, pese a las estancias puntuales en el exterior.

Sin embargo, dentro de la comprensión de este estudio siguen siendo migrantes. Y lo son por una razón fundamental planteada por Alejandro Canales y es que la condición de *migrante* se define “a partir de la incorporación y participación del individuo en el mercado internacional de mano de obra” (1999: 16), que por supuesto suponga su ingreso a los flujos migratorios. Involucra entonces un desplazamiento conceptual en el que de acuerdo con el autor, la migración no debe entenderse como movimiento de la población, sino como población en movimiento.

Con fines prácticos conviene destacar tres momentos o “etapas” dentro del proceso migratorio que si bien responden a cierta cronología, en su desarrollo no constituyen un asunto lineal, a saber: el preludio, la movilización y la consolidación (Gómez, 2008). El primer momento en realidad pasa por dos períodos, uno que es denominado *preludio remoto*, en el que la migración se vive en torno a expectativas, imaginarios, creencias y posibilidades lejanas de viajar; el otro es el *preludio próximo*, en el que aparece una intención clara de migrar, motivaciones específicas, búsqueda de información y trámites para hacerlo. El segundo momento se refiere tanto a los preparativos específicos, como al desplazamiento mismo hasta el lugar que ahora será “destino”, en el que finalmente

tendrá lugar esa tercera etapa del proceso migratorio que alude al ejercicio de adaptación e inserción a la sociedad de llegada (*Ibíd.*).

Sin embargo la migración no siempre se detiene en este punto. Por ejemplo, si es temporal o si pese a un extendido periodo de tiempo no es definitiva, se abre una nueva fase: el *retorno*, configurando un nuevo lugar en esa cronología migratoria, que abre dos escenarios: uno en el que el antiguo migrante será considerado como “retornado” en su lugar de origen, y otro en el que queda planteada la posibilidad de distintos movimientos hacia nuevos destinos (Blanco, citado por Micolta, 2005. Pp. 64).

Por todo lo dicho hasta acá, entiendo que la migración es un proceso social que va más allá del mero traslado de personas de un lugar a otro; el fenómeno migratorio se encuentra inmerso dentro de “una compleja y heterogénea red de relaciones económicas, sociales, políticas y culturales que desbordan ámbitos geográficos y sociales limitados” (Narváez, 2007: 33). Involucra seres concretos en tanto *actores globales*, ciudadanos y ciudadanas que llevan consigo prácticas culturales, tendencias políticas, y lealtades específicas (Guarnizo, 2006), son las personas las que hacen posible esa conexión entre los lugares de “origen” y “destino”.

No son quienes participan en las dinámicas de movilidad humana, seres sueltos y desarticulados, por el contrario, más allá de las fronteras y los desplazamientos se generan redes sociales y familiares que contribuyen al proceso migratorio y prácticas vinculantes. Se trata entonces, de “un estar en contacto con el otro, un diálogo constante, recíproco y sobre todo compartido; en otras palabras, la migración internacional se realiza sobre una red de redes, donde las relaciones sociales, económicas, políticas, culturales y comunicativas se entrelazan, reproducen, innovan y perfeccionan o, simplemente, se colapsan y permanecen” (Narváez, 2007: 24).

En ese sentido, admito en el concepto de transnacionalismo una clave para reflexionar sobre la migración de mujeres colombianas vinculadas a la industria del sexo, probablemente no como paradigma, sino como categoría analítica que me permite distanciar dichos procesos migratorios de la trata de personas, pero además -y lo más importante- reconocer los espacios de agencia de dichas mujeres cuando emprenden procesos migratorios con el objetivo de involucrarse en el mercado sexual, específicamente

en la prostitución, creyendo que posibilita “pensar en los efectos de las migraciones en las más diversas arenas de la vida social, ofreciendo elementos valiosos para comprender las migraciones en la industria del sexo” (Piscitelli, 2009: 3). Esto implica reconocer que las prácticas transnacionales son muy heterogéneas y como señala Adriana Piscitelli ni el desplazamiento, ni la regularidad son prerrequisito para su existencia.

En términos de Luis Eduardo Guarnizo, pensar el fenómeno migratorio implica reconocerlo como un tipo de organización social que se encuentra más allá de los límites geográficos y tiene lugar en un espacio transnacional que de manera constante media, produce y reproduce matrices de poder, prácticas culturales e identidades nacionales (2006). Lo anterior implica que “los que viven «acá» (los residentes dentro del territorio nacional) interactúan con, influyen a, y son influenciados por los que viven «allá» (los colombianos residentes en múltiples destinos extranjeros). Mientras tanto, los que viven allá van construyendo relaciones fluidas que conectan diversas localidades de asentamiento colombiano en el exterior.” (Guarnizo, 2006b: 81).

Pero además quienes retornan se convierten en dispositivos que movilizan y articulan las formas de ser, hacer y estar, de un mundo que recorren y que les recorre, las y los migrantes se sitúan en esa intersección de fronteras que atraviesan, pero también en aquellas que les tiene atravesados y atravesadas, por las que cruzan, deambulan, se mueven y recorren, a través de las cuales construyen los íres y venires de sus propias vidas.

1.2 Género y globalización: claves de las migraciones femeninas hoy.

Lo que conocemos como *globalización* no sólo ha sido un proceso económico de expansión mercantil y capital. Sus implicaciones sociales, políticas y culturales son vastas, involucra una distribución del poder mundial asentada en profundos principios coloniales, mientras para algunos países ha significado la aceleración del “progreso” para otros ha sido el socavón en el que se acentúan sus desigualdades sociales, favoreciendo así la consolidación de mercados laborales internacionales segmentados racial y sexualmente, tal y como sostiene Isabel Holgado: “*La racionalización de las desigualdades sociales entre países y*

colectivos sociales, está avalada por la nueva división internacional del trabajo, facilitada por el desarrollo de las tecnologías y los transportes” (2008: 87).

Los eslabones se van ensamblando, los efectos se amplían y los escenarios implicados se diversifican, de manera que *“Los nuevos circuitos laborales transfronterizos, a partir de la deslocalización de los procesos productivos, trae consigo, entre otras consecuencias, la precarización de las condiciones laborales, el empobrecimiento de muchos países y de amplias capas de población, así como la consolidación de una industria de las migraciones laborales en todo el planeta”* (Holgado, 2008: 88).

En este contexto tienen lugar nuevas y aceleradas dinámicas de la economía mundial, otros escenarios estratégicos para la obtención de beneficios rentables que involucran circuitos transfronterizos y consolidan lo que Saskia Sassen ha denominado *“contra geografías de la globalización”*, espacios en los que se dan otras formas de insertarse al sistema y modos de sobrevivencia que hacen parte de él, tienen lugar gracias a su articulación con mecanismos institucionales (nacionales e internacionales) y con sectores de la economía sumergida o informal, asociados a una dimensión global, que *“Incluyen el tráfico ilegal de personas destinadas a la industria del sexo y a varios tipos de trabajo en el mercado formal e informal. Incluyen migraciones transfronterizas, indocumentadas o no, que se han convertido en una fuente importante de divisas para los gobiernos de los países emisores”* (Sassen, 2003: 41).

Las mujeres (con sus diferencias de clase, étnico/raciales, etáreas, etc.) se han visto involucradas de diversas maneras en este contexto. Desde hace varios años asistimos a lo que algunos teóricos y teóricas han denominado *feminización de la fuerza de trabajo*, que ha sido fundamentalmente una preferencia de la mano de obra femenina para lograr costos más bajos y máxima flexibilidad, lo que evidentemente ha significado condiciones de trabajo frágiles, inestables y precarias (Benería, 2005).

Algunos de los sectores en los que es más evidente este hecho, están constituidos por aquellas labores que en el marco de las relaciones tradicionales de género y de construcción de la feminidad, se han asignado a muchas mujeres. Siguiendo a Lourdes Benería, la expansión de los mercados globales ha mostrado una importante tendencia a emplear mujeres dentro del denominado *sector de servicios*, en tres circuitos fundamentales.

El primero de ellos conformado por los “oficios de cuello rosa”, que de acuerdo con la autora constituyen aquellos de poca cualificación en los que incluye las ventas por correo, servicios financieros, entre otros, en los que muchas mujeres desde lo local se encuentran inmersas en procesos de expansión global, incluyendo de manera especial el sector turístico que “tiende a ser estacional e inestable, con una gran dependencia de los altibajos de la demanda internacional” (2005, 90).

En segundo lugar aparece la “prostitución y servicios afines”, como un sector que ha sido particularmente favorecido por la globalización, en tanto esta ha facilitado el accionar de redes internacionales. En el contexto migratorio, el turismo sexual aparece como eslabón entre el trabajo sexual y los procesos de movilidad internacional de muchas mujeres (Ibíd.). El debate en este aspecto ha estado centrado –sin decir que se agota allí– en la cuestión de quienes son consideradas víctimas y quiénes no, pero este es un aspecto en el que ahondaré más adelante.

El tercer escenario analizado por Benería, es el de la feminización de la emigración internacional, asociada a los flujos de trabajadoras domésticas y cuidadoras de los países “en desarrollo” hacia los países ricos, resaltando fundamentalmente la “exportación de cuidados del Sur global al Norte global” como producto de la pobreza y desigualdad entre países (2005: 92).

En buena medida estos tres aspectos, pueden ser leídos como parte de esas “contrageografías” que conceptualiza Sassen y esto tiene unas implicaciones especiales, pues supone que dichos circuitos no sólo forman parte de una estrategia económica de flexibilización e informalización de la mano de obra femenina de bajo coste, sino que constituyen una fuente de beneficios a través de los cuales se garantizan recursos gubernamentales a costa de las mujeres, lo que significa una “feminización de la supervivencia”, que en palabras de Saskia no sólo refiere “al hecho de que la economía doméstica, realmente comunidades enteras, dependan de manera creciente de las mujeres. Quiero enfatizar también el hecho de que los gobiernos dependen de los ingresos de las mujeres inscritas en los circuitos transfronterizos, así como de toda una suerte de empresas cuyos modos de obtener ganancias se realizan en los márgenes de la economía «lícita».” (2003, 45).

Amparados en las lógicas opresoras del patriarcado –con diferencias históricas y contextuales-, numerosos Estados han potenciado que muchas mujeres se encuentren en los escalones más bajos de la jerarquía laboral, con las subsecuentes condiciones de precariedad y explotación que ello implica. El Estado entonces, adquiere un papel protagónico en la consolidación de una economía global, que encuentra asidero en buena parte de la mano de obra femenina, especialmente en aquella proveniente del “sur global”.

Sin embargo, esas mismas mujeres son las protagonistas de prácticas de agencia, de resistencia frente a las inequidades de género que violentan sus vidas, han operado acciones para hacer frente a la opresión, ganar autonomía y otras condiciones de vida; como en casi todas las dinámicas de dominación, se crean quiebres que son resignificados, apropiados y utilizados por las y los sujetos. En ese sentido, las migraciones laborales aunque inscritas en el contexto y las relaciones de poder señaladas antes, constituyen además un modo para perseguir nuevas posibilidades y sueños, “muchas mujeres optan por la migración laboral como recurso central para enfrentar la precarización de la vida, como una estrategia intencionada de acción y resistencia. La globalización económica ha reforzado la situación subordinada y precaria de muchas mujeres, pero también ha generado espacios que las mujeres utilizan para buscar oportunidades para ellas y sus familias” (Holgado, 2008: 91).

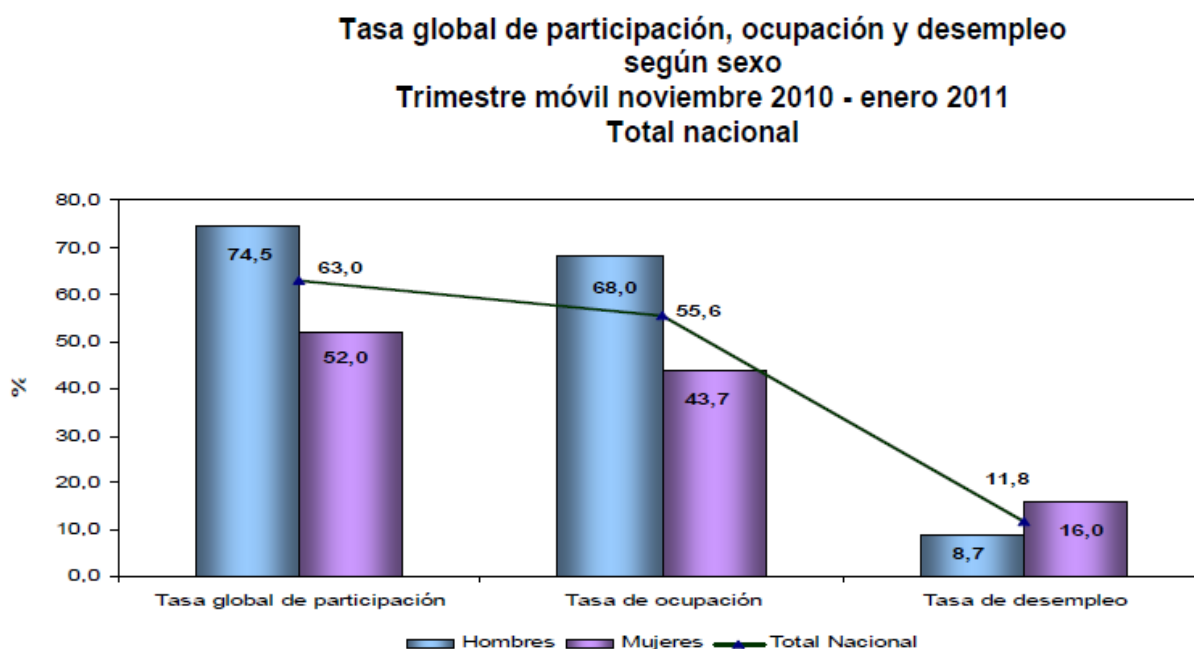
1.3 Precisando el contexto colombiano como expulsor de mujeres migrantes

Las migraciones colombianas internacionales en el actual contexto global han mostrado un rápido crecimiento y significativos indicadores de heterogeneidad. De acuerdo con Luis Eduardo Guarnizo, los inicios en esa nueva etapa en los procesos migratorios del país se remontan a la década de los 60's y coincide no sólo con los contextos políticos y económicos de los países de “acogida”, sino que a ello se unió el deterioro de la economía nacional particularmente desde finales de los años 80's e inicios de los 90's, en los que los efectos nocivos de la implementación de políticas neoliberales no se hicieron esperar y entre otras cosas, aumentaron sustancialmente el desempleo (2006b). De manera paralela

la crisis se agudizaba, ante la grave situación de violencia y guerra generalizada. Como sabemos la afectación de las mujeres en este escenario es distinta.

De acuerdo con la Central Unitaria de Trabajadores de Colombia –Cut-, el desempleo femenino aumentó en un 14,4% en 2010, cifra que fue calculada con base en los datos promedio del DANE para los tres primeros trimestres de ese año. Al respecto sostienen: “hace tres años la tasa de desempleo femenino duplicaba tres veces la de los hombres, que es del 7.8% en los últimos años; los hombres se han ubicado a escasas décimas de las mujeres, ya que la crisis ha afectado a sectores masculinizados y colateralmente a sectores feminizados. Esta situación evidencia la precariedad y segregación estructural e histórica de las mujeres frente a la situación de desempleo de los hombres, lo que nos conduce a demostrar que las mujeres son las peor ubicadas en el mercado de trabajo, pues de cada 100 personas sin trabajo, 58 son mujeres” (CUT, 2011: 1).

El Departamento Nacional de Estadística -DANE- con base en las proyecciones de población del censo de 2005, informa que para el trimestre móvil noviembre 2010 - enero 2011, la tasa global de participación fue 74,5% para los hombres mientras que para las mujeres fue de un 52,0%; por su parte, la tasa de ocupación para los hombres es de 68,0% y para las mujeres 43,7%, y finalmente la tasa de desempleo en los hombres fue inferior a la tasa de las mujeres con un 8,7% frente a un 16,0%.



Fuente: DANE – Gran Encuesta Integrada de Hogares

Consecuencia de situaciones como las señaladas y de muchas otras que no menciono acá, la cantidad de colombianas migrantes ha experimentado un significativo crecimiento, son muchas las que hallan en la migración internacional una estrategia para hacer frente a las condiciones. Pese a que dentro del total de emigrados en el país existe un predominio masculino (especialmente en lo que respecta a Bogotá), el aumento de las migraciones femeninas se muestra ligero pero continuo y sus proporciones son similares a las de los hombres, así lo sustenta el “Informe global: Mujeres migrantes andinas. Contexto, políticas y gestión migratoria”, publicado en 2010: “en la distribución por sexo según periodos se observa una ventaja de las mujeres, 55.1%, hasta el año 2004, a partir del cual la migración femenina tiende a decrecer relativamente, para posteriormente aumentar leve pero sostenidamente, llegando a proporciones similares respecto a los varones, 49,8%” (Arteaga, 2010: 44).

1.4 Flujos migratorios feminizados: Mercados globales de trabajo generizados.

La presencia de las mujeres en los flujos migratorios ha sido una constante histórica, pero ni la forma en que se da hoy (en términos contextuales), ni el grado de reconocimiento político y científico que tiene su papel, habían sido tan importantes como lo son hoy. La crítica feminista a los estudios sobre migración ha tenido un papel fundamental en la comprensión de estas dinámicas, pues a través de ella ha sido posible problematizar las concepciones tradicionales sobre las migraciones femeninas, pero sobretodo situar el género como categoría de análisis y como factor que organiza los flujos migratorios.

De acuerdo con Naciones Unidas, en el informe *Estado de la población mundial 2006. Hacia la esperanza. Las mujeres y la migración internacional*, casi la mitad de la población mundial migrante son mujeres (49,6 %), lo cual corresponde a 95 millones de personas, cifras que revelan el protagonismo de las mujeres en los procesos migratorios transnacionales durante los últimos 10 años, siendo especialmente importante el carácter de dichos flujos, pues se han configurado de manera autónoma, hecho que muchos y muchas han llamado *feminización de las migraciones*.

Sin embargo, dicha feminización más que en términos cuantitativos, se ha dado en el terreno de lo que algunos autores han llamado autonomización de la movilización de las mujeres hacia el extranjero, es decir en el carácter independiente y protagónico que estos procesos tienen hoy por hoy. Tradicionalmente los flujos de mujeres que migraban mostraban una alta dependencia masculina, se daban en el marco de reagrupaciones familiares o matrimonios binacionales, patrón que con el paso del tiempo se ha ido rompiendo (Vitale, 2000) (Mora, 2007); (Guerra, 2006).

Sin embargo hay quienes sostienen que la feminización de las migraciones existe en tanto hay una visibilización significativa de las mujeres en los trabajos investigativos y no porque sea un asunto novedoso. De acuerdo con Laura Oso esta producción científica ha acentuado el fenómeno más de lo que las cifras y la historia han revelado (pues argumenta que las migraciones autónomas de mujeres, se dan mínimo desde la década de los 60) configurando una *feminización del discurso migratorio*, en la que al fin se reconoce el protagonismo de las mujeres migrantes y además en el que se abren nuevos caminos para la reflexión (2008).

Pero pese a reconocer la trayectoria de las migraciones femeninas autónomas, es importante saber que hoy por hoy, el contexto global y la aceleración de los flujos migratorios en general las presenta de un modo particular y les da una importancia especial. María Claudia Medina dice al respecto: “Aun cuando las mujeres han estado siempre presentes en los movimientos migratorios, desde hace algunas décadas su visibilidad ha cobrado especial relevancia, no sólo por su importancia en cifras sino por las alteraciones cualitativas en cuanto a significados y consecuencias que ha traído consigo” (2009: 63).

En ese sentido creo que hablar de “feminización de la migración” adquiere sentido en su dimensión académica, pero además política, pues no sólo significa visibilizar el papel de las mujeres en los procesos migratorios, sino hacer profundos cuestionamientos a la forma como se ha producido conocimiento en esta área, apostando por modos que no sean homogeneizantes y que reconozcan las relaciones de poder implícitas en este fenómeno social.

De acuerdo con Carmen Gregorio entender cómo el sistema de valores y creencias que sustentan las relaciones de género y las construcciones de feminidad y masculinidad configuran las migraciones internacionales, significa asumir que quienes participan en los procesos de movilidad humana no son “entes” individuales, meramente racionales y desprovistos de género, “hablar de *generización del proceso migratorio* implica referirnos al proceso en el cual las relaciones de género constituyen un elemento central en su definición.” (1998, pp.264).

De acuerdo con Sonia Parella (2003) si bien las migraciones internacionales han estado presentes a lo largo de la historia, el contexto en el que se inscriben hoy por hoy, es uno en el que se dan por lo menos cuatro características particulares: 1. La globalización 2. La diversificación 3. La aceleración y 4. La feminización. Entonces, se han incorporado nuevos lugares de origen y de destino, desde la desestructuración del bloque soviético, regiones como Latinoamérica y Asia se configuran como expulsores a gran escala, mientras que Europa del Sur y Estados Unidos se consolidan como destinos preferentes; tanto el perfil de quienes migran cómo las razones por las que lo hacen son mucho más diversas, no solamente se viaja con proyectos laborales, sino además académicos, políticos, de reunificación familiar, entre otros; pero quizás el rasgo más importante se ha expresado en el hecho de que las mujeres han adquirido un lugar protagónico en los flujos migratorios, consolidando proyectos individuales y autónomos.

Esto último no es otra cosa que la *feminización de los flujos migratorios* a la que antes aludí y que constituye un factor que además de estar articulado con todos los demás, también es resultado de las políticas y dinámicas sociales y económicas de los Estados de origen y recepción. En este contexto, las experiencias migratorias femeninas se diversifican y cada vez más se ven atraídas por las demandas laborales que existen para trabajar como empleadas domésticas o en los servicios sexuales (2003).

Al tratar de dar cuenta de las causas de dichos flujos migratorios feminizados, Parella reconoce la existencia de condiciones en las sociedades de donde provienen las migrantes, que las llevan a tomar la decisión de migrar, pero hace hincapié en que todo esto tiene que ver con el proceso de reestructuración de las economías y de los mercados laborales en las llamadas sociedades del “centro”. Lo anterior ha recaído en una nueva “división

internacional de trabajo” en la que la “demanda de trabajadores y trabajadoras altamente cualificados, (...) coexiste con la necesidad de cubrir puestos de trabajo poco cualificados (...) el incremento del sector informal; la flexibilización del empleo, con el consiguiente aumento del mercado de trabajo secundario (...) y la progresiva fragmentación de la fuerza de trabajo a partir del género, la edad y la etnia, mediante mecanismos que impulsan a mujeres jóvenes y a inmigrantes a ocuparse en el mercado secundario” (Parella, 2003:113). Lo anterior deja ver que la necesidad de la inmigración en los países industrializados no sólo se debe al hecho de que la fuerza de trabajo autóctona no quiera o no sea suficiente para cubrir las ocupaciones de bajo estatus, sino que además los y las inmigrantes constituyen una importante estrategia de flexibilización de los mercados laborales (Parella, 2003).

En ese contexto y aunado con los procesos de globalización se da el crecimiento de la industria del sexo, en el que la prostitución constituye uno de los escenarios más lucrativos; no obstante dicho crecimiento se encuentra asociado a por lo menos tres factores que van a dar mucha relevancia a los flujos migratorios: “por una parte, con los procesos de globalización, en los que los negocios se diversifican y buscan mercados transnacionales para crecer; por otra, con el aumento del consumismo: la creación de necesidades en la población para ser satisfechas dentro del esquema economicista de los sectores solventes; así, los estilos de vida impuestos en el mundo desarrollado acogen necesidades de ‘ocio’ y vacaciones para gran parte de la población que se canalizan hacia lugares de ‘diversión’ y exóticos y en los que se prometen relaciones de intercambio en el ámbito del complejo afectivo-sexual.” (Agustín, 2001: 542), creándose de este modo, el completo auge de la industria del sexo, que genera una demanda particular de servicios sexuales.

Si asociamos esto con esa nueva “división internacional del trabajo” planteada por Sonia Parella, tendremos que una actividad como la prostitución, con frecuencia estigmatizada y de muy bajo status, se configura primordialmente como escenario de inserción laboral para la población migrante, especialmente para las mujeres, sin decir que sean exclusivamente ellas quienes lo hacen. A lo anterior debemos sumar el desarrollo de redes de personas “que facilitan los contactos entre mujeres y empleadores de la industria del sexo. Dichas ‘redes’ tienen niveles informales y de autoayuda, familiares y de amistades”

(Agustín, 2001: 541); lo que muestra que no solamente las redes de *trata de personas*, se encuentran asociadas a los traslados de mujeres para que ejerzan la prostitución en otros países y también que por lo menos a *nivel de toma de decisión* informada para la migración, no podemos hablar de engaño todas las veces; lo que no quiere decir que no existan experiencias de discriminación y explotación.

En ese complejo marco de diversificación y auge de la industria del sexo, con frecuencia está aunado al crecimiento del sector turístico en muchos países. De hecho Saskia Sassen ha analizado cómo el sector turístico –como también lo menciona Benería- “ha crecido y se ha convertido en la principal estrategia de desarrollo de algunas ciudades, regiones e incluso países. El sector del espectáculo ha tenido una evolución paralela y es a su vez considerado una estrategia de desarrollo clave. En muchos lugares la industria del sexo es parte del sector del espectáculo y ambos han crecido de forma paralela” (2003, 59).

El crecimiento de esta esfera ha potenciado el turismo sexual en muchas regiones y dentro de él la prostitución como actividad más visible. Como es bien sabido, son las mujeres las que principalmente se encuentran vinculadas a esta ocupación, revelando la persistencia de una división sexual e internacional del trabajo que las sitúa en sectores tradicionalmente feminizados y desacreditados. Lo anterior responde de acuerdo con Luz Gabriela Arango, a un tipo específico de segmentación horizontal del trabajo que: “diferencia, aunque de manera raras veces tajante, las áreas de trabajo propias de los hombres y de las mujeres, [y que] va acompañada de una desigualdad flagrante en las remuneraciones y el reconocimiento social atribuidos a unas y otras.” (2004: 4).

El que un sector tradicionalmente feminizado muestre importante crecimiento en el marco de la globalización con la consecuente pauperización de las condiciones de trabajo, nos sugiere que “la desigualdad de género alimentó el crecimiento económico” (Benería, 2005:94), pero más aún indica que: “Las mujeres que trabajan en la industria del sexo se convierten (en algunas economías) en un factor crucial para impulsar la expansión de la industria del entretenimiento, y por supuesto también del turismo. Se trata desde luego de una estrategia de desarrollo y de una importante fuente de ingresos para los gobiernos.” (Sassen, 2003: 60).

1.5 ¿Por qué distinguir la Trata de personas y la migración de mujeres que ejercen prostitución?

La *Trata de personas* en su dimensión de explotación sexual en el exterior, es una realidad. El contexto de la globalización ha favorecido también la consolidación de mafias y redes transnacionales dedicadas a cooptar muchas mujeres para que ejerzan prostitución en puntos cardinales del planeta en los que quedan plenamente desprovistas de capacidad de defensa y acción, víctimas de engaños, violencia física y psicológica e innumerables mecanismos de presión y explotación.

Pero la explotación sexual en el exterior y la Trata no son sinónimos, de hecho existen otras modalidades⁷ en las que este delito toma forma, que pocas veces son problematizadas y denunciadas, así lo sostiene la OIM: “La mayoría de casos de trata denunciados tienen que ver con explotación sexual en el exterior, tal vez la modalidad más reconocida y visible de este delito. El desconocimiento de otras modalidades de trata es aún más alarmante. Por ejemplo, los casos de explotación en el servicio doméstico y el trabajo forzado no se denuncian porque culturalmente no se consideran reprochables. De hecho, con frecuencia, el empleador no se reconoce como tratante sino como “benefactor”” (OIM Colombia, 2006. Pp. 15). En ese sentido, tanto la trata, como la situación de las mujeres que ejercen prostitución en el exterior merecen un análisis complejo, que no reduzca la diversidad del fenómeno social a la ecuación *Prostitución = Trata = Violación de derechos humanos*, en la que la primera queda irreductiblemente amalgamada con la tercera, y a su vez la segunda pareciera unívocamente a la primera.

Pero ¿dónde está el límite? Siguiendo a varias autoras y bajo responsabilidad propia creo que la Trata supone niveles muy claros y frontales de coacción, un ejercicio de violencia

⁷ De acuerdo con la información oficial de la OIM las modalidades de la trata de personas son 5: **Explotación Sexual** (explotación de la prostitución ajena, turismo sexual, pornografía). **Trabajos o servicios forzados** (Ejercicio de cualquier labor en condiciones inhumanas: encierro, amenaza, maltrato, jornadas laborales excesivas; por una mínima o ninguna retribución económica). **Matrimonio Servil:** (Explotación laboral y/o sexual de un miembro de la pareja (esposo o acompañante). Implica situaciones de esclavitud, aislamientos, control, violencia física, sexual y reproductiva). **Mendicidad Ajena** (La víctima es obligada a pedir limosna para el lucro de tratante, quien es el que organiza el negocio y ejerce control sobre estas personas). **Extracción de órganos:** (Uso de los cuerpos vitales de seres humanos para la generación de embarazos forzados, el alquiler obligado de los vientres o la extracción y tráfico de órganos).

física y psicológica para obligar a las víctimas a desarrollar un trabajo (en ocasiones la prostitución) forzadamente bajo condiciones sistemáticas de explotación que incluyen la negación de salarios adecuados o ausencia de ellos, condiciones de trabajo indignas (jornadas de trabajo excesivamente largas, encierros, etc.) extorsiones, amenazas contra la vida propia o la de familiares cercanos, entre otros procedimientos de intimidación y coerción explícitos (Juliano, 2002) (Classen y Molina, 1998).

Cristina Garaizabal puntualiza claramente la necesidad de identificar en las víctimas de Trata con fines de explotación “por un lado, la falta de control que estas personas tienen sobre su vida, para determinar que verdaderamente hay trata; y, por otro, el que esa explotación sea prácticamente en régimen de esclavitud o de servidumbre, es decir, que esa persona no tenga ninguna capacidad de decidir no solo sobre las condiciones de trabajo, sino también sobre su vida.”(2009).



Por eso mismo y reconociendo que dicha condición de servidumbre no se da en todas las mujeres que ejercen prostitución fuera de sus países de origen, es que discuto la generalización de un discurso aparentemente favorecedor y garante de derechos, que como también lo ha dicho Garaizabal, parece más un intento por abolir la prostitución y criminalizar a las víctimas de explotación sexual. Por lo mismo y en la línea de Dolores Juliano, es imperativo “desvictimizar el análisis y brindar protección real y permiso de residencia a las [mujeres] que sufren extorsión, [este] parece el camino más ético y eficaz para acercarse a este problema en el contexto del mundo globalizado” (2002, 127).

Dicho discurso tiene un soporte importante en la lógica de “protección a las mujeres”, que en gran medida supone infantilizarlas y quitarles capacidad de acción, pero lo que realmente se evidencia es que a través de esa idea de las mujeres traficadas y vulneradas, se justifican deportaciones, persecuciones y se produce una legislación que entraña principios racistas y sexistas. Laura Agustín sostiene que: el “Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños menciona

explícitamente la prostitución y la explotación sexual, y no la migración. El *Protocolo contra el tráfico ilícito de migrantes por tierra, mar y aire* aborda el contrabando de personas, no menciona a la mujer explícitamente y sí habla de la migración (...). En estos protocolos se ve cómo el concepto de la mujer *especialmente* victimizada justifica una separación artificial en dos segmentos de una sola problemática: cómo el cierre de las fronteras y el endurecimiento de las leyes migratorias conduce a los abusos llamados “tráfico”. Con un discurso sentimental sobre víctimas inocentes sin voz se justifican grandes actuaciones policiales” (2006: 8). Lo que tenemos entonces es una legislación que potencia la discriminación y no protege en lo real a las víctimas de sus explotadores/as.

Lo anterior quiere decir que pese a reconocer fenómenos como la Trata de Personas, considero fundamental manifestar que “cuando se construye a toda trabajadora sexual migrante como “traficada” también se está reforzando un estereotipo que con frecuencia es victimizante (Agustín, 2002). En ese sentido “En el caso de las relaciones sexuales remuneradas, es importante señalar las diferencias que existen entre el trabajador del sexo que tiene capacidad de negociación (con la clientela y los empresarios e intermediarios) y el que se encuentra en posición subordinada y con su capacidad de acción claramente limitada.” (Agustín, 2001: 538).

Frente a la construcción del estereotipo quisiera detenerme, pues considero que este elemento se articula con otras construcciones. La prostitución, ha sido por años denigrada, considerada exclusivamente femenina (aunque eso sea falso) y expresión de una forma de violencia contra “LA MUJER”, que la degrada. De hecho muchas corrientes feministas, apuestan por su abolición, sustentando que es por excelencia herramienta de dominación masculina. Sin embargo, también hay quienes la han reivindicado como un trabajo, sosteniendo que los debates en torno a esta deben darse en términos de relaciones laborales y ya no más desde posturas morales; lo anterior implica según Magdalena López escuchar las voces de las mismas trabajadoras del sexo y “desdramatizar” la postura frente al tema (2007).

Cuando López dice que es necesario *escuchar* a las trabajadoras del sexo, de alguna manera está sugiriendo –como lo creo yo además– que los discursos victimicistas generalizados en torno a la prostitución, encarnan una postura profundamente colonial y de

subalternización. De acuerdo con Spivak, esa condición de subalternidad puede leerse doblemente en la “mujer subalterna”, en tanto la construcción ideológica del género mantiene lo masculino dominante (1988). A través de la construcción de una dicotomía se pone a operar un dispositivo más de control sobre la sexualidad femenina: prostitución “forzada” vs “voluntaria”. La primera cara se asocia con “inocencia” y la otra con “culpabilidad”, poniendo la discusión en un registro moral que impide ver la prostitución en una dimensión relacional inscrita en relaciones de poder, al respecto dice Laura Oso citando a Doezema: “se está construyendo socialmente una dicotomía entre prostitución voluntaria/culpable y prostitución forzada/inocente. El problema de este discurso es que las mujeres percibidas como víctimas son objeto de especial atención, de manera que las prostitutas voluntarias en sí, así como los abusos y explotación que puedan sufrir, no despiertan el interés político ni científico. Bajo un telón cargado de moralidad, la prostituta voluntaria aparece como aquella que, debido a su propia trasgresión social, “se merece lo que tiene” (2008b: 224). En ese sentido, quienes no se asumen como víctimas traficadas, son objeto de una sanción social. Construidas como “otras” en relación con un patrón de feminidad hegemónico, que no les reconoce como interlocutoras, son reducidas, estigmatizadas y violentadas.

Dicho esto, me parece importante superar la dicotomía y problematizar el trabajo sexual como un terreno heterogéneo y dinámico. Al considerar esta actividad económica como trabajo, se establece el vínculo entre lo que significa como fuente de ingresos para muchas mujeres y su relación con sistemas de dominación, que a su vez “permiten márgenes de resistencia y redefinición que son aprovechadas por los actores (...) De modo que lo importante, incluso -o sobre todo- desde el feminismo, es no solo modificar las condiciones de trabajo, sino resaltar la capacidad de agencia de las mujeres implicadas y apoyar sus luchas porque a través de estas estrategias de apoyo se desenmascaran estructuras de dominio y opresión más complejas” (Mestre, 2005: 314).

Pero además, y siguiendo lo planteado por Ruth Mestre, comprender el trabajo sexual como trabajo, permite entenderlo como una relación social capitalista -no porque sólo en este sistema económico se dé o sea el que lo produce- en tanto la fuerza de trabajo está mercantilizada y por lo tanto “puede darse -y se da- la explotación como en cualquier otro tipo de trabajo” (2005: 315).

Muchas otras estudiosas, han sugerido que dentro de lo que se conoce como “trabajo emocional”, podría asumirse el trabajo sexual, en tanto constituye actividades y trabajos para los que la atención y los sentimientos son necesarios, mercantilizados y comercializados (Kempadoo, 1998). De acuerdo con Teodora Hurtado este tipo de trabajos son fundamentalmente aquellos que implican relaciones cara a cara y conllevan demandas emocionales, en ese sentido: “El trabajo sexual tiene esas mismas demandas de parte de los clientes. No podemos verlo como simple prestación de servicios sexuales, pues hay otras cosas implícitas allí como las necesidades y carencias emocionales del cliente” (2010).

Entonces, el trabajo sexual es una forma de trabajo emocional. Esto es posible si entendemos como trabajo “toda actividad humana dirigida a satisfacer las necesidades básicas para producir y reproducir la vida humana, las actividades sexuales o que implican la utilización de energías sexuales son trabajo puesto que están dirigidas a cubrir las necesidades humanas de (procreación y) placer” (Troung, 1989 citada por Mestre, 2005: 315).

Capítulo 2

Asumir el riesgo de volar: El preámbulo de una partida

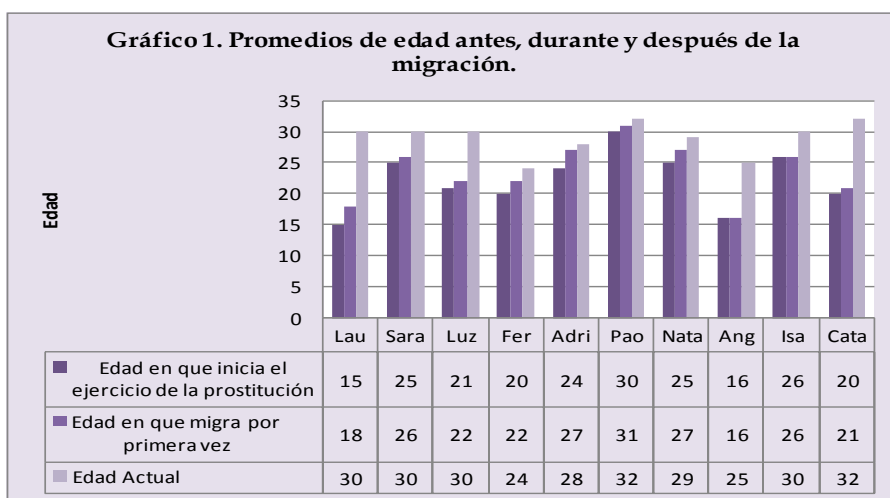
“Si bien todo riesgo que se asume es un viaje a lo desconocido, el viajero por lo general tiene en mente algún destino. (...) Inmensas fuerzas económicas y sociales dan forma a la insistencia de marcharse; el desorden de las instituciones, el sistema de producción flexible, realidades materiales que se hacen a la mar. Quedarse quieto equivale a quedarse fuera de juego. Por lo tanto, la decisión misma de marcharse se parece ya a llegar a algún sitio; lo que importa es que uno ha decidido partir”
(Sennet, 2000: 91)

¡Decidir partir! Justo ahí aparece la diferencia, el punto de quiebre entre quienes compartiendo similares condiciones de vida en el país ven en la migración una opción para sí y quienes no. El amplio marco en el que se inscriben las migraciones para trabajar en la industria del sexo, la globalización o la situación económica, política y social de Colombia no constituyen los únicos condicionantes de muchas mujeres cuando salen del país a ejercer prostitución. Todos estos elementos se amarran a las historias particulares, a las formas en que cada una interpreta su situación vital, valora sus opciones y planea sus estrategias; que la migración se convierta en una posibilidad real, no sólo tiene que ver con la estimación costo-beneficio, ni con una decisión racional económicamente hablando, sino que en ello intervienen factores individuales, de clase, etéreos y de relacionamiento con las redes que median en el proceso, entre otros.

En el capítulo anterior mencioné tres etapas dentro del proceso migratorio, sin suponer linealidad entre ellas, pero sí con fines prácticos abordaré en este el *preludio migratorio*. Esto quiere decir que me centraré en analizar las motivaciones que sirvieron de motor para las entrevistadas, sus expectativas frente a la migración y al trabajo fuera del país, el proceso de tomar una decisión que en ocasiones se cree “peligrosa” y en la que participan muchas otras personas; trámites, búsquedas, preparativos y despedidas, que dan cuenta del

camino recorrido antes de tener la maleta lista y subir a un avión. Sin embargo, antes de esto será necesario entender que la decisión de ejercer prostitución fuera de Colombia, en este caso, está mediada por la trayectoria que en este sector tienen las entrevistadas. Es decir -contrario a otros estudios-, el trabajo sexual no aparece para ellas luego de la migración o ante la migración, más bien la migración aparece como posibilidad de maximizar beneficios dedicándose en el exterior a la misma ocupación que tienen en origen.

El siguiente gráfico relaciona la edad de las entrevistadas en el momento en que comenzaron a ejercer prostitución, la que tenían cuando se dio el primer proceso migratorio y la edad con la que contaban en el momento de la entrevista. En él se puede apreciar cómo la migración no antecede en ningún caso el ejercicio de la prostitución; las dos excepciones en las que el inicio de la actividad aparentemente coincide con el tiempo de la migración, tienen que ver con que la diferencia entre una y otra fue de apenas meses, pero manteniendo la misma característica. Vale la pena mencionar que este patrón responde al ejercicio intencionado de escogencia de las entrevistas: mujeres que hubieran ejercido prostitución antes, durante y después del evento migratorio.



Fuente: Entrevistas realizadas para este estudio entre 2009 y 2010, en Bogotá.

El hecho de haberse vinculado a la prostitución antes del proceso migratorio, ha supuesto para las entrevistadas formas de valoración distintas de esta experiencia, la trayectoria en este oficio les ha condicionado expectativas particulares frente al hecho de salir del país, les contacta de forma distinta con las redes que apoyan o tramitan su salida, les enfrenta a

otros miedos y a nuevos retos, sus reflexiones, formas de inserción a la prostitución, entre otros elementos, atraviesan la decisión de migrar; saber, como lo menciona Fernanda, que: *“es irse a hacer lo mismo que uno hace acá pero por más plata”*, aporta otras certezas y varias vacilaciones, que no podría entender sin analizar cómo ese *“Lo mismo que uno hace acá”* significó e influyó el camino hacia la migración.

2.1. Cuando yo empecé aquí en Colombia...

Situar dentro de la discusión feminista la opción de muchas mujeres por el trabajo sexual no es tarea sencilla. El debate es amplio y muy sensible. Lo primero que diré es que no es posible analizar dicha opción al margen de las construcciones de género sobre la feminidad y la masculinidad, ni de lo que estas representan en términos concretos en las vidas de las personas, en sus opciones sociales, políticas y económicas. En una sociedad en la que la desigual distribución de los recursos por género, es un tema tan contundente, las oportunidades económicas de muchas mujeres están evidentemente limitadas, sobretodo en ciertos sectores sociales. Dolores Juliano sostiene que entre menos oportunidades tienen numerosas mujeres de obtener empleos bien pagos y *“honorables”*, mayores son las *“posibilidades de dedicarse a tareas más rentables, pero de alto costo social y considerable riesgo personal, como la de las trabajadoras sexuales”* (2002: 10). Sin embargo, no podemos deducir que todas las trabajadoras sexuales lo son en razón de la pobreza o las condiciones externas. No todas las mujeres que viven condiciones de pobreza se dedican al trabajo sexual y no todas las trabajadoras sexuales no contaron con otras posibilidades, cualquier generalización a este respecto es peligrosa.

Anthony Giddens, atendiendo el dilema entre la estructura social y la acción humana, sostiene que la vida social es producida por las acciones de las y los actores que en ella participan. Según el autor, cada actor, inscrito en un contexto específico desarrolla un ejercicio de reflexividad que le permite organizar sus acciones y rutinas, de acuerdo con un espectro de circunstancias especificables; lo anterior implica reconocer que las y los agentes, en tanto tales son capaces de ejercer alguna clase de poder que le hace capaces de intervenir o no en un proceso, utilizando y reproduciendo en el curso de una interacción los recursos de los sistemas sociales (1995).

En ese sentido, las opciones para la acción de un agente, se encuentran construidas socialmente y están asociadas a las condiciones materiales y sociales que influyen y hacen posible sus actividades, pero: “es de primera importancia advertir que circunstancias de constreñimiento social en que individuos “carecen de opción” no equivalen a la disolución de la acción como tal. “Carecer de opción” no significa que la acción haya sido reemplazada por una reacción” (Giddens, 1995: 51). Los sistemas sociales, entonces, influyen las decisiones de los actores, pero no eliminan su capacidad ejercer poder, ni el ejercicio reflexivo sobre su conducta, no excluyen el papel activo del agente en las acciones que emprende (Ibíd.).

Por la misma línea, Dolores Juliano argumenta que la opción por la prostitución está construida socialmente, implica una serie de valoraciones sobre las otras alternativas posibles, y está determinada por los significados que se le atribuyan a cada opción (2002: 11). Esto quiere decir que, aquellas mujeres que llegan a asumir una posibilidad laboral tajantemente estigmatizada en nuestra sociedad, como el trabajo sexual, lo hacen también en tanto agentes reflexivos de su acción. Lo que además supone que, los significados atribuidos a la prostitución están mediados por las construcciones de género y nos revela unas formas particulares de construcción de la feminidad, así como una ubicación específica de las mujeres dentro de las relaciones de poder.

A ese dilema se vio enfrentada Sara hace 5 años, cuando una crisis económica la confrontó por primera vez con la posibilidad de ejercer el trabajo sexual. Así lo recuerda: *“Yo tengo 30 años, y me metí acá, a ejercer la prostitución cuando tenía 25 porque la situación económica estaba muy difícil. Entonces unas amigas me dijeron que conocían este sitio y que habían ido [establecimiento en Bogotá]. Entonces vine la primera vez, no pude, era muy duro... pues, era la primera vez, entonces me regresé pero la situación económica seguía muy dura, entonces me tocó regresar y ahí sí ya sí me quedé”* (Sara, 2010). Es claro que el principal motivo que aduce la entrevistada para tomar la decisión de ejercer prostitución es monetario, pero esto lo podemos entender más a fondo si sabemos de sus responsabilidades familiares, claramente generizadas: ser madre, pero sobre todo si entendemos parte de los significados que le ha atribuido a ello. Sin decir que por ser madre, es que haya optado por la prostitución.

Su hija tiene un síndrome de aprendizaje y Sara se resiste a darle cualquier tipo de educación y cuidados, para ella la prioridad es ofrecerle los mejores y sabe que la rentabilidad que le da el trabajo sexual es lo que le permite hacerlo, reflexiona al respecto: *“Imagínese que yo estuve averiguando aquí un colegio, porque ella tiene problemas para aprender, problemas de aprendizaje, fui a la Secretaría de Educación y allá no saben ubicarlo a uno, no saben nada, entonces toca un colegio privado, entonces si no tuviera la posibilidad de tenerla en un colegio privado ¿Qué hace ella?”*. Esta situación hace evidente que ante la falta de apoyo institucional y de garantías, ha hecho su propia valoración de las posibilidades que tiene para alcanzar algunos de sus objetivos, sus otras alternativas de trabajo no representan una opción para ella, en la medida en que su selección –el trabajo sexual- significa poder cubrir del modo que quiere las necesidades de su hija. Quizá para otra mujer en sus condiciones esta no sea la elección y dispondrá de otras estrategias para percibir ingresos, pero Sara ha hecho su valoración y ha decidido.

El costo que tiene subjetivamente asumir una opción laboral, en un campo abiertamente estigmatizado es muy alto, el rechazo que inicialmente sintió Sara cuando intentó hacerlo por primera vez, podría explicarse por la culpabilización propia al aceptar una posición de “desprestigio social”, que cuestiona la forma hegemónica en que se ha exaltado la feminidad, *“ni siquiera yo me lo creía, imagínese lo que le conté, porque yo vine y me tocóirme porque no aguanté, me tocó ponerme a llorar de sentirme así.”* (Sara, 2010). Dicha culpabilización da cuenta, por un lado, de la interiorización del rechazo social hacia esta actividad, con lo que el estigma está puesto dentro y a partir de él parece organizarse una suerte de auto-descalificación propia por asumir la prostitución como una opción laboral, y por otro *“explica que el inicio en esta actividad sea algunas veces forzado y que aún en los casos en los que no lo sea, se atribuya a presiones externas fuera del control propio, más que a una opción laboral. Luego, una vez pagado el precio de descrédito y humillación y ante la irreversibilidad de los rótulos estigmatizadores, la opción por continuar en esa tarea suele estar determinada casi exclusivamente por factores económicos”* (Juliano, 2002: 12).

Pero, el hecho que se atribuya a factores económicos no quiere decir que las condiciones sean precarias en todos los casos, y así lo deja claro Sara: *“De pronto la idea es que las mujeres de la prostitución, la mayoría son brutas y pobres y esto ¡no! Y no todas somos mal*

vestidas, brutas y eso, no! Muchas somos muy inteligentes, nos sabemos vestir, además nos sabemos comportar, en cada sitio, en cada lugar sabemos qué actitud hay que tomar” (Sara, 2010). Su aclaración reviste un reclamo por el reconocimiento y la legitimidad de sus decisiones, de su forma de actuar y pensar, pero también constituye un acto de “defensa” frente a las etiquetas estigmatizadoras, en el que advirtiendo la representación social dominante sobre “las mujeres de la prostitución” se resiste y busca no definirse a sí misma a partir de ella, aunque en ese ejercicio de reacción, está de alguna manera reconociéndose desde dicho discurso.

Sin desconocer jamás que hubo particulares condiciones materiales que condicionaron sus posibilidades de emplearse en otro sector o acceder a educación superior aunque lo hubiera querido, Laura es enfática al resaltar cómo su propia personalidad, lo que sentía y quería para sí y para su vida, fueron factores fundamentales en el momento en el que decidió ejercer prostitución. Así lo manifiesta: *“Me liberé muy biche, me cansé de la pobreza, no nací para ser mujer sometida a la pobreza, quise ver otros senderos y entonces me hice sola, me liberé sola”, reconoció en su cuerpo, una estrategia para salir de la pobreza, resignificó su situación y usó su belleza para extraer beneficios económicos, dice: “Entonces yo dije... me miré en un espejo y dije hombre, los hombres me miran! Voy a sacar provecho de eso. Entonces saqué provecho para una casa, saqué provecho para una hija y las ventajas que tengo es saber que soy una mujer que de lo mismo que me ha tocado sufrir, comer moñiga, aguantar frío, hambre, guerrear, entonces saca fruto de todo lo que pueda hacer”* (Laura, 2009).

Esto último coincide con lo hallado por Carmen Julia Cortés, en su investigación doctoral sobre la identidad de mujeres colombianas que ejercen prostitución en España, en la que sostiene que diversas situaciones límite, fracasos afectivos, rupturas o frustraciones pueden llevar al ejercicio de la prostitución, pero destaca que en estas situaciones o en diversos momentos de la vida, muchas mujeres como Laura creo yo, “reconocen que es posible que su ser de mujer, que su cuerpo y su sexualidad, tengan el poder de acercarles a la promesa del progreso económico con que sueña cualquier individuo del mundo contemporáneo” (2009: 312).

El caso de Isabel tiene mucho que ver con ese reconocimiento. Ella es enfermera profesional pero no ejerce desde hace 5 años, tiempo que lleva vinculada al trabajo sexual.

Tiene un hijo de 13 años y aunque no tiene una relación de pareja con el padre lo define como: *“un buen hombre y no tengo ningún inconveniente con él, responde económicamente y afectivamente”*. Tiene intenciones muy claras de progreso económico y piensa que a través de la prostitución puede obtener más rápido lo que desea, asumiendo las dificultades de su actividad económica: *“Hay gente que dice que el dinero fácil! No es ningún dinero fácil, de pronto es un medio más rápido de conseguir lo que uno quiere, pero no es así tan fácil porque no es fácil uno estarse acostando con borrachos, con hombres que huelen feo, con hombres sucios, entonces no es fácil.”* (Isabel, 2010).

Dos cosas quiero resaltar de este caso. Por un lado refleja que no hay un modelo único, de causa-efecto que explique las razones o las circunstancias por las que una mujer decide suministrar servicios sexuales a cambio de dinero. Y por otro muestra las tensiones que establece el hecho de “vender” un servicio que tradicionalmente está asociado “a una esfera privada y no comercial, gobernada por valores de intimidad, amor y afecto” (Morcillo, 2009: 2), en la que la vergüenza y la culpa por un dinero ganado con el ejercicio sistemático de la sexualidad, aparecen al transgredir el imaginario de dicha sexualidad femenina como pasiva, y el del dinero como símbolo del poder masculino.

A partir de ese momento inicia el recorrido por un mundo desconocido para muchos y muchas, uno que implica el desarrollo de ciertas habilidades, el arte de manejar un oficio como otros, de relacionarse con quienes pagan para obtener servicios sexuales, con quienes administran o son dueños de los establecimientos; porque “la mujer” que ejerce prostitución no lo hace sola, su actividad está inscrita en una dimensión relacional y como lo mencioné en el primer capítulo, en tanto trabajo se mueve entre sistemas de dominación, relaciones de poder y resistencias a dichas dominaciones. Laura relata entre risas y rabias cómo ha cambiado en el camino, los riesgos que ha asumido como trabajadora sexual, pero también como mujer, como hija y como madre, con las múltiples facetas de su vida que no se reducen a lo que hace aunque allí encuentra claves importantes para entender-se, para interpretar su presente y su futuro, lente que usa para ver la sociedad y el mundo:

“Entonces cuando yo empecé aquí en Colombia, que empecé aquí en el Santa fe, nada existía aquí en el Santafé, solamente existía un negocio. Yo era una china marica de 17 años que todo me lo gastaba, enamorada de la vida, enamorada del

licor, enamorada de las chaquetas, enamorada de la ropa, gastalona y buena socia, de esas chinas que dicen "ay amiga, acompáñame a tomar yo te gasto, yo te gasto, yo te pago tu compañía pero acompáñame". Entonces venía y me metía en ese Santa Fe y me hacía la plata hasta las dos de la tarde (...) nunca desprecié plata, todo era amor, todo era cariño, todo era belleza para mí, era muy folclórica y con tragos, muchos hombres se aprovecharon, muchos me engañaron, muchos me metieron billetes falsos muchos no me pagaron (risas) y yo al otro día me comía las uñas y decía "no le cobre a fulano" (expresión de angustia) "y le hice de todo! Pero cómo??" ... (risas)... me pasaron muchas cosas. (...). Un día llegó un tipo y me dijo: "serías capaz de entrar a la cárcel? No por la plata que te dan acá, sino por ¡muy buena plata!" entonces yo le dije: "de cuánto estamos hablando?" -"estamos hablando de un millón de pesos". Un millón de pesos hace doce años era como decir 10 o 12 millones de pesos. Entonces yo le dije: "qué hay que hacer", me dijo: "tú eres arriesgada? Vamos a entrar a la modelo, a alta seguridad, vamos a entrar a donde unos amiguitos que se llaman Popeye, el Italiano y Henry Loaiza -el alacrán-", entonces yo le dije: "hágaale, hágaale" (risas). Me pasaron muchas cosas, muy duras, pero pues todo eso me enseñó a ser más viva. Yo digo si a mí me va bien en la prostitución, lo importante es sacar provecho de ello. Qué es sacar provecho? Hacer mi lanita, no es envejecer al lado de un hombre porque los hombres pagan mal, porque hay hogares que se han caído de 30, 40 años, porque a ti nadie te asegura que vas a envejecer con ese hombre, porque sencillamente ese hombre se cansa de ti o tú te cansas de él, se acabó el amor, la pasión. Viudas! Quien dice que tu vas a estar 30 años, 40 años con un hombre? Pero es muy duro envejecer sin un puto peso. Tu vieja y sin 5: grave! Pero tú vieja y con plata: eres otra. Entonces qué pasa? Mi prostitución sacarle provecho, sacar de qué vivir yo, sacar a mis dos hijos" (Laura, 2010).

Es así que para Laura la posibilidad de migrar se presenta cuando ha acumulado todo un saber y una experiencia en torno al trabajo sexual, llega en un momento en el que ya ha vivido el costo del estigma a nivel social y subjetivo, cuando ya se ha planteado formas de resignificar lo que hace, de pensar otras estrategias económicas y de movilidad social. Con historias específicas y caminos distintos las demás entrevistadas cuentan con lo mismo en el momento en que deciden viajar; trabajar sexualmente en el exterior no aparece de la nada, ni es un mensaje enviado a un cuerpo anónimo.

A esto se suma que en varios de los casos estudiados, las entrevistadas contaban con experiencias de migración interna previas, incluso algunas se encontraban en Bogotá de paso, pues moverse por el país -o fuera de él como ampliaré más adelante- hace parte de una estrategia para mantener su actividad en la clandestinidad, protegerse del estigma y del desprestigio social. Así lo manifiesta Natalia: "Yo en Medellín [Ciudad en la que viven sus hijas y su madre] no trabajo esto. Acá en Bogotá hace 5 meses yo vine y apenas estuve como 8 o 15 días no más (...). Uno programa: voy a hacer otro viaje. Por ejemplo yo con una amiguita que

conocí en San Martín estamos programando irnos para Pasto, San Andrés, acá dentro de Colombia y ya después irnos para Aruba o pegar para Curazao otra vez. (...) En Medellín no trabajo esto, en Medellín me dedico a ser toda una señora de casa! Una mujer muy decente!"

Frente a esto quisiera señalar dos cosas:

1. La indiscutible presencia de la dicotomía "Putas Vs. Decentes" ó "Esposa/Madre Vs. Puta", en el relato de Natalia, y en el de las demás entrevistadas, su interiorización y papel en la forma en que se definen a sí mismas y a lo que hacen. Dicha dicotomía sintetiza la máxima de control social sobre las mujeres en occidente, dentro de un sistema sexo-genero: patriarcal, racista, y heteronormativo en el que dicha dicotomía sirve como "idea básica de la cultura que estructura la estigmatización simbólica de las prostitutas y el control sexual de todas las demás" (Lamas, 1996: 43).

De acuerdo con Martha Lamas, el hecho que sean las mujeres y no los hombres quienes son estigmatizados por su actividad sexual, tiene que ver con que estos últimos gozan una posición de libertad en el uso de su cuerpo, pero además con la lógica del género que construye la sexualidad de las mujeres basada en patrones de dominación y subordinación en los que el uso del cuerpo femenino cuando hay dinero de por medio, devela "el lado oscuro de la feminidad (...) La negación simbólica del deseo sexual femenino opera como dispositivo de control. Las mujeres decentes se entregan por amor; las putas buscan dinero o placer"⁸ (1996: 45).

Pero este asunto en occidente se inscribe en una lógica más amplia -herencia en buena medida del catolicismo-, la de la Misoginia como fobia hacia las mujeres y lo femenino, que se basa en su inferiorización, descalificación y rechazo, asunto que no sólo ha justificado su exclusión sino el ejercicio de la violencia material y simbólica sobre estas (Lagarde, 1998). Como forma cultural e ideológica que ha servido a la subordinación de las mujeres, la misoginia ha formado una escala de valores en la que lo femenino es inferior con respecto a lo masculino, pero además ha "clasificado" a las mujeres reproduciendo

⁸ Con esto la autora deja claro que "puta" no sólo es aquella mujer que comercializa servicios sexuales, sino que incluye a aquella a la que "le gusta la sexualidad", a la que "se acuesta con muchos, aunque no cobre" (pp: 44). Isabel Holgado lo sintetiza de manera contundente: "para las mujeres que rompen la cadena de identidades legítimas, el orden sexista reserva la categoría ilegítima por excelencia: la puta, máximo castigo por transgredir las normas patriarcales" (Holgado, 2004:4).

jerarquías dentro de ellas, como forma de garantizar control sobre todas, en ese sentido está presente como “contenido de las relaciones patriarcales entre las mujeres”, pues no sólo es ejercida por “los hombres” y las instituciones sociales, sino que ha sido interiorizada por cada una, de acuerdo con Marcela Lagarde: “la más dramática de todas las expresiones misóginas, es la misoginia de cada mujer hacia sí misma, que forma parte de nuestra propia identidad de género” (Ibíd: 112).

La expresión usada por Natalia: “*¡Una mujer muy decente!*”, para dar cuenta de sí en los escenarios en que NO trabaja sexualmente, da cuenta de dicha interiorización, reproduciendo la dicotomía, los fantasmas y representaciones ideológicas de género que la habitan; de manera sutil expresa su propio rechazo y desprecio a ese “otro tipo de mujer” (da cuenta de esa expresión misógina), que al trasgredir las normas hegemónicas de la feminidad exaltada parece encarnar por excelencia “la maldad”, “el peligro” y “la inferioridad” de lo femenino, que en el orden social dominante ha justificado su descalificación y rechazo.

2. Quiero referirme a los desplazamientos al interior del país que señala Natalia -en los que también ha ejercido prostitución-, pues estos pueden leerse como antecedentes migratorios que dan a algunas de las entrevistadas otras herramientas para enfrentar la migración internacional; los frecuentes temores al desprendimiento de hijos, familiares y amigos, sentimientos de extrañamiento y estrategias de adaptación a lugares que no son los de origen ya han sido enfrentados antes y de alguna manera han abierto el sendero para cruzar otras fronteras.

No quiero decir que la migración interna sea condición de la internacional, pero resulta interesante ver que de acuerdo con varios de los relatos, estos no fueron procesos ajenos y de hecho en varios casos, asumir el riesgo de salir del país pasó por una valoración previa de la experiencia migratoria en Colombia. Migrar, incluso desde antes de salir del país, ha sido para varias de las entrevistadas, una estrategia para mejorar sus condiciones de vida, por lo que no son ajenas a la posibilidad de participar en los circuitos migratorios internacionales.

2.2 ¿Por qué marcharse?: Entre las motivaciones para migrar y las esperanzas instaladas en hacerlo...

Los motivos que tuvieron cada una de las entrevistadas para salir del país, las razones que les sirvieron de motor para decir *si* y dar inicio a un proceso en el que participan de manera activa para migrar, se encuentran soportadas en aquellos vistazos que se dan a lo que aun no ha sucedido, pero con lo que se sueña, imágenes del futuro construidas a partir de inquietos y esperanzadores anhelos. Es por esto que en este apartado estudiaré por un lado las causas que aducen las entrevistadas para migrar y por otro las expectativas que de este proceso tenían y tienen, aunque a veces la línea que divide unas y otras sea tenue.

2.2.1 Me fui porque...

Las causas atribuidas por las entrevistadas a la migración, se relacionan con el contexto descrito antes, algunas tienen que ver con la situación social y laboral del país, otras se articulan a los propios proyectos de vida o metas personales, y otras tienen que ver directamente con las desigualdades de género. En muchos sentidos, las motivaciones que expresan son las mismas que aduce cualquier otro u otra migrante económica, que como es de esperarse se amarran al escenario social en el que participan.

Sugerir la “situación del país” como una de las causantes de la migración es un tema recurrente, muchas de las entrevistadas comparten que la difícil situación económica en Colombia y el alto costo de vida, les plantea la necesidad de “buscar una vida mejor” y allí migrar aparece como una estrategia. Es así como lo narra Paola: *“la situación aquí en Colombia está tan difícil y tan dura! Porque aquí a uno no le rinde la plata mucho, porque tú sabes que es muy poquito lo que se cobra, entonces tiene uno la gran oportunidad de viajar a otro lado, entonces uno aprovecha, consigue la plata como sea y aprovecha y viajas”* (Paola, 2010). Este relato no sólo nos deja ver cómo la salida del país es relacionada con factores externos, contextuales, sino que además plantea el proceso migratorio como una ocasión que abre puertas a la estabilidad económica. Sara por su parte sostiene: *“Lastimosamente nosotros queremos mucho Colombia, pero le faltan muchas cosas, mucho le falta! Es un país desordenado es un país donde el gobierno roba, mientras que en otros lados se preocupan por la gente y vive bien, viven bien, créame que viven bien.”*

Catalina coincide con Paola, pero además menciona el impacto que las dificultades

económicas que tiene acá, tienen sobre su papel de proveedora para sus hijas: *“las cosas aquí han estado tan pesadas que cuando me quedo, no soy capaz de darle una navidad a mis hijas. Están muy duras... solamente para medio vivir. En cambio por allá, por muy mal que esté eso es rapidito que se cuadra.”* (Catalina, 2010). Este elemento es frecuente en quienes son madres y puede explicarse por las relaciones de género y la forma en que a través de estas se han construido las representaciones sociales sobre la maternidad, lo que de acuerdo con Carmen Gregorio hace que las mujeres-madres se conviertan en pieza clave de la estrategia de supervivencia familiar y vivan su emigración como parte del un compromiso con sus hijos e hijas, como un proyecto grupal, que en la mayoría de las ocasiones es desplegado por ellas (1998).

Sumado a lo anterior, es recurrente que las entrevistadas manifiesten haber ponderado las ganancias económicas en otra moneda como una de las principales motivaciones, se calcula, se multiplica y la conversión no sólo está lista sino que es tentadora: *“Me fui porque una amiga me dijo que de pronto allá por la moneda -que era en ese entonces, la peseta-... era mucho mejor, se ganaba mucho mejor, que al cambio a los pesos se duplicaban, o sea se duplicaba la plata. Entonces me fui a ojo cerrado, sin pensarlo, ambiciosa, llena de sueños y me fui”* (Laura, 2009).

Esto coincide con otros estudios que han hallado que tanto las y los migrantes como sus familiares, en la búsqueda de satisfacción de sus patrones de consumo optan por la migración pues calculan ventajas económicas al hacer comparaciones salariales entre origen y destino. *“Por ello consideran que mientras en el país de origen únicamente se vive para satisfacer necesidades básicas, en el de destino los ingresos devengados sirven para lograr un mayor nivel de consumo”* (Puyana; Motoa & Viviel. 2009: 61). Isabel está muy segura de esto y así lo manifiesta: *“Esta claro: por el dólar! Está muy claro, acá ganamos en pesos. El dólar manda el peso, y pues por una mejor estabilidad, uno se puede hacer 30, 40, 50 millones en 3 meses y hasta más, en cambio acá en Colombia pues es un poco más difícil, no?”* (Isabel, 2010).

Expresado de diversas maneras, pero presente en todas, este es el primer argumento de las entrevistadas; Fernanda lo manifestaba de manera sintética pero con tono contundente: *“LA PLATA! porque allá pagan en dólares y es más bueno”*. No obstante, en ninguna de las

entrevistas se explica que el dinero sea en sí mismo el motivo para migrar. Su obtención está asociada a propósitos más amplios, que nos iluminan dos cosas: por un lado el grado de agencia y de capacidad para evaluar las opciones, y por el otro el hecho de que no todas las mujeres que ejercen prostitución en Colombia decidan hacerlo fuera del país aún cuando esta parezca una posibilidad más rentable; dicha evaluación de opciones en la que la migración aparece como posibilidad se hace desde registros distintos.

Por ejemplo, la búsqueda de recursos para adquirir vivienda, aparece como una de las motivaciones más fuertes. De acuerdo con Adriana, aunque ha querido hacerlo desde hace mucho tiempo, comprar una casa no ha sido tarea sencilla con lo que gana en Colombia, mientras que, con los viajes que ha hecho ha podido ahorrar más y estar más cerca de su meta: *“La verdad quiero comprar casa, quiero apartamento, estoy aburrida de pagar arriendo, porque llevo muchos años pagando arriendo. Tengo un hijo y quiero que viva conmigo acá en Bogotá, entonces mi meta es trabajar y trabajar, por eso me fui. Pero igual lo que vale una casa aquí en Bogotá! No he podido comprarla por eso, estoy esperando que me salga un nuevo viaje a Aruba o a Bonaire pa’ poderme ir”* (Adriana, 2010). Su caso expresa cómo la dificultad en el acceso a recursos promueve de manera directa la migración, pues esta aparece como una alternativa favorable para la consolidación de mejores condiciones de vida.

De acuerdo con Gemma Nicolás Lazo (2009), las valoraciones que realizan las mujeres que se dedican al trabajo sexual sobre este, son muy heterogéneas y depende de cada persona. Sin embargo, y como lo mencioné antes, el costo social y subjetivo de asumir una actividad económica estigmatizada y de las “peores vistas” para las mujeres, es muy alto. Este elemento es especialmente importante para entender que varias de las entrevistadas hayan decidido salir del país, motivadas por la intención de tener mayor anonimato en el ejercicio del trabajo sexual, regresar y dejar de ejercerlo pronto.

Natalia, ha experimentado el hecho de ejercer prostitución en varias ciudades de Colombia, pues teme que alguien que la conozca pueda enterarse y hacerle saber a alguna de sus hijas que se dedica a ello. Por ello su estrategia ha sido siempre la de movilizarse, para no ser identificada. En ese sentido, además de las ventajas económicas que también reconoce en la migración, para ella es especialmente valiosa la distancia para proteger su imagen ante sus hijas, razón por la que: *“Me gusta más fuera de Colombia, porque ve uno el*

dinero más rápido, además porque a mi acá no me gusta... Yo la verdad acá en Colombia es muy poco, acá me dedico a ser una señora de casa... yo digo que todo es como uno se acostumbra. Por ejemplo yo digo que yo me acostumbré ya a viajar fuera de Colombia, entonces me gusta más" (Paola, 2010).

De acuerdo con Dolores Juliano, el trabajo sexual es usado por algunas mujeres como "actividad refugio", lo cual quiere decir que se recurre a él para solucionar necesidades económicas o como "recurso funcional", constituye un medio para mejorar condiciones de vida y por lo mismo muchas de quienes lo ejercen lo ven como temporal. A lo anterior se suman los estereotipos que se han interiorizado y que suponen culpabilización por ejercerlo, señalamientos no sólo de los demás sino propios por asumir esta alternativa económica y que se traducen en la necesidad para muchas [no todas] de dejar de ejercer prostitución, de justificar su ejercicio con razones meramente económicas que una vez superadas deben dar vía libre para ser de nuevo una "mujer normal". Cabe aclarar que esta afirmación no tiene intenciones generalizadoras -las formas de pensar el ejercicio del trabajo sexual son tan amplias como la cantidad de personas que de él obtienen recursos- pues estos significados también se hilan con condiciones de clase ó etáreas, por ejemplo. Sin embargo, me interesa destacar que es dentro de la lógica de dicha culpabilización, y de concebirlo como una "actividad refugio" que gran parte de las entrevistadas tienen siempre en mente la necesidad de dejar de hacerlo, y es con ese fin que usan la migración como recurso para lograrlo.

Si cruzamos esa intención que tienen algunas mujeres de dejar de ejercer prostitución pronto, con las ganancias económicas que da la migración y que les permitirían encontrar otras formas de obtener recursos, entendemos de mejor manera el relato de Sara: *"Si es más dinero allá, total! Entonces uno va a poder cumplir sus metas más rápido. Mientras que yo en un mes acá me puedo ganar 4 millones, allá me puedo hacer 15 millones, me entiendes? Entonces para mí, es mi paso para que mi meta sea más corta, para cumplir más rápido lo que quiero, lo de mi casa, lo de mi negocio, las cosas que yo quiero más corto. Mientras que si me quedo acá en Colombia me tocaría muchos más meses para cumplirlas (...) yo no quiero que mi niña crezca y de pronto se entere. Por eso el viajar y el cumplir mi meta en un año, en un año necesito mi meta clara, lista, para estar con ella (...) es importante que estas mujeres salgan a viajar, salgan a cumplir las metas mucho más rápido, se van a ganar el dinero, se ve más, más en grande, se va a salir uno más rápido*

de hacer esto” (Sara, 2010).

Laura pensó lo mismo y así se lo dijo a su madre antes de partir: *“me le volteé a las 10 de la noche en la cocina a mi mamá y le dije: “mamá, me voy fuera del país” y me dijo “que qué?” y se me arrodilló y me dijo “no te vayas, mi hija! Yo qué he criado? Está loca mijita”. Le dije: “Me voy mamá porque quiero otro futuro, porque estoy mamada de la pobreza, porque estoy cansada de la prostitución” -porque mi mamá sabía lo que yo hacía-. Yo dije: “yo tengo que no seguir trabajando aquí en Bogotá, yo estoy mamada de trabajar y de darle plata a mi mamá y Jorge de verme acá...”* (Laura, 2010), hizo esta reflexión y se marchó. Paola por su parte sostiene al respecto: *“estoy decidida a hacer este viaje u otro y ya montar mi negocio, y pues ya retirarme de esto”* (Paola, 2010).

Pero los factores que han motivado la migración no se agotan allí. Puyana, Motoa y Viviel (2009) señalan que dentro de las motivaciones para migrar hay unas causas internas, individuales, dentro de las que podemos mencionar la disposición y actitud favorable de algunas personas para viajar, dejar el país donde nacieron y desplazarse a otros lugares en búsqueda de aventuras o sueños (pp: 66). Isabel, reconoce las propias y señala *“la ambición”* como factor que incidió en su decisión de emprender un proceso migratorio: *“viajando se vuelve uno más ambicioso porque de pronto uno va a Aruba, entonces 30, 40 millones, entonces en tres meses pues no es normal para una persona: ¡normal! Entonces uno empieza a maquinar y empieza a echar calculadora, y números, y si hago otro viaje, y si hago otro viaje”*. En estas situaciones, los límites que establecen las entrevistadas para dejar de ejercer el trabajo sexual se hacen cada vez más laxos, pues a mayores recursos económicos percibidos con la migración y con la prostitución, también mayores son las expectativas de mantener el nivel de vida y de consumo que esto les permite y que con muchas dificultades podrían tener si sus ingresos dependieran de otra actividad económica en Colombia.

Paola por su parte integra a sus motivaciones para viajar, una que esgrimen muchos y muchas migrantes: *conocer!* Así lo describe: *“Por un lado cuando me dicen “vámonos a viajar”, de pronto no son las ganas de ir a trabajar, sino las ganas de ir a conocer, para mí. La oportunidad más fácil, de bueno: “voy a ir a ejercer la prostitución”, me mandan el contrato y sé que es más fácil así y no tengo problema. Entonces si yo quiero ir a otra parte, de turista, que yo diga “quiero ir de turista” es muy complicado, no me van a dar la visa. En cambio así, uno tiene el contacto, le*

mandan el permiso y no me van a negar la visa. Entonces uno conoce y a mí me gusta conocer también” (Paola, 2010).

Este elemento es interesante, pues como lo sostiene Laura Agustín (2005), a las variables sociales, políticas, económicas debemos integrar el carácter aventurero y transgresor de aquella mujer que decide migrar en busca de conocer el mundo y adquirir otras experiencias. Después de todo, “las mujeres también toman decisiones de migrar y también valoran sus opciones según las estructuras geopolíticas y económicas y sus códigos culturales, sus aspiraciones y deseos y sus necesidades. Son influidas por sus condiciones sociales, por la situación económica, por el ambiente, pero también tienen capacidad de meditar sobre sus opciones y de tomar una decisión. El hecho de ocupar una posición menos poderosa en términos estructurales no significa que no se puedan tomar decisiones, influidas, obviamente, por multitud de factores socio-económicos, pero también por deseos individuales” (Nicolás, 2006: 7).

Pero además, quisiera enfatizar un elemento señalado por Paola. Ella considera que de no ser por el ejercicio de la prostitución, sus posibilidades reales de obtener una visa que la dejara salir del país en condiciones regulares sería muy difícil, lo cual creo que es muy cierto y que se relaciona con otros factores. Existen principios claramente generizados y racializados que ordenan los flujos migratorios hoy, una “mujer”, del “tercer mundo” que desee migrar debe hacerlo soportando claros beneficios de clase, o en su defecto tendrá que vincularse a los sectores laborales que abanderan los estereotipos de género y de raza/etnia en la actualidad, la movilidad de seres humanos experimenta claros controles, esto, además tiene que ver con la marca de los procesos de nacionalización -que en tiempos globales resultan tan paradójicos-, entendiendo que estos no sólo se dan en términos de la definición propia, sino también de la de “rasgos” de origen, culturales y naturalizados en el *otro* u *otra*, que sirven para fundar representaciones sesgadas y para fortalecer fronteras, no sólo geográficas, sino simbólicas e ideológicas que dan lugar a una profunda imposición colonial. Sin embargo, Paola ha potenciado los recursos con los que cuenta, y a través del uso de esos mismos estereotipos ha logrado deslizarse por las fronteras.

En ese sentido, las personas no solamente migran por factores económicos aunque esos

sean los que de entrada aducen, los factores ideológicos, sociales, políticos, se articulan con los niveles individuales y personales, y el proceso migratorio pasa por como cada cual los asume y los relaciona, a la final hay también “una necesidad y curiosidad por conocer mundo: no hay que ser del norte para ser cosmopolita” (Mestre, citando a Agustín, 2002: 133-35).

2.2.2. Uno se va con la ilusión de...

Cuando hablamos de expectativas, nos referimos a ese conjunto de ideas, situadas en el plano de los deseos que dan cuenta de lo que se espera de una situación dada. De acuerdo con Puyana, Motoa y Viviel (2009) en la migración se construyen desde antes de la toma de decisión y pueden mantenerse o no con el paso del tiempo, acompañan todo el proceso migratorio y están alimentadas por las representaciones sociales en torno a lo que se quiere alcanzar (pp: 67).

Esos aspectos del futuro que se prevén o se suponen de determinada manera, están relacionados por un lado con lo que se espera obtener con la migración y por otro con lo que creían las entrevistadas iba a representar el trabajo fuera del país. Para algunas la obtención de cualquier beneficio económico representaría un costo, que las prevenía y frente al cual deseaban ir preparadas. Para otras en cambio, las circunstancias se presentaban como distintas e idealizadas totalmente, la migración, los clientes, las ganancias, todo iba a estar bien, todo iba a estar: *mejor allá que acá*. No es posible establecer ninguna generalización al respecto, pues lo esperado por todas se matiza, hay momentos en los que es ambiguo, se construye y se relata de acuerdo con la concepción que actualmente tienen del proceso migratorio. La lectura de lo que se esperaba, es póstuma y está atravesada por la evaluación de ese proyecto que antes fue novedoso.

En los relatos, es evidente que la idea de salir del país y lo que de ello se espera no es separable de la pregunta por la actividad que se va a desarrollar. Isabel, lo expresa de una manera fuerte, que sintetiza el hecho de asumir como obvias una serie de violencias materiales y simbólicas ejercidas socialmente contra las mujeres que ejercen prostitución: “*si usted se va a ir a putear no puede esperar que la traten como a una princesa*”, dice. Esta afirmación deja ver cómo lo que se espera encontrar en el país de destino está atravesado por la estigmatización del trabajo sexual, pues a menudo entre las entrevistadas se cree

que las condiciones en las que se trabajará no serán fáciles. De hecho se piensan difíciles en términos de la propia industria del sexo y sus riesgos, pero además de la condición de “migrante”, pues estar en un territorio que no es sentido como propio, llena de incertidumbres y suspicacias, pues: *“igual uno no está en su país, entonces claro que cuando uno no está en su país obviamente también corre riesgos”* (Isabel, 2010).

Entre esta tensión se construyeron y se siguen configurando las expectativas de Paola: *“Cuando yo salgo del país yo sé que no voy a tener las mismas comodidades que tengo en mi casa o que tengo aquí en Colombia. Entonces yo salgo sabiendo que tengo que irme a someter de pronto a algo que no me guste. Ya uno se lleva una idea de que bueno: “no me voy a hacer a la idea de que eso es muy lindo o de que voy a estar muy bien, no voy a hacer la idea de que voy a pasar un poquito mal”. Porque si yo me voy con la idea de que la voy a pasar súper bien, entonces la voy a pasar súper mal, entonces no. Mejor uno se va con la idea de que le va a pasar algo malo para que lo sorprenda lo que se encuentre (...) uno se va a veces con la idea de que “me voy a hacer un dinerito, me va a ir mejor que acá en Colombia” y si de pronto uno no alcanza la meta con la que uno iba acá en Colombia, de pronto uno dice: bueno me voy a hacer tanto, entonces ya uno se estresa, que tengo que mandar pa’l fin de mes para la renta, para el mercado, entonces eso es algo que lo va estresando que lo va poniendo a uno también incómodo”*.

Así como Paola, Isabel también viajó con la esperanza de traer más dinero, y por eso tenía claro que: *“vamos es a trabajar, conseguirmos nuestro dinero, no nos importa nada más..., a pasear, a conocer”*. Estos dos últimos elementos son percibidos para ella como valor agregado en el proceso migratorio. Sin embargo para las entrevistadas, como para muchos otros y otras migrantes, la oferta de trabajo con mejores ingresos que los percibidos en Colombia, trae consigo la idea de la una migración atada al desarrollo económico que les permitirá mayor “progreso”, y calidad de vida. La afirmación de Isabel ilustra lo mencionado por Esperanza Joves, refiriéndose a los resultados de una investigación hecha por Gina Benavides y Gardenia Chávez con trabajadoras domésticas ecuatorianas en España y Estados Unidos, *“las expectativas laborales se centran en obtener empleo y en aprovechar el tiempo trabajando para lograr mayores beneficios”* (2010: 74).

En muchos de los casos, los beneficios no son pensados sólo para sí, sino que están articulados a proyectos familiares más amplios, que en ocasiones se inscriben en la lógica

dominante sobre la maternidad, en la que la lealtad y el compromiso con los hijos e hijas hace que la migración sea puesta en marcha *para y por* ellos y ellas, con la firme y clara intención de garantizar *un futuro* en Colombia con mayores respaldos. Por lo menos así lo siente Sara: *“Yo no quiero una casa grande en Curazao, sino quiero una casa en Colombia y un ahorro si ella [hija] decide que no quiere vivir en Curazao, que quiere volver a Colombia y quiere estar en su país, que quiere estudiar acá. Entonces yo quiero que ella tenga su casa donde llegar y tenga su plata ahí, para que diga “voy a estudiar en una universidad, voy a tener todo”, en caso de que yo no esté”* (Sara, 2010).

Asegurar vivienda y educación a los hijos e hijas es un anhelo fundamental para varias de las entrevistadas, pero no es el único. La esperanza de invertir en algún tipo de negocio que además permita salir de la prostitución, es recurrente en varias de ellas, Paola lo relata así: *“tengo una amiga acá que tiene un negocio en la 18 con 13, entonces he estado ayudándole en el negocio, como ahí. Ahorita tengo ganas de hacer otro viaje para asociarme con ella, si me entiendes?”* (Paola, 2010).

Esto coincide con lo señalado por Joves, en relación con otras mujeres latinoamericanas que despliegan un proyecto migratorio como estrategia económica, pues parece que la idea de ahorrar el dinero obtenido en el exterior es importante y extendida; la lógica de maximizar oportunidades se traduce en la necesidad de invertir y pensar en aspiraciones como comprar casa y poner negocios (2010).

En muchos de los casos analizados los *viajes* son visualizados como posibilidad de cambio, el lugar de destino como escenario de oportunidad y salir del país como fuente de prestigio ante compañeras, familiares y amigos/as. Por ello Paola decidió contarle a sus hijos que se iba por unos meses y argumentó: *“yo les dije papitos, tengo la posibilidad de irme para allá, si dios quiere me va a ir muy bien, la situación va a cambiar un poco”*; en el mismo sentido Isabel relata su entusiasmo: *“ir a conocer la playa, tomarse fotos y decir que uno estuvo en Aruba”*.

Son justamente estas imágenes las que permiten a muchas de ellas compensar los miedos y las incertidumbres y finalmente llenarse de motivos y salir del país: *“De pronto uno dice: “algo aquí me va a pasar”, uno no sabe. Pero, sin embargo uno se va con la esperanza de que le va a ir súper bien, de que se va a traer la platísima”* (Fernanda, 2010). A ello se suma el papel de las

compañeras que han viajado antes, ellas alientan y advierten, configuran con sus relatos e historias las expectativas de las que no lo han intentado aún: *“lo que iba a pasar allá, ya me lo había contando, ya las amigas cuentan todo, cuentan todo, todo lo cuentan. Entonces ya yo iba, ya sabía cómo iba a llegar allá”* (Sara, 2010).

2.3. ¡Los contactos están!: redes, trámites y estrategias en el proceso de salida

Consolidar un viaje para trabajar en el exterior no suele ser una tarea individual. Así como las expectativas del mismo están marcadas por las representaciones sociales del hecho migratorio o los motivos se tejen entre los niveles macro y micro, la puesta en marcha de la migración suele ser un escenario en el que participan e inciden diversos actores.

Muchos y muchas teóricas han reflexionado sobre la importancia de las redes sociales en la comprensión de las migraciones internacionales, en tanto: *“concepto de alcance medio que permite guiar la investigación empírica y entender a nivel micro los múltiples elementos que inciden en la decisión de migrar”* (Díaz, 2009: 9). De hecho Luz Marina Díaz, situando el papel de las redes sociales en el vasto complejo migratorio, las define como formas de interacción social, sistema dinámico y en construcción continua que implica tanto a individuos como a organizaciones, que con necesidades comunes se organizan para potenciar los recursos con los que cuentan (2009: 9). Este elemento es central en los casos estudiados, pues en todos es posible ver la influencia de dichas redes en la toma de decisión, su participación en los trámites y *papeleos*, y su utilización como estrategia para migrar.

De acuerdo con lo planteado por Laura Oso (2000), el papel de las redes en la configuración de la estrategia migratoria de muchas mujeres (trabajadoras domésticas y sexuales) implica la participación de diversos actores, que incluyen familiares y amigos, pasando por pequeños empresarios, hasta grandes mafias y organizaciones criminales, sin ser el tráfico de migrantes dominio exclusivo de estas últimas. De hecho sostiene la autora que, el *tráfico* no significa siempre engaño o coacción, sino que está constituido por aquellas acciones que con ánimo de lucro, diversos costos, riesgos y beneficios, implica a distintos protagonistas en la *“exportación”* de individuos en diferentes etapas del proceso migratorio, que de forma independiente se benefician del éxodo.

Sin referirse directamente al tráfico, pero en la misma línea que Oso, Juliano argumenta que acudir a las redes de apoyo ha sido desde siempre una estrategia normal y generalizada en todo proceso migratorio, “Familiares, amigos, vecinos, gestores, autoridades, comerciantes, prestamistas, conocidos, compatriotas, expertos y solidarios, todos son movilizados para facilitar el proceso y todos aportan algo (desde consejos a dinero) y a su vez reciben beneficios que van desde el reconocimiento al pago (a veces muy incrementado) del capital invertido” (2000: 2). Por lo mismo, las redes constituyen un vehículo importante de información sobre el proceso migratorio, a través de ellas se facilita la adquisición de documentos y de contactos con los lugares de destino, amortiguan el choque generado por el tránsito entre un territorio y otro, y además facilitan la adaptación al nuevo mundo de relaciones generado por el desplazamiento (Juliano, 2000).

Pese a que están presentes en todos los momentos del proceso migratorio, y conforme al objetivo de este capítulo me centraré en analizar el papel que han tenido las redes en la estrategia de salida del país que vivieron las entrevistadas. Para ello retomo algunos de los elementos planteados por Oso, cuando dice que en la etapa previa a la movilización y en la movilización se identifican tres momentos: el primero es la búsqueda de recursos económicos para el viaje (tiquetes, obtención de documentación, etc.); el segundo, alude a las técnicas usadas para esquivar los impedimentos de entrada al país de origen, y el tercero hace referencia al establecimiento de contactos en el contexto de acogida que facilite la inserción a la sociedad receptora. Haré especial referencia al primero y al tercero de dichos momentos, de acuerdo con lo hallado en los relatos que soportan este estudio.

Al organizar su relato en torno a la migración, lo primero que recuerda Paola es la expresión de una de sus compañeras de trabajo: *“mira, ve, no te gustaría irte? Lo pensé, no tomé la decisión ahí mismo, lo pensé un año. Ella me dijo: mirá, conseguí lo del pasaje, conseguí teo prestado, pero yo: no, yo no me voy, dejar mis hijas, irme a acostar con otros hombres que de pronto a mi no me gustan, si? De pronto uno sin saber. Un año lo pensé. Ya después estuve en una crisis económica muy apretada. Ella me vio otra vez y volvió y me dijo: que hubo, usted qué? Lo pensé, me dio mucho dolor y todo, y me fui. Hasta ella misma, imagináte, hasta ella misma me prestó el pasaje!”*. Tanto para ella como para casi todas las entrevistadas, la idea de migrar viene dada por alguna compañera que ya lo ha hecho, quien proporciona información y

contactos para efectuar el viaje. Con recursos propios pero persuadida por una compañera de trabajo, Luz decidió partir: *“Eso era en Medellín y yo tenía 21 años. Allá conseguí una muchacha, ella tenía 29 años y ella me habló sobre Ecuador, que ella ya había viajado, que allá el trabajo era muy bueno. Ella me dijo: consiga lo del pasaje y nos vamos y yo le dije: -cuánto vale lo del pasaje? -250. Y yo cogí la maleta, la plata y me fui.”* (Luz. 2010).

El caso de Luz puede entenderse, de acuerdo con Oso, como *migración autónoma* en tanto el monto de dinero necesario para pagar la inversión inicial del viaje fue conseguido de manera independiente. Ha sido este el caso menos frecuente entre las entrevistadas y puede entenderse dado que la inversión que tenía que hacer no era tan alta. Caso diferente es el de quienes recorren distancias más amplias y a fuerza deben costear tiquetes aéreos por ejemplo, o pagar por anticipado los contratos de trabajo como mencionaré luego.

Por otra parte, algunas de las entrevistadas manifestaron como Paola, recibir algún tipo de apoyo para el viaje sin fines lucrativos, así lo relató Catalina: *“otra pelada me habló de... por allá - ¡y vámonos y vámonos!- entonces... yo hasta le conté a mi mamá y... bueno, yo llegué con ese pensamiento a Bogotá: -voy a hacer los papeles, para ver si me voy por allá-. Cuando llegué aquí le dije a mi amiga -voy a hacer papeles para irme para Curasao y ella me dijo: mami yo me voy mañana! Y yo le dije: ¿pa' donde? Y me dijo: -pa' Curasao...- y yo: -si... bueno, ¿ud. Porqué no me dijo?...- y me dijo: -no! pues como usted no estaba... Entonces, ella pospuso ese viaje, eso era un miércoles y ella viajaba el jueves, lo pospuso para el martes, para que yo hiciera mis vueltas para ella llevar mis papeles. (...) y ella llevó mis papeles. Entonces, ella mantenía pendiente de la oficina y a lo que saliera mi contrato me llamaba, ella estuvo pendiente de todo”*.

El apoyo brindado a Paola (préstamo para tiquetes) y a Catalina es ejemplo de otras dos modalidades de migración “espontánea”, las cuales requieren del respaldo de familiares y amigos en el país de origen y otras veces en el de destino. Lo importante de destacar es que el apoyo brindado por la red no se inscribe dentro de una relación mercantil, pero sí implica a nuevos actores en el proceso migratorio que no necesariamente están exentos de intereses lucrativos, pero para los cuales la obtención de beneficios está atravesada por el compromiso moral y afectivo (Juliano, 2000).

El apoyo brindado entonces, no es exclusivamente monetario y aunque muchas veces está atravesado por préstamos de dinero, las implicaciones simbólicas de la *ayuda* dan cuenta

de importantes lazos de solidaridad. Catalina relata de manera muy emotiva, el papel de algunas de sus compañeras en su proceso migratorio:

“Me acuerdo tanto que cuando mi amiga me llamó, me dijo que ya había salido el contrato. Ella llevó los papeles de una amiga y los míos. Entonces cuando ella me dijo que ya había salido el contrato, ese día yo pegué pa'l Valle. Hablé con mi hermano pa' pedirle plata prestada y él: -pa' qué- y yo: -¡présteme!-. Yo no le quería decir, pero entonces decirle pa' qué, entonces me dijo: -lo voy a pensar, ahorita vuelvo- el tenía que volver a la casa tipo 10:00 - 11:00 de la mañana y no vino. En toda la mañana no vino, que para que yo me desilusionara y no me fuera a ir. Entonces yo creo que me dieron las 2:00 de la tarde y no volvió, entonces yo volví y voltié pa' Bogotá. Y yo buscaba puertas y ninguna, ninguna se abría. Entonces en esas me llamó mi amiga, y yo le dije: -no Franci. Parece que no es mi día porque no tengo el pasaje. No tengo el valor de los pasajes, entonces no puedo hacer las vueltas... y me dijo:-ay no! cómo así? - entonces yo le conté que hasta le había contado a mi hermano para que él me ayudara... y se me hizo el loco. Entonces, me dijo ella: -si dios quiere que usted viaje, órale! Que esta noche voy a trabajar duro y todo lo que yo trabaje esta noche es para el pasaje suyo-. Y verdad. Esa noche se hizo más de un millón de pesos. Y al otro día: - Catalina, ya le compré el tiquete, antes le mando esta plata para que compre esto... y le dije a mi mamá:-necesito que me mande...- como ella vende mercancía... que me sacara unas sábanas de ahí, una toalla, si porque uno tenía que ir equipado con todo, más sin embargo, no alcanzaron a llegar, entonces una amiga me prestó de las de ella”.

En este caso los recursos para poder efectuar la movilización son puestos a disposición de quien va a migrar, tanto en Colombia como en el exterior, siendo esto último “un ejemplo clásico de la retroalimentación de la cadena migratoria, que ha sacado a la luz tradicionalmente la literatura sobre migraciones” (Oso, 2000: 8), pero que conviene destacar también está presente en las migraciones de mujeres vinculadas a la industria del sexo.

Sin embargo, no todas las redes funcionan con ánimo solidario. Buena parte de las entrevistadas dieron cuenta de la existencia de “contactos” en Bogotá que facilitan la obtención de contratos de trabajo, asesoría en el proceso de obtención de documentos y préstamos para la inversión, a cambio de significativas sumas de dinero. La alta informalidad en la que permanecen las relaciones sexuales remuneradas en tanto forma de trabajo en la ciudad, sumado a su profundo grado de estigmatización, entre otras cosas, crean en buena medida las condiciones favorables para que muchos individuos y pequeñas organizaciones saquen abusivo provecho de la intención migratoria de estas mujeres. Laura Oso reconoce que este tipo de red se aproxima al tráfico, sin que llegue a serlo, pues su participación no sólo se da con fines lucrativos, sino que muchas veces

participan en más de una fase del proceso migratorio (2000), sin que ello quiera decir que estén involucradas grandes mafias.

Laura relata cómo una de sus compañeras de trabajo la contacta con la prestamista, quien además de brindar apoyo monetario, tramita irregularmente la documentación necesaria: *“En esos días me dijo una amiga: “oiga marica, usted tan de buenas que es pa’ la plata, los hombres le hacen fila. Váyase pa’ España y hace LA plata” le dije: “pero con quién me voy yo?” -“le voy a presentar a una vieja”. Y me fui para el barrio Santa Isabel, en Santa Isabel había una mujer que se llamaba Marcela y me dijo: “el viaje vale 6 mil dólares, vale 12 millones de pesos los tiene?” y le dije: “no, yo no los tengo pero yo se los pago”, me dijo “empelótese y le miro el cuerpo” me empeloté y me dijo: “se va mañana”. Yo no le creí y me fui pa’ mi casa “esa vieja hijueputa” dije yo así “habla más mierda, ilusionándome”. Al otro día me llamó y me dijo: “le tengo pasaporte, pasajes””* (Laura, 2009)

Este caso coincide con lo plateado para España –destino de la relatante- por Dolores Juliano, en relación con la existencia de **redes de tipo comercial**, que mercantilizan estos recursos entre mujeres que migran para vincularse como trabajadoras sexuales en destino: *“agencia de viajes, prestamistas particulares o empresarios, adelantan el dinero y (a veces) proporcionan documentación para entrar en España. (...) En estos casos la cantidad que se reconoce como "deuda" suele ser mucho mayor que los gastos reales. Si el empresario que adelanta el dinero es dueño de clubes de alterne o bares, es muy posible que el contrato oral implique el compromiso de trabajar como prostituta en su local hasta cancelar la deuda, o por un tiempo determinado. (...) Este sistema, que no implica engaño aunque si explotación, es el más frecuente entre las colombianas”* (2000: 5).

La “deuda” de Laura fue pagada durante el primer mes de su estancia en destino, y su autonomía estuvo condicionada durante este tiempo: *“En Valencia fue donde conocí a una caleña y ella fue la que me encontró una plaza en El Romaní donde hice 21 días y pagué mi deuda. Llamé a mi mami y le dije: “mami, pase donde Marcela y reclame una letra de 12 millones de pesos” me dijo “tú pagaste 12 millones de pesos?” “¡12 millones de pesos!”. Entonces ya la cogió, la rompió y quedé yo libre”.*

Otras entrevistadas –con distintos destinos- manifiestan igual haber acudido a este tipo de redes para efectuar el viaje: *“la señora que nos envía nos cobra un millón de pesos por el chance,*

que viene a ser un contrato. Ella nos cobra un millón para ella y nosotras aparte pagamos el chance y aparte pagamos contrato, casa y todo allá desde que llegamos” (Luz); “Las amigas que ya han viajado te dicen, “no has viajado a tal isla? Vaya que es súper bueno, se trae muy buena plata”. Entonces por ellas uno se entera y hay una señora que tiene contactos en todas las islas, entonces ella nos hace el trámite. Ella lógico nos explota porque ella gana mucho sobre nosotras, pero es como la primera opción, me entiendes? Ya cuando uno va a la isla allá le dicen es que usted no tiene necesidad de pagarle a ella, usted envía los papeles por correo y entonces ya le pagamos solamente a ellos, pero uno no lo conoce sino hasta cuando viaja, porque antes uno no está muy enterado de eso” (Sara).

Es claro que Luz y Sara, como quienes han usado este medio como su estrategia migratoria, son conscientes de los costos, riesgos y beneficios que tiene, sin embargo optan por este mecanismo para salir del país, lo cual da cuenta por un lado, de los efectos nocivos de la “criminalización” de las migraciones dirigidas al comercio sexual que desencadena –entre otras cosas- falta de información, desconocimiento de los procedimientos, entre otras cosas, que son aprovechadas por estas redes y por otro cierto grado de autonomía en la elección de acciones emprendidas para consolidar la migración.

73

Pero así como las redes de amigos y familiares (solidarias) no sólo están presentes en Colombia, habrá que mencionar también la participación de actores en los lugares de destino, que actúan con intenciones de lucro. Y además la relación entre unos y otros, lo que da lugar a redes transnacionales “es decir que están formadas por personas que permanecen en el lugar de salida, compatriotas que han emigrado antes y miembros de la sociedad de acogida.” (Juliano, 2000: 4). Esta situación es la que identifica y evalúa Sara: “Tienen que pagar casi tres millones por estar allí, fuera de lo que pagaron ya por el viaje porque antes de que uno viaje llega un contrato, supuestamente ese contrato es gratis para todas nosotras, pero nos lo cobran. Uno aquí tiene que pagar un dinero, acá, fuera de tiquetes, fuera de todo eso. Y cuando llega allá hay que seguir pagando una deuda. Entonces yo creo que un viaje a Aruba o a cualquier otra isla sale como en 7 u 8 millones, porque pagas el contrato acá, pero cuando llegas sigues trabajando para los dueños del local. Y bueno, ya uno trabaja, paga al dueño del local, recupera lo que invirtió y queda porque en las islas es bueno”. (Sara)

Quisiera resaltar que de acuerdo con la experiencia y de las trayectorias migratorias de

cada entrevistada, el uso de las estrategias para salir del país varía y se matiza, depende tanto de la persona que emprende el proceso, como de los lugares de destino, las posibilidades materiales para asumir los costos del viaje y los “aprendizajes” que han dejado anteriores desplazamientos:

“Los contactos están en todo lado. Simplemente nos reúnen los requisitos, los papeles: pasado judicial, cédula, el pasaporte, el registro civil apostillado; uno envía los papeles con una foto, las personas miran allá en cada país...en cada isla, si sí le mandan el permiso o no, si le mandan el permiso a uno, pues entonces uno alista lo del tiquete que son como 1.500.000 más o menos, compra su tiquete, le paga a la persona del contacto acá como más o menos \$700.000, \$600.000, dependiendo a lo que cobre, si es en dólares o en pesos; en Aruba no tuve ningún contacto, fue directo, yo asumí mis gastos, pague mi tiquete, me lo enviaron y el permiso, fui a la embajada, lleve mis documentos. En la embajada totalmente normal, totalmente legal, le dan a uno una visa (...) cuando uno pasa los papeles, ahí uno ya llena unos documentos, el formulario, uno va y dice qué es lo que va a hacer, y le pasan un papelito donde dice “soy consciente que voy a trabajar en la isla como trabajadora sexual” y uno dice “sí” coloca sí, su número de cédula, su firma, su huella y ya...” (Isabel)

El relato de Isabel evidencia que su relación con la redes de apoyo en el proceso migratorio ha sido múltiple. Se ha relacionado con actores en origen, en destino e incluso alude a una experiencia de migración autónoma, en el sentido planteado por Oso que antes señalé (2000).

Finalmente quisiera referirme al caso de las mafias y organizaciones delictivas que comercian con mujeres para explotarlas sexualmente y prostituirles forzosamente, que en un sentido concreto son aquellas conocidas como redes de Trata de mujeres. Lo hago porque una de las entrevistadas sostuvo haber sido víctima de estas organizaciones, y aunque el objetivo del estudio no sea cubrir este tipo de situaciones, la metodología empleada no me permitiría eludir su presencia en el trabajo de campo.

Ángela recuerda que una vecina suya, conociendo la difícil situación económica por la que atravesaba ella y su familia, le ofreció ayudarla a viajar a Filipinas para que trabajara allí como bailarina. Así lo relata: *“Cuando yo me fui allá, me fui supuestamente de bailarina, me fui pagando 40 millones de pesos, inmediatamente yo llegué a la casa ya me pusieron a pagar 95 millones de pesos. Era dama de compañía, ya no era bailarina sino que era dama de compañía, ya me tocó que estar mucho tiempo allá con manes y todo. Después de un tiempo, como de tres meses yo me había hecho casi ciento y pico de millones, yo le dije eso a la señora y me dijo que no, que tenía que darle doscientos y pico de millones... eso está demandado por la Interpol, yo lo tengo*

demandado por la Interpol. La vieja me iba a vender pa' la China, una amiguita mía sabía hablar chino y ella me dijo que me iban a vender. Un amiguito mío llamó a la vieja y como la vieja tenía la familia aquí en Palmira, fueron a la casa de ella y ahí fue cuando me pudieron mandar para acá, para Colombia". No sólo fue engañada con la labor que iba a realizar, sino que las condiciones de trabajo fueron alteradas, y hechas efectivas a través de amenazas, coacción y ejercicio de violencia explícita.

Me he referido entonces, al papel que han tenido las diversas redes en el proceso migratorio de las entrevistadas, a la forma en que se entretejen y conectan; su comprensión constituye el punto de partida para analizar las "estrategias puestas en marcha por los propios migrantes, ante el juego de poderes nacionales e internacionales y para interpretar la permanente redefinición de las relaciones de solidaridad y de conflicto, en distintos niveles" (Pedone, 2005: 107).

Además será importante señalar que la pertenencia a estas redes sociales y sus recursos, no es un asunto masificado, ni terreno exento de relaciones de poder; por lo tanto las condiciones para participar en ellas no están dadas para todos y todas, lo que nos da pistas sobre por qué muchas colombianas que venden servicios sexuales en Bogotá, no se planteen la migración como posibilidad y otras sí. De acuerdo con Claudia Pedone "un elemento de vital importancia en la dinámica y consolidación de las redes es *la calidad, la cantidad y los modos en que circula la información*. La información no es la misma para todos los vecinos o coterráneos del pueblo, ni necesariamente se trasmite de vecino a vecino, porque los canales mediante los cuales aquella circula son las relaciones sociales fuertes que prescinden de la distancia y, por lo tanto, de la frecuencia de los contactos" (2005: 109).

Parece entonces que se trata de contar con un capital social, en la medida que este da cuenta de "los beneficios que obtienen los individuos a partir de su participación en determinados grupos y en la construcción de relaciones sociales con el mero objetivo de crear este tipo de capital (...) constituye un medio a través del cual es posible acceder a otros tipos de capital y, en última instancia, los resultados de la posesión de capital social se reducen a la posesión de capital económico." (Forni, Siles & Barreiro. 2004: 6).

Como se mencionó antes, uno de los terrenos sobre el que más circula información entre

las redes, tiene que ver con los trámites, *papeleos*, obtención de documentos para poder salir del país, etc. De acuerdo con el destino al que se dirigieron, estas diligencias cambiaron, costaron y se orientaron de una u otra forma, variando especialmente con el estatus legal de la prostitución allí.

Dado que la mayor parte de las entrevistadas emprendieron sus proyectos migratorios con carácter temporal, a zonas del Caribe en las que el turismo tiene un carácter protagónico, es importante señalar que de acuerdo con Kamala Kempadoo (1998), el turismo sexual se ha convertido en una nueva industria, que enlaza los sitios locales y la industria del sexo en diversas partes del mundo, lo cual explica en buena medida que aquellos destinos para los que esta industria representa uno de los principales renglones de la economía, regule y facilite la entrada de trabajadoras sexuales extranjeras que les permitan sostener y diversificar sus mercados, que en realidad son parte del entramado global de la industria sexual hoy, luego la mayor parte de las entrevistadas hacen parte de dicho circuito.

Muchas de ellas, adquirieron a través de las diversas redes información básica para la obtención de los documentos que les permitirían salir del país. Normalmente -“en las islas”- recuerdan que este proceso se inaugura con la obtención del pasaporte y el pasado judicial, cuyas fotocopias deben ser enviadas junto con la de la cédula y varias fotos “Una foto de medio cuerpo, una de cuerpo entero y cuatro fotos pequeñas” (Catalina), para obtener a vuelta de correo un contrato laboral, con el que tramitan la visa en la embajada.

A través de contactos, a veces de modo directo, en compañía de amigas, etc., tiene lugar la consecución de estos requisitos; sin embargo quiero llamar la atención sobre dos factores mencionados por las entrevistadas, que al parecer organizan e influyen la migración de trabajadoras sexuales.

Por un lado aparecen los costos. No es nuevo decir que el hecho de viajar está sujeto a las posibilidades de invertir dinero en ese desplazamiento. Muchos y muchas teóricas han señalado ya que la presencia de una sola condición no basta para que se dé un proceso migratorio, es decir, la elección está sujeta a factores globales y locales, individuales y sociales, a las cuestiones de género y raza mencionadas antes, se suman por ejemplo, condiciones de clase. “Las migraciones son procesos altamente selectivos; sólo ciertas personas salen, y viajan por rutas altamente estructuradas a sus destinos, en vez de

gravitar ciegamente hacia cualquier país rico en el que puedan entrar". (Sassen, 1999. Citada por Agustín, 2003: 33).

Lo que quiero resaltar es que estos elementos de "selección" operan también con las trabajadoras sexuales. Lo que quiere decir que no basta con querer migrar o con suponer una serie de beneficios económicos tras la migración. Para las entrevistadas como para muchos y muchas migrantes, el proceso migratorio supuso una inversión significativa en dinero, del que evidentemente no disponen todas las mujeres que ejercen prostitución en Bogotá (Barrio Santa fe), lo cual quiere decir que para salir del país, es necesario contar con cierto capital económico: *"la señora que nos envía nos cobra un millón de pesos por el chance, que viene a ser un contrato. Ella nos cobra un millón para ella y nosotras aparte pagamos el chance y aparte pagamos contrato, casa y todo allá desde que llegamos. Uno invierte como 4 o 5 millones de pesos"* (Luz, 2010).

El asunto se inscribe en un registro un poco más amplio, pues por lo menos Isabel reconoce que además de lo económico, el "filtro" pasa por el desarrollo de ciertas habilidades y cualidades dentro del ejercicio de la prostitución: *"aprender inglés es algo súper esencial en esta profesión porque si tu viajas y sabes inglés puedes entender y puedes hablar todo el tiempo que quieras con un gringrito, pero igual si tu no hablas y solo a señas el gringo se aburre y chao se va a una que si sepa inglés , entonces ahora estudiar es bueno y modales, porque ellos también miran eso, no se van a llevar ahí la que no sepa ni comer, porque ellos se pueden sentir mal."* (Isabel).

Finalmente, quiero referirme a la "belleza" como un factor importante, que en muchos casos influencia la inserción de trabajadoras sexuales colombianas en el mercado internacional. Hace pocos días María Paula Saffon, en una columna de la revista Semana, llamaba la atención sobre cómo "la estética funciona como un poderoso mecanismo de diferenciación social". Pero a esto se suma que el asunto de la "belleza" ha estado principalmente asociado con las mujeres, y de acuerdo con Ángels Carabí dicho concepto hace parte de la construcción social de la feminidad -por lo menos en occidente-, lo cual quiere decir que además de una cuestión estética es un asunto político (1998). La misma autora sostiene que el modelo de belleza de la sociedad dominante ha estado fundamentalmente amparado en destacar "la tez rosada, los ojos azules y el cabello rubio

y liso" como modelo de virtud (1998: 227). Esto quiere decir que lo leído como bello en femenino, dependiendo del contexto en el que se inscriba, ha estado atravesado no sólo por factores de género, sino de además raciales.

Ahora bien, en términos generales, dentro del trabajo sexual el servicio desarrollado es dar placer a otros (Agustín, 2001), pero en marco del intercambio de esos servicios sexuales remunerados con un cliente, la forma en que se configura el deseo y la sexualidad tiene que ver no sólo con el cuerpo, sino "con las ensoñaciones (fantasías eróticas), los modelos sociales de belleza, la legitimidad o proscripción de determinadas prácticas" (Agustín, 2001: 538).

A través de la construcción del estereotipo de "una mujer latina", a la que el ritmo le corre por las venas, es "fogosa" y sexualmente disponible, también se clasifica a las trabajadoras sexuales en los lugares de destino, haciendo que los "estilos corporales que resultan atractivos" para usar las palabras de Piscitelli, tengan lugar dentro del abanico de ofertas del mercado sexual. La misma autora, en un estudio sobre brasileñas y turismo sexual en Europa, encontró que "en Cataluña los empresarios clasifican a las trabajadoras en base a nociones que atribuyen a latino-americanas y africanas "el sexo a flor de la piel" y, por lo tanto, las perciben con una predisposición natural para él" (2008:12).

Este hecho nos ilumina el reiteradamente referido requisito con el que tuvieron que cumplir muchas de las entrevistadas para poder acceder a un contrato de trabajo en alguna de "las islas": *"uno envía los papeles con una foto, las personas miran allá en cada país...en cada isla, si sí le mandan el permiso o no"* (Isabel); Catalina lo comenta así: *"hay que enviar una foto de medio cuerpo, una de cuerpo entero y cuatro fotos pequeñas."* (Catalina) y así lo recuerda Fernanda: *"Uno tiene que meter en un sobre con los papeles 5 fotos pequeñas, dos fotos grandes, una de cuerpo entero, una con ropa y otra con ropa interior"*.

Esto nos permite reconocer que el campo migratorio para las entrevistadas desde antes de partir está permeado por nociones racializadas de sus cuerpos, las mismas que de alguna manera organizan también sus procesos de movilidad. "En ese escenario, permeado por una lógica que exige diversidad y novedad, propietarios de clubs y pisos eligen a las trabajadoras sexuales buscando variedad a través de la incorporación de nacionalidades y estilos corporales considerados atractivos y evitando los extremos, representados en su

percepción por las mujeres negras, africanas y caribeñas y, más recientemente, por las “orientales” (Picsitelli: 2008: 12).

Con el contrato de trabajo listo, la visa y demás documentos en orden, y los tiquetes en mano sólo resta organizar detalles de cómo funcionarán algunas cosas en Colombia durante la ausencia, hacer maleta, despedirse y partir.

Para Sara todo estuvo listo, cuando resolvió algunos asuntos de vital importancia para ella: “antes de uno irse deja todo arreglado, entonces uno deja el mercado del mes o del tiempo en el que ya uno pueda mandar, deja todo lo que se necesita, las cuentas del teléfono, del celular, todos los servicios uno los deja ya listos”. Lo que más le angustiaba era dejar todo esto, para que su familia, a quien apoya económicamente no tuviera que pasar angustias mientras ella no estuviera, pero además porque con su madre, quedaba su hija e implícitamente tenía que dejarlas a ambas sanas y salvas.

Este último elemento lo tuvo que resolver más de una de las entrevistadas con hijos e hijas. Algunas, sobretodo quienes no son de Bogotá, habían dejado al cuidado de madres y hermanas a sus hijos en sus ciudades de origen desde antes de la migración internacional, por lo que con este nuevo viaje, sólo sería cuestión de continuidad.

Para otras como Paola, implicó pedir a su mamá que le apoyara con el cuidado de sus dos hijas para poder partir: *“En ese sentido tengo que agradecerle mucho a mi mamá. Porque cuando yo decidí viajar, yo fui muy honesta con mi mamá y le dije qué era lo que yo me iba a hacer. Yo vivía aparte con mis dos niñas, mi mamá vivía sola, yo vivía con mis dos niñas. Entonces yo necesitaba que ella se quedara con las niñas. Entonces yo le dije: mamá pasa esto, yo voy a viajar, se me presentó esto, yo voy a ir a ejercer la prostitución -Ay, cómo así? -Vea, yo necesito que usted se me quede con las niñas, que me las cuide bien, vea que ellas van bien en el colegio, son buenas estudiantes, son buenas alumnas, yo quiero que ellas sigan así, por favor esté pendiente de las tareas, en todo.”*. Laura por su parte no lo acordó con su madre como lo hizo Paola, y el momento de la despedida fue el mismo en el que manifestó que se iba y que no se llevaría a su hija: *“Solamente mi madre sabía y le di un beso a mi hija y le di la bendición y le dije: “mami, en tus manos encomiendo mi hija, ¡me voy mamá! Me voy porque yo quiero plata y me gusta la plata”*”.

Que en los casos acá estudiados en los que las entrevistadas con hijos e hijas, acudieran a las abuelas para que los cuidasen es un asunto que coincide con lo que han planteado diversas autoras frente a las estrategias de cuidado que deben ser desplegadas cuando las que migran son madres. Dados los patrones tradicionales de género, en los que las tareas de reproducción social son asignadas a las mujeres de manera casi que incuestionada, son otras mujeres las que generalmente las asumen; “Si migra la madre, usualmente otras mujeres de la familia asumen el cuidado de los niños(as), estas mujeres son principalmente abuelas quienes en un gesto de solidaridad con las madres y/o los padres les transmiten tranquilidad y confiabilidad facilitándoles con ello el que lleve a cabo el proceso migratorio” (Micolta & Escobar, 2010: 93).

Así las cosas antes de tomar el avión, sólo queda algo pendiente: despedirse. Y quiero cerrar este capítulo haciendo referencia a este momento que parece ritual y que está lleno de sentimientos fuertes. La despedida significa un corte en el tiempo, un acto que representa el hecho mismo de alejarse y de asumir la distancia. Sin importar las características de los emigrantes todos y todas sufren en alguna medida u otra, alguna forma de pérdida, pena o duelo (Falicov, 2002). Cada una de las entrevistadas vivió la propia, la matizó y la hizo suya.

Pese a tener la certeza del regreso, las entrevistadas manifiestan que este momento es de especial tensión por la incertidumbre que genera cada viaje: *“Es triste uno despedirse de la familia, porque igual cuando uno va pa’ lejos uno no sabe si va a regresar bien o no. Y muy duro porque la [hija] pequeña es muy sentimental, ya cuando voy a pasar ella me coge la mano, me abraza... ay me acuerdo de eso y... (Voz entrecortada), entonces ella me dice: mami, no te vayas, no te vayas y entonces eso es duro, de verdad que sí (llanto). Entonces, la grande puede ser fuerte, pero ya de ver la pequeña llorando y de verme a mí llorando, ya también me abraza, se pone a llorar, siempre es duro, a mí me da muy duro, siempre que salgo así (...) Yo llego, me pongo los lentes y ellas se quedan ahí, la una alza la otra y me hacen con la manita: adiós mami, adiós. Y no es muy duro! (llanto)”* (Paola).

Laura por su parte, lo hizo de modo especial en comparación con las demás entrevistadas: *“a las 4 de la tarde me fui, cogí mis maletas, salí del apartamento y le dejé llave [al esposo] y le dejé una carta, me despedía, y que sé que esto va a ser muy duro para él pero que yo tenía que irme y que*

igual un feliz mes de matrimonio para él y para mí que era una fecha muy linda para mí y me fui, a las 5 de tarde estaba en el aeropuerto y no podía decirle porque me dañaba todo, entonces a las 5 estaba y a las 7 en punto salía mi vuelo, me fui (risas) (...) Me fui con una maleta de mano, con dos mudas de ropa, como si me fuera pa' Melgar! (risas), entré a la capilla, me subí en el avión y me fui: adiósos!" (Laura).

Hasta acá, he presentado las circunstancias sociales y subjetivas que permearon el proceso de partida de las entrevistadas. Sus relatos han mostrado el protagonismo que tienen dentro de dichos procesos, tal y como sucede con otros y otras migrantes económicos, sin embargo resulta importante destacar cómo la segmentación sexual de los mercados de trabajo en Colombia y la construcción social de las opciones con las que han contado para insertarse en estos mercados a través del trabajo sexual, han configurado de modo fundamental la planeación y significado del viaje. En ese sentido, entender la apuesta por la migración que hacen las entrevistadas, pasa por comprender que su principal actividad económica en Colombia es escenario de máxima estigmatización en razón de las formas hegemónicas de construcción de la feminidad y de las relaciones de género. Son migrantes como cualquier otra en tanto agentes reflexivas de su acción, pero indudablemente se encuentran atravesadas por el costo social y el estigma de la prostitución, que ha marcado sus cuerpos y sus vidas, y eso señala puntos de partida distintos.

La forma cómo reflexionan sobre sí y sobre lo que hacen, configura el modo como asumen la migración y lo que esperan lograr con ella. Disponen de motivaciones que se ajustan especialmente a la actividad económica que desarrollan, la trayectoria de su trabajo les permite posicionarse de otros modos dentro de las redes que, en buena medida, dan vida a los circuitos internacionales del trabajo sexual, y que dejan ver cómo estos proyectos tampoco son individuales.

Tenemos entonces, una dimensión global en la que la internacionalización de la industria del sexo y de la división sexual y racial del trabajo demanda mano de obra femenina y migrante, para trabajar en este sector, entrelazadas con las condiciones de Colombia como país expulsor de población en el que se inscriben las entrevistadas. En dicho contexto encontramos a estas mujeres, que aunque permeadas por el escenario en el que están inscritas, reconocen los recursos con los que cuentan y organizan sus acciones para

desarrollar un proyecto migratorio que les permita alcanzar mejores condiciones de vida para sí y para sus familiares, que a su vez les garantizarán una carrera más corta dentro del trabajo sexual.

Capítulo 3

Del otro lado de la frontera: Narrando la estadía fuera del país

*♪♪ Yo no sé de dónde soy,
mi casa está en la frontera
Y las fronteras se mueven,
como las banderas.
Mi patria es un rinconcito,
el canto de una cigarra
Los dos primeros acordes
que yo supe en la guitarra
Soy hijo de un forastero
y de una estrella del alba,
y si hay amor, me dijeron,
y si hay amor, me dijeron,
toda distancia se salva. ♪♪.*

(Jorge Drexler. *Frontera*)

Muchas son las cosas que vienen a la mente de cada una de las entrevistadas cuando hacen el ejercicio de relatar su experiencia en el exterior, lo contado se elabora desde una mirada en retrospectiva; a diferencia de otros estudios en los que el relato de la migración se hace en tanto migrantes, acá se hila desde el retorno y ello supone un corte en el tiempo que matiza la historia. En este capítulo abordaré las percepciones que cada una tiene sobre su estancia fuera de Colombia, la forma como se insertaron a los lugares de destino, las redes de apoyo que se configuraron, las condiciones de trabajo, los sentimientos que emergieron mientras estaban allí, sus reflexiones sobre las relaciones con clientes, dueños o dueñas de los establecimientos en que trabajaban, con otras compañeras de trabajo (Colombianas o de otras nacionalidades), experiencias de discriminación, prácticas de solidaridad y resistencia, así como las estrategias que les mantuvieron vinculadas con Colombia.

España, Ecuador, Panamá, Filipinas, Trinidad y Tobago, pero sobre todo algunas de las Islas Antillas ubicadas en el Caribe: San Martín, Curazao, Bonaire y Aruba, fueron los

lugares de llegada de las entrevistadas. Este elemento es especialmente importante, pues en gran medida varían las percepciones de la experiencia migratoria para ellas, dependiendo de cada uno de los lugares a los que se refieran; sabiendo además que muchas han tenido presencia en varios de estos destinos.

Para nadie es un secreto que muchas de las Islas que mencioné antes ocupan un lugar importante en los circuitos turísticos mundiales, se han convertido en selecto destino, especialmente para la población proveniente de países del “primer mundo”; sabemos también que dicho sector de la economía se ha convertido para esta región en una de las principales estrategias de desarrollo económico y su crecimiento se ha dado de manera paralela con la industria del entretenimiento, que la mayoría de las veces incluye la industria sexual como componente clave. De acuerdo con Saskia Sassen, “cuando el FMI y el BM conciben el turismo como la única solución para salir del estancamiento en que se encuentran sumidos muchos países pobres y otorgan préstamos para impulsar este sector, puede que también estén contribuyendo a crear un marco institucional más amplio para la expansión del sector del espectáculo, que indirectamente ayuda a fomentar el comercio sexual” (2003: 60).

Con esto quiero señalar, que las condiciones creadas en los varios de los lugares de destino de las entrevistadas para el ejercicio de la prostitución, responden a esta lógica de desarrollo e impulso de las economías globales que se alimentan de la industria del sexo y del comercio de servicios erótico-sexuales.

Es así como, por ejemplo el tratamiento legal de la prostitución en cada uno de los países y el carácter restrictivo o no de las políticas migratorias ha condicionado los modos en que las entrevistadas ingresaron a los lugares de destino y además las circunstancias bajo las cuales trabajaron y vivieron, no sólo en tanto trabajadoras sexuales, sino en tanto migrantes. Por mencionar algo, cuando el ejercicio de la prostitución está regularizado o es legal, no sólo permite un acceso más cómodo a los lugares de destino, de manera regular/documentada [lo que de hecho supone el reconocimiento de ciertos derechos], sino que además muchas veces garantiza unas condiciones mínimas “benéficas” para el ejercicio de la actividad como mostraré más adelante; situación que cambia radicalmente,

si se debe migrar en la clandestinidad, mantenerse indocumentada, dedicándose a una actividad desprestigiada socialmente, bajo marcos de desprotección laboral.

Para efectos prácticos, a continuación descompondré los relatos de las entrevistadas de acuerdo con los lugares de destino a los que se estén refiriendo, esta división la mantendré únicamente para describir el entorno de vida y trabajo, que es el que deja ver diferencias muy significativas de acuerdo con el contexto en el que se inscriba.

3.1 *Allá la cosa es...* : Sobre la experiencia de trabajo y de vida en el país de destino

Las apreciaciones sobre este escenario de la vida –en el que se trabaja– en el lugar de llegada, se encuentran siempre atravesadas por las valoraciones que cada entrevistada hace sobre la migración misma, y sobre la prostitución en el contexto migratorio. No es posible establecer generalizaciones al respecto, pues lo que más bien se percibe es una marcada ambigüedad en lo que cuentan, que es perfectamente entendible, cuando comprendemos que la construcción de sentidos y significados atribuidos tanto al proceso migratorio como al trabajo sexual, se encuentra atravesada por diversos dispositivos sociales, por los discursos que circulan en los medios de comunicación, por la información que se mueve a través de otras compañeras de trabajo, clientes, instancias oficiales, así como por la forma en cada una interpreta su lugar, sus relaciones y su “suerte”.

Sin embargo, si es posible hallar unos lugares comunes en los relatos, que permiten dar cuenta de circunstancias habituales; es así que tenemos varias pistas acerca de la forma como las entrevistadas se insertaron a los lugares de llegada, específicamente en lo que respecta a su experiencia en los mercados sexuales en el exterior. Por un tema práctico, pero además porque uno de los elementos centrales que inciden en la construcción de los relatos sobre “estar fuera de Colombia” es el país de destino, tomo estos como punto de referencia y como criterio de organización que me permite resaltar elementos centrales en cada uno, que en varios de los casos sirven para entender la forma en que se configura la experiencia migratoria internacional vivida por las trabajadoras sexuales entrevistadas.

3.1.1 “Cuando estuve en Ecuador”: ¿el viaje a un país hermano?

En buena medida, la dolarización de la economía ecuatoriana, ha servido en los últimos años como incentivo para que muchos colombianos y colombianas organicen sus flujos migratorios este país. Sin embargo, este factor no es el único. El conflicto armado interno en Colombia ha orillado a muchas víctimas a migrar a países fronterizos en calidad de refugiados o refugiadas, tratando de salvaguardar su vida allí; a ello se suma la “corta distancia” que hay que recorrer para consolidar la migración, que la mayoría de las veces se traduce en menores gastos de viaje e inversión migratoria, que si se escogiese otro destino.

Tradicionalmente se presume que los movimientos migratorios se dan desde países con altos niveles de pobreza e inequidad, hacia otros con economías prósperas y condiciones sociales favorecedoras. Sin embargo, la migración de colombianos y colombianas hacia Ecuador, nos da cuenta de una forma migratoria “entre países vecinos, con diferencias salariales mínimas y similares problemas de pobreza, desempleo e inequidad social” (Ruíz, 2008: 202).

Paralelo a los tratados de libre movilidad que se han firmado entre los países andinos, entre ellos Ecuador y Colombia, el primero ha generado unas estrategias de control migratorio, a través de políticas restrictivas que restringen las posibilidades para los y las migrantes de acceder a empleos formales. En ese marco, el comercio sexual aparece como un escenario de vinculación laboral para muchas migrantes colombianas, en tanto se desarrolla en condiciones de informalidad, pues si bien en Ecuador la prostitución está permitida para mujeres adultas y reglamentada por el Estado, parece que los vacíos legales son muchos, pero además que esta legislación entra en aparente contradicción con otros principios “proteccionistas” frente a las mujeres migrantes: “Desde este enfoque regulacionista, la política ecuatoriana frente a la prostitución se ha concentrado históricamente en el control individual de las mujeres que ofrecen servicios sexuales antes que en vigilar los locales de comercio sexual (Clark 2001:37). Por ello, las mujeres que quieren trabajar legalmente están obligadas a registrarse, pasar exámenes médicos periódicamente y portar un carné de salud. Estas regulaciones nacionales, sin embargo,

entran en tensión con la legislación migratoria ecuatoriana y los acuerdos regionales que promueven la libre circulación, donde las “prostitutas” y las “actividades contrarias a la moral y a la salud de las personas” son excluidas. En consecuencia, en Ecuador el sector de los servicios sexuales se desarrolla en un marco poco claro, pues no está prohibido por la ley pero en el contexto de la migración resulta ser un sector “no legalizable” (Ruiz, 2009: 5).

Sumado a ello, el creciente estigma frente a las mujeres colombianas, sobre todo si son trabajadoras sexuales, ha puesto a circular de manera muy fuerte marcas “raciales” sobre los cuerpos y vidas de estas mujeres. Es así como no sólo se asume que toda colombiana que migra a Ecuador va a ejercer prostitución, sino que además sobre esto cae una carga absolutamente negativa, que sirve como motor para actuaciones discriminatorias. Independientemente de la cercanía de los países, la lógica a través de la cual se construye al migrante o la migrante parece coincidir con la empleada en otros lugares del mundo: se les define desde la “otredad”, inferior, peligrosa, invasiva y contaminante, amparada no sólo en principios racistas, sino nacionalistas.

Así lo vivió Adriana, *“En Ecuador, yo allá no fui a trabajar sino como turista y eso fue horrible en el aeropuerto no más, me hicieron mostrar todas mis cosas, me tocó empelotarme y todo porque ellos ven a una colombiana y de una piensan que es una puta, entonces allá si es muy feo además los hombres huelen horrible”* (Adriana). Esto puede leerse desde lo planteado por Peter Wade, que muestra cómo las nociones de racismo y nacionalismo, en tanto ideologías y prácticas discriminatorias suponen un control de la sexualidad y la “moralidad de los individuos”, pues en muchos casos la clasificación jerárquica de la población, equivale al “valor moral” que se atribuye a las personas o grupos (1998).

Tenemos entonces que, el ingreso o no -y los subsecuentes tratos dados- de las y los migrantes, están sujetos a principios “racializadores” que se imbrican con las construcciones de género y sexualidad cuando las que migran son mujeres, y se acentúa cuando estas son trabajadoras sexuales: “la migrante en el comercio sexual está lejos de ser la anhelada mujer que guarda la “pureza” de la nación y representa simbólicamente la identidad y el honor de una colectividad. Más bien, estas migrantes, que muchas veces

viajan solas y cruzan la frontera sin papeles ni permisos, suelen ser percibidas como una amenaza a una serie de órdenes políticos, sociales y culturales” (Ruíz, 2009: 3).

Citando a Luibhéid, Martha Cecilia Ruiz sostiene que la sexualidad ha servido históricamente en Ecuador como herramienta de control migratorio, y ha permitido sostener un orden patriarcal y heterosexual que soporta y define la *nación*; en dicho orden las mujeres que ejercen prostitución, se configuran como transgresoras de las normas sexuales y de género, por lo que son una amenaza para la *nación*, por lo tanto deben ser *disciplinadas*, y ese control en las migrantes, se ejerce a través de políticas migratorias restrictivas y actuaciones policiales (2009).

Natalia lo vivió en carne propia y luego de una corta estadía en Ecuador decidió regresar a Colombia pues no soportó las condiciones en las que tenía que vivir: *“Yo estuve en Ecuador y eso a uno le toca esconderse en las dobles paredes y puertas de los sitios, porque en cualquier momento llega migración”*. Pero esto no fue lo único pues fruto de la clandestinidad en la que tenía que trabajar y vivir, el establecimiento en el que se encontraba le ofrecía condiciones escasas en las que se pudiera sentir cómoda: *“llegamos a una casa y el modo de vivir no me gustó, la comodidad, una habitación como para seis niñas, entonces no, no me gustó, no me sentí bien. Perdí plata, pero preferí irme, yo me fui, no hubo ningún problema, pero no, no me gustó.”* (Natalia). Gracias a la capacidad de agencia y a la autonomía que tenía sobre su proyecto migratorio, regresó a Colombia conforme a lo que deseaba.

Pero la heterogeneidad de la industria del sexo y con ella la del trabajo sexual, hace que no todas las entrevistadas que estuvieron en Ecuador lo hubieran vivido del mismo modo, pues los escenarios en los que se insertaron guardan ciertas diferencias. Luz, no tuvo que someterse a las huidas cada vez que aparecía *la migración*, porque la modalidad en la que trabajaba no la exponía al control público en ese sentido. Sin embargo, estaba en una casa, y quien la administraba les informaba de los lugares a los que tenían que desplazarse para ver a los clientes *“era más como domicilio”*, dice. Su caso deja ver cómo el sistema de raza/racialización, no sólo opera a nivel de grandes elaboraciones legales y discursos formales, sino que justamente se ha instaurado sutilmente en la lógica cotidiana, desde donde obtiene la mayor de sus fuerzas, pues se asumen categorías de diferenciación social, como *“naturales”* y *“normales”*: *“Llegamos a Ecuador y ella [compañera colombiana con la que*

viajó] era muy bonita, ojos verdes, cabello rubio, llegamos a la casa de una señora que era teniente de la policía y ella nos sacaba cuadros con los mismos agentes de la policía, ministros, todo y le pagábamos una remuneración. Pero yo a esa señora no le caí bien porque soy de cabello negro y soy como morenita.”. (Luz)

Herencia colonial, la construcción de la *belleza*, se ha dado desde un patrón eurocentrado que jerarquiza en una pirámide en la que lo “blanco” se encuentra en la cima. Este hecho ha ordenado de un modo sutil, pero violento las relaciones y el mercado de trabajo en el que Luz se insertaba, pues la ausencia de un fenotipo coincidente con el socialmente exaltado, le supuso varias condiciones de explotación “*Entonces como no le caí bien a la señora, mi compañera ya tenía varios millones pa’ traerse. Se vino y me dejó allá botada, yo no había salido del primer cuadro, la señora nunca me sacaba, yo no tenía con qué devolverme. Entonces ella me dijo: yo te voy a presentar a una muchacha para ver si ella de pronto te saca algún cuadro, porque mis clientes no son así que les gustes tú. [O sea que tenías que tener unas características?] Si, de ojos verdes, rubia. Entonces ya me consiguió esa muchacha y me dijo: yo qué le digo? Hágame aseo acá mientras te consigo y si algo, yo te digo.”* (Luz).

Estando indocumentada a Luz le quedaban pocas opciones, así que decidió aceptar y pasaron varios días antes de que se insertara al comercio sexual y tuviera los ingresos que esperaba. Quisiera resaltar cómo en la “segunda opción” ocupacional, para la entrevistada [trabajo doméstico] se reproducen todos los estereotipos de las relaciones de género, y la demanda por este tipo de labores es vivida con normalidad al ser su feminización altamente naturalizada. Una vez ingresa al comercio sexual, Luz ve mejorada su situación económica y logra resolver a través de un cliente su documentación, lo que le permite mayores niveles de autonomía y gestión.

La experiencia de las dos migrantes entrevistadas, aunque con frecuentes recurrencias a situaciones de abuso, permiten ver cómo este no está exclusivamente marcado por el trabajo sexual, sino que se amarra a lógicas más amplias y otras construcciones sociales; ninguna de las experiencias es homogenizable, y sus percepciones varían de acuerdo con las posibilidades y restricciones que cada cual ha vivido.

3.1.2 Panamá: Entre puertos por los que no sólo fluyen mercancías

Dada su ubicación geográfica, Panamá ha sido desde siempre escenario estratégico y plataforma para el comercio mundial, lo que le ha convertido en país de tránsito y destino migratorio. Con la creación del Canal de Panamá y recientemente con la Zona Libre de Colón⁹, se han estimulado de manera paralela otras industrias, siendo el turismo uno de los sectores más favorecidos gracias a la poderosa actividad financiera y a la ubicación costera del país. De acuerdo con el periódico *El Capital*, el promedio de visitantes que han ingresado al país ha aumentado significativamente y muestra una tendencia a sostenerse de ese modo: *la cifra anual del millón del total de visitantes que ingresaron al país durante los últimos dos años: 1,211,429 visitantes en 2007, y 1,379,123 en 2008 (El capital, 31 de Julio de 2009).*

Todo este escenario ha configurado a la República panameña –en la que circula el dólar estadounidense– en un lugar de llegada atractivo para colombianas y colombianos, quienes se han convertido de acuerdo con datos del último censo de ese país, en el stock más importante de inmigrantes con un total (registrado oficialmente) de 21.069, hecho que además asocian con la proximidad geográfica y las facilidades para cruzar la frontera (De Gracia & Guillén, 2004).

A las ya exploradas –en el capítulo anterior– motivaciones que pueden tener algunas mujeres para migrar e insertarse en los mercados internacionales del comercio sexual, se suman, en un contexto como este, la configuración de una fuerte demanda de servicios erótico-sexuales intensificada por la circulación de personas que vacacionan, viajan por negocios o se estacionan allí antes de dirigirse a otros destinos; en una sociedad que exalta el consumo y la necesidad de “diversión”, y en la que el “entretenimiento” en tanto industria juega un papel fundamental, la industria del sexo como uno de los eslabones de la primera, se erige con mayor contundencia.

En ese contexto es que Panamá se presentó como posibilidad migratoria para varias de las entrevistadas; unas bajo la modalidad de “acompañantes” obtuvieron visas por 3 meses de permanencia, otras en cambio optaron por solicitar visas de turistas y ejercer prostitución de manera irregular, los dos escenarios presentan condiciones muy distintas en términos

⁹ Constituye la zona franca más grande del continente, con las consecuentes ventajas para la exportación e importación de todo tipo de elementos, potenciando no sólo el flujo de mercancías, sino de capital y personas.

de acceso y ejercicio de derechos, en las que claro, el segundo grupo fue más “vulnerable” a actuaciones arbitrarias, violentas y explotación laboral.

De acuerdo con datos de la CEPAL, hasta 2004, el mayor número de visas otorgadas a alternadoras ó “escorts”¹⁰ fueron dadas a mujeres colombianas, con un total de 450, siendo este uno de los grupos más representativos de migrantes temporales en el vecino país. Bajo esta modalidad migró Natalia a un establecimiento en Ciudad de Panamá, del que previamente le había hablado una compañera suya en Bogotá. Manifiesta que encontró lo que habían mencionado que hallaría: un club nocturno, en que ejercería prostitución durante tres meses, el hospedaje lo brindaba el mismo lugar y debía pagarlo noche a noche; pese a que no cobraban un porcentaje sobre el trabajo con los clientes que contactaba en el establecimiento, si se ausentaba con uno de ellos este debía pagar “la multa” que se supone es el equivalente de las ganancias que el negocio dejaría de percibir si el cliente no consume los servicios allí y si la trabajadora no está para prestarlos a otros; esta situación no es nueva para ella, pues funciona del mismo modo en Colombia. Hago énfasis que en este caso quien paga *la multa* es el cliente y no ella. De este modo la entrevistada evalúa su estadía: *“En Panamá no tengo nada malo que hablar, muy bien! La vivienda muy cómoda, muy limpio; cada 8 días al médico, cada tres meses los exámenes”* (Natalia).

Con la expectativa de obtener los mayores beneficios posibles de su migración, Natalia trabajaba todos los días, ocasionalmente salía con algunas de sus compañeras *“por ahí a algún centro comercial, a distraernos”*, pero esto lo definía ella. Muchas veces, no sólo las migrantes que trabajan en el comercio sexual, sino quienes se vinculan a otros sectores trabajan largas jornadas para obtener cierta seguridad económica que les permita responder a una “doble demanda”: vivir en los lugares de destino y enviar remesas. Este hecho le llevó a aprender ciertos usos de su cuerpo dentro del oficio, que hasta ese momento desconocía y que sólo con la migración se vio avocada a desarrollar, lo que no quiere decir que sólo cuando está fuera del país los emplee ni que sea la única de las entrevistadas que haya manifestado hacerlo, así:

“nosotras cuando estamos en la casa o cuando uno tenía su esposo, tiene el novio, y el novio quiere o el marido quiere estar con uno, entonces no lo toca a uno porque uno tiene el periodo, entonces “la

¹⁰ Las visas no se otorgan directamente para el trabajo sexual, pero es sabido por quienes las dan y por quienes las solicitan, que con este tipo de visa la inserción laboral se hará en este mercado.

mujer está enferma! Le llegó!” (risas). Y uno no tiene relaciones en esos días. En cambio nosotras cuando estamos viajando, nos llegó el periodo y nosotras trabajamos. La primera vez que yo me fui para Panamá, como a la semana de yo estar allá a mí me llegó el periodo, entonces la muchacha que me recibió allá, con la que me fui [compañera de trabajo que en Colombia le contó de la posibilidad de viajar] ella va y me dice: “Natalia, usted qué? qué le pasa? Está enferma” y yo: “no, es que tengo el periodo, -Cómo así que tiene el periodo? -Sí, pues tengo el periodo y pues cómo voy a trabajar así? No, no puedo”, porque yo era inocente digámoslo así, porque yo ni un tapón me llegué a meter porque me daba miedo. Cuando me invitaban pa’ piscina, yo: “no, porque tengo el periodo -metete un tampón -No! Oiga? Qué voy a meterme yo eso por allá? No, no, no, no, ni loca”. Entonces ella me dijo: “Usted es que es boba que va a dejar de trabajar? No, venga haber yo le enseño -Cómo así? que me enseña qué? -Usted no puede dejar de trabajar, no mijita, venga haber!” Y verdad, me metió pa’ la pieza de ella, sacó una espuma, la envolvió así como en forma de una bolita y me dijo: “Vea, métase eso por allá, y yo apenas vi ese montón, le dije: ay! Cómo me voy a meter yo eso? Algo que no es mío, cómo me lo voy a meter en mi cuerpo? No, no, no, no!” Me dijo: “Usted es que es boba? Usted va a dejar de ganar dinero entonces?” Me puse yo a pensar y dije “Bueno, pues ensayemos a ver”. Y entonces ella fue la que me dijo: “bueno, tiene que estar pendiente, si a usted le viene mucho tiene que cambiarse cada tres horas, cuatro horas o estar pendiente”, y verdad! Hasta que me adapté, ya aprendí. En cambio uno con el marido: “ay no que pereza! No, no, no, estoy enferma” (risas). Una vez estuve con un hombre y salió el condón así [manchado], me sentí más mal! Ay, no! Pero igual, a él como que no le importó mucho y me dijo: “te llegó el periodo, y yo: ay que pena, me vino el periodo?” Pero que va! Yo tenía ya el periodo (risas).” (Natalia).

El control de la sexualidad femenina ha pasado en las sociedades occidentales, por la creación de representaciones sociales sobre la misma, a través de las cuales se regulan las prácticas sexuales de las mujeres. La sexualidad de estas es presentada como peligrosa, contaminante e impura. No de manera gratuita el catolicismo ha *revelado* por siglos que la carga del pecado de la humanidad pesa en los hombros de Eva, quien por no controlar su cuerpo y “caer en tentación”, hizo pecar a Adán y nos orilló al sufrimiento y al caos. El relato de Natalia nos deja ver algunas de esas creencias. Por un lado aparece su vergüenza inicial ante el sólo hecho de usar tampones, pues ello representaba una invasión a su propio cuerpo que no sólo le generaba miedo sino que no consideraba *normal*, y por el otro aparece el mito mismo de sostener o no relaciones sexuales -con o sin remuneración- cuando se menstrúa.

Frente esto último, el asombro preliminar para Natalia aparece ante el quiebre de una norma moral en el ejercicio de su sexualidad; trabajar cuando tiene el periodo plantea nuevamente el asunto de la transgresión a la forma tradicional de pensar la sexualidad femenina, pues centra su ejercicio -alejado del afecto- en la elección que ha hecho de ganar dinero con la venta de servicios eróticos sexuales, al margen de la reproducción y el placer, lo que de plano instala nuevamente la censura y el reproche social ante unos usos del

cuerpo que se han exaltado y naturalizado para lo masculino, pero que se consideran desviados e inaccesibles por lo menos para las “buenas mujeres”.

Al normalizar-normatizar las prácticas sexuales, al atravesarlas por consideraciones moralistas, se instala nuevamente la dicotomía en la que quedamos atrapadas, y para la que las “damas” son capaces de controlar su deseo, restringiendo muchos modos de emplear el cuerpo en la sexualidad, por ser catalogados de indecentes y turbios, mientras que las “putas” no pueden hacerlo en tanto “poseen” una sexualidad insaciable; en ambos casos aparecen [los modelos de sexualidad] como atributos y no como construcciones sociales e ideológicas a través de la cuales también se reproducen mecanismos de dominación. Pero si el cuerpo y la sexualidad de las mujeres han sido instrumentos de dominación y opresión masculina, es a través de estos mismos que es posible resistir y ejercer poder, en palabras de Marcela Lagarde “el poder del subalterno, del dominado”, que en las trabajadoras sexuales emana justamente de la erotización de ese cuerpo, “en la opresión tiene las armas de su cuerpo, de su sexualidad y de su subjetividad para intercambiar y negociar, con los hombres y con las otras mujeres en la sociedad. Con ese poder logra, aun en condiciones de sujeción desfavorables, la sobrevivencia, un lugar en el Estado y en la cultura” (1997: 202)

Con esas armas también emprendieron viaje Isabel y Ángela, pero a diferencia de Natalia ellas lo hicieron de manera irregular. Sabemos que en el momento de emprender la migración cada persona pone a operar los recursos con los que cuenta, dentro de los que se incluye la información y apoyo proporcionado por las redes. A diferencia del primer caso, ninguna de las otras dos relatantes mencionó conocer la posibilidad de acceder a una visa distinta a la de turista para ingresar a Panamá y ejercer prostitución allí. A través de la siguiente expresión Isabel quiso sintetizar lo que recuerda haber vivido: *“Panamá si es donde uno quiera ir, igual como es ilegal, entonces: a correr! Porque allá si lo ponen a uno es a correr (risas). La verdad si es muy... no me gusto, prefiero Colombia; Panamá de pronto para ir de turista pero no para trabajar, uno ve y mira, que lo ven a uno como ilegal, entonces no”*.

En términos prácticos el estatus migratorio, como mecanismo de control de la movilidad a través de las fronteras internacionales, se ha convertido en una categoría para “clasificar” migrantes; otorgar garantías para el ejercicio de derechos a todas las personas

independientemente de su nacionalidad, respondiendo al hecho de “ser humanos”, pareciera hoy por hoy un asunto que corresponde a la “buena voluntad” y el capricho de los Estados y sus organismos, y no al respeto mínimo y obligatoriedad de asegurar condiciones de vida dignas a todos y todas, tal y como lo estipulan las cartas y tratados internacionales sobre derechos humanos, de los que muchos discursos oficiales se jactan.

La “correría” que tanto Isabel como Ángela enfrentaron por no tener en regla sus documentos, da cuenta del aumento de sus condiciones de vulnerabilidad, pues al conjugarse la lectura que sobre sus cuerpos se hacía en tanto *ilegales*, con el hecho de trabajar en un sector de alta desprotección laboral e ilegitimidad social, el abuso y la explotación no se hicieron esperar. Estando allí ambas firmaron un “contrato de trabajo” con un establecimiento en Colón, que les demandaba una exclusividad benéfica para el negocio y no para ellas: *“El viaje pa’ Panamá fue que una amiga mía me dijo que me fuera para un negocio de allá, que era en Colón, en uno negocio que era de los más cachetudos en Colón. Resulta y pasa que yo fui tonta y firmé contrato. Cuando uno firma contrato, uno queda en el contrato como decir: si uno se vuela del negocio, emigración se va contra mí, sin saber qué es lo que ellos [Dueños de establecimientos] están haciendo. Ellos allá si uno respira cobran multa, si uno sale 5 minutos tarde, 5 minutos! Si se pasa del horario son 50 dólares de multa, o sea allá: todo es multa! Si uno contesta es multa, si uno se agarra con una pelada es multa, todo es multa.”* (Ángela).

La amenaza de la deportación, actúa como herramienta de coacción y potencia el abuso. Las “multas” son comunes y conocidas por quienes trabajan en este sector, pero la ausencia de su regulación hace que sean usadas para extraer más beneficios económicos de las mujeres que trabajan en los establecimientos. A mi modo de ver hay dos intenciones e implicaciones de la aplicación de dichas multas a las trabajadoras sexuales. Por un lado, la que es evidente, es que se sustrae abusivamente el dinero que ya han ganado y se las somete a dobles pagos que disminuyen sus ingresos y ponen de manifiesto la explotación. Por el otro, y puesto en un terreno más simbólico, son empleadas como forma de castigo a ciertos comportamientos, lo que las convierte en una herramienta deliberada de censura y dominio.

Continúa Ángela diciendo: “Si hacíamos algo eso era una multa. Esas multas se iban acumulando. Cada tres meses usted tenía que firmar contrato y ese contrato cada tres meses lo pagaba uno como en un millón de dólares, imagínese! El trabajo bien malo, pues claro! A los tres meses como ellos no querían perder, otro contrato de 800 dólares! Más las multas por aparte, más los exámenes del SIDA, que todo eso ellos nos lo tenían que dar para hacérselo cada tres meses porque eso era obligatorio”. Consciente de sus condiciones de explotación y harta de la situación, generó junto con varias de sus compañeras modos para hacer frente a la situación y no perder la inversión que había hecho, sin embargo esto le implicaba costos físicos altos:

“Un día común y corriente allá era: levantarse uno, trabajar de 7 de la noche a 4 de la mañana, hayan o no clientes, eso era tenaz! A veces nosotras pagábamos la multa, como decir: “un cliente nos pagó la multa” y no íbamos para Panamá a trabajar y en panamá si nos iba bien. Pero uno en Panamá [ciudad] no podía trabajar, porque migración estaba... Uno no puede ir y firmar un contrato acá e ir a trabajar allá, no, no puede hacer eso porque uno está contratado con el negocio y con lo de migración. Entonces por eso era prácticamente ilegal uno ir allá, pero eso era para bandearnos para poder mandar plata a la casa. En los días libres nos íbamos no a descansar sino a trabajar allá a Panamá con las muchachas y así. Panamá es tenaz. No me gustó Colón, Panamá si es bueno, pero la ciudad”.

Entre asumir los costos de nuevas multas y destinar sus días de descanso al trabajo para poder responder económicamente por su hijo y su madre en Colombia, Ángela tuvo que excederse con su cuerpo y negociar su calidad de vida. La explotación en el sector del comercio sexual en el exterior no está sujeta única y directamente al trabajo sexual, sino que en este contexto, las políticas migratorias restrictivas y con ellas la criminalización de las migrantes –especialmente de las que viven del sexo-servicio- crean el escenario favorable para que se dé.

Acá el límite entre la explotación laboral y la trata de personas (en lo que concierne a la explotación de la prostitución ajena) parece muy tenue. Sin embargo, siguiendo una vez más a Giddens, conviene decir que “un agente deja de ser tal si pierde la aptitud de “producir una diferencia”, o sea, de ejercer alguna clase de poder” (1995: 51), pero no fue este el caso de Ángela. Su capacidad de acción no estuvo por completo coaccionada, la acción de otro –aunque influenciaba- no determinaba la suya impidiéndole obrar e influir sobre sus propias acciones. Lo que sí vivió fue la exacerbación de unas condiciones de explotación amparadas en principios estigmatizadores sexual y racialmente, pero ante los cuales pudo desarrollar las estrategias para intervenir y “producir una diferencia”.

Más grave aún es que cuando una mujer migrante que ejerce prostitución no se describe a sí misma como forzada a trabajar en la actividad, las condiciones de explotación a las que puede estar sujeta en destino, son invisibilizadas. Pareciera que las únicas que tienen derecho a protección legal son las víctimas de las grandes mafias transnacionales que comercian con seres humanos, lo que de plano desinstala la responsabilidad de los Estados cuando a través de sus actuaciones potencian el abuso a estas migrantes y censuran a aquellas mujeres que encuentran en el trabajo sexual una ocupación, a través de la cual obtienen ingresos. Así las cosas el mensaje que se envía es claro: “las que trabajan porque *quieren* no son explotadas o merecen ser explotadas. Y las que son víctimas de explotación, lo son únicamente en tanto hay organizaciones criminales”.

3.1.3 Atravesar el océano: la travesía en España

No es novedoso que durante los últimos años España se ha convertido en un país receptor de migrantes colombianos y colombianas. El crecimiento económico de este destino lo ha configurado como tal entre quienes hallan en el “primer mundo” una posibilidad para acceder a mejores condiciones de vida en Colombia, y la ocasión de conocer Europa con todo y las valoraciones sociales que a ello se le ha otorgado, además presenta la “ventaja” idiomática, legado colonial que también organiza el flujo creciente de personas hacia allí.

El debate sobre migrantes ocupadas en servicios sexuales es muy actual en el contexto español, no sólo en términos académicos, sino en lo que tiene que ver con incidencia política y movimientos sociales. Diversas son las posturas y las demandas: desde quienes reclaman derechos para los y las trabajadoras sexuales partiendo del reconocimiento de esta actividad como un trabajo, o quienes centran su opción en la reglamentación de prostíbulos y la penalización de clientes y “proxenetas” como mecanismo para desestimular el consumo de servicios sexuales y a largo plazo erradicar la prostitución partiendo de que constituye una fuente de degradación, pasando por aquellos y aquellas que la consideran como realidad innegable y funcional a un modelo hegemónico de familia, que no necesita ser erradicado pero si controlado sanitariamente, al vez que delimitado a ciertas zonas.

Muchas autoras han situado ya la situación de las migrantes en la industria sexual de este país, por lo que no planeo detenerme en ello (Laura Agustín [2000, 2001, 2003], Isabel

Holgado [2001, 2008], Dolores Juliano [2002], Cristina Garaizábal [2003, 2004], entre otras), lo que haré es presentar la experiencia de Laura, sus mecanismos de inserción al mercado laboral español, condiciones de trabajo y las estrategias que desarrolló para asumir su vida en el país ibérico.

Al llegar Laura sólo contaba con su maleta llena de algunas prendas de ropa y muchos sueños. No tenía dinero, no tenía ningún contacto, ni amigas(os) ni conocidas(os), era la primera vez que salía del país, pero sabía que tenía que “ingeniárselas” porque llevaba una deuda 21 millones de pesos que tenía que cancelar en Colombia, que era lo que le había costado el viaje, así que llena de fuerza, con la misma convicción con la que había enfrentado otras cosas en el país que acababa de dejar y la migración misma, pero además consciente de que había ido a trabajar, que sabía hacerlo y que era buena en lo que hacía, hizo frente a lo que encontró:

“Llegué a Madrid por la mañana, al aeropuerto de Barajas –yo le había dicho a una compañera en Colombia que dónde quedaba la zona de tolerancia. Me dijo que quedaba en el barrio Ballesta, de Madrid-, no tenía un solo duro en mi bolsillo, sólo tenía unos dólares que me había dado Marcela pa’ que los mostrara y que tenía que llegar a España a devolvérselos, entonces yo llegué y se los devolví efectivamente. No tenía para donde coger, entonces le dije al taxista que me llevara para Ballesta. Llegué y había muchos bares, muchos, muchos bares y entonces yo me metí en un bar de esos; donde había una, dos, tres mujeres y pasaron una, dos, tres horas y yo no ganaba un peso. Estaba preocupada porque no había comido, porque no tenía pa’ pagar un hostel... bastante preocupada estaba. No me iba bien porque no entraba nadie, qué hice? Me puse un gabán y me deje en ropa interior y me puse el gabán y salí, y me paré en la calle, porque estaba haciendo un invierno terrible, un invierno de frío terrible, terrible, terrible, solo se veía la neblina, me paré en la esquina y empezaron los hombres a llegarme a llegarme, a llegarme entonces esa misma noche tuve para el hostel y para comerme una buena cena. Ahí al otro día quise volver a trabajar pero las españolas se llenaron de envidia y empezaron a decirme que me tenía que ir, que me iban a acuchillar, me iban a matar, entonces les dije que me dieran espera mientras yo hacia lo del avión para irme. Me conseguí lo del avión y me fui para Valencia”

El auge de inmigrantes ocupadas en servicios sexuales en España ha alertado no sólo a diversas organizaciones sociales, sino que convoca a diversos actores a nivel macro, pero ha tenido importantes repercusiones en las prácticas cotidianas tal y como lo relata Laura. Al crecer la oferta de trabajadoras sexuales y de la mano con la desprotección legal y las políticas migratorias restrictivas, crecen las posibilidades de que quienes trabajan en esta actividad estén dispuestas a aceptar condiciones desfavorables para sí mismas y se vean envueltas en situaciones de violencia. “Situación que únicamente favorece a los clientes, puesto que tienen una fuente inagotable de mercancía donde escoger, la posibilidad de rebajar los precios por la excesiva oferta de mano de obra en el mercado de trabajo y la

oportunidad de realizar relaciones sexuales sin protección que otras personas con menos necesidad económica, no aceptarían. Además, al haber tantas personas en busca de trabajo sexual, se generan conflictos entre ellas/os por los espacios de trabajo, y competencia por conseguir más clientes” (Fonseca & Quintero, 2006: 37).

Laura pudo haber permanecido dentro del bar, esperando a que entraran clientes para poder obtener dinero, pero no lo hizo así. Es claro como pone a operar un saber sobre su cuerpo y sobre su oficio, y en un ejercicio abiertamente reflexivo sobre su situación, valora las opciones, hace una elección y actúa. Una vez más resulta importante advertir que a través del uso del cuerpo en la prostitución, muchas mujeres despliegan estrategias para sobrevivir y para ejercer control sobre sus vidas a través del uso de su sexualidad como herramienta de poder.

Luego de su experiencia en Madrid, Laura no quería trabajar en la calle, prefería un establecimiento pero esto no era tan sencillo, pues las dimensiones que ha adquirido la industria del sexo a nivel global, suponía que como ella muchas otras mujeres querían también un lugar y esa es una condición que aprovechan los dueños de los negocios para diversificarlo y hacerlo atractivo a más clientes, veamos por qué:

“Había que pedir una plaza. Una plaza es una oportunidad en un bar. Se lo pedí al dueño, el dueño me miró y me dijo: “te voy a dar la plaza, te voy a dar la oportunidad” y me dio una oportunidad en un bar que se llama en Valencia: El Romani, donde me daba la oportunidad de 21 días, ni un día más, ni un día menos. Sólo 21 días en los que tú tienes que acostarte con cualquier cantidad de hombres. Y tenía mucho éxito, yo competía con 150, 200 mujeres de todos los países. Había de Bulgaria, de Rumania, había mucha brasilera! Había colombiana, había española, había mucha mujer que tenía macarra, macarra es la mujer que tiene chulo, que tiene hombres que la tienen enamorada, la estafan y le sacan la plata. Había mucha mujer que se rompía el trasero para hacer el billete, así sea para otro hombre. Yo competía con 150, 200 mujeres y podría decir que estaba dentro de las tres primeras mujeres del negocio, llegué a ser muy reconocida en España”.

La “competencia” es un elemento reiterativo en el relato de Laura que desafiaba sus destrezas para trabajar y obtener beneficios, en un proceso que sobretodo favorecía a quienes pagaban por servicios sexuales. Esta es una diferencia fundamental que encuentra la entrevistada entre su trabajo en Colombia y en España, y que se encuentra claramente articulada al carácter globalizado que tiene el comercio sexual en estos destinos que dispara la oferta de servicios sexuales; la comparación entre los dos lugares se convierte en el eje que mide los beneficios y perjuicios tanto de la prostitución como de la migración para la entrevistada:

“Entrábamos a las tres de la tarde y salíamos a las cuatro de la mañana, pero de estar [trabajando]... porque allá ningún hombre lo llama a uno, uno le toca ir donde un hombre y darle su pico muack, muack, tipo español: doble pico. Hablarle de todos los temas, ofrecerle todos los servicios “camina papi, yo te hago, yo te beso, yo te hago el anal, yo te hago el oral, yo te hago el sueco, yo te hago el griego” convencerlos, rogarle! Rogarle porque eso era lo más duro. Yo lloraba al principio, porque yo decía no puede ser posible, cómo es posible hijueputa que yo, chusca y tenga que rogarle a un hijueputa pa’ que me coma, ay no! Y me tocó. Tocó competir y estar hasta las tres de la mañana con tremendos tacones, fleteando y luchando. Si tú estás hablando con el cliente, por allá está la otra que le está diciendo que no, que esa tan fea, se le saca la teta “estas sí son tetas!”, entonces el hombre mira así (gesto de deseo)... se le saca, le muestra sin calzones, le muestra la chocha, le muestra el culo... entonces los hombres se seducen y dicen “no, ahorita vengo es de visita” y mientras tanto la otra está ahí! Cuando uno menos acuerda se para en una esquinita y “vea este man como es, se subió con la brasilera y la otra ya lo tenía trabajado” (risas). Yo le picaba el ojo al uno y si el uno me hacía risitas me le acercaba y si estaba hablando con una vieja, mientras él estaba hablando con la vieja yo le hacía que esa vieja tan fea que mmm (se toca los senos) que muack (hace el gesto), que mmmm (gesto que alude a sexo oral) que se lo mamaba y se la sacaba a ella y me le acercaba yo. Ayyy mamita, eso era DURO! (risas) duro, duro, duro” (Laura).

Mal conocido como “vida fácil”, el trabajo sexual supone como lo expresa la entrevistada la puesta en práctica de un saber que parte de la experiencia, de la acción. “Ganarse un cliente”, tiene detrás un entramado de habilidades que pocas veces son reconocidas, o mejor, que la ilegitimidad social sanciona y silencia, después de todo “podemos preguntarnos si las fobias sociales contra la prostitución no enmascaran el temor que la sociedad patriarcal siente ante estas mujeres fuera de la norma. Las teme como modelo que pueda ser seguido por otras mujeres y también como poseedoras de cierto conocimiento sobre las debilidades del sexo fuerte” (Juliano, 2002: 13).

El saber la inviste de poder en un contexto que tradicionalmente se supone de dominio masculino, su sexualidad no está allí bajo el control de un hombre, la trabajadora sexual es capaz de “dar placer”, de provocar deseo usando en un escenario público lo que culturalmente se ha confinado a lo “íntimo” y asociado al afecto, revelando así la comprensión de su propio cuerpo como recurso y de su conocimiento como discurso que la hace privilegiada, incluso, frente a esas “otras mujeres”: *la no putas*:

“Puedo coger una soltera, una viuda, una separada, una niña acabada de casarse o sencillamente una niña que acaba de abrir los ojos al sexo, y la pongo al día! “Quieres triunfar en el amor? Sea una buena amante”. Y qué es una buena amante? Amante no es la 90-60-90 no! La amante es un kid, qué es el kid? Es una niña que se cuida, una niña limpia, una niña extrovertida, una buena conversadora en una mesa, porque tú toda sería al tipo no le dan ganas ni de pedírtelo porque dice: esta vieja me va es a pegar! (risas) una mujer risueña, una mujer amable, una mujer que sea extrovertida en la cama, que no tenga tabúes y que si está en la cama tenga una buena ropa interior, porque tú con un jean fino y con unos calzones rotos no! No aguanta, si o no? (risas) ahí sí como dicen “a un hombre se le para pero de cabeza” (risas)” (Laura).

Ahora bien, mientras Laura estuvo en Valencia vivió en un apartamento que alquilaba con dos compañeras de trabajo de manera independiente, lo que le permitía mantener su lugar de residencia separado del espacio en el que ofrecía servicios sexuales, ganado autonomía y aprovechando la estabilidad económica que tenía. En el establecimiento pagaba por usar las habitaciones cuando subía con algún cliente y bajo esta modalidad había trabajado en Colombia por lo que estaba acostumbrada a calcular sus ganancias contando con este gasto:

“El establecimiento solamente cobra las veces que subas a la habitación. Por lo menos en esa época me cobraban 7 mil pesetas. Entonces si yo subía 10 veces a 7 mil pesetas, eran 70 mil pesetas. A veces trabajaba todo el día ó toda la noche y al final de la noche el dueño me decía lo de la pieza! Entonces tome... tu aseguras lo de la pieza y lo que viene es pa' ti. Si quieres comer en el negocio te comes un sándwich, un bocadillo allá, yo pensaba que era aquí como en Colombia con queso... allá un bocadillo es jamón serrano y un pan. Entonces si quieres comer en el negocio ó si no sencillamente sales, si tienes buena lana, buenos duros... pues el que tiene buena plata come a la carta sí o no?”

En relación a estas circunstancias no es posible hacer ninguna generalización, pues las condiciones en que viven las colombianas migrantes ocupadas en servicios sexuales, responden a variedad de factores, no obstante es interesante resaltar que no todas se encuentran absolutamente desfavorecidas y como lo indica Laura al final: *eso es como todo. Si usted ahoritica no tiene plata se va a comer corrientazo, pero si tiene buena plata se va a “crepes & waffles” (risas). Así es allá, si tienes buena plata, te vas a comer a un buen sitio, si no comés en el negocio”*.

3.1.4 Al sudeste de Asia: Reconstruyendo la experiencia en Filipinas

Varios países asiáticos, dentro de los que se cuenta la República de Filipinas han tenido ocupaciones militares (especialmente norteamericanas) de manera significativa desde la década de los 60's. De acuerdo con algunos estudios este fenómeno potenció de modo importante la industria sexual en estos lugares, pues la prostitución se convirtió en un recurso usual para proveer entretenimiento y servicios sexuales a los soldados. Si bien este constituye un antecedente importante, luego del cierre de muchas bases norteamericanas el mercado sexual en este sector del planeta es muy próspero y se ha sostenido gracias a los conocidos *tours sexuales* provenientes principalmente de Australia, Europa y Japón (Butler, 2009).

De acuerdo con Jennifer Butler, lo ocurrido en marzo de 1996 es muy dicente e ilustra la última afirmación, pues entre 2.500 y 3.000 soldados tuvieron permiso para bajar a tierra en Angeles y Olongapo [Filipinas], creando una prominente demanda de servicios sexuales. El asunto llegó al punto que los alcaldes de las ciudades se reunieron para planear la manera de conseguir más mujeres (2009). En ese contexto, es conocido que dueños de establecimientos y otros actores se vean involucrados en la compra y venta de mujeres a traficantes para satisfacer dicha demanda. No trato de generalizar la trata de mujeres hacia Filipinas, no digo que todas las mujeres que ejercen prostitución allí y sean migrantes estén siendo o hayan sido víctimas de estas organizaciones, lo que sostendré se hace a partir del trabajo de campo y del relato de una de las entrevistadas.

Ángela, como señalé en el capítulo anterior, fue trasladada hacia Filipinas para ser bailarina y con una deuda de 40 millones de pesos, que como por arte de magia se incrementaba conforme pasaban los días. Pero su historia de explotación y engaño no termina ahí: *“Era dama de compañía, ya no era bailarina sino que era dama de compañía, ya me tocó que estar mucho tiempo allá con manes y todo. Después de un tiempo, como de tres meses yo me había hecho casi ciento y pico de millones, yo le dije eso a la señora y me dijo que no, que tenía que darle doscientos y pico de millones...”*. Coaccionada por las amenazas que le proferían, angustiada porque le sucediera algo a sus familiares en Colombia, la entrevistada mantuvo silencio frente a la situación y pese a que le permitían ocasionalmente comunicarse con su madre en Colombia, ella no le contaba lo que estaba ocurriendo.

A diferencia de las demás entrevistadas, Ángela sostiene que la mantenían encerrada junto con otras 5 compañeras en un apartamento que permanecía custodiado, lo que evidentemente restringía su derecho de movilidad, y además esto era acompañado por mecanismos represivos a través de los cuales se ponía a operar el miedo como forma de control: *“Cuando yo llegué allá, yo empecé a engordarme porque el estrés de estar encerrada y la comida. A mí me encerraron en una pieza a comer mero pan con agua unos días, nos pusieron a hacer unas dietas de hierbas, nos tenían con guarulas (guardias), nos tenían con guardaespaldas y todo, uno no podía salir ni a la puerta solo, eran muy astutos. No tenía papeles, nos los habían quitado. Me estaban poniendo a comer pan con agua, una dieta por ahí con unas hierbas todas raras, dizque una sopa con unas hierbas raras, eso era asqueroso!”* (Ángela).

La escasa alimentación la mantenía débil, lo que aseguraba que estuviera en menos condiciones físicas para enfrentar un escape o buscar ayuda, aún así ella lo intentó: *“a mí me tocó escaparme. Yo me escapé un mes, un mes me escapé pero como los papeles se los retenían a uno, yo al mes llegué y volví otra vez allá”*.

La violación sistemática de derechos humanos, el sometimiento y la explotación sexual se convirtieron en la rutina de Ángela, pasaron 6 meses antes que pudiera emprender acciones contundentes para regresar a Colombia, pero durante ese tiempo: *“A uno lo llamaban los clientes. Eran como unos 10 clientes, llamaban a muchos contactos para que fueran unas diez mujeres y los clientes escogieran a una de esas mujeres, independientemente de dónde fueran y todo. Uno allá no podía decir que era colombiano, uno allá tenía que decir que era de otro país muy diferente a Colombia. Le pagaban a uno tres horas, seis horas, una amanecida, pero independientemente todos los días uno no trabajaba. No era como un negocio abierto. Era más bien como un domicilio”*.

El no poder revelar la nacionalidad era una manera de aumentar la clandestinidad y esquivar posibles seguimientos o asociaciones. A ello se sumaba la prohibición de hablar con los clientes o tratar de insinuar la situación, que se hacía efectiva a través de amenazas y con la diferencia idiomática, estrategia frecuente de las mafias: *“uno no hablaba el idioma de ellos, los clientes sabían que uno iba era de dama de compañía. Digamos uno los acompañaba a los casinos y cuando salía uno iba y estaba con ellos, y ya luego se iba pa’ la casa. Uno no hablaba con ellos era prohibido hablar con ellos [otra compañera agrega: además en qué idioma?]. Allá hablan tagalo y además los clientes que iban allá no eran de Filipinas, eran chinos, japoneses, no eran de allá. Pagaban súper bien”*. Pese a que ella misma y sus compañeras sabían que los cobros eran altos, ellas nunca recibían dinero: *“La mami era la señora que nos llevaba a nosotras y ella era la que recibía todo el dinero, yo no vi un peso”*.

Estas “metodologías” han sido detectadas y estudiadas: “Denuncias realizadas en Colombia muestran que los mediadores exportan a las mujeres por valores que oscilan entre 15 000 y 20 000 dólares cada una; en Japón las compran por aquel precio y las venden a la industria sexual local. Los dueños de bares pagan por las mujeres entre 35 000 y 40 000 dólares y les dicen que están endeudadas por esa cantidad de dinero. Para poder pagar esa deuda, la mujer es obligada a prostituirse. Para impedir que huya, se la mantiene bajo la

estrecha vigilancia de mafias organizadas. Es confinada en un departamento y obligada a recibir “clientes” de día y de noche.” (Chiarotti, 2003: 9)

El caso de Ángela expresa bien como muchas mujeres enfrentan la realidad de la trata de personas. Con informaciones parciales o falsas sobre el oficio que ejercerán en el exterior, o con la alteración de las condiciones en las que deben hacerlo, son sacadas del país con altas deudas, con información sobre sus vidas que es usada para manipular, intimidar y coaccionar. En este tipo de casos la agencia dentro del proyecto migratorio se ve anulada. Pero además el calificativo de *víctima* no le viene como imposición desde fuera, sino que ella misma se reconoce como tal, distingue los abusos a los que fue sometida, la explotación que soportó y la objetivación de su cuerpo herido y dañado. Finalmente ella logra recuperar su libertad y vuelve a Colombia, en un proceso al que aludiré en el Capítulo 4.

3.1.5 Yo pegué para las Islas: en medio del “paraíso caribeño”

Conformado por *islas paradisiacas*, “El caribe” ha sido configurado como destino turístico con planes de diversión, fundados en estereotipos étnicos y prototipos de calidez y esparcimiento. De acuerdo con las representaciones sociales dominantes, suponemos esta región como homogénea, llena de confort, de hecho presumimos que hay *una región* y a través de este espejismo se promueve y se construye un espacio cultural, económico y político que es mostrado al mundo y presentado como fascinante.

La mayor parte de las entrevistadas ha tenido presencia en lo que ellas mismas generalizan como “las islas”, siendo específicamente cuatro las que han visitado: Curazao, Bonaire, San Martín y Aruba. Todas a excepción de la última fueron hasta octubre de 2010 (fecha en la que ya se había terminado el trabajo de campo) parte de las Antillas Neerlandesas/Holandesas, pertenecientes al reino de los países bajos. Este elemento es importante, porque siglos de colonialismo ayudan a entender cómo este territorio llegó a convertirse en objeto de consumo turístico y en destino para buena parte de hombres y mujeres del llamado “primer mundo”; de hecho hay quienes sostienen que en este contexto el turismo debe concebirse como una extensión del colonialismo, no como forma única y abarcante sino como diversas manifestaciones de poder productor de alteridad (Salazar, 2006).

Como ya he señalado antes, en términos generales la industria turística se conecta de manera fuerte con todo lo que tiene que ver con la industria del entretenimiento y a su vez con los mercados sexuales, pues en dicha lógica escapar del *mundo del trabajo*, implica experimentar en el terreno sexual. Según Pilar Rodríguez, hoy por hoy muchas personas tratan de escabullirse de las acciones repetitivas de la vida cotidiana y buscan abrazar otras fantasías (construidas social y económicamente) “visitando páginas web, pagando porque nos echen las cartas vías telefónica, observando *realities shows*, viendo películas pornográficas, comprando toda clase de artilugios que nos permitan disparar el placer sexual solos-as o con nuestra pareja, asistiendo a espectáculos esperpénticos, o ¿por qué no?, demandando servicios sexuales a otras personas” (2008: 46).

En ese sentido, quienes proveen servicios sexuales en este contexto hacen parte de redes más amplias y de todo un entramado, dentro del que las trabajadoras sexuales son pieza clave (pero no la única). Con el crecimiento de la demanda de relaciones erótico-sexuales los flujos de migración temporal que sean capaces de proveer sexo-servicios y satisfacer la demanda son una estrategia económica que retroalimenta y dinamiza el mercado, a la vez que lo flexibiliza y lo hace más rentable.

Todas las entrevistadas obtuvieron contratos temporales de trabajo que les permitieron tramitar visas para ocuparse como Trabajadoras Sexuales en los destinos señalados con mucha facilidad, pues el tratamiento legal de la prostitución allí, la forma en que está regularizado su ejercicio así lo admite, configurando de este modo migraciones temporales que como mencioné en el primer capítulo, constituyen desplazamientos continuos y recurrentes, en donde, la residencia habitual se mantiene en la comunidad de origen (Canales & Zlotniski, 2001). Dicha regularización también ordena otros asuntos: sanitarios, condiciones de vivienda, seguridad, etc.

Curazao es uno de los sitios que Catalina recuerda más, la estadía está autorizada por tres meses y en varias ocasiones ella ha permanecido allí por ese lapso de tiempo. Resalta de manera particular la comodidad y autonomía que tenía para organizar su trabajo y demás cosas, sin horarios y “pocas reglas” de manera que: “*Como uno no tiene que cumplir horario en ningún lado, pues una verá si trabaja o se queda todo el día durmiendo y viendo televisión. Normalmente la regla más estricta allá es pagar a tiempo las casas. Allá, cada chica tiene un*

apartamento en un conjunto residencial y ellos no están pendientes de si uno trabajó o no trabajó, lo importante es que uno no se deje alcanzar. En cada cuadrita hay seguridad y alarmas. Tenían restaurante ahí, tienen también para uno llamar, tienen internet, tenemos teléfono en la habitación, pues están todas las comodidades” (Catalina).

Tanto Catalina como Isabel, aseguran que el lugar en el que trabajan tiene disponibilidad las 24 horas del día, por lo que si bien no tienen ninguna restricción formal para desplazarse y ausentarse, muchas de ellas trabajan entre las 3 de la tarde y las 6 de la mañana, haciendo las pausas que consideren necesarias y negociando directamente con los clientes: *“no tenemos tiempos para atender a los clientes, lo atendemos el tiempo que nosotras queramos, el tiempo lo escogemos nosotras. Normalmente uno compra un relojito de pared y cuenta veinte minutos” (Catalina).*

Sara por su parte distribuía su tiempo en Curazao de otra manera, pues para ella siempre ha sido importante distinguir que el trabajo sexual es lo que hace y no lo que es, no constituye un atributo sino que es su opción laboral, puntual, bajo unas condiciones específicas, también conoce el ocio, maneja tiempo libre y reflexiona frente a ello:

Allá el trabajo más es de noche, los hombres llegan muy tarde, entonces uno se levantaba casi a las doce para ir a almorzar, regresaba, arreglaba la habitación -allá te dan todo: trapeo, escoba, olores, para que la habitación huelva a rico- la arreglaba y abría mi puerta, para que si algún hombre llegaba viera que yo estaba ahí despierta, a veces se trabajaba en el día, otras veces no. Pero pues hacíamos otras cosas, no sólo trabajar ahí. Nos íbamos de compras, nos íbamos al centro a mirar, a tomarnos fotos, como te conté a la playa, a otras cosas, no sólo trabajar. Aunque hay mujeres que sí, que se quedan, yo no sé cómo hacen ellas (expresión de sorpresa seguida de risas), no me explico cómo hacen para no entretenerse, pero si se quedan ahí todo el día trabajando, que ni duermen, se quedan ahí con la puerta abierta, como dependiendo mucho de eso, demasiado. (...) Yo necesito relajarme, necesito desestresarme, necesito saber y aprender a diferenciar que esto no es tan importante en mi vida, que hay cosas mucho más importantes que trabajar en esto, entonces hay que aprender a diferenciarlo. Y si yo me quedo tooodo el día ahí trabajando, resulta que eso va a ser tan importante, tan importante, que eso va a ser más importante que mi familia, más importante que todo. Porque hay mujeres que dicen “yo me voy para la casa a qué? A gastar plata? Ay no! Yo mejor me quedo trabajando”, entonces para mí es muy importante ir a mi casa, estar con mi mamá, con mi hija, con mis hermanos y saber que hombre! Yo NO-SOY una prostituta SOLO EJERZO esto, pero soy una mujer normal.

Es fundamental reconocer que quienes trabajan en el sector sexual también tienen vidas privadas, tienen tiempo libre y lo utilizan yendo a cine, parques, centros comerciales o cualquier otro espacio, los mismos a los que acude cualquier otra persona, “su deseo de olvidar sus trabajos y ser personas convencionales no se distingue del de los demás”

(Agustín. 2005: 4), mucho menos cuando las posibilidades de ingreso permiten niveles de consumo más allá de los de la simple sobrevivencia.

Pocas veces se reconocen los significados y sentidos que las trabajadoras sexuales elaboran frente a lo que hacen. La ilegitimidad social de la actividad a la que se dedican, parece haberles robado el espacio en que sean escuchadas, en que tengan voz. Sara a través de su relato reivindica la necesidad de que su trayectoria de vida sea respetada, su reflexión más que una justificación de por qué hace lo que hace, o cómo lo desarrolla es un reclamo y a su vez una respuesta a esa sociedad que sin saber quién es, la juzga y la designa sin entender que por más restrictivas que parezcan sus elecciones merecen respeto. Atrapada en la trampa del lenguaje, pero además en la lógica con la que hemos aprehendido el mundo, Sara reclama *normalidad*, para ella el asunto no es de transgresión, sino de exclusión y señalamiento; en últimas de entender que vender servicios sexuales no vulnera su dignidad, como si lo hace la discriminación social (material y simbólica) a la que es sometida por ello, a través de la cual opera un estigma que no está fuera de quien ejerce prostitución, y que no sólo lo ha interiorizado ella.

Probablemente por ello, por el anonimato en el que estaba en Curazao y porque tristemente las condiciones mínimas y dignas para el ejercicio de su trabajo, no son cosas que tenga en Colombia, es que Adriana considera que estas últimas son significativamente mejores a las que ha conocido, y a sus ojos esto no tiene que ver con el reconocimiento de sus derechos, sino con un acto de buena fe en destino: *“Allá nadie te obliga a nada, si tu quieres trabajas en el día, si tu quieres trabajas en la noche. Son muy buena gentes! De verdad!”* y remata diciendo: *“Curazao para mi es lo mejor, me trataron muy bien. Tú pagas tu habitación. La habitación vale 75 florines si tú bailas, si tú no bailas vale 95. Yo bailaba y pagaba 75 florines y cuando me iba a venir yo lloraba pa’ que me dieran un mes más, es que es muy bacano por allá! Curazao es lo máximo”*.

La valoración del trabajo sexual en el exterior atraviesa de plano la concepción de la migración, pues la interacción con el lugar de destino se da en medio de las relaciones laborales y ambientes de trabajo, de modo que la exaltación del lugar de llegada integra los principios e ideas sobre lo que ha sido la experiencia vivida, las múltiples maneras de hilar sentimientos de pertenencia y mostrarse como agentes sociales que han transformado

la manera de concebir el mundo en este proceso.

Por lo mismo, no todas las entrevistadas tienen la misma sensación, aún cuando el lugar de destino ha sido el mismo. Paola también estuvo en Curazao y vivió condiciones muy distintas que se relacionan sobretodo con el tipo de establecimiento en el que trabajaba y con la forma como algunos dueños o administradores aprovechan el desconocimiento y la condición de migrantes, para aumentar las situaciones de abuso: *“Cuando llegué, allá siempre se limita uno muchas cosas, no puede salir, es encerrado uno en eso, eso es un negocio si me entiendes? Tiene como un horario para hacer uno sus vueltas por fuera, tiene que estar ya a las 6 ahí en el negocio, para salir te cobran multa. El trabajo es súper pesado, le toca a uno guerrearla mucho, la comida es súper mala y tiene uno que comer en el negocio, porque no le dejan entrar alimento al local, al negocio, de afuera solamente frutas, pero si tú ya quieres un almuerzo de afuera o cambiar un poco tenés que salir, pagar quince florines o veinte florines para que el taxi te lleve y te devuelva, entonces le sale a uno muy caro, entonces tiene uno por obligación que comer dentro del negocio, tu sabes que todo es como negocio para que a ellos les entre plata”.*

Por historias como estas es que Isabel planea muy bien el viaje y el lugar al que va a llegar, ella muestra cómo a través de su trayectoria migratoria ha desarrollado métodos para hacer que sus viajes sean exitosos: *“En Aruba el lugar donde nosotras trabajamos se llama San Nicolás, que podemos decir es el barrio Santa Fe, es exactamente igual: cada bar tiene sus chicas, las chicas tienen un horario en el bar, el resto son libres pueden hacer lo que quieran, si quiere trabajar, si no quiere trabajar es problema de cada persona y también somos libres de decidir si nos vamos o nos quedamos, igual nadie nos obliga, ni nos quitan el pasaporte ni nada, o sea el único riesgo que nosotras podemos correr es irnos a un lado donde no haya ido una compañera o no conozcamos, ese es el único miedo, el resto si siempre vamos al mismo lugar y vamos donde las otras compañeras han ido, más de una, más de dos o más de tres pues ya es conocido”.*

Es interesante ver que en muchas de las entrevistadas, los discursos sobre sus derechos han tenido un impacto, de algún modo se han apropiado de ello y esto se convierte también en un motor para buscar condiciones satisfactorias en los países de destino y para prevenir las situaciones de explotación de las que tanto hablan los medios de comunicación y los discursos oficiales. Ahora bien, el modo en que los viven y la forma como velan por ellos cotidianamente, integra acciones de solidaridad y la utilización de

amigas, compañeras, clientes, etc., para hacer frente al escenario en el que se desenvuelven, generar aprendizajes y estrategias de adaptación.

Ahora bien, Luz y Fernanda viajaron juntas a Aruba con un contrato por 90 días, cada una en un establecimiento diferente. Recuerdan horarios de trabajo especialmente extensos y nuevamente aparece el cobro de multas como un mecanismo de control y explotación frecuente, que hacía que tuvieran que trabajar jornadas más amplias: *“El horario mío era de 11 de la mañana a 4 de la tarde y de 8 de la noche a 4 de la mañana. Por decir algo: si usted en el horario de la noche y eran las 1 de la mañana y el bar estaba solo, usted se tenía que quedar hasta las 4 de la mañana, no era como tengo sueño me voy a ir a dormir, no! Usted se tenía que quedar. En el horario de la mañana si usted no sale a las 11 en punto, una multa de 20 dólares, por usted salir tarde al bar a trabajar, entonces usted tenía que salir a las 11 porque si usted no salía la multa ya la tenía lista!”* (Fernanda), así las cosas Luz sostiene que para poder obtener más dinero y lograr mayores ahorros, trabajaban otra jornada fuera del bar, en *la reja* y lo explica así: *“El bar es una cosa y la reja es la parte trasera del bar, donde uno se podía parar y llamar a los hombres, pero después de una cierta hora en la que ya habían cerrado el bar. Trabajas en baby doll, en shorts, con ese calor! Había que trabajar afuera en la reja porque el bar no era muy bueno, entonces trabajábamos hasta las 7 de la mañana.”*

Aunque con algunos límites, ambas recibían dinero a través de relaciones sexuales remuneradas, pero los establecimientos no sólo se beneficiaban con ello, sino que además les pedían desarrollar actividades de limpieza a las instalaciones donde trabajaban y esto debían hacerlo de manera gratuita: *“Nos obligaban a hacer el aseo de la casa y del bar, una semana cada una. En cada bar vivían cuatro chicas”* (Fernanda). Amparada en una lógica de *“disponibilidad femenina”* para las labores domésticas, esta actuación enmascara formas de concebir el trabajo femenino dentro de las relaciones de género tradicionales y las muestra como *normales*. Este tipo de actividades *“extra”* pocas veces son interpretadas como abuso (en tanto eso no registra en los contratos de trabajo) y rehusarse a hacerlo puede generar censura y ser considerado sinónimo de rebeldía, lo que de por sí es un agravante para quien desde su actividad económica principal, está transgrediendo las normas patriarcales.

De otra parte, quienes han viajado a San Martín coinciden en señalar que *hay muchas reglas*; la modalidad misma de trabajo dentro de los establecimientos es distinta y hay menos personal involucrado, situación de la que Catalina ha sacado provecho: *“En San Martín si es distinto. También ahí uno sale a diario pero... allá uno tiene que cumplir horarios y por todo es multa, pero en San Martín a mi me ha ido muy bien. No hay meseros sino que los clientes llegan a la barra y piden; yo... cuando no estoy haciendo nada, empiezo a recoger bailando, me gusta bailar mucho para que los clientes me vean.”*

Pero lo que más molestó a Natalia en este destino, fueron los múltiples cobros que eran “legítimos” y que finalmente ella asumió cuando firmó el contrato: *“Uno cobra 50 dólares y son 10 dólares para la casa y son 40 para uno. Si yo entro varias veces son un hombre, son 10 dólares que te toca dejar aparte, yo cobro 50 pero son 40 para mí y 10 para la casa. A veces hay clientes que no tienen los 50 “que me lo deje en 40”, pero uno dice “cómo lo voy a dejar en 40 si lo que ya va a quedar son 30 dólares”. Hay de días a días, hay días muy buenos, hay días muy duros, hay días que uno se hace solamente pa’ pagar la casa. Ah! Más los 10 dólares de seguro que nos toca pagar diario! 10 dólares de seguro”* (Natalia). Sin embargo, en ambos casos es destacable la capacidad de negociación directa con el cliente, lo que da una mayor posibilidad de elegirlos o rechazarlos y en últimas de actuar como sujetos contractuales.

Ya en Bonaire, las cosas son distintas. Para empezar el contrato de trabajo es solamente por 28 días y cada establecimiento tiene 12 mujeres; este número de mujeres medido respecto a la cantidad de clientes, los cobros de los establecimientos y el tiempo de permanencia en la isla supone menos ganancias y por lo tanto la evaluación que se hace de la migración allí, no es tan optimista: *“En Bonaire el lugar donde vamos se llama Pachi y pues son solamente 12 mujeres, nos quitan mucha plata pero es bueno, digo nos quitan porque uno paga habitación y bueno varias cosas más, es duro porque allá se gana un poquito...es un poquito menos de oportunidades de ganar el dinero pero pues hay mujeres que les ha ido muy bien, a mi me ha ido muy bien no me quejo, pero uno quisiera siempre traerse más...”* (Isabel).

Todas las entrevistadas que han trabajado en alguna de las islas antillanas, exaltan los frecuentes controles sanitarios. Los *exámenes del SIDA y de las enfermedades* como dicen varias, son requisito para ingresar a cada una de las Islas y salir de ellas. Presentados como una práctica de protección y cuidado deben someterse semanalmente a chequeos médicos,

que son, a mi modo de ver, fundamentalmente prácticas de control sanitario y sexual racializadas que se fundamentan en el estigma de que las mujeres que comercian con servicios sexuales son potencialmente *enfermas* y *sucias*, y no sólo contaminarán a un cliente, sino que representan un riesgo para el territorio en tanto son migrantes. Y esto es clarísimo cuando son ellas las que son sometidas a estas medidas y sobre los clientes no hay ningún tipo de control, pero además cuando adquirir cualquier tipo de enfermedad de transmisión sexual o infección genital, es amenaza y causa de deportación.

El relato de Catalina ilustra bastante bien esta situación:

“A mí me parece eso excelente. No sólo que uno deba hacerse los exámenes desde aquí. Es muy bueno porque aparte de que uno debe llevar los exámenes desde acá... ellos como que no confían en uno y vuelven... o no que no confíen, sino para verificar... y antes de uno venirse también para estar seguros de que uno salió de la isla sano. A mí me habían comentado que se sabe cuando hay niñas que lo hacen sin condón, en los frotis sale eso y le llaman la atención a la niña y si al otro día le vuelve a salir así la deportan. Porque no se debe... mejor dicho, allá evitan mucho que se formen esos virus porque hay veces que esas peladas se enamoran y dejan de trabajar o se enamoran y se vuelan con ellos y pues en ese conjunto residencial que se llama Campo Alegre deben responder por nosotros en salud y en cuidado. En Curasao el médico va al conjunto y por decir algo el lunes le tocaba a tales números, mi habitación por ejemplo era la 159... el martes tales números, el miércoles tales números. El médico llega por ejemplo a las 8:00 a.m. la que quiera coger turno temprano, se va desde las 6:30-7:00 a.m. a esperar la ficha. A veces uno se quedaba dormido entonces: -¡que faltó fulana!-, -¡fulana!- le mandaban a uno a seguridad; -¡159 acuérdesse del médico! El primer día: V.I.H., examen de pulmón, todos los exámenes, pero ya después, es solamente el frotis cada ocho días. Al mes, vuelven y le toman a uno los exámenes del V.I.H.... y antes de venirse, se lo vuelven y se lo toman a uno”

Y es que la sistematicidad con que se ejercen estos controles, marcan los cuerpos, los atraviesan y señalan a las migrantes que se dedican al trabajo sexual como portadoras de contaminación social, reemplazando la invisibilidad de sus condiciones de trabajo por una estrategia de hipervisibilidad que las coloca en el centro de atenciones médico-sanitarias en tanto potenciales transmisoras de enfermedades venéreas (Juliano, 2002) y reproductoras de un grupo social “anómalo” y “peligroso”, en ese sentido la vigilancia sobre sus cuerpos da cuenta de la reproducción de principios higienistas que censuran las estrategias sexuales de *las mujeres*, amparados en pilares de diferenciación y estratificación racial.

Así lo vivió Fernanda: “Cuando yo llegué a San Martín ella [administradora de establecimiento] me dijo que eran otros [exámenes], que los que yo había traído de Colombia no me servían, que porque los exámenes que hacían en Colombia no eran tan buenos ni tan efectivos como los que hacían allá, entonces ella me sacó de nuevo otros exámenes. Me sacó como 5 tarritos de sangre de un

solo brazo, que porque ese era el examen de herpes, que era el examen de SIDA, que de ahí de esos 5 tarritos de sangre ella me iba a sacar todos los exámenes que necesitaba para tenerme en el bar. Si de pronto me salía algún examen malo ella me decía que no me podía quedar en el bar de ella e inmediatamente yo me tenía que devolver para Colombia. Los exámenes me salieron bien y me quedé. Cada lunes había que dar 12 dólares para que el ginecólogo fuera donde uno y le sacara la muestra y lo que necesitaba de uno.”.

Lo que genera pregunta no es ni siquiera la visita de un ginecólogo semanalmente, cuando ello pudiera representar protección efectiva al cuerpo y acceso a servicios de salud y medicamentos. Pero el siguiente relato muestra como se trata de un ejercicio de control para asegurar la *protección* de los clientes y con ello de la sociedad de acogida y no de una política de cuidado de la salud sexual de las trabajadoras, ni del velar por el cumplimiento de su derecho a recibir atención médica primaria y especializada: *“Hay que comprar la droga porque allá no te venden una aspirina, allá le llevan a uno el médico todos los jueves pero el médico lo que hace es normal: la revisa, acosa algunas niñas, le mete el dedo, es morbosos, ese es el médico de cada ocho días. Y a uno le toca aguantarse todo eso, pero si a uno le duele un ovario, de una inflamación o de algo, a ti te toca llevar toda la droga de acá porque allá no te venden nada. Usted acá tiene que invertir por ahí 300 en droga, en lubricantes, para el dolor de cabeza, todo, todo lo que usted sufra porque allá no te dejan comprar. Si te dan droga usted tiene que pedir una cita médica que cueste 150 dólares para que él [médico] te de una fórmula que salga a nombre de uno y puedas ir a comprar. Para comprar una medicina es obligatorio una fórmula médica, con nombre y cédula, con todo. Y todo muy caro!”* (Luz)

A propósito de esto el “Acuerdo mundial en favor de los derechos de las prostitutas”, firmado en Amsterdam en 1985, señalaba como las revisiones sanitarias han sido históricamente usadas para controlar y estigmatizar a las trabajadoras sexuales y reclamaba desde entonces que las revisiones obligatorias para esta población son inaceptables, a no ser que sean aplicadas a todas las personas sexualmente activas.

Finalmente quisiera señalar que el hecho de que en *las islas*, el ejercicio del trabajo sexual esté regulado y ello permita la obtención de contratos de trabajo que facilitan la entrada y salida de mujeres migrantes dispuestas a ejercer prostitución, responde de manera importante al interés de estos destinos por sostener su mercado del sexo; se puede afirmar

en ese sentido, que muchas de las condiciones en las que las entrevistadas mencionan haber trabajado, responden también al impulso que se ha dado a la industria del entretenimiento y del comercio sexual, en tanto uno de los principales reglones de la economía.

Hasta acá he abordado de manera general las condiciones de vida y laborales, junto a muchos de los significados y sentidos atribuidos al trabajo sexual en el marco de una experiencia migratoria, que varían de acuerdo con factores como los lugares de destino, o el estatus migratorio, entre otros, lo que no quiere decir que esto responda a una causalidad lineal, ni que lo descrito en alguno de los apartados no pueda tener vigencia para otros o viceversa. Además resalto lo específico de las situaciones estudiadas, pues en todos los casos por ejemplo, las entrevistadas trabajaron en establecimientos o clubes, factor que eventualmente configura unos espacios y relaciones distintas a si se hubieran analizado relatos en los que las entrevistadas hubieran trabajado en prostitución callejera, por ejemplo. Esto entonces debe entenderse no como relativo, pero sí como localizado sólo en una arista de la producción de conocimiento respecto al fenómeno del que estoy hablando.

3.2 Ser “Colombiana”, “Trabajadora sexual” y “migrante”

Cuando se sale del país indiscutiblemente aparece la referencia al lugar que se dejó, no somos simplemente “del mundo”, sino que *pertenecemos* a algún lugar marcado geopolíticamente, delineado por fronteras político-administrativas, por supuesto historizado, construido imaginaria y simbólicamente como un “todo” de identidades y tradiciones. En ese sentido muchos de los estereotipos de *lo colombiano* (marcado por el género), marcan la experiencia migratoria, organizan dinámicas en los mercados sexuales en los países de destino y tejen la experiencia sexualizada y racializada de ser leída como *prostituta colombiana migrante*.

Las entrevistadas reflexionaron en torno a lo anterior, identificando principalmente dos modos en los que dichos estereotipos raciales-generizados asociados a la nacionalidad, operan en las prácticas cuando están fuera del país: por un lado aparecen las experiencias de discriminación (violentas y ofensivas no sólo en el terreno laboral), y por otro lo que refieren como “a la colombiana la apetecen mucho”, que no es otra cosa que la presencia

de dichos principios en la organización de la oferta del mercado sexual y su diversificación (estereotipos afirmados y aprovechados como ventajas competitivas).

En relación con el primer aspecto, Laura sostiene que “la discriminación es mucha”, especialmente asociada a la figura del colombiano o colombiana como consumidor y expendedor de cocaína: *“No, allá la gente es más conservadora, más dura... los colombianos tenemos muy mala fama, nos tiene muy mal. A mí por lo menos me decían “de dónde eres? Colombiana? El cartel de Cali, de Medellín, de limpiarte el polvo acá” (señala la nariz). De entrada ya tiene uno la mala carta de presentación entonces: “no, no, no pues sí hay narcotraficantes, pero yo no lo soy, soy buena, soy colombiana, soy humilde”. Entonces por ese solo hecho ya te tienen como lo peor.”* (Laura).

Esto tiene especial importancia cuando buena parte de la imagen de Colombia en el mundo se ha configurado a partir del narcotráfico, un delito que se ha dispuesto como crimen internacional, frente al que hay que “defenderse” y el cual es más *sencillo combatir* usando a migrantes colombianos/as - designados desde la otredad- como potenciales criminales, llenos de los atributos que hay que combatir. Bauman menciona cómo en el espacio global los “extranjeros” se convierten en los “grandes desconocidos” que encarnan los objetos hacia los cuales el mundo globalizado dirige sus incertidumbres y angustias, configurándoles como portadores de peligro, sospechosos e impredecibles, por lo que: “los refugiados y los inmigrantes que vienen de “lejos” pero aspiran a instalarse en el vecindario, sólo son apropiados para el papel de la efigie que ha de quemarse” (2005: 88).

Por la misma línea Natalia recuerda que: *“La primera vez que viajé allá a Panamá, la migración, claro! Me requisaron hasta la conciencia, pensarían que iba cargada de droga. Me sacaron todo, todo me lo sacaron! Trapito por trapito, todo. Me revisaron todo y ya me dejaron pasar: bienvenida y ya”*.

Al pensar en experiencias de discriminación es muy frecuente que las entrevistadas mencionen el trato brindado por agentes de migración en los aeropuertos de los países de destino, especialmente por parte las “mujeres”: *“las mujeres lo tratan a uno raro, más duras... Las de migración. Los hombres no. Las mujeres de migración lo tratan a uno como muy déspota, como muy ordinaria, pues por lo que saben a lo que uno va. Lo requisan a uno mucho, las mujeres le hacen a uno preguntas para hacerlo sentir a uno incómodo. Por lo menos una de ellas dijo: “¿a qué*

viene usted acá?”, ya sabiendo ella por el contrato a qué yo vengo! Yo le dije que de dama de compañía, me miraba... la mirada era rara, si me entiendes? Haciéndolo sentir a uno mal; lo hacen pasar a uno por muuuchas, entonces esta le habla, la otra también le dice, pero bueno... ya uno llega.” (Sara).

Tradicionalmente la construcción de la subjetividad propia se hace en relación con los discursos de la cultura en el que nos encontramos inscritos, lo que supone la interiorización de las normas socialmente exaltadas, a partir de las cuales nos percibimos a nosotros mismos y a los demás. La esencialización de las identidades femeninas en una sociedad de marcada influencia cristiana, ha supuesto la separación de dos modelos opuestos de feminidad que coexisten, rangos jerárquicos en los que unas mujeres tienen prestigio y otras no, en las que unas adoptan las buenas costumbres, mientras las otras están perdidas o por el mal camino, es a través de este juego de control y de poder que se abre un campo de posibles, en el que muchas de nosotras las que no trabajamos sexualmente, nos distanciamos de las quienes son señaladas como “malas mujeres” para construir nuestra propia imagen femenina en oposición a esas “otras mujeres”, quienes si además son migrantes, configuran una amenaza para el mantenimiento del orden social.

Las agentes de migración (sin ánimo generalizador), actúan más bien desde el lugar de la ley social, lo que quiere decir que no son estas mujeres en sí mismas actuando, sino las lógicas de los sistemas de opresión operando a través de sujetos que desde un lugar legitimado socialmente, sancionan y censuran, reproducen el estigma que pesa sobre las trabajadoras del sexo, como mecanismo de control sobre estas últimas y sobre sí mismas. Los siguientes relatos ilustran esto y dejan ver como no sólo las mujeres de migración actúan de este modo, sino aquellas que se definen como *no putas migrantes*:

“Cuando uno llega a emigración del otro país, ellos si saben que uno va a prostituirse y entonces allá si lo tratan a uno mal, porque hay mujeres allá injustas. Hay mujeres, las que trabajan allá en otro país, en las oficinas lo tratan a uno mal y saben que uno va a prostituirse entonces, le dicen a uno “zorras, colombianas zorras, colombianas perras, vienen a conseguir maridos con plata, acá no hay plata”, le dicen a uno cosas y ya.” (Fernanda); “obviamente en migraciones cuando uno llega allá...saben qué grupo de colombianas van a llegar. En los sitios somos totalmente diferentes a la población de allá, porque allá son morenos, las de las islas son negras entonces a una negra a una del color de nosotras pues es diferente, las de las islas son como un poquito más déspotas, como que “ahhh...llegaron esas colombianas a quitarnos los maridos” (risas)” (Isabel).

Isabel comienza a introducir el segundo de los elementos: *“en los sitios somos totalmente diferentes”*. De acuerdo con Piscitelli, en el marco de la pluralidad de experiencias de inserción a la industria sexual transnacional, se percibe unas *“sugestivas recurrencias en lo que se refiere a los trazos “étnicos” afirmados en el marco del trabajo sexual (...) La sexualidad tropical, racializada como “morena”, tiende a ser asociada a mujeres de las antiguas colonias españolas, con destaque, según los nichos de prostitución, para cubanas y colombianas”* (2008: 12).

Lo que relatan las entrevistadas deja ver cómo muchos de los estereotipos sobre la sexualidad de las mujeres colombianas que venden servicios sexuales, son utilizados como posibilidad que aumenta las ventajas competitivas en los mercados internacionales del sexo, muchas de ellas los reivindican y los afirman: *“allá créemelo que un español por una colombiana y ponen una madrileña y que: “colombiana y por esa colombiana le pago los duros que me pida”. Porque uno sabe, uno envuelve al hombre como le da la gana, si lo hace con el colombiano lo hace con cualquiera! (risas). Además, la belleza latina, no es comparada con la belleza europea. La belleza europea no es la típica mujer blanca, sino es una mujer fea, es una mujer desabrida... no es la mujer así... aquí la colombiana si no tiene cuerpo, tiene cara, si no tiene cara tiene un pelo lindo, unos ojos lindos, la mujer colombiana es diva, es una mujer vanidosa la mujer colombiana es ambiciosa, la mujer colombiana quiere ser bella, quiere sobresalir, quiere ser profesional, quiere ser líder, nosotras somos muy humildes, muy cariñosas”* (Laura).

Si de *“rasgos”* aducidos por las entrevistadas se trata, la belleza y la calidez son los principales que se atribuyen en tanto colombianas; son estos dos los adjetivos más frecuentes y los que permiten según las entrevistadas que los clientes las prefieran y que las otras mujeres (trabajadoras sexuales o no) las perciban como amenaza, en tanto son superiores: *“Las colombianas somos unas mujeres muy bonitas, para la cama somos muy buenas, los cuerpos y las caras son muy bonitas, el acento, les gusta como nosotras hablamos, les gusta la cara y el cuerpo somos muy naturalitas. Es que las mujeres colombianas somos muy bonitas y son muy apetecidas en otro país por el color de la piel, es que hay mujeres de otro país que si son muy blancas, muy blanca-leche, las mujeres de España son muy blancas, entonces los hombres prefieren las colombianas”* (Fernanda)

Es interesante también como a partir de estos dos elementos reivindican la construcción de

su feminidad desde un lugar legítimo que ellas mismas destacan y no desde el lugar estigmatizado que la sociedad les atribuye por la actividad económica que realizan: *“Es que a las colombianas nos gustan mucho las cirugías, nos gusta estar como muy bonitas, nosotras nos cuidamos mucho, somos como muy creídas, para eso del cuerpo y esas cosas. Mientras que en otros lados eso no es tan importante. Como la diferencia de una mujer colombiana a una de otro lado, es la ternura. Es algo como que nosotras somos buenas esposas, somos tiernas, entonces es algo similar, si me hago entender con esa comparación? Es algo que nace con nosotras, somos bonitas y nos gusta vernos bonitas y la que está gordita la amiga le dice pero mire que hay cirugías, mire que hay un masaje, nos preocupamos mucho por la belleza”* (Sara).

Los estereotipos, a través de los cuales buena parte de las entrevistadas definen su “colombianidad”, responden a un lugar social en el que pueden re-crear su feminidad desde la norma exaltada: *buenas esposas, tiernas, bonitas*, y esto tiene que ver con toda una serie de atributos que simbolizan el reconocimiento social, que a la figura de *la prostituta* le es negado. Es así como pareciera que afirmarse en dichos estereotipos “nacionales” sexualizados, es un mecanismo a través del cual logran escapar del estigma y hacer un uso estratégico de esas “otras propiedades” asignadas a lo femenino.

3.3 ¿Y de los clientes qué?

Las relaciones sexuales remuneradas, suponen una demanda de dichos servicios sexuales en un marco dual: hay quien los vende, porque hay quien paga por ellos. Sin embargo, la invisibilización de los clientes [generalizados como hombres, aunque también haya mujeres], constituye una estrategia social, a través de la cual el rechazo, la vergüenza y la estigmatización recaen solamente sobre quien comercia con la actividad sexual y no sobre quien la compra. En ese sentido el servicio sexual es visto como degradante cuando se lo piensa en términos de quien lo vende, pero se transforma en mercancía, de denominación neutra cuando se lo relaciona con el comprador, de hecho: *“el estigma del trabajo sexual siempre había recaído contra la oferta, mientras se reservaba tolerancia y hasta cierto orgullo o vanagloria a la demanda realizada por el varón”* (Juliano, 2002: 96).

En ese sentido, otro elemento importante para entender la experiencia migratoria de las entrevistadas, pasa por referir los discernimientos que expresaron acerca de las relaciones

con los clientes, las diferencias que establecen entre unos y otros, y las formas como ellas se ubican y actúan frente a [ó con] los mismos.

En un primer momento la opinión que expresó Natalia sobre los clientes con los que trabajó fuera del país fue muy general, y da cuenta de un elemento del que se jacta no sólo ella sino sus demás compañeras, y es el conocimiento sobre el universo masculino y la enmascarada intención mesiánica de muchos que pretenden acudir al amor romántico para “rescatarlas” de la *mala vida*: *“Uno se lleva sorpresas en todas partes. Por allá da uno con clientes buenos, con clientes malos, clientes intensos, clientes que mejor dicho, igual que acá también uno da con clientes intensos que sólo quieren entregarse al amor y a la payasada y uno la verdad ya está muy madurito como pa’ saber cuál es el hombre que de verdad quiere algo y el que solamente quiere hacerle perder el tiempo a uno. Entonces ya eso queda en la decisión de uno.”* (Natalia).

Sin embargo, hay una tendencia dentro de las entrevistadas a valorar positivamente la actitud de los clientes en el exterior hacia ellas, sobre todo cuando la comparan con la que viven en Colombia, siendo esta comparación la que permite evaluar y calcular los beneficios o perjuicios experimentados. Por ejemplo Fernanda, es muy clara cuando establece la diferencia entre unos y otros: *“acá en Colombia los tipos son como muy patos, como muy chichipatos, solamente pagan lo que es, no recibe uno nada a cambio, es: si usted me da cuca, yo le pago, de pronto una salidita se la pagan. Pero allá un regalito, un detallito, “venga mami, yo la invito a almorzar, yo la invito a comer”, un detallito perfume, esta platica es extra. Si o no? No solamente por usted acostarse con esa persona y ya. Lo tratan a uno bien, lo sacan a la playa, con las amigas, no son chichipatos con la plata.”*

Por esa misma línea, Isabel sostiene:

“en mi caso he dado con buenas personas, americanos que nos llevan a los yates, a las casas, a los hoteles, tenemos momentos para conocer cosas que acá en Colombia no las conocemos, como...el Hotel Marriot por dentro, la piscina...ehh, que nos traten de pronto como...bueno el americano nos trata a nosotras como la esposa...mi novia, entonces uno va a los mejores sitios, a los mejores casinos, se ganan plata nos dan propina, nos regalan 500 dólares, pagan la multa, nos invitan las mejores comidas. Acá ningún colombiano (risa) nos va a llevar a un Hotel Marriot o a un Hilton, no nada que ver y menos nos van a decir: no problem for money (risa) El turista no ve importante la plata sino estar acompañado y pasarla bien, incluso a veces ni sexo, porque muchas veces contamos con la dicha de que alguien se...entre comillas...como se dice se enamora de uno y feliz le paga la multa de toda la semana y lo saca, entonces lo lleva a la casa a dormir y a cocinarle, le cocinan a uno y mejor dicho la gran vida.”

Es interesante ver cómo para ella el *buen trato*, tiene que ver con que públicamente la relación contractual es disimulada y el cliente le da un lugar de legitimidad y aceptación social, que cumple con el modelo de relación de pareja exaltado. Pero además, es muy claro cómo algunos clientes no sólo pretenden la prestación de un servicio sexual, sino que la obtención de placer pasa también por la búsqueda de compañía y comunicación, en últimas por la búsqueda de bienestar emocional; ello nos recuerda la complejidad de los intercambios en el marco del comercio sexual.

Sara por su parte, se cuida de hacer generalizaciones, pero al confrontar “los hombres de allá” y “los hombres de acá”, la sensación que le queda es: *“los hombres de allá no todos, pero si hay algunos que saben tratar mejor a las mujeres. En cambio acá en Colombia, el colombiano es un poco abusivo a veces y allá es mucho más fácil. Los colombianos son atrevidos. Y creen que porque usted está parada ahí tienen derecho a tocarle todo el cuerpo y no, no, no, no, no! Porque ellos pagan solamente por la relación, o sea: pene, metido en vagina, por decirlo vulgar, no por tocar más. Es que ni siquiera ha entrado y ya está tocando. Allá no, allá ellos respetan y preguntan puedo tocar? Puedo esto? Hay mucho respeto, aunque sale el que es pelión, pero yo por lo menos no tuve ninguna experiencia mala, fueron bien respetuosos, bien, normal. En cambio un colombiano si pasa por muy atrevido y por decir “yo a usted le estoy pagando!” Como que él está pagando y decide lo que debe y lo que no debe, entonces eso fue lo diferente”*.

Y es que esto tiene que ver con la representación social, que legitima un modelo de “mujer prostituta=sexualmente disponible” y apropiable, pues los imaginarios que circulan sobre la identidad femenina de una mujer que se dedica al trabajo sexual tradicionalmente la sitúan dentro del discurso [heterocentrado] de un hombre-cliente, que dotado de dinero como símbolo de poder supone una condición de supremacía, a través de la cual objetiviza el cuerpo de la *otra*, manteniendo lo masculino como dominante, y re-creando conductas y prácticas que responden a un modelo de sexualidad masculina tradicional en occidente.

Es así como varias de las entrevistadas manifestaron sentirse en una posición de abierta desventaja frente a los clientes, avalada por terceras personas que mediaban en el intercambio: *“allá le dan siempre la razón al cliente no a uno”* (Paola), Sara por su parte sostiene: *“allá los hombres tienen las de ganar casi siempre sobre nosotras, porque si hay una pelea*

con un cliente y el lugar te dice “devuélvale el dinero”, así ellos ya hayan tenido la relación uno tiene que devolverle el dinero, eso es muy complicado en algunas islas”.

Conscientes de esto y de cómo esta situación aumenta su vulnerabilidad frente a los clientes, algunas entrevistadas configuran acciones de resistencia, a través de prácticas solidarias y conocimientos previos:

“la primera semana ella [compañera de trabajo] se quedaba por fuera de la puerta y me decía: “-si algo, mete un grito”- aunque en la habitación había alarma y todo, pero ella decía que ahí a veces los hombres como sabían que había alarma lo cogían a uno para que uno no tocara la alarma. Entonces ella me decía: “-¡si algo mete un grito! Tú conversas con alguien y sabes si va a ser agresivo por la forma de tratarte, de tocarte, o de mirarte; hay veces allá... es con esa ternura... y adentro lo quieren tratar a uno como si uno fuera una potranca, entonces cuando uno les dice que no... -¡ja!- eso empiezan a golpear las puertas, las paredes como para atemorizarlo a uno. Uno tiene que ser muy inteligente con esas acciones. Y cuando un hombre sale inteligente uno tiene que ser mucho más inteligente, tratar de seguirle la corriente mientras uno se lo quita de encima, para poder salir, o poner una alarma o coger algo con que uno poderse defender. Porque imagínese el encima de uno ahí alborotado y uno ahí debajo alegando. Y muchas veces el mal aliento... ¡con ese mal aliento le quemar a uno las pestañas!”

Afortunadamente, en la práctica muchas de las entrevistadas han reapropiado esos imaginarios que las marginan y que históricamente han legitimado violencia en su contra, descifrando su experiencia de vida, la trayectoria de su hacer y la lucha porque su actividad económica sea reconocida como tal y valorada socialmente. Carmen Julia Cortes lo expresa de la siguiente manera: “las mujeres prostitutas se resisten a aceptar el estigma y la definición vigente de su oficio (“identidad atribuida”) y construyen entre ellas una identidad subjetiva de acuerdo con otros valores” (2009: 15). Sara, por ejemplo lo hace aclarando un asunto que muchos y muchas parecen aún no tener claro: la idea tradicional de que las “prostitutas venden su cuerpo” es errada, lo que sí puede afirmarse es que ofrecen servicios sexuales a cambio de dinero, lo cual es bien distinto:

“yo tenía la idea que las prostitutas se dejaban hacer lo que quisieran de los hombres, y aprendí que eso no es verdad. Aprendí a conocer muchachas con historias muy duras, otras con historias normales, unas que lo hacían por necesidad, otras que lo hacen por vestirse bien, otras por cumplir sus metas, otras por su vicio porque también se ven esas cosas. Entonces he aprendido a cuidarme mejor, yo creo que también he aprendido a ser mejor persona, a valorarme un poco más, porque conmigo no hacen lo que quieren porque me pagan! Conmigo llegan hasta donde yo lo permito. Si a mí no me gusta que me toquen, si a mí no me gusta que me hagan una cosa o la otra, lo voy diciendo y así de sencillo: no lo hago” (Sara).

Esta expresión devela el otro lado de la moneda. Ninguna trabajadora sexual se encuentra desprovista de poder, participan en la construcción relacional entre sujetos con intereses y

deseos. Una forma interesante de ver esto, aparece cuando a través del uso del erotismo y del deseo capaz de ser despertado, algunas de las entrevistadas sacaron provecho de sus clientes, de una manera deliberada e intencionada, algunas incluso hicieron uso de su estigma social para acceder a ciertas ventajas. La primera que lo reveló abiertamente y se enorgulleció de relatarlo, fue Laura:

“Llegué a un bar muy lindo, muy grande donde estaban mujeres mayores y yo era una chica muy joven. Había mujeres mayores, entonces yo llegué y arranqué con todo. Entonces me fue muy bien, se enamoró de mí muchos hombres. Había uno que se llamaba Enrique Landeros y se enamoró terriblemente de mí y yo fui muy viva y le sacaba la plata (susurra). Y habían viejos decrépitos y los besaba y los consentía y me les empelotaba y les hacía de todo y les sacaba la plata. Hasta que llegó uno que era el jefe general de la policía de Valencia (risas) y el man me pagó la suite, la suite es lo mejor en habitaciones. O sea hay sencilla, la media y hay la mejor que es con jacuzzi, sauna, tina, baño de luna, esa es la mejor y me pagó suite. Entonces yo dije: “si él me pagó suite, es porque tiene plata”, entonces lo enamoré, lo enamoré, lo enamoré y le saqué plata! Enamoraaoo, arrodillaaoo, amándome (risas) y con esa plata llegué y le compré una casa a mi mamá, una casa de tres pisos.”, pero no fueron los únicos, así continúa: “me conseguí un pendejo que tenía carro y me llevaba a la playa (risas tenues) y yo tome coñac y mire el mar y mire el firmamento, el man enamorado y me quería! Entonces como me quería me acolitaba y yo: meta vicio en ese carro! (risas tenues) y béselo y lllore. Y él me consentía y haga plata! Yo todos los cretinos viejos decrépitos detrás mío, entonces yo haga plata y mande pa´ Colombia.”.

Pero posiblemente los dos momentos en que con más fuerza Laura se muestra como sujeto y cuestiona la forma tradicional de concebir la dominación *prostituta-cliente*, son estos:

“Entonces yo miré la plata y dije “no puede ser que sea todo pa´ gastos”, entonces como yo había visto que el dueño del hotel me echaba los perros, me lo conquisté! (carcajada). Me lo conquisté! Lo llamé al apartamento y le dije que yo era una pobre mujer que estaba en España, que igual él me había gustado desde el primer momento, me lo dormí! y el man me rebajó todos los meses de piso, todos los meses”.

“Y me acuerdo tanto que me dijo -¿y por qué trabajas tanto?- y le dije -porque tengo una deuda con una mujer que me mandó- y mentiras, yo esa plata la pagué hace meses. Me dijo: -Y ¿cuánto es?- le dije: -12 millones de pesos colombianos-el dólar estaba a 2.000 y eran 6.000 dólares. Me dijo -mira, te voy a dar para la deuda- y yo la giré para mi casa.”

Pero no es este el único método usado a propósito de unas y otras peripecias alrededor del trabajo sexual y del ejercicio del poder con los clientes, pues ese “conocimiento sobre los hombres” que se adjudican las entrevistadas, es usado para agenciar beneficios económicos, pero también para quebrar esa “conducta masculina” tan *segura y racional*, que ha sido usada para silenciarlas y negarlas.

Después de todo, y de acuerdo con lo planteado con Marcela Lagarde, el cuerpo de las mujeres es un espacio político privilegiado, en tanto su poder emana -significativamente- de la valoración social de ese cuerpo, “Cada mujer desarrolla de manera diferencial, como

todos los oprimidos, el potencial de poder surgido de lo que da al opresor. Así, bajo la dominación los oprimidos son poderosos porque tienen aquello de lo cual carece, a la vez que necesita, quien tiene atributos considerados esencia del poder” (1997: 199). Y con esto quiero reiterar que a través del saber sobre la seducción, del uso de la belleza, del aprovechamiento de las necesidades de afecto y escucha de muchos de sus clientes, a través del uso del arte de “dar placer”, todas las entrevistadas ejercen poder [asumiendo que esto incluye la influencia sobre las acciones de otros y no sólo sobre las propias], es por eso que no he vacilado en reconocerlas como agentes de su oficio, de la migración y de sus vidas:

“En San Martín, yo no fleteo sino que yo bailo. Yo seduzco con el baile... entonces yo me pongo a bailar y a recoger... y cuando yo veo mucha gente, entonces también tengo autorización de ir a colocar mi música. Voy y me coloco mi música, voy y me cambio rapidito, hago show, les bailo a uno por uno y empiezo a decirles: -¿te gusta mi baile? Y voy recogiendo dólares- en un show, me puedo estar haciendo doscientos, trescientos dólares de a uno en uno. Claro que no falta uno que le coloque a uno cinco, otro diez... pero por muy chichipato que sea le saca uno por ahí dos dólares. Allá son muy amplios en ese sentido. Cuando por allá el hombre quiere hacer sus vainas, se encierra con la pelada y hacer sus vainas por allá encerrado y -¡vaya traiga cerveza!-, -¡vaya traiga traguito!- ... y es todo encerrado 2, 3, 5 horas y todo ese tiempo corre y entre más corre el tiempo, más jartos ellos... y entre más loco, más fácil hacerle. Por ejemplo yo tengo un cliente que es todo loco pero... me hace bailar salsa toda la noche... me hace comprar cerveza... lo que yo quiera para mí y para el cerveza. Y el llega tipo 10:00-11:00 p.m. y al otro día llega al medio día... y con sueño: -¡vete ya!- y llama a un amigo pa' que me traiga más plata. Hay veces que me tocó llamar a amigas pa' que me lo saquen de la habitación. Uno no debería hacer eso porque uno pierde el cliente. En diciembre -me tocó pasar diciembre allá- y me llegó una vez que yo estaba decorando, ya iba por la mitad cuando él llegó. Lo mire yo: -¡ay no!, yo no quiero nada porque yo hoy quiero decorar mi casa- le dije. -Tranquila mamita decorémosla- y yo -¿sí?... ah bueno... Nos echamos toda la noche decorando y él con lo suyo y yo con lo mío y en la rumba. Al otro día quedó la casa linda, limpia y bien decorada porque eso lo puse a trapear, ya cuando estaba bien loco, le decía yo: -bueno. Voy a lavar los traperos, yo barro y ud. trapea- y... -¡ah, no, no, no, cómo así!- y yo: -ah, entonces que mijito, yo entonces acá de empleada? no ve que esta es la casa de los dos y entre los dos tenemos que hacer el oficio... y así lo ponía a hacer oficio”. (Catalina).

La historia de Catalina resulta común entre las entrevistadas, la mayoría de ellas señaló que sobre todo en los países de destino encuentran “clientes fieles, la conocen a usted y se quedan con usted los tres meses”, pues según Sara “Algunos se enamoran” y como complementó Fernanda: “todos nos quieren sacar de la actividad (risas)”. Con las maletas perdidas, por un error de la aerolínea, Natalia sólo contaba con lo que llevaba puesto cuando llegó a Curazao, pero fue justamente uno de sus primeros clientes quien le brindó apoyo, y la persona con la que hasta hoy tiene un vínculo relacional muy fuerte: “Gracias a dios -mi diosito no lo abandona a uno- conocí un muchacho allá y le comenté el caso, que no me habían llegado mis maletas y ahí mismo me dijo: te recojo mañana temprano para que compres

algunas cositas. Y me llevó a un supermercado, compré cobijas, compré algunas cositas, también tengo que agradecerle mucho a él. Yo, pensé: "pura caspa! Qué va a hacer eso" y mentiras! entró, me tocó la puerta y me dijo: "ya está lista? Vamos pues!" Y muy amplio porque por allá se ve mucho -yo creo que por acá también- esos supermercados grandes donde van las personas a comprar cosas al por mayor, son grandes, grandes que venden champú al por mayor y sólo al por mayor. Y eso me decía: coja lo que necesite, sin pobreza. Pero tampoco soy de las que voy a abusar, cogí lo que necesitaba, lo necesario."

Pero la experiencia de Sara encierra una *paradoja*, que otras entrevistadas también vivieron: *"hay hombres que se enamoran de ellas y les hacen papeles y se casan. Yo fui una de ellas."* El matrimonio heterosexual, ha sido configurado por excelencia como la más legítima de las relaciones de pareja en el orden hetero-patriarcal, de hecho a través de este los hombres se apropian de la sexualidad de las mujeres, y estas a su vez consiguen legitimidad social (Holgado, 2004). La figura de *esposa* ha sido construida como contra cara de la de *prostituta*, y pocas veces se reconoce que en el fondo de ambas se encuentra el intercambio de servicios sexuales o reproductivos de las mujeres, por el de recursos económicos, es así como Raquel Osborne sostiene que estamos frente a: *"un continuo de intercambio económico-sexual en el que, por lo general, los varones pagan -con bienes, dinero u otros recursos- por la obtención del sexo que mayoritariamente mujeres les ofrecen. En este continuo encontramos, en un extremo, la institución del matrimonio y en el otro, la institución de la prostitución propiamente dicha."* (2000: 35).

Posiblemente por ello, varias de las entrevistadas que sostuvieron relaciones con sus clientes e incluso Sara cuando se casó, lo hicieron bajo el mismo principio de intercambio económico-sexual, sólo que haciendo uso de la *exclusividad* como una condición distinta en esa relación contractual: *"Yo llegué a la isla y él se enamoró de mi... pues se enamoró no, pero se interesó mucho en mi y como al tercer día él estaba muy interesado en mi. Él esperó hasta que yo trabajara mis tres meses y me pidió que nos casáramos. Y nos casamos, sólo que no fue como lo esperaba, no? No fue como se esperaba, porque yo quería mi casa acá y mis cosas y él me prometió que si, que me lo iba a dar, pero resulta que no fue así. Hicimos la de allá, pero no hicimos la de acá, entonces discutimos y yo volví a Colombia. No lo quiero pero le estoy muy agradecida, no estoy enamorada de él pero lo estimo mucho porque él se portó muy bien conmigo, sólo que no cumplió lo que habíamos dicho".*

En el caso de Luz pasó algo similar: *“a los cinco días que yo llegué allá ¡es que soy súper de buenas! Conocí un señor con mucha plata, un alemán y ya yo dejé de trabajar en el bar. Yo cumplía el horario porque era obligación cumplir el horario y tomarme los vinos con los clientes, o sea consumir para que la señora ganara, pero ya no me acostaba porque ese señor me daba todo.”*

Ahora bien, este tipo de uniones suelen tener aceptación por parte de los clientes, sobre todo cuando se convierten en un medio que les garantiza servicios sexuales y domésticos “gratuitos”, pues a pesar de que las entrevistadas esperaban compensaciones económicas, la entrega de dichos servicios no se hacía abiertamente a cambio de dinero, con lo que se suprime la vergüenza del estigma y se legitima el lugar social de la relación: *“Complicado porque había gente que se acordaba de uno. Entonces uno tenía que andar con gafas para que no dijeran “huy ella trabajaba en campo”. Fue un poco complicadito, pero ya luego me adapté, ya luego se olvidaron de mí. Pero yo veía hombres que decía “ay, yo me acuerdo”, pero él no se acordaba de mí ya con el tiempo. Entonces, ya yo dejé de trabajar, estaba en la casa, hacía comida, todas las cosas que hace una mujer casada”* (Sara).

De todos modos, en estos últimos casos aparece una paradoja, pues aunque con constancia se refieren con sarcasmo a la idea de un “hombre que las rescate de la prostitución” y esto es referido con burlas y explicitado como innecesario, tras una lectura más cuidadosa, es posible ver que sí sigue muy presente en los relatos la idea de un “príncipe azul” que de alguna manera les devuelve el lugar legítimo socialmente, uno que las presenta al mundo social como “mujeres decentes”, para el que son exclusivas y con el que el intercambio sexual no sólo está en el registro económico.

3.4 “La gente es mucha: los dueños, los administradores, o los meseros...”: Acerca de quienes no venden servicios sexuales, pero viven del mercado sexual

Así como los hombres-clientes, quedan con frecuencia por fuera de la representación social dominante cuando se habla del trabajo sexual, también suelen omitirse las interacciones que se dan con quienes prestan servicios en este mercado, distintos a la actividad sexual misma. En tanto mercado, existen muchos otros actores presentes en todo el escenario del comercio sexual, quienes son dueños de los establecimientos o los administran, aquellos que atienden las mesas, venden comida, etc.

Cuando se habla de quienes median en todo este proceso, o de terceros que también obtienen ganancias producto del trabajo sexual, lo primero que se nos ocurre es la figura del proxeneta ó chulo, casi siempre hombre y explotador. Sin embargo, en los relatos de las entrevistadas existen diversas referencias a otras personas, que no eran ni clientes, ni proxenetas.

La alusión principal se hace a dueños de establecimientos y administradores o administradoras, que es con quienes se pactan muchas de las condiciones de trabajo y con quien interactúan con frecuencia. Las entrevistadas son muy decisivas cuando sostienen que la forma como se relacionan con ellos y ellas en los lugares de destino varía, y *“eso es como todo, hay cosas buenas y cosas malas”* (Adriana). Sin embargo dentro de lo negativo, resaltan particularmente, las situaciones de tensión que se generan con varios de los administradores, cuando estos reclaman servicios sexuales gratuitos y ante la negativa, amenazan con la suspensión del contrato (lo que supondría deportación) ó pérdida de la *“plaza”*, lo que las orillaría a la búsqueda de una nueva (lo cual no es sencillo) o a la calle y la clandestinidad: *“como veían que no estabas aportando para el negocio y que estabas dejando solo perdidas, entonces lo deportan a uno.”* (Paola).

Laura por su parte relata: *“Entonces me iba tan bien que el dueño de El Romaní de Valencia, empezó a echarme los perros y a insinuarme que me acostara con él y me acosté con él gratis una, dos y tres veces por sostener el trabajo pero, me cansé; y un día como no me quise acostar con él me tiró a la calle, me trató lo más de mal. Me dijo: “te tienes que ir” y yo no me aguanté -soy muy impulsiva- y le dije: “pues me largo viejo tal por cual” y me fui! Y saliendo de ahí tenía clientes, entonces cogí el celular y llamé”*.

Catalina también vivió este tipo de acoso, que bien puede leerse como acoso sexual laboral, en tanto representan hostigamientos que inciden de forma clara en la actividad laboral y son usados para intimidar y generar comportamientos no deseados por las trabajadoras sexuales: *“a Aruba fui una sola vez porque el administrador me la tenía montada. A mí nunca me ha gustado estar con los patrones, ¡no paga, no!, ni con los meseros porque después, de pronto uno le hace muy bueno y se forma el conflicto cuando uno está con un cliente y lo celos. Allá al que le tocaba en la barra, el bar tender, prácticamente era el administrador. Uno no tiene química con todo el mundo, uno no espera caerle bien a todo el mundo y él no me caía bien porque eso*

hablaba y tirándole las babas encima de uno y a cada rato me llamaba y a echarme piropos y yo: “-jay no!, no me hable tan cerquita”- y le decía: “-cómeme un chicle”- y se me enojaba. Y entonces me decía: “huy, ud. si es más grosera”- y yo: “-no, entonces no me hable así”- y me decía: “-vamos...”- y yo le decía: “-a mi no me gusta estar con los patrones”, esos tres meses me la montó”. Se presume que la utilización autónoma de su sexualidad, hace a la trabajadora sexual plenamente disponible, asequible y apropiable por el deseo masculino; a la vez que trasgresora y deseable, se le considera perversa y merecedora de toda suerte de violencia y agresión, razones por las cuales en el imaginario social “a una prostituta no la violan” y tampoco “la acosan sexualmente”.

Pero esta no es la única forma de presión que mencionan las entrevistadas. Varias de ellas sostienen que la *buena actitud* es directamente proporcional a las ganancias que cada una de ellas le deja al establecimiento: “Eran jornadas duras y el dueño del negocio quería a la que le daba plata y la que no le producía la trataba como un perro. Le decía-me acuerdo tanto- a dos chicas brasileras que no le daban producido, les decía: perritas, si de aquí al viernes, no me han dado el producido que yo necesito cogé tus trastos y te largás. Y todas: hijueputa! Dónde me van a recibir? Porque la plaza allá en España es...” (Laura).

125

En el caso de que sean mujeres, varias de las entrevistadas referenciaron la figura de la *mami*, como mediadora o simplemente como administradora: ““la “señora” es bastante jodidita pero yo la sabía llevar. Ella cuando uno llega la primera vez, ella pone cara de ser mala y es... mala clase y todo eso. Pero ella al ver que uno cumple horarios, que no se mete con nadie, entonces ya deja de hablarle a uno raspadito, ya empieza a hablarle a uno mejor.” (Catalina). Su comportamiento con las mujeres que sostienen relaciones sexuales remuneradas, y que usan su establecimiento como sitio de contacto, en buena medida puede leerse como método de diferenciación y jerarquía, que deja ver cómo no todas las mujeres se encuentran ubicadas del mismo modo en las relaciones de poder dentro de los mercados sexuales.

Natalia manifiesta que: “En San Martín si fue una experiencia muy diferente, una experiencia Uff! O sea, no tanto con los dueños, sino con las meseras, las encargadas, las administradoras, son de un temperamento de ellas muy duro hacia uno”.

De hecho haciendo uso de la violencia verbal y poniendo a operar buena parte de las nociones morales compartidas con respecto a la prostitución socialmente, Luz cuenta varios de los insultos que la administradora del establecimiento en el que trabajaba en Aruba, le profirió a ella y a sus compañeras: *“La señora nos trataba súper mal: “burras, brutas, perras, ustedes vinieron aquí a putear, a mi no me gusta que se paren en esa puerta a trabajar porque parecen unos abortos ahí parados”.* Recibíamos un maltrato psicológico impresionante de la dueña. *La señora nos trataba muy mal. Incluso yo me vine antes de terminar el contrato, con dos compañeras nos vinimos antes”.*

Sin embargo, la percepción de otras entrevistadas es diferente y consideran que la misma dimensión de los mercados sexuales en destino, supone unas condiciones de organización que las favorecen a ellas, en relación con el resto de personas con las que deben interactuar, de manera que no refieren malos tratos: *“pues en Curazao normal. Como hay tanta gente, están muy bien organizados: están los guardias de seguridad, la señora de la lavandería que es la señora que nos lava las sábanas, es una señora muy bien y están los del restaurante, los que cuadran los shows, los del bar, los de la administración, y el dueño que jummmmm con uno nada que ver. Y en Bonaire igual, allá ese señor es súper querido!”* (Isabel). Esta última expresión es completamente compartida por Adriana, quien a la pregunta por los administradores y dueños de establecimientos, resumió el asunto así: *“Curazao para mi es lo mejor, me trataron muy bien”.*

Ángela por su parte aprendió a utilizar a un mesero, que no era su cliente, pero vio una relación de la que podía extraer beneficios: *“un mocito que me conseguí allá. A pesar de que no me gustan los hombres, me conseguí un mozo que me daba muy buena plata, él fue el que me ayudó con mi mamá. Él fue el que me ayudó a sacarme de las deudas que tenía acá, ese man fue el que me ayudó en todo. Era el mesero de allá, pero el mesero que hacía negocios ilícitos! Me daba dinero. Y nadie sabía que tenía dinero porque era mueco (risas). Cuando yo me fui pa’ la casa de él a hacer un sancocho, él, mueco y todo me dio 200 mil dólares y me ayudaba. Semanalmente me daba 600 dólares, o sea semanalmente me daba un millón de pesos.”*

3.5 “No estaba sola”: relaciones con compañeras de trabajo

La partida supone un desprendimiento, al menos temporal, de lo conocido. Eso incluye distanciarse de lo que se quiere, de las certezas que dan los hábitos y lo que nos resulta

familiar. Los seres humanos en tanto seres sociales, reinventamos en la interacción cotidiana formas de relacionarnos con las personas que nos rodean, especialmente con quienes sentimos como pares, con quienes la experiencia día a día nos une a través de lugares comunes. Las y los migrantes en el marco de su propia “transición”, reconstruyen en los lugares de llegada, espacios interaccionales a través de los cuales es posible hallar nuevos significados, conocimientos y rutinas. En ese sentido, quiero referirme a las prácticas y significados que las entrevistadas elaboraron con sus compañeras de trabajo en el marco de la migración, siendo consciente que a través de estas narrativas se elaboran muchos de los sentidos y concepciones sobre la migración y sobre la prostitución en este contexto.

De acuerdo con los relatos, es posible afirmar que dichas relaciones y prácticas se mueven entre dos elementos: la competencia y la solidaridad. Esto no quiere decir que sólo se den de este modo, ni que la presencia de una cosa elimine la otra ó que otros factores no medien dichas construcciones interaccionales, por el contrario, y sobre todo cuando se está fuera del país surgen entre las migrantes diversas formas de interpretar y asumir la relación con las otras.

Con referencia al primer aspecto Laura estando en España, siente que la necesidad de sobrevivencia y la disputa por los clientes dificultaba la posibilidad de generar vínculos fuertes con sus compañeras, se trataba de priorizar las ganancias propias y el prestigio dentro del mercado en el que se movía, lo cual suponía evaluar a la otra, compararse y sacar provecho de una diferencia que a veces las distanciaba y las conflictuaba [lo que no sólo sucede en la prostitución, sino en casi todos los sectores de la actividad económica]: *“Allá [en España] es la que más. Y si tú me cuentas que tienes ese amigo que te paga quinientos entonces yo voy a ver cómo te lo quito. No hay amistad, no la hay nunca. Amigas no hay. Por qué? Porque allá es la que más haga y si tú haces más que yo y si a ti te apetecen más los hombres, entonces yo ya cojo envidia contigo. Porque estas ganando, porque te miran más, porque tienes unas tetas más bonitas”* (Laura).

Por lo mismo Paola prefería interactuar poco con otras compañeras cuando estaba fuera del país, y cree que es la mejor estrategia para evitar disputas, pero aduce que sus sentimientos de soledad la obligaban a hacerlo: *“más bien como sola. Pero si tenía la*

oportunidad de tener amistad con dos niñas, que eran como más seriecitas eran incluso de acá de Bogotá, que eran como las que más nos apoyábamos y estábamos así cerca una de la otra. Así no me sentía tan sola, compartía algunas cositas con ellas y ellas conmigo y así. Entonces uno para evitar problemas es mejor la distancia. Pero si tuve la oportunidad de tener una amiguita Dominicana, de Santo Domingo, muy linda! Era muy decente, muy calladita también, entonces era como del grupo. Cuando uno no podía reclamar las sábanas de la lavandería, entonces la otra le hacía el favor de reclamárselas”.

Pero acá aparece una pista que en muchos casos puntualiza el valor atribuido a ciertas relaciones: el ser *connacionales*. La condición migrante supone vivir real y simbólicamente comportamientos y actitudes que definen desde la “otredad”. Se es ajeno y de alguna manera se carece de lugar o el lugar que se tiene está distante geográfica y culturalmente.

Celia Falicov, sostiene que la interacción entre migrantes provenientes de las mismas comunidades o países constituye una estrategia que, recrea un espacio cultural conocido y representa lazos con la “tierra perdida”, amortiguando la sensación de extrañeza (2001). Esto lo expresa Laura bastante bien: *“Me conocí con una amiga que era caleña, colombiana y le di un abrazo. Porque en España uno añora un colombiano, añora un paisano, entonces cuando ella me dijo: “¿colombiana? De Cali”, yo la abracé y le dije: “¿cómo te llamas?” dijo “yo me llamo Gina” le dije: “yo me llamo Laura”. Vivimos juntas, pagamos el hostel juntas y cuando yo me conseguí al jefe general de la policía de Valencia -como yo sé qué es ganarse la vida en eso-, entonces yo le decía: “Gina, gasta tu comida que el hotel nos lo paga él”, y lo pagaba él. Entonces era una ayuda para ella”*

En ocasiones, saberse del mismo lugar de origen genera una actitud de respaldo y de unión, lazos que se configuran como fuertes redes de apoyo que cubren necesidades materiales y emocionales a quien recién llega: *“Entre colombianas somos más unidas. Porque es que uno se pone a pensar: la que es orgullosa, la que es creída, tiene que dejar el orgullo en su país y ser muy humilde. Entonces uno dice que uno tiene que ser muy unido, que llegó una muchacha y uno está ahí: “¿qué necesitás?” Necesitás una cobija? Necesitás algo? Lo que necesités me lo decís yo te lo presto y tú me lo pagás”. Uno es más unido”* (Natalia).

Sara, siente que la extensión de esta solidaridad se da también hacia compañeras que hablan el mismo idioma y con las que gracias a eso, es posible compartir e intercambiar

historias: *“buena con las que sabían español, dominicanas, conocí una de Puerto Rico. En la isla se ve mucho, mucho de todo lado. Porque habían niñas de Haití, de muchos lugares y bueno, pues no saben sino inglés, entonces no era muy buena la relación. Pero con las latinas que saben español bien, entrábamos a la habitación de alguna, nos comíamos unas galletas o nos tomábamos un tinto”* (Sara).

Bien sabemos que los rituales cumplen una función social que marcan cambios, transiciones, o hacen que los sujetos se sientan parte de algo en tanto crean el escenario simbólico en el que se cohesionan, se expresan sentimientos, etc. En Colombia festejar la llegada del nuevo año cuando da la media noche del 31 de diciembre, es una práctica muy común que suele estar acompañada de amigos y familiares. Catalina tuvo que pasar un diciembre en Curazao, su hija cumplió años el último día del 2003 y su sensación de tristeza y ausencia fue muy fuerte, pero fue justo ese día cuando con la ayuda de sus compañeras, logró encontrar nuevos sentidos a esta fecha y hacer frente a sus ausencias, evento que refleja la forma como estas migrantes restablecen lazos entre ellas y mitigan los costos psicológicos y sociales de la migración: *“Esa noche, al principio estaba bastante triste porque yo llamaba a mis hijas y a mi mamá, pero estaba lejos. Usted sabe que normalmente el colombiano quiere tener todo limpio, que el saumerio, la cena, todo eso... entonces yo estaba haciendo todo eso, me acababa de bañar cuando ya iba a ser media noche ¿sí? Y me sentía sola, me sentía sola y yo le estaba orando a dios y le decía que me sentía sola, que mis niñas tan lejos, que mi niña estaba cumpliendo años... Cuando de pronto empezaron a tocarme en la puerta, una por una, un poco de mujeres, de las compañeras y que: “-¡feliz año!- salga, mire esto ¿sí?”. Como si dios me las hubiera mandado, pero en grupo, en cantidad para que viera que no estaba sola! que no tenía mi familia pero si tenía mucha gente, hasta de países diferentes porque hasta habían dominicanas... entonces llegaban: “-¡mami!, ¡nosotras la queremos!, salga ¡póngase linda! ¡Vámonos a rumbear!”.*

3.6 Uno si extraña cosas: los sentimientos durante la migración

Perseguir un mundo de posibilidades en el que descubrirse a sí misma a través de las fronteras es de por sí un reto, plantea quiebres en la manera como cada cual se relaciona con el mundo social a través de una experiencia corporal y emocional que no es posible desvincular. La valoración sobre la migración no sólo se deriva de reflexiones soportadas en la “racionalidad”, o más bien los fundamentos de las narrativas que se elaboran sobre

dicha vivencia soportan sentimientos y construcciones de sentido, interpretaciones que dan cuenta de la forma como cada cual comprende el mundo.

Ahora bien, para las entrevistadas estar fuera del país no sólo significa una experiencia de trabajo distinta, sino que señalan desprendimientos emocionales, sensaciones de desarraigo y de extrañamiento, añoranzas, recuerdos que se idealizan, nostalgias y descubrimientos de prácticas insospechadas o personas que sólo reconocemos en su ausencia.

Para Isabel fue especialmente difícil referirse a dichas emociones durante la entrevista, pero entre la voz quebrada y algunas lágrimas que se limpió rápidamente, dijo: *“como uno está lejos a veces le da duro psicológicamente, Dios mío, Dios mío! Pero bueno ahí mira la plata y sabe que va a llegar a hacer algo, entonces cuando a uno le dan esos bajonazos, con las mismas compañeras uno trata de apoyarse, y hay que no estar triste”*, cabe resaltar que la entrevistada todo el tiempo se refiere en presente a la migración, pues partir otra vez es para ella una posibilidad, por lo que proyectar esas sensaciones aviva los miedos y ese lado doloroso de la migración.

Casi siempre se refieren momentos de tristeza relacionados con la separación de familiares (especialmente de hijos e hijas), que en todo caso son constantes pero no permanentes, van y vienen durante todo el proceso, varían en intensidad y se matizan: *“Y uno estar tan lejos, sin la familia, por lo menos las mujeres que tenemos hijos, uno se siente muy triste, de verdad que sí.”* (Natalia); *“Yo por lo menos extrañaba mi casa, mi familia. Gracias a dios tuve la ventaja de tener una familia muy bonita entonces, era lo que más extrañaba y mi hija! Porque no estaba allá”* (Sara).

Una de esas épocas en que si se está fuera del país, se le añora más, son las fiestas de fin de año {asunto también señalado por Puyana, Motoa y Viviel, 2009}. Ya lo señalé antes, pero acá lo retomo porque fue recurrente que las entrevistadas no calculen sus viajes en estas épocas, o deseen con más fuerza retornar cuando se aproximan: *“me ha tocado pasar navidades y año nuevo fuera de este país. El año pasado me tocó, normalmente yo había escogido una navidad fuera y una navidad con mis hijas y la navidad pasada me tocó fuera, es mucho el dolor! extraño mucho la navidad, decorar mi casa, el día del alumbrado... me pega duro, eso me pega muy duro. Cositas así, cositas especiales”* (Catalina), usando lo planteado por Falicov,

esto tiene que ver con lo dramático y ambiguo de las pérdidas que viven los y las migrantes, que se relacionan con lo físico, lo social y lo cultural, con el conglomerado simbólico que transporta y que generalmente se ancla a un territorio y a las relaciones allí establecidas, pero que se ven sacudidas cuando se está físicamente ausente, pero que “están agudamente presentes en la mente del migrante” (2002: 1).

Por la misma línea aparece el relato de Laura, quien pondera las ventajas que tiene la migración para ella con los dolores que enfrentaba: *“siempre le pedía a dios que ¡no me fuera a dejar navidad en España! Que yo lloraba, que yo sufría mucho me tiraba a la cama y sufría lágrimas amargas; tú no te alcanzas a imaginar estar comiendo manjares, estar durmiendo bien, estar ganando bien pero estar lejos de tu país, de tu hija porque yo tenía una bebé y de tu gente... la soledad es algo que no tiene descripción alguna. Entonces yo me amargaba y lloraba, pero ¡amarguras, mi amor! Lloraba como una niña”*. Se denota entonces la constante ambigüedad que se instala en el sentir de la entrevistada, entre su esperanza de mejores condiciones de vida y la cercanía con las personas que ama.

Finalmente, dentro lo que “se extraña” aparece la imagen de un país al que *se pertenece*, en el que hay un lugar que se siente propio y al que a través del “sentimiento patrio” se reivindica; de acuerdo con Puyana, Motoa & Viviel, las y los migrantes experimentan “sentimientos que llevan al duelo por la tierra” dentro de los que destacan el desarraigo (2009: 115): *“Pero sí me entraba la depre. Ahora, aunque tú no lo creas y te parezca inaudito, a uno no le cabe en la cabeza, pero tu país: tu lo extrañas! Tu comida, tu gente, tu música tú vas a un lugar y pasa un mes y de pronto escuchas PUM sueña Carlos Vives, te bajas del metro porque es un colombiano, ¡mi gente! Un colombiano, ayyy eso es lindo!!! Las costumbres, todo es diferente, entonces extrañas mucho a tu país, en todo. El calor, la música, uno aquí que es tan parrandero, fumarse un cigarrillito, tomarse una copa, eso allá no se ve”* (Laura).

Por la misma línea Sara relata una práctica que opera a manera de ritual en Curazao, para hacer frente a estos sentimientos, y que puede entenderse de acuerdo con Celia Falicov como una “recreación ritualizada y colectiva que representa y transporta momentáneamente al espacio cultural conocido, puede ser vista como un retorno psicológico, un ritual de duelo y de reencarnación” (2002: 3): *“escuchaba el himno nacional allá, porque allá ponen a las 6 de la tarde el himno nacional de todas las muchachas, de república*

Dominicana, de todos... entonces cuando escuchábamos el himno nacional estábamos felices y se nos aguaban los ojos”.

3.7 No estaba del todo ausente: prácticas vinculantes con Colombia

Citando a David Harvey, Patricia Landot muestra como los procesos migratorios contemporáneos se encuentran atravesados e impactados por una transformación en la ecuación sitio-espacio-tiempo, en la que la cercanía ha desaparecido en su acepción tradicional de experiencia humana atada a los sitios, y en la que el tiempo aniquila al espacio, configurando fundamentalmente *espacios de flujos*. Ese contexto crea las condiciones en las que a pesar de la distancia física, aparecen nuevas posibilidades de cercanía, interacciones y transacciones, lo que supone que: “los migrantes mantengan intercambios materiales y simbólicos así como compromisos sociales” en sus lugares de origen (2006: 115).

Todas las entrevistadas como agentes activas del proceso migratorio, mantuvieron siempre vínculos económicos y comunicativos con sus familiares en Colombia. Prácticas como las remesas o las llamadas, tienen unas implicaciones concretas (pagar gastos, estudios, informar lo que se hace, etc.) pero además cumplen una función simbólica, que Falicov ha enunciado bien, como: *rituales de conexión*.

Adriana por ejemplo había conversado con su hermana en Colombia, la misma que cuida a su hijo desde hace tiempo cuando ella decidió probar suerte en Bogotá, y cumpliendo el acuerdo previo hacía envíos semanales: “Yo le mandaba mil, dos mil dólares, o 1.500 florines dependiendo de cómo uno trabajaba, porque uno enviaba cada 8 días. Yo no podía tener más de mil o mil quinientos florines en la habitación, no, tenía que mandarlos pa’ Colombia, mandársela a alguien de confianza, a alguien de Colombia” (Adriana), con ese dinero su hermana debía cubrir los gastos de mantenimiento de su hijo y ahorrar una parte, que sería puesta en un CDT con el restante del dinero que no era enviado y que Adriana traería a su regreso. Lo que además da cuenta de la migración como una estrategia y proyecto familiar.

Dado que la fecha de retorno es clara en casi todos los casos por el tipo de migración, es muy usual que las entrevistadas envíen cierta parte del dinero y la otra la acumulen y la traigan cuando ellas viajan, siendo el ahorro uno de los principales mecanismos usados

para la acopio de recursos ganados y lo que supone que el uso de ese dinero se hace cuando de nuevo están en Colombia, lo que tiene unas implicaciones específicas que veremos en el capítulo IV. Teniendo eso claro Sara administró sus ingresos así: *“Cuando uno está allá trata de guardar y de no enviar tanto, porque el envío además es muy costoso, le cobran a uno caro por mandar la plata. Entonces uno trata de guardarla. Tienen unos lados donde uno va y guarda y guarda y cuando uno llega ellos le entregan toda la plata, entonces uno paga eso. Ya lo que se manda para la casa es más poco, porque ya usted dejó todo arreglado, entonces hay la posibilidad de ahorrar, y acá no mucha.”*

En su caso, hermanos y madre conocían todo acerca del proceso migratorio de Sara. Ella siente que por eso se abstenían de hacerle demandas económicas extras durante el tiempo que estuvo fuera: *“Hasta a mi mamá le daba pena llamar a pedirme, que si se acabó algo”,* todos y todas concentraban las expectativas en el dinero que traería y en el ahorro como estrategia colectiva del grupo familiar.

Laura por su parte, mandaba dinero mensualmente a su madre: *“empecé a mandar plata a mi mamá y mandar plata a mi mamá y hacer giros, hacer giros y giros. La llamaba y le preguntaba, cuánto hay?”,* la intención de la pregunta era clara, en el momento en que hubiera un monto con el que comprara una casa en Colombia, volvería.

Yo llamaba, esa es la constante en las entrevistadas, todas tenían la posibilidad de comunicarse y acceder principalmente al teléfono como medio para tener contacto directo con sus familiares más cercanos. Vale decir que quienes dan especial prelación a este asunto son las entrevistadas que tienen hijos o hijas en Colombia, usando las llamadas como mecanismo para recrear la cercanía, seguir organizando normas y regulando la cotidianidad de ellos y ellas: *“yo soy una mamá muy estricta y así esté lejos yo soy una mamá muy estricta, yo las superviso mucho por teléfono ya que no puedo estar ahí pendiente. Las llamo en la mañana pa’ que se levanten pa’ ir a estudiar. Las llamo al medio día a ver que si ya llegaron, que si ya almorzaron. Prácticamente a ellas es a las que más estoy llamando. Yo guardo todas las tarjetitas durante los tres meses, para a lo último hacer las cuentas y en eso se va mucha plata, mucha plata. Yo me gasto diariamente dos, hay veces tres tarjetas de 10.000 pesos. Treinta mil pesos diarios haga la cuenta.”* (Catalina).

Como ella, buena parte de las entrevistadas sostuvieron que se comunicaban diariamente, pues no sólo tenían la disponibilidad y el deseo de conversar con quienes se encontraban lejos sino que por los bajos costos, el acceso es muy sencillo: *“Los minutos allá son baratos. Una tarjeta vale allá 10 florines que son como 60 minutos. En todas las habitaciones hay teléfono, no estás presa, puedes salir. Por eso yo llamaba todos los días, a veces llamaba en la mañana, a veces llamaba en la noche y a mí también me llamaban”* (Adriana).

Isabel por su parte siente que el hecho de llamar no sólo constituye una necesidad sino un compromiso adquirido con sus hijos y su madre, es la manera de seguir haciéndolos partícipes de todo el proceso de migración en medio de la distancia: *“hay un skype, es grande, uno puede llamar también hay Money Gram, donde uno puede enviar su plata. En Curazao ellos tenían restaurante ahí, tienen también para uno llamar, tienen internet, tenemos teléfono en la habitación, pues están todas las comodidades. Llamaba todos los días, uno puede llamar todos los días y pues yo creo que con más de 30, 40 millones que uno tiene en la mano, cómo uno no va a llamar a saludar a su hijo, a su mamá?”*.

Ahora bien, cada llamada representa –en tanto acto comunicacional- una puesta en escena de sentimientos, temores, construcción de realidades atravesadas por lo que se cuenta, lo que se omite, entre otros. En casi todas la demanda por la fecha de regreso y con ello la manifestación del deseo de un reencuentro se convierte en uno de los temas recurrentes, junto con las descripciones –a veces formales- de la cotidianidad que transcurre para quienes se encuentran a ambos lados del aparato.

Para Laura por ejemplo, cada llamada y hablar con su hija, representaba un torbellino emocional muy fuerte: *“yo llamaba... mi hija era mi pena moral. Saber que yo llamaba y ella me decía “mami, ¿cuándo vas a volver?!” Y era tan pequeñita que yo la engañaba y le decía “quizá mañana estaré ocupada, pero ya llegaré y llegará el día en que vamos a reunirnos juntas”. Yo decía: Quiero irme para mi casa, quiero mi casa! Añoraba mi casa, y añoraba a mi hija, y la niña me lloraba y entonces yo decía - hay! Amor, y empezaba a cantarme y yo decía -mi amor ya pronto voy a estar entonces lloraba y yo decía -hay no, no yo no me puedo dejar agobiar en este sufrimiento, - y era con una pena moral”*. Esto tiene que ver con la ambivalencia generada por la relación “comunicación-afectiva” en la que si bien los medios de comunicación facilitan el contacto entre ambas partes, escuchar la voz de la otra persona y saberla en la lejanía, puede ser

una experiencia profundamente dolorosa (Puyana, Motoa, & Viviel, 2009).

Natalia y Isabel por su parte sintetizan sus conversaciones aludiendo a lo que consideran los temas *normales*, que no son otra cosa que el relato de eventos generales sobre los que se supone está compuesta la cotidianidad en el lugar de origen y de destino, y a partir de los cuales se crean también unas rutinas comunicativas, que garantizan ciertos temas conversacionales: *“No pues normal. Por ejemplo con la pequeña me dice que cómo estoy, que si me está yendo muy bien que cuándo va a venir, entonces yo le digo: dentro de tres meses, dentro de tres meses, le pregunto cómo va en el colegio. Lo mismo con la grade, es como una rutina diaria que uno está y se hace: “cómo está? Bien, ah! Bueno, cómo le va en el colegio? Bien, ah! Bueno, que hubo ya consiguió novio? No, que le pasa?” (risas)” (Natalia); “como normal, como saber cómo estaba todo acá y allá, pues como uno está lejos a veces le da duro” (Isabel). No sobra decir que a través de estas prácticas, muchas de las entrevistadas re-crean el vínculo con sus hijos e hijas y siguen ejerciendo su maternidad, en medio de la distancia.*

En general las entrevistadas sostienen que hay temas de los que no preferían no conversar, o tocarlos de manera muy general. Estos son principalmente los que tienen que ver con el trabajo que están desempeñando, y no los hablan de manera fluida por evitar preocupaciones, porque en Colombia no conocen lo que hacen, o simplemente porque el silencio al respecto constituye una forma tácita a través de la cual se muestra respeto a la migrante y se mitiga la “vergüenza” generada por la estigmatización del trabajo sexual. Los siguientes relatos muestran parte de esos “ocultamientos”:

“Era un maquillaje total que ahorita me ha costado un poco pero se ha logrado. Decirles muy bonito conocer por allá, y todo, y llamarlos y decirles mil mentiras es muy de cuidado porque como yo ya tengo un hijo ya hay una mente muy, muy como así “pero no me cuadra esto”, entonces ya me toca tener ahí el as bajo la manga” (Isabel); “A mi mamá yo no le contaba nada porque a mí no me gustaba hacer sufrir a mi mamá, ella no tenía porque saber nada de lo que estaba pasando. Yo no le contaba cómo eran las vueltas, las condiciones no se las contaba.” (Ángela); “Es un poco incómodo, porque ellos para preguntar que cómo le está yendo a uno, me decía si se está cuidando? Si está comiendo? Está comiendo bien? Y yo si todo bien, gracias a dios me está yendo muy bien y así, les contaba cómo me fue. No cómo me fue en lo económico, sino en que no me pasó nada ni nada, que si no tuve algún problema, porque lo económico nunca lo preguntan, nunca hablan de plata conmigo (risas)” (Sara).

Pero como en otros casos, las “omisiones de información” se dan desde el país de origen hacia la migrante. Generalmente basados en una idea de consideración con el que está lejos y vive situaciones “más difíciles”, varios de los familiares suelen ocultar información

frente a situaciones que tienen lugar en origen, y que se presumen pueden llegar a ocasionar angustia. Fue justamente este el caso de Paola. Su hermano y su padre tenían fuertes enfrentamientos que acabaron provocando que el segundo se fuera de casa. Este evento le fue reprochado al hermano de Paola por su madre, y le ocasionó agravios de salud. Sin embargo a ella la habían mantenido al margen de todo: *“Mi papá se fue también de la casa porque no se entiende muy bien con mi hermano para los negocios entonces chocan mucho los dos. Cuando mi hermano, al ver a mi mamá enferma, le decía: “¡ay! por culpa tuya se fue tu papá”. Entonces mi hermano como es bastante grande y robusto, casi le da un ataque al corazón, se le fue la voz, y eso le pasó mientras hablábamos por teléfono y yo era “aló, aló!” Y no me contestaban, cuando pasa mi cuñada y le digo “qué pasa? -tú hermano no es capaz de hablar, como que le falta la respiración”. Eso me puso súper mal allá, yo no sabía si coger mis maletas, venirme o qué hacía? Pero fue una situación bastante dura”* (Paola).

De esta manera he tratado de abordar en este capítulo varias de las dimensiones que configuraron el “estar fuera del país” de las entrevistadas. A través de ellas es claro cómo la experiencia de la migración internacional para quienes trabajaron sexualmente es multidimensional y compleja, nos evidencia la existencia de sujetas activas, que configuran sus propias acciones de resistencia, que se reinventan a través de las fronteras, que descubren a través de ellas el mundo que anhelan, el que quieren construir, pero también el que con frecuencia las denigra, las marca y las violenta; un orden social interrogado a partir de prácticas y significados específicos, al que se le hallan quiebres y puntos de fuga, del que es posible reapropiarse, pero el que también se transforma, para hacer más sutiles sus violentas relaciones de poder, presentándolas de nuevo de un modo penetrante, ambiguo y variado.

Vemos, cómo existen muchos elementos comunes que ordenan la estadía en el exterior de estas migrantes y de la de otros y otras que no están vinculados al comercio sexual. Pero quizá uno de los asuntos centrales, es que cuando las migrantes colombianas son trabajadoras sexuales, el estigma social de su trabajo condiciona de modo importante las formas de exclusión y discriminación en los lugares de destino, el cruce entre los dispositivos de género y los estereotipos raciales, da lugar en la mayoría de los casos a formas de señalamiento en el exterior que no son experimentadas del mismo modo por otros migrantes.

Sin embargo el proceso migratorio no se detiene allí, regresar implica un nuevo comienzo, quien se va no regresa igual y en el siguiente capítulo veremos por qué.

Capítulo 4

Estar de vuelta: Consideraciones frente al retorno

♪♪ *E assim, chegar e partir*
São só dois lados
Da mesma viagem
O trem que chega
É o mesmo trem da partida
A hora do encontro
É também de despedida
A plataforma dessa estação
*É a vida*¹¹ ♪♪

(María Rita, *Encontros e despedidas*)

El tema del retorno dentro de los procesos de movilidad humana ha sido menos recurrente para los estudiosos del fenómeno y en especial para quienes analizan la relación entre este y el trabajo sexual, sobre todo por la tradicional concepción de la migración como un asunto lineal y unidireccional. En ese sentido el retorno reta a los análisis sobre migraciones, pues supone que no sólo deben entenderse las partidas hacia terrenos desconocidos y ajenos, o los modos de inserción a estos –aunque sea fundamental–, sino que también existe una necesidad apremiante de reflexionar sobre quienes vuelven, partiendo de que esa “vuelta a casa” no está dada en sí misma como “vuelta a lo propio” o a “lo mismo”; hay que reconocer que quien se ha ido y regresa ya no es igual, llega cargado o cargada de nuevos significados, ha experimentado otras formas de relacionarse con la vida. Pero las cosas en el contexto de origen –que ahora es de recepción–, tampoco se han quedado quietas y aunque así fuera, el o la migrante ahora tiene otros elementos para ver lo *mismo*, como *diferente* y quienes le esperaban, ahora le atribuyen nuevos recorridos a su experiencia vital, con todo y los simbolismos que tiene en nuestro contexto haber *salido del país*.

¹¹ “Y así, llegar y partir. Son sólo dos lados del mismo viaje, el tren que llega es el mismo tren de partida. La hora del encuentro es también de despedida, la plataforma de esa estación es la vida...”

Pero no todos los retornos son iguales, de hecho responden a la dinámica propia del proceso migratorio y al carácter que este ha tenido. Luz Marina Díaz (2004) ha mostrado cómo la idea del retorno, se teje entre quienes migran desde el momento de la partida, pero llama la atención sobre la influencia de factores macro y micro sociales que condicionan estos planes. En el mismo texto, la autora señala la existencia de varias modalidades en las que es posible retornar, a saber: retornos definitivos, forzados, los causados por el no logro de las expectativas o el cambio en las condiciones esperadas en destino, el normativo que es definido por las instancias gubernamentales y el llamado *retorno circular* que corresponde a las migraciones temporales. En todos intervienen factores individuales y sociales: “Es una decisión que implica situaciones muy ambivalente como interrupción o no de un proyecto de vida, cambios tanto a nivel individual de quien retorna como a nivel social y familiar en los lugares de origen, vinculación o no del proyecto de retorno con otros miembros de la familia, reinserción, existencia de redes sociales y capital social fuerte o débilmente constituido y expectativas y objetivos al retornar, readaptación a nuevas o viejas situaciones, y a un contexto de cambio en el país de origen” (Díaz, 2009: 19)

Teniendo claro esto, será importante señalar que en concordancia con el tipo de migración que vivieron la mayor parte de las entrevistadas, casi todos sus retornos pueden leerse como *circulares* si se trata de optar por una categoría. Esto nos sirve para describir el tipo de movimiento que hacen: ir-volver-ir (que además supone que el retorno no es perpetuo, sino que puede ser la escala de otra migración futura) pero el asunto es más complejo y se elabora de acuerdo con diversos factores, posiblemente el más importante o por lo menos el que hila los relatos de todas (migrantes temporales o no) es el hecho de no haber tenido nunca la intención de desarrollar su proyecto de vida en el país receptor. Esto es fundamental porque si bien otras y otros migrantes tienen en mente la idea del retorno, lo particular de los casos acá estudiados es que este tenía fechas concretas para realizarse y objetivos cumplidos que actuaron como indicadores del tiempo de regreso. Ahora bien, sabemos que en otros casos los límites a veces son negociados y los plazos se hacen laxos, por eso quiero a continuación mostrar cómo se entrecruzaron las razones formales para el retorno, con otros elementos de tipo individual y familiar en la construcción del vuelo de vuelta, los significados atribuidos a ese retorno, la forma en que se vivió, así como las

inevitables miradas retrospectivas que se hacen de la estadía fuera del país y lo que ha permitido ahora, incluyendo las apreciaciones y construcciones de sentido sobre el trabajo sexual en Colombia que no fueron nunca más las mismas.

4.1 ¿Por qué retornar?

No es posible establecer de modo inmutable las razones por las que una persona decide retornar luego de haber permanecido fuera del país por cualquier motivo. Lo que sí es seguro es que en este proceso hay presentes una variedad de elementos que están mucho más allá de la *racionalidad costo-beneficio* y el mito del éxito o el fracaso de la migración, acaso ¿quién define qué es lo exitoso o no para cada quién? De hecho, contrario a lo que muchos y muchas creerían, quienes han estudiado el fenómeno del retorno han mostrado que si bien los factores que inciden en la decisión de regresar son múltiples, la mayor parte de dichos elementos no son económicos, sino que tienen que ver con las nostalgias del país de origen, la rudeza de la vida en los países de destino y los vínculos con familiares y amigos que preceden la migración y que se sostienen en la distancia (Gmelch, 1980). (Aguilar, 2010)

Esto significa que la decisión de regresar está atravesada fuertemente por condiciones subjetivas, por la valoración que cada persona hace acerca de su situación en los países receptores y sus expectativas en el país de origen. Ello ayuda a entender por qué muchas personas con contratos temporales de trabajo optan por permanecer en la irregularidad y no volver, mientras que muchas se movilizan de nuevo a su país tal y como está convenido en los acuerdos iniciales, o por qué personas que incluso acceden a la ciudadanía en el exterior, deciden volver tras largos años de estar fuera y otras no. El caso es que para este estudio, todas las entrevistadas retornaron y trabajan sexualmente en Colombia aún después de la migración.

En un primer momento, las entrevistadas aducen razones formales ante la pregunta de por qué regresar, mucho más cuando la mayoría revelaban gran satisfacción con la estadía fuera del país. Sara por ejemplo sostuvo inicialmente: *“Porque en las islas sólo son tres meses y eso que hay una en la que sólo es uno y fuera de eso usted sólo puede ir una vez al año”*. Jorge Durand (2004), señala claramente que las contrataciones temporales plantean de entrada la

obligatoriedad del retorno, por lo que la inmensa mayoría de quienes los circunscriben regresan, pero también muestra que una buena porción de estos y estas migrantes se convierten en migrantes permanentes, luego tras la respuesta de la entrevistada hay más elementos.

Lo primero que diré es que las sucesivas migraciones temporales a las Antillas holandesas, parecen ser para las entrevistadas una estrategia económica que garantiza mayores ahorros y facilidad en los desplazamiento a nivel internacional, sin tener que pagar tan altos costos psicológicos por la distancia y la ausencia, pero además por la facilidad que las redes ofrecen para ir y volver. Sumado a esto, la positiva valoración que muchas de ellas hacen sobre las condiciones de trabajo en estos destinos hace que consideren más importante regresar tal y como lo estipula el contrato, para asegurar que pueden reanudar el proceso migratorio cuando así lo deseen y no someterse a la irregularidad -con sus condiciones de vulneración- que puede acabar con un proceso de deportación que les “dañaría” el pasaporte y con eso, truncaría las posibilidades de salir de Colombia nuevamente -por lo menos en condiciones reglamentadas-: *“Para regresar a esa misma isla usted tiene que esperar un año, porque Curazao a mi me encantó, porque es una isla en la que sacan muy poquito de uno. Entonces esa fue la isla que me gustó, esa me encantó. Entonces me toca esperar un año para regresar allí. No me quedé sin papeles porque se vive muy mal. Eso de vivir escondiéndosele a toda hora a la policía ¡ay no! Es mejor la libertad, además quiero volver”* (Sara).

141

En ese sentido, el retorno en algunos casos hace parte de la forma como se planteó el proceso migratorio y de la manera de concebir a futuro la salida del país, así como de la capacidad que desarrollan varias de las entrevistadas para circular por las fronteras en tanto no se lo piensan como definitivo, sino como plataforma para seguir viajando.

Como lo mencioné antes, existen factores emocionales y relacionales que inciden en la decisión de retornar y fueron estos justamente los que adujo Laura, quien a diferencia de las demás entrevistadas, estaba en España y no se había planteado el tiempo de permanencia allí cuando se marchó, pero sí una meta *“tener lo de comprarle una casa a mi mamá y un negocio para mí”*. En ese sentido, la obtención de los recursos económicos que le permitieran adquirir en Colombia lo que quería, era lo que necesitaba para devolverse. La culminación de una etapa de ahorro constituyó el máximo de soporte que estaba dispuesta

a sostener por el proyecto familiar: *“era 1 de noviembre cuando llamé a mi mami y le dije: “mami, cuánta plata hay?” y me dijo: “hay 90 millones”, entonces le dije “mami yo me voy pa’ Colombia, estoy sufriendo mucho, tengo mucha pena moral”* (Laura).

El dolor expresado por Laura como *pena moral*, sintetiza sus ausencias y estados de elevada tensión en los que la insatisfacción con la cotidianidad construida en el lugar de destino, la llevan a movilizar sus mecanismos de actuación que se canalizan en función de una hecho: retornar... a lo conocido, pero sobretodo al lado de quienes extraña con la intención de alcanzar las certidumbres materiales y emocionales que comúnmente se le atribuyen a los intercambios cara a cara y las interacciones de la vida cotidiana, pero con la certeza de traer las promesas cumplidas y con ellas la concepción de que *“la migración ha valido la pena”*.

Sopesar los pro y los contra del retorno, en ocasiones implica tal y como le sucedió a Natalia priorizar las que han sido sus *“funciones”* socialmente asignadas, encarnando el deber social asignado a las mujeres que tienen hijos e hijas, en el que hay una representación de la maternidad dominante como natural, sacrificada, abnegada y co-presente, *“Vs”* los deseos propios de permanecer fuera del país en condiciones que ella evalúa positivas: *“Pero ya tomé la decisión, aunque no crea, uno si piensa: “qué pereza devolverse!” Pero uno piensa... yo (por) lo menos soy madre soltera, tengo dos niñas, no tengo esposo, las niñas mías son de dos hombres, los dos papás no me ayudan, mi mamá me las cuida pero si no estoy yo, entonces?”* (Natalia). En ese sentido el retorno en este caso, aparece como respuesta a las demandas sociales sobre una maternidad exaltada en la que la relación materno-filial, es representada como insustituible y preeminente.

Ahora bien, se ha sostenido que una de las características que define las migraciones permanentes es la intención del migrante de desarrollar su proyecto de vida a largo plazo en el país de destino, lo que si bien no descarta la posibilidad de retorno, si la reduce o la configura un poco más lejana. En ese sentido, otra de las razones por las que varias de las entrevistadas retornan es fundamentalmente la contraria: su clara intención de desarrollar ese proyecto de vida en Colombia a corto plazo y no en el lugar de destino, que es visto como transitorio: *“Y no para mí lo más importante es tener la casa que le voy a dar a mi hija, el ahorro para su universidad. Yo no quiero una casa grande en Curazao, quiero una casa en Colombia*

y un ahorro si ella (hija) decide que no quiere vivir en Curazao, que quiere volver a Colombia y quiere estar en su país, que quiere estudiar acá. Entonces yo quiero que ella tenga su casa donde llegar y tenga su plata ahí, para que diga "voy a estudiar en una universidad, voy a tener todo" en caso de que yo no esté. Eso me hizo devolverme, porque es importante!" (Sara).

El relato de Sara ilustra además cómo las condiciones que originaron el proceso migratorio, intervienen en la situación de retorno, así, cuando este ha hecho parte de un proyecto de vida con miras a mejorar las condiciones de vida anteriores, el retornar es asumido como parte de la conclusión de dicho proyecto (Díaz, 2009).

Pero no todas las entrevistadas tomaron la decisión de retornar bajo condiciones como las descritas antes, sino que sus experiencias dan cuenta de procesos forzados de regreso, a modo directo e indirecto. El caso paradigmático de retorno forzado es la *deportación* como proceso de detención y sanción a migrantes indocumentados o que cometen delitos internacionales, pero incluye también aquellos retornos causados por políticas restrictivas o directivas; otras veces la migración de retorno puede ser forzada en tanto las condiciones de racismo, discriminación ó explotación configuran un escenario violento de salida.

143

Luego de ser víctima de una red de trata de personas y permanecer en condiciones de total explotación, Ángela logró comunicarse con algunos familiares en Colombia que a su vez denunciaron el caso y movilizaron los recursos legales para que recuperara la libertad. El paso siguiente que vivió fue un proceso de vuelta, más bien traumático en el que de todos modos fue despojada de sus pertenencias y puesta en varios aviones antes de llegar a Colombia: *"La vieja me iba a vender pa' la China. Entonces llamé a un amiguito mío, que llamó a la vieja y como la vieja tenía la familia en Palmira, fueron a la casa de ella y ahí fue cuando me pudieron mandar para acá, para Colombia. Eso está demandado por la interpol, yo lo tengo demandado por la interpol. Y a los ocho días me mandaron para acá. Me vine sin plata y sin nada, en un vuelo de cinco estaciones".* Su proceso de retorno no tuvo contemplaciones particulares excepto la recepción de la denuncia, su lugar como víctima de un crimen sólo le valió el *benévolo vuelo eterno*, sin preguntas sobre su situación u otras consideraciones psicosociales.

Luz, no explicita lo forzado de su retorno, sin embargo luego de su relato es posible inferirlo: *"Me vine 15 días antes de allá, porque yo quedé embarazada del señor [un cliente] - [Ximena: porque se le rompió el condón]-. Mi compañerita de allá muy querida conmigo, súper*

buena gente. Entonces llegué un día que la señora se puso muy brava, porque llegó un cliente muy bueno y ese cliente era un gringo que estaba pagando 1.800 dólares para llevarme pa' la casa y yo no me quise ir porque yo no estaba ejerciendo el trabajo. Entonces ella se enojó mucho y empezó a decirme que me fuera para la clínica ya mismo a hacerme sacar ese bebé que por eso era que yo no quería trabajar, que dejara de ser boba, que fuera, que yo no sé qué, entonces a mi amiguita le dio mucha rabia, inclusive se iban a golpear y todo. A mi compañera al otro día la deportaron por eso y yo me vine voluntariamente como a los tres días, me vine 15 días antes de que se acabara el contrato.” (Luz).

El relato de Luz devela cómo las experiencias negativas vividas en el proceso de migración tienen una incidencia directa toma de decisión de retornar. Pero además deja ver la función social que tiene la figura de la deportación como hecho violento que actúa como amenaza empleada por quienes ubicados desde la posición privilegiada de “locales”, hacen uso de su poder para intimidar y tratar de estimular comportamientos esperados de los que puedan extraer mayores beneficios. Pese a la regulación que pueda tener el sector del comercio sexual, la máxima estigmatización del trabajo sexual se conjuga con los demás elementos que culturalmente han justificado la violencia en contra de quienes lo ejercen, restringiendo o condicionando simbólicamente y legalmente formas de permanencia y regreso de los países de destino.

Así las cosas, de acuerdo con los casos acá estudiados el retorno estuvo asociado varias “modalidades”. Una directamente vinculada con el carácter temporal de la migración, en la que el retorno hace parte fundamental del éxito del proyecto migratorio. Otra motivada por la consecución de los recursos económicos esperados ó finalmente, aquellos que no estuvieron calculados y que fueron desencadenados por condiciones de discriminación o explotación en los lugares de destino.

4.2 Vol-viendo: reanudar la vida en Colombia.

El regreso es la hora de re-encontrarse con familiares, amigos y amigas, con el país que se había dejado, con el trabajo, con las promesas, implica descubrir las historias que se han hilado: “hay que ponerse al día”, todos y todas quieren detalles de la aventura migratoria y compensar el tiempo que se ha estado lejos, es el momento de confrontar las imágenes que habitaban la mente y las nostalgias, con la realidad de una vida en Colombia que

nuevamente te ve a la cara. Pero la emotividad inicial empieza a desvanecerse con el paso de los días, develando los cambios, los retos y posibilidades, y a veces los conflictos que pasan factura. En ese sentido, de acuerdo con los relatos de las entrevistadas planteo dos momentos en los que el retorno es referido como punto de quiebre tras la migración, distinción que puede tener sentido teóricamente pero que por supuesto en la práctica se diluye.

En primer lugar está la llegada propiamente dicha. Así como la partida algunas veces está marcada por un rito fundamental que es la *despedida*, la llegada para algunas significa un nuevo ritual: la *bienvenida*. Si bien no es posible generalizar la forma que esta última se asume, podemos estimar que sobre todo los familiares la emplean como una manera de expresar afecto y festejar que la migrante esté de vuelta, a través de diversos métodos se muestra la alegría por el regreso y la firmeza de los vínculos: “seguimos aquí, aún te queremos, te esperábamos y ansiábamos verte”. Así lo vivió Laura:

“Cuando llegué Jorge [esposo] estaba en el Aeropuerto, él me estaba esperando y estaba mi mamá y mi hija y mis hermanas. Mi mamá me tenía una serenata donde me dedicaba ese disco de “tú eres mi hermano del alma...” de Roberto Carlos. Y muy lindo todo, todo muy lindo! Salí [del aeropuerto], yo festejé con Jorgito y mi hija, tenía una maleta llena de regalos para mi hija, chaquetas, luces, de todo lo que ella me pidió yo se lo traje; igualmente para todos tuve un detalle, a todas mis hermanas y un perfume para todas. Había para esa época que era el 5 de noviembre, hubo tanta plata y pasamos una navidad muy linda. Y le traje a mi mamá muchas joyas, porque allá había mucho hombre que me regalaba joyas, entonces le traje cadenas, pulseras, a mi ahijada, cantidad de cosas”.

Como bien lo expresa Laura, la llegada no es solamente el instante o el día del regreso. Esta se extiende por un periodo más o menos corto, en el que la migrante tiene ocasión también de expresar el cariño a las personas cercanas, pero sobretodo de mostrar el éxito de su migración. Los regalos actúan como símbolo de afecto, pero también envuelven el mensaje de triunfo y prosperidad económica que rodea al evento migratorio, especialmente hacia Europa [Laura llegaba de España]. Esto se relaciona con el *Mito del migrante triunfador*, pues el retorno simboliza su realidad. De acuerdo con Saúl Ramírez “el hecho de retornar trae consigo la figura de un individuo triunfador, acreedor de respeto y prestigio de los pobladores. Es visto como una persona que se ha superado, que ha adquirido conocimientos y mucha experiencia. En pocas palabras, la comunidad valora el sacrificio de los que se van y vuelven” (2006: 50). Pero además el mismo migrante ó mejor estas migrantes, quieren tener ese reconocimiento y ese prestigio.

La sensación de tener nuevamente la *unidad familiar* resuelve inicialmente las tensiones emocionales y da la certeza a las entrevistadas de haber hecho lo correcto. Pero esa tranquilidad emocional también la da el hecho de volver al lugar propio, tantas veces recordado, extrañado y adornado con sentimientos hacia el territorio y todo lo que contiene, el mismo que se ha habitado tantas veces y el que habitan las personas queridas. Bellamente Catalina describe cómo se siente cada vez que vuelve de uno de sus viajes:

¡Pues imagínate! Cuando uno se monta al avión uno se sube con la sensación de haber dejado los amigos, al novio, porque no falta el noviecito que uno deja por allá y los amiguitos. Cuando el avión aterriza en Bogotá, a mí hay algo que me llega hasta la garganta y se me tratan de poner los ojos llorosos, normalmente uno aplaude dándole gracias a Dios porque aterrizó, porque donde se caiga ese avión ¡no queda nada de uno! Y cuando el avión llega a Pereira, yo cojo un taxi. El pueblo, antes del mío tiene un aroma, el corregimiento mío tiene otro aroma. Todo alrededor es caña de azúcar en el Valle, pero como el sentimiento de lo que uno quiere tiene un aroma diferente. Entonces ya cuando empieza a llegar al corregimiento mío yo siento ese aroma del pastico, naturaleza, me llega hasta acá [señala su nariz y su cuello]... y ellas [hijas] como que me sienten porque mi mamá dice eso, que apenas escuchan parar el carro en la casa ahí mismo se despiertan. Yo siempre llego tarde en la madrugada, los vuelos siempre me hacen llegar de noche. Entonces ellas se despiertan, ahí a mí de la felicidad se me rebosa la copa ¡imagínese! Dándole gracias a Dios porque otra vez estoy en mi casa, en lo mío... ¡y mi mamá calentándome fríjoles!... como ella sabe que a mí me encantan los fríjoles, cuando ella sabe que yo voy a llegar, ella me hace fríjoles. Y así llegue a la 1:00-2:00 a.m. ella me los calienta y yo me los como, porque me los hace especialmente para mí. Y además porque por allá hacen comidas ricas... pero nada como aquí la comidita del pueblito de uno, de la casita de uno... pa' que pero... Colombia es Colombia en la comida nada que ver con los demás países. Así digan por allá que restaurante colombiano, ¡no es lo mismo!... quizás porque los ingredientes no son los mismos es rico, pero no es lo mismo... son cosas que uno extraña mucho.

El relato muestra cómo la experiencia de retornar está marcada por una gran carga emocional que alude a “volver a casa” en sentido literal y alegórico. *La casa* como espacio propio y conocido, pero además como escenario de seguridad, que conforta al menos simbólicamente y que constituye el escenario en el que se soportan muchas de las relaciones y los afectos. Pero además, la forma como Catalina inicia su reflexión da cuenta de su participación en la sociedad de destino, de los vínculos que establece allí y de una historia que construye “allá” y que de ahí en adelante hará parte de su recorrido vital.

Esto también genera una ambigüedad inicial en sus emociones, pero especialmente deja ver su carácter activo como migrante, parte de la dinámica social que crea y re-crea con cada viaje, de los que trae otros valores y experiencias vitales que deben ser consideradas, pues “independientemente de donde se establezcan, las personas pueden conservar lazos transnacionales que impactan sus países. Por igual, la atención no ha de centrarse sólo en los migrantes que se establecen en el extranjero por un periodo significativo de tiempo,

sino también en aquellas personas que participan en la movilidad a corto plazo” (Faist, 2005, citado por Aguilar, 2010: 13).

Un segundo momento del retorno, aparece con la vuelta a la *vida cotidiana*, al diario vivir que exige replantearse las rutinas y los hábitos de acción día tras día. Es en este punto donde empiezan hacerse visibles las tensiones y los cambios, los choques y la que fue sociedad de destino como constante punto de referencia (para bien o para mal) y comparación de las condiciones de vida halladas en Colombia al regreso: *“otra vez volver a empezar acá, otra vez empezar a trabajar, a veces ¡qué pereza volver! Pero pues toca volver y trabajar”* es lo que manifiesta Fernanda tras su regreso de Aruba; Sara por su parte, refiriéndose específicamente a su regreso de Curazao, cuenta: *“Fue complicadito adaptarse otra vez porque allá hay mucha tranquilidad y acá de pronto no. Pero al menos por mi familia yo estaba feliz. Tiene cosas buenas y cosas malas. Sobre todo por la tranquilidad, la tranquilidad allá es buena. Manejar carro es fácil, hacer mercado es fácil, todo mundo respeta, tienen normas, es bien, es muy organizado y Colombia desafortunadamente es muy grosero”* (Sara).

Muchos de esos cambios y diferencias percibidas, se dan en términos de las relaciones que con el paso de los días vuelven a tener también una construcción habitual que dejan ver en ocasiones cambios en la forma misma de relacionarse y los conflictos atados a ello. Laura lo experimentó de la siguiente manera, cuando empezó a notar que la relación actual con su hija estaba mediada por los patrones de cuidado que su madre [quien la había tenido a cargo] había creado, pero además su legitimidad como madre estaba atravesada por la manera como la abuela había presentado la imagen materna a la hija:

“Yo llegué de España con todo para la niña, pero la niña, como mi mamita fue la que me la crió, la niña estaba amoldada a mi madre, de pronto quizá la tuve muchos fines de semana, pero entonces la niña estaba en unas costumbres de que si yo no le compro algo... por ejemplo una pataleta que me hizo una noche fue por haberle dado un milo con leche de bolsa cuando ella estaba acostumbrada a leche de tarro, entonces cosas así que mi mamá me le enseñó. Ahora, mi mamá no le enseñó a que me respetara, mi mamá me llamaba la niña: “-mamá necesito plata, necesito...”-, nunca le dijo: “-su mamita-”. Ella era una niña caprichosa, amoldada a mi mamá” (Laura).

No quiero con esto decir que todas las relaciones materno-filiales presentan esta dinámica luego de la migración, pero si sirve para mostrar los distintos escenarios de la vida que se ven impactados, además nos permite ver cómo frente a la ausencia de la migrante, la vida en el país de origen sigue teniendo un desarrollo que la impacta y sobretodo que no es

posible separar tajantemente las dinámicas de “allá” y “acá”, pues ambos contextos configuran la realidad que ahora vivía Laura.

Ahora bien, la progresiva adaptación va configurando poco a poco la interpretación sobre las prácticas y actividades que se desarrollaban durante la migración y que ahora se retoman cuando se está de vuelta. Particularmente ordena las apreciaciones y significados que tienen las entrevistadas sobre trabajo sexual en Colombia, es decir la forma en que lo viven y lo piensan está mediada por cómo se vivió en el exterior, asunto que abordaré a continuación.

4.3 La prostitución en Colombia tras el regreso: “De la tierra al cielo, es muy diferente”

La frase que antecede a este párrafo sintetiza la sensación de las entrevistadas respecto al ejercicio de la prostitución en Colombia, manifiesta de diversas formas pero presente de un modo u otro en todos los relatos; “en cambio” parecieran las dos palabras que reiteran el ejercicio comparativo y reflexivo. Pero cuando me refiero a las diferencias relatadas, no estoy diciendo que haya una suerte de homogeneidad o esencia dentro del trabajo sexual que permita “comparar el objeto A con el B”, de hecho lo que muestran las entrevistas es la construcción de unos significados del trabajo en uno y otro contexto, en los que la experiencia migratoria parece proporcionar otras perspectivas, otros lugares para reconocer lo que antes existía pero era apreciado de manera distinta.

De acuerdo con la Secretaría de Integración Social -SIS- de Bogotá, de las 20 localidades en las que está distribuida la ciudad, 18 de ellas tienen establecimientos comerciales disponibles para el comercio sexual. Así: “En Bogotá, según el estudio [“hablemos de prostitución en Bogotá”, realizado por la SIS], hay unos 500 prostíbulos en los que trabajan 4.000 mujeres. La mayoría cobra menos de 50.000 pesos por ‘servicio’, pero los precios pueden llegar hasta dos millones de pesos. El estudio encontró que este es un boyante negocio, pues solo desde el año 2000, el número de wiskerías, burdeles, sitios de show en vivo y demás, ha crecido 58 por ciento. Según los hallazgos, entre los más asiduos visitantes a estos sitios están los comerciantes, transportadores, conductores y miembros de las instituciones de seguridad.” (Revista SEMANA, Sábado 4 de abril de 2009).

Este es el contexto general del mercado sexual al que de nuevo se insertaron las entrevistadas. Todas afirman que el trabajo sexual es su principal fuente de ingresos, pero incluso algunas han generado otras formas paralelas de percibir dinero: *“Trato de comprar ropa para venderle a mis mismas compañeras porque les gusta comprar demasiado, entonces yo trato de aprovechar que a ellas les guste comprar tanto, para traer mercancía y que ellas me compren, ayudo una cosa con la otra.”* (Sara). Como Sara, otras de las relatantes, se refieren a la actividad que ejercen como actividad económica, *“ayudar una cosa con la otra”* sitúa sus dos fuentes de ingresos en el mismo plano y permite entenderlas ambas como tareas que se desarrollan para obtener recursos.

Esto significa además que tener relaciones sexuales remuneradas hace parte de una estrategia para percibir beneficios monetarios –con alto costo social– pero no es la única que emplean las entrevistadas para insertarse al mercado laboral en Colombia (que en el caso de Sara sigue siendo el sexual, vendiendo ropa a sus compañeras), asunto que estando fuera no es necesario. Y es que no lo es, en función de varios elementos que aparecen como puntos de contraste que en origen y en destino demandan estrategias y habilidades distintas, dada la dinámica de vida cotidiana en uno u otro lugar:

149

“Allá se hace mucho más dinero. Quizás porque no se gasta a diario como acá, allá se ahorra, se tiene, se ahorra. Entonces cuando uno llega a Colombia ya uno tiene 20, 30 millones porque los ahorró, no los estuvo gastando como acá que uno tiene que mandar a su casa, tiene que vivir, comprar lo que necesita... Lo que pasa es que acá en Colombia como estás tan cerca... bueno, vives acá en Bogotá pero es tan cerca, entonces empezamos: la mamá llama “se acabó el mercado”, mande para el mercado (hace el gesto con su mano), que se acabó una cosa, se acabó la otra, que la niña, la ropa, entonces uno está gaste que gaste y mandando semanal para la casa. Entonces como entre más hay más se gasta, cierto? Además de que el trabajo acá es poco. Acá se gana más poco y se gasta mucho porque llaman y todo se acaba, todo se necesita, entonces queda muy poquito para ahorrar. Además allá sacan menos de nosotras de lo que sacan acá” (Sara).

En ese sentido una de las variaciones reiterativas es la forma de administración de los ingresos obtenidos en Colombia, junto con el tiempo y modo de dedicación al oficio. Es decir, en Bogotá se gana y se gasta distinto, pero además se organizan jornadas de trabajo particulares especialmente por la necesidad de mantener el anonimato y la clandestinidad, pues *“jugando de local”* se corre el riesgo de ser identificada, que es uno de los más temidos sobretodo por las que tienen hijos e hijas:

“A mi si me preocupa que mi hijo se dé cuenta, por eso no soy viciosa, no consumo de nada de eso y mantengo a mi hijo con un horario. Entonces como acá nadie nos obliga a estar manejando un

horario, yo misma lo organizo. Acá tengo dos vidas, entonces manejo perfecta mi vida de trabajo y mi vida personal también. Para las personas afuera yo cumplo un horario, un trabajo, yo soy enfermera. Normalmente trabajo de tres de la tarde a diez de la noche, como no consumo droga ni alcohol para mi es totalmente fácil, salgo totalmente normal. En mi trabajo yo me cambio, en mi trabajo tengo locker, en mi trabajo yo tengo mi uniforme y listo. Entonces yo salgo de mi casa al medio día, salgo y almuerzo, estoy con mi hijo y llego a las 10:30 de la noche: ¡perfecto, aquí no ha pasado nada! Llego con mi plata y ya. Trabajo de lunes a sábado y súper juiciosa” (Isabel)

La necesidad de instalar el hacer como secreto, tiene origen en la tensión establecida entre la norma social interiorizada -que demanda un modelo de feminidad en el que la legitimidad de la sexualidad se sustenta en el amor y la procreación,- y su transgresión. Sabemos que la subjetividad propia está marcada por la inscripción en un universo de significantes que proviene del otro o la otra en tanto agente de la cultura, de los ideales y representaciones sociales aceptadas/exaltadas que configuran un universo de posibles, “lo posible y lo imposible deriva de ese Otro que como saber, sujeta y transforma el cuerpo orgánico en significantes (...) inscribirse en lo cultural es quedar preso de las demandas que los otros, a través del lenguaje, formulan al sujeto” (López, 2002: 71). Así, la identificación con la censura que socialmente se aplica a las “malas mujeres” y de manera contundente a “la prostituta”, activa mecanismos de defensa ante la posibilidad del reproche directo que podría ser aplicado entre sujetos concretos, una cosa es asumir el señalamiento social a la prostitución y su estigma de un modo genérico y otra que una persona a la que se conoce y con la que se tiene un vínculo relacional suscriba explícitamente el estigma en el cuerpo propio, que lo dirija *contra mí*.

En relación con esto es que la mayor parte de las entrevistadas aseguran que trabajar sexualmente en el exterior es *más tranquilo*, distanciarse del país es también tomar distancia de la mirada de quienes podrían rotularles como “putas”. Esto da muestra además de la forma en que este estigma social ha sido aprehendido por ellas mismas.

Pero si en Colombia las jornadas de trabajo se re-organizan también el tiempo de ocio es dispuesto de otros modos. En el exterior se dedica muy buena parte del tiempo al trabajo con el objetivo de ahorrar más y el tiempo libre se emplea en “conocer”: *“me iba para la playa y allá nos bañábamos un rato nos divertíamos un rato, Nos íbamos de compras, nos íbamos al centro a mirar, a tomarnos fotos”* (Sara). “Acá”, se adjudican mayor flexibilidad en los días que descansan y en las actividades que realizan en esos días: *“Por ejemplo un domingo acá si*

no lo quieres trabajar, no trabajas, uno hace pereza todo el día, ve televisión todo el día o le ayudo a hacer tareas a mis hijas” (Paola). Pero esto también varía en gran medida entre quienes son de Bogotá y siempre han vivido en esta ciudad y quienes no, entre quienes son más jóvenes, y entre quienes son madres y las que no: “Yo como soy de acá de Bogotá entonces tengo mi familia, tengo el lugar donde vivo, entonces pues realmente lo que yo hago acá, en mi trabajo me queda como libre no, entonces pues no tengo que pagar arriendo... De pronto todo eso me da un poco mas de ganancia en todos los sentidos, por lo que yo soy de acá.” (Isabel).

Pero a todo esto se suma que muchas de las entrevistadas, específicamente varias de las que estuvieron en las Antillas Holandesas, al regreso ya no ven con “buenos ojos” muchas de las condiciones de trabajo en Colombia, especialmente en lo que tiene que ver con la protección de su integridad física:

“En Colombia, la única seguridad que nosotras tenemos es Dios. El único, porque ni abajo cuando estamos en el bar, porque hay veces los hombres se alborotan, en un momentico le dan un golpe a uno, cuando viene la seguridad ya estamos sangrando... en la habitación también, muchas veces pasa eso, se meten con las niñas, las maltratan, las golpean y salen... y como solo hay camareras... ¿qué pueden hacer? una camarera no se va a meter a defenderlo a uno ante un borracho. Y hay muchos hoteles que si el hombre sale primero, a la niña no la llaman, pero si la niña sale primero, al hombre le llaman: -¿ella puede salir?- si... entonces la única seguridad que nosotras tenemos es Dios y el comportamiento que nosotras usemos” (Catalina) // “En ese lugar de esa isla hay seguridad, entonces hay una alarma y si algún hombre se está pasando entonces: suenas la alarma! Seguridad inmediatamente llega y lo saca, eso es bueno y acá en Colombia no tenemos esa clase de protección. La seguridad acá... muy poquito se da de esas cosas” (Sara).

La frecuente vulnerabilidad a la que se encuentran expuestas las trabajadoras sexuales frente a sus hombres-clientes, es producto de la de violencia generizada sobre sus cuerpos, que a través del ejercicio de la fuerza y la agresión expresa materialmente una relación de poder usada para reproducir una relación de subalternidad que no se limita al binomio con el cliente, sino que tiene un correlato en la invisibilidad y la marginalidad social a la que son conferidas. La expresión: *“La única seguridad que nosotras tenemos es Dios”*, me hace pensar en el adagio popular empleado ante la incertidumbre y el riesgo de una aventura emprendida *“Eso es Dios y suerte”*, sólo que es indignante pensar que los derechos mínimos ó el respeto por la humanidad de las mujeres tenga que ser confiado a la divinidad y al azar ó, a la *“buena voluntad”*.

Ahora bien, además de las condiciones de seguridad, señalan varias de las entrevistadas

que las condiciones de intercambio con los establecimientos son similares, se paga por el uso de las habitaciones, algunas veces se gana un porcentaje por las copas de licor que los clientes consuman. Sin embargo, a muchas les inquieta que pese a los pagos que ellas hacen, quienes administran los establecimientos o los hoteles no garantizan la salubridad del entorno en el que se efectúan los intercambios sexuales, lo que comparativamente es “mejor” en Curazao, por ejemplo: *“Acá es lo mismo, pero por ejemplo acá usted paga habitación cada vez que entra, es diferente allá que usted paga por su noche ó 100 florines por la habitación todos los días, acá usted paga cada vez que entra. Entonces si usted hace 50 ratos, un ejemplo porque nunca me ha pasado eso, tiene que las 50 veces pagarle a ellos, pero acá no tienen la higiene que deberían, no dan lo que tienen que dar, porque se supone que tienen que dar dos preservativos o uno dependiendo la norma, pero no la cumplen, acá no es tan bueno”* (Sara).

Otras de las entrevistadas sostienen que la diferencia está dada por el tipo de clientes y por la competencia, factores que inciden en la manera de concretar el acuerdo: *“Claro! Claro, claro. Acá al menos uno se para en una esquina y un hombre se acerca y “dice cuánto? 20, 30, 15, camine”. Si uno quiere decir si, sino “no” ó “súbele un poquito” ó sencillamente no me sirve el precio, pero allá no mi amor, allá toca es rogarle a los hombres. Y allá es al cual más”* (Laura).

Cada una refirió distintos aspectos, aquellos que de acuerdo con su experiencia han tenido mayor relevancia, pues hay que recordar que relatamos desde el lugar propio, desde lo que es importante para sí misma. Por lo mismo los contrastes son contruidos, si con una base en la “materialidad”, pero relatados con la fuerza que tuvieron en la reflexión vital.

Lo que sí sostienen todas es que luego de la experiencia migratoria, hay otra impronta en el ejercicio del trabajo sexual, de alguna manera la migración aparece como escalada que las deja en otro nivel de la trayectoria dentro del oficio, da mayor estatus: *“El trabajo aquí en Colombia, especialmente aquí en Bogotá porque es donde yo prácticamente he trabajado es como cuando un niño entra a un kínder y ya cuando uno va viajando va a pasar al colegio o a una universidad (risas)”* (Catalina). Podemos pensar que el proceso migratorio en tanto evento exaltado socialmente (independientemente de la actividad realizada en destino, hay una tendencia a valorar al individuo *viajero*, que *conoce el mundo*) otorga a las entrevistadas cierta posición de prestigio. Esto quiere decir que las entrevistadas sí sienten que tras la migración tienen un capital simbólico más elevado (mayor estatus), dentro de su grupo

social.

4.4 Evaluando: La migración y sus frutos

Cuando el tiempo ha pasado y miramos atrás, solemos apreciar lo que ha sucedido con otros ojos, tal vez porque los recuerdos condicionan, y el tiempo hace lo propio y nos deja ver cómo en su transcurrir la vida ha acontecido, los aprendizajes, los sentimientos, las risas y los llantos la han llenado del sentido hallado, casi siempre, en las cosas más triviales y frágiles. Con la “cabeza fría” iluminamos los recuerdos y dotamos la experiencia vivida de significación. Es justamente ese el ejercicio que hicieron las entrevistadas cuando reconstruyeron su experiencia migratoria y es a eso a lo que me quiero referir en este apartado.

Más allá –o más acá- de un asunto operativo de cruzar fronteras, de ir y venir, hemos visto que la migración internacional trasciende a aspectos simbólicos, relacionales, reales e imaginarios, especialmente si su antes, durante y después está atravesado por el ejercicio de una actividad económica reprochada socialmente. Así las cosas, la evaluación de la experiencia migratoria que hacen las entrevistadas, en su calidad de retornadas, está indisolublemente asociada a los objetivos que se plantearon cuando la emprendieron y que como vimos en el capítulo 2 no eran solo económicos y estaban articulados a su trabajo.

En ese sentido, lo primero que quiero decir es que el hecho de que la experiencia sea considerada como positiva o “fructífera”, no quiere decir que sea fácil y por lo mismo, el valor atribuido a lo que con ella se logra en Colombia adquiere una virtud especial, pues la noción de sacrificio está a todas luces presente, acompañado por supuesto de valentía, audacia y coraje: *“Cuando llegué al lugar fue bien nos recibieron bien, por no decir que estábamos en la gloria, porque no estábamos en la gloria, pero fue agradable; por eso lógico que volvería a viajar, si fuera de trabajo lo haría todas las veces que pudiera...”* (Sara).

Ahora bien, las imágenes del impacto del proceso migratorio en las vidas de las entrevistadas no se relacionan sólo con ellas mismas. Lo significativo para cada una está dado en relación sus propias construcciones subjetivas, que son inevitablemente elaboradas con el reconocimiento del *otro* y atadas a sus demandas; pero además la

migración cobra importancia en tanto con los recursos obtenidos es posible alcanzar restituciones materiales y simbólicas, esto quiere decir que existe un trasfondo reivindicativo en ella, de resistencia y resignificación, de apropiación de las exaltaciones sociales para desairar a una sociedad que hipócritamente tilda a las trabajadoras sexuales como peligrosas e incapaces.

De acuerdo con las entrevistas es posible identificar tres escenarios en los que eso *reivindicativo* tiene forma. En primer lugar, no es novedoso que “recorrer el mundo” (especialmente como turista) es una práctica exaltada y valorada socialmente, cuando se vive fuera del país, especialmente en las migraciones sur-norte, muchos y muchas migrantes están dispuestos a ocuparse en actividades menos prestigiosas que las que desarrollaban en origen no sólo porque se gane más, sino porque se “justifica” una “condición de inferioridad” a cambio de estatus social en el país que dejaron. Sin embargo este es y no es el caso de las entrevistadas. Por un lado si asumen que la estancia fuera del país las hace acreedoras de mayor estatus social en origen, es decir, de alguna manera acceden al capital simbólico que culturalmente se asocia a la experiencia migratoria, pero – guardadas proporciones- con una cosa “a su favor”: ellas no experimentan cambios ocupacionales que les hagan sentir que deterioraron sus condiciones vida en los países de destino, pues desde antes ya han asumido los costos sociales del trabajo sexual e incluso en buena parte de los casos, en el exterior encontraron mejores condiciones para ejercerlo. Esto hace que se viva con especial fervor el “conocer” y traer a Colombia las evidencias del trasegar en el exterior:

“Es muy bonito estar afuera, como migrante como conocer, es una experiencia muy bonita, no cualquiera sale del país y menos a defenderse como nosotras nos defendemos en esta labor. Teniendo plata, uno puede conquistar el mundo y conocer Europa si uno quiere, que sería mi sueño, pero pues es muy bonito, ir a conocer la playa, tomarse fotos y decir que uno estuvo en Aruba” (Isabel). // “Por ejemplo cuando estaba en Curazao, mis hijas me preguntabas “cómo es?”, yo les digo que muy bonito, les envió fotos, algunas veces en barcos o cuando estoy en el centro, así. Hubo una ocasión en donde me regalaron una filmadora, un cliente me obsequió una filmadora y filmé muchas cosas. Entonces es chévere porque uno conoce muchas cosas lindas, mucha gente linda también...” (Catalina) // “Primero que todo yo quería conocer un país fuera de Colombia: conocí tres! Curazao, San Martín, Panamá. Panamá es prácticamente vecino con Colombia. En Ecuador estuve pero no me gustó mucho. Por ejemplo las playas de Curazao son muy lindas, las playas hermosas, fue una experiencia muy rica” (Natalia).

De acuerdo con Laura Agustín: “Expuestas a las imágenes de los medios que representan los viajes por el mundo como factores esenciales tanto en la educación como para el placer,

los migrantes potenciales son atraídos por la posibilidad de conocer gente de otros países, sitios famosos y comidas distintas” (2005: 3), en un mundo en el que esto es exaltado, tener la posibilidad de acceder a su realización es muy significativo subjetivamente y además cuestiona las concepciones monolíticas sobre *la mujer prostituta*, sobretudo porque se supone que quienes pueden acceder a ello deben soportar ciertos beneficios de clase o capacidad adquisitiva y se cree que las *prostitutas* no tienen “ni lo uno, ni lo otro”, pero como dice Sara: “*Que va! No todas somos brutas, ni pobres*”, y después de todo “La mirada del cosmopolita está puesta en el mundo, no en la casa, y no hay nada en el concepto del cosmopolita que le impida ser pobre o vender actos sexuales.” (Agustín, 2005: 4).

En segundo lugar, aparecen los usos dados al dinero que se ahorra en el exterior. En general las remesas que enviaban las entrevistadas eran usadas para cubrir gastos varios de sobrevivencia en el país de origen (mercado, servicios públicos, salud), pero los *ahorros*, representan la posibilidad de materializar las promesas y los sueños. En ese sentido para muchas de ellas la migración es sinónimo de haber logrado lo que tienen: “*chévere, chévere porque si yo me hubiera quedado trabajando aquí, yo no tendría lo que tengo ahora.*” (Catalina).

Pero en este punto el papel jugado por el proyecto familiar en Colombia es fundamental. Algunos estudios han mostrado como muchos y muchas migrantes cargan una responsabilidad moral de ayudar económicamente a sus familiares, que a su vez está sostenida en las expectativas de unos y otros sobre las remesas y la migración (Sanz Abad, 2009). De acuerdo con Jesús Sanz, la aceptación de dicha responsabilidad está ligada con el honor público de quien migra, “la obligación moral de “cumplir” con los familiares está en la base de las responsabilidades adquiridas por muchos de los migrantes en el momento de decidir su marcha.” (2009: 439).

Sin tantas remesas enviadas, pero con el dinero ahorrado, el retorno de muchas entrevistadas es el equivalente al momento de respetar los acuerdos hechos antes de la migración y mostrar el éxito del viaje. Las ayudas a familiares muchas veces también son la forma de justificar con un argumento legítimo, los recursos obtenidos del trabajo sexual:

“Aunque uno está lejos de la familia, uno se siente bien porque puede satisfacer las necesidades económicas, que es un punto muy importante en la estabilidad de uno, porque cuando uno está mal económicamente uno se amarga, le dan depresiones, le dan muchas cosas malucas. Y pues por allá, uno los deja de ver por ahí tres meses pero puede cumplir esos deseos. Mire: ya tengo mi casa, yo tuve

carro, le compré una casa a mi mamá, le arreglé la casa a mi otra mamá, yo le compré un lote a mi hermana, he ayudado mucho a mi familia por eso yo no tengo plata. Pero tengo una casa hermosísima, bien amoblada y del corazón me siento muy bien porque he podido ayudar mucho a mi familia. Yo vengo de familia estrato 1, entonces no me sentiría bien yo cogiendo millones, llegando a comer bien, vestir bien y mi familia comiendo arroz con huevo. ¡O comemos arroz con huevo todos, o comemos sancocho todos! ¡una cosa compensa la otra! Por ejemplo cuando empecé el viaje a Curazao rapidito volví a viajar porque yo me acuerdo que viajé a Curazao en diciembre, enero, febrero. Y en abril ya estaba viajando para San Martín. ¿Por qué? Porque con lo que me hice en Curazao compré un lote y ya empecé a construir y rapidito me fui para San Martín. Llegué de San Martín y rapidito me fui para Aruba, para levantar. Cuando ya estuvo mi casa, siempre me quedé ahí como unos cinco meses disfrutándola, a los cinco meses me fui, me hice un viajecito, después me hice otro y me quedé dos años en mi casa y así. Me hago un viaje y me quedo, porque yo en un viaje de tres meses me traigo 15-20 millones. Una parte de esa plata me la gasto, otra parte la invierto. Hasta que me canso...o hasta que me quedo sin plata porque... ¡somos tres mujeres! ¡Solás! ¡Libres! ¡Unas mamacitas!” (Catalina).

Para Laura el hecho de haberle podido dar una casa a su madre compensa todo lo que vivió en España, al punto que sostiene: *“Bueno, qué ventajas trajo? Muchas, muchas, desventajas no me trajo ninguna. Desventajas no haber vuelto a viajar, fue la única desventaja. Ventajas porque me trajo mucho dinero, porque traje mucha plata, porque pude comprarle una casa a mi mamá, porque me fue muy bien y porque gracias al dinero conseguí muchas cosas. Desventajas porque no volví a viajar porque me enamoré, porque perdí unos años” (Laura).*

Adicionalmente, según Adriana, hay un número importante de sus compañeras que utilizan los recursos obtenidos con la migración para someterse a cirugías estéticas: *“Mami, casi todas las mujeres, el 100% que usted ve armadas, que quiere decir operadas es porque han viajado”*. Y esto tiene mucho sentido cuando pensamos que buena parte del trabajo sexual depende del cuerpo, pues así como muchos hombres-clientes encuentran en los escenarios de intercambio económico-sexual el espacio para encarnar los patrones de una masculinidad exaltada, las mujeres que prestan sexo-servicio aprovechan los estereotipos de feminidad corporales para sustraer mayores beneficios. Y esto es especialmente interesante porque devela el cuerpo como construcción social, intervenido y producto del contexto social, de hecho: *“el desarrollo común del organismo y el yo humanos en un ambiente socialmente determinado se relaciona con la vinculación peculiarmente humana entre el organismo y el yo. Esta vinculación es excéntrica. Por una parte, el hombre [y la mujer] es un cuerpo, lo mismo que puede decirse de cualquier otro organismo animal; por otra parte tiene un cuerpo, o sea, se experimenta a sí mismo como entidad que no es idéntica a su cuerpo, sino que, por el contrario, tiene un cuerpo a su disposición.” (Berger y Luckmann, 1968: 71).*

En tercer lugar quiero hacer referencia a los casos en los que la migración es configurada por las entrevistadas como mecanismo explícito de movilidad social, pero sobretodo de resistencia frente al estigma de la prostitución:

“Bonaire, ha sido ahorrar, ahorrar, ahorrar, comprar un apartamento –de 125 millones-, que ya casi me entregan (risa), y estar feliz porque pues no he descuidado a mi hijo , he viajado, no he trasnochado, que eso es durísimo y lucho por eso porque tengo 30 años y trasnochar para mi es una arruga mas y digo no, no lo voy a hacer, no lo voy a hacer, y haberme ido a Bonaire significó para mi comprar un carro y ya lo tengo que eso es bueno para mí, para mi hijo , para mi familia, un estatus, no sentirme marginada, ¿porqué trabajo en esto entonces me veo en las peores condiciones? No tampoco! No tiene que ser así” (Isabel).

En ese sentido, por el contrario de lo que afirman muchos estudios, las entrevistadas han hallado en la migración un espacio de agencia propia. Si la sociedad en la que vivimos sanciona la trasgresión de las normas de género y de los modelos de feminidad hegemónica con violencia simbólica y “también violencia material escalonada desde el maltrato al asesinato” (Juliano, 2005: 85), especialmente a las trabajadoras sexuales, pero con ellas a todas las mujeres, las primeras –especialmente cuestionadas y desvalorizadas– han desarrollado mecanismos para resistir estos efectos, para reclamar un lugar legítimo socialmente que reconozca su voz y que reivindique la respetabilidad de su hacer.

157

Una de las particularidades dentro del significado y sentido que tiene la migración internacional para estas migrantes, es que además del logro económico [que entre otras cosas acentúa su éxito como migrantes], la experiencia migratoria, implica un acto de “desobediencia” frente al estigma. A través de su historia hacen un cuestionamiento activo a los sistemas de opresión que las atraviesan y que las han subalternizado, denunciando la violencia que las excluye y apropiándose de los mismos recursos que el contexto les ha ofrecido para compensar su reconocimiento social desde un lugar legítimo.

Conclusiones

“Resulta aconsejable contemplar todos los hallazgos y juicios como parciales y todas las síntesis como provisionales”
(Zygmunt Bauman, 2005)

El análisis presentado hasta aquí, hecho a partir de los relatos de estas 10 mujeres, constituye una invitación a (re) pensar la participación de trabajadoras sexuales colombianas en los circuitos migratorios internacionales de la industria sexual, sus ires y venires entre las fronteras geográficas y las de sus propias vidas. Esto por supuesto supone asumir que han sido sujetos activos de sus migraciones, lo cual no excluye las situaciones de violencia, abuso y exclusión que enfrentan, sino todo lo contrario: nos pone de cara frente a la imperante necesidad de exigir los derechos que como trabajadoras les corresponden y la de desmontar las lógicas opresoras que se erigen sobre sus vidas y sobre las nuestras.

Uno de mis mayores intereses al hacer este trabajo, y que procuré transversalizar en su elaboración, fue el de visibilizar a las trabajadoras sexuales migrantes como agentes de sus procesos de movilidad, como personas capaces de construir significados y sentidos sobre su trabajo y sus vidas, y en particular quise resaltar las estrategias con las cuales resisten y resignifican la estigmatización que las “designa” desde la *otredad*.

Y creo que dicho interés, como lo mostré en la primera parte del documento, estuvo muy marcado por el contexto en el que surgió la pregunta de investigación, asunto que evidentemente me lleva a destacar la importancia de rescatar los espacios de intervención social como escenarios investigativos, a través de los cuales es posible interlocutar de modos directos y fluidos con las protagonistas, interpelar(se) y aceptar que la comprensión de las migraciones internacionales y el trabajo sexual como fenómenos sociales, fluye de manera profunda cuando nos acercamos a “la realidad” para dialogar con ella y cuando desciframos a estas mujeres como portadoras de conocimiento, como sujetos y no como objetos. Después de todo: “la comprensión parcial y distorsionada de nosotros mismos y

del mundo que nos rodea se produce justamente en la cultura que silencia y devalúa sistemáticamente la voz de las mujeres” (Harding, 1987: 6), yo agregaría que sobre todo la de ciertas mujeres, las de quienes han sido censuradas socialmente y dentro de las cuales se encuentran las *prostitutas*.

Por ello encontrar en sus testimonios y en su análisis a profundidad una fuente privilegiada para el conocimiento social, facilita el intercambio y cuestiona los cánones verticales desde dónde muchas veces se sitúan los discursos académicos al respecto. Pero además, nos recuerda dos cosas: 1. Que en todos esos procesos, aparentemente inscritos en el terreno de lo “operativo”, también se construye conocimiento igualmente legítimo ó que por lo menos nos abre rincones para pensar la realidad social desde otros lugares y 2. Que pensar el tema de la prostitución y su estigmatización, “intervenirlo e investigarlo” desde el feminismo, tiene un potencial transformador del orden social y de género fundamental cuando somos capaces de reconocer que esas “otras mujeres” no son tan distintas y que la aparente distancia entre “las buenas” y “las malas” ha sido un dispositivo de control que azota nuestros cuerpos y atraviesa la construcción generizada de nuestra subjetividad.

Por ello, rescato la reflexión constante de los principios metodológicos que organizaron el análisis de la información en este estudio, el persistente cuestionamiento a las categorías teóricas, las posibilidades y límites que planteaban, los retos de un trabajo de campo que implicó despojarme de muchos miedos y prejuicios, sumergirme en un territorio tan estigmatizado como quienes lo habitan, toparme de frente con la materialidad de la exclusión, pero también con las múltiples formas en que personas como las entrevistadas y muchas otras (que no necesariamente sostienen relaciones sexuales remuneradas como actividad económica) se reinventan la vida a diario, construyen sus recuerdos y apuestas futuras, lugar –como muchos- de felicidades y nostalgias.

Creo que todos estos elementos cruzaron mi mirada y el minucioso plan de análisis que retomó los principios de la teoría fundamentada (fascinante proceso en el que es posible entrar en diálogo con la información recabada), me permitieron realmente rescatar la particularidad de cada uno de los casos, destacar los matices y la complejidad del fenómeno estudiado y “demostrar” que no existe un “modelo único” capaz de explicar la forma como toma vida la experiencia migratoria de las trabajadoras sexuales colombianas

en el exterior, y revelarlas como otras migrantes, que se enfrentan a los mismos dilemas, que también crean estrategias para desplegar el cuidado, para quienes la migración a pesar de estar atravesada por el trabajo sexual, está significada por proyecto familiares, reconocer que experimentan pérdidas, viven ausencias, participan en las sociedades de destino y (re)crean vínculos, dinamizando el debate y dislocándolo, dejando ver otro mundo de posibles y evidenciando la necesidad de que en el estudio de un tema tan “sensible” (por los estereotipos y prejuicios que convoca) rescatemos la singularidad de las experiencias y la multiplicidad de las mismas, convirtiendo esto en una apuesta política frente a la construcción de conocimiento en este campo.

Así, por ejemplo, percibir y desentrañar las contradicciones, interpretaciones y lógicas presentes en los relatos de las entrevistadas, pasó por entender la forma en que se han apropiado de los discursos sociales sobre lo que hacen, sobre lo que implica migrar, los modos como operan concretamente los procesos globales y la inscripción de las estrategias y demandas de estas mujeres en ese contexto. Aprender que todas las entrevistadas se baten en medio de sentimientos y significados encontrados respecto a su trabajo, entre tensiones que aparecen ante el repudio y señalamiento social que este tiene y que se ha interiorizado, que hemos aprehendido todas de manera casi perversa y muy dañina, pero que **No** inhabilita, ni impide generar artes de resistencia (la posibilidad de ejercer poder no es arrebatada). Tal y como lo relata Carla Corso - ex-trabajadora sexual y activista-: *“la imagen de la prostituta se ha considerado siempre como la de una perdedora, víctima de sí misma, además de víctima de los demás. Pero no es verdad, hay prostitutas de muchos tipos. Y esto, a veces, resulta más cómodo ignorarlo que saberlo [...] La gente necesita una imagen de la prostituta que responda a un estereotipo [...] la mujer aplastada por las desgracias, víctima de la sociedad [...] Yo no soy víctima de nadie. Evidentemente he sufrido por las dificultades de la vida, pero como todos. No quiero ser una víctima de estos sufrimientos: los combato y quiero salir victoriosa.”* (Corso, 2000).

Y esta consideración es fundamental cuando se discute el cruce temático: migración internacional-trabajo sexual, pues tal y como lo plantea Corso “hay prostitutas de muchos tipos”, tan variadas son sus experiencias como lo son quienes participan en los procesos de movilidad y negar sus posibilidades de autonomía de modo generalizado, de alguna manera es convertirse en cómplice de elaboraciones que contribuyen a reproducir y

reforzar estereotipos en los que subyacen herramientas de control y dominación. Tal y como lo menciona Rosalva Hernández: “Estas estrategias de colonización discursiva tienden a construir a la mujer del Tercer Mundo como: circunscrita al espacio doméstico, víctima, ignorante, pobre, atada a la tradición, convertida en el *alter ego* de la académica feminista que es liberada, que toma sus propias decisiones, tiene control sobre su cuerpo y su sexualidad, es educada y moderna” (2008. Pp.: 88).

En ese sentido, uno de los elementos centrales que este estudio ayuda a comprender, es el modo en que -en una relación de doble vía-, la experiencia migratoria da forma a la manera de pensar y vivir la prostitución y cómo las reflexiones acerca del trabajo sexual construyen la manera como las entrevistadas asumieron la migración, asunto fundamental para el debate teórico a este respecto, pues supone un giro que interroga las lógicas causa-efecto que ciñen muchos estudios. Develando su dinamismo y la presencia de factores globales, contextuales, individuales y relacionales, sin subestimar las implicaciones de ninguno y encontrando en su intersección las múltiples formas en que toman sentido las vivencias de las entrevistadas, fue posible establecer nuevas conexiones y profundizar los marcos de comprensión sobre los procesos migratorios internacionales y la industria del sexo, haciendo uso de la teoría crítica feminista.

Organicé este documento de acuerdo con tres momentos distintos dentro del proceso migratorio, pero creo que una de las cosas que debe quedar clara, luego de su lectura es que de ningún modo la migración constituye un asunto lineal. De hecho, cuando inicié el trabajo de campo y empecé a darme cuenta que la gran mayoría de las mujeres a las que podía entrevistar o con las que sostenía conversaciones informales, habían vivido migraciones temporales en las que ejercían su trabajo por tres meses especialmente, estaba frente a otra de las conclusiones: una lectura de la intersección entre migración internacional y trabajo sexual hecha desde un lugar de origen, revela una especie de *continuo* entre la salida y la llegada al país; la estacionalidad no es definitiva y buena parte de las relatantes muestran cómo en las migraciones temporales han hallado una estrategia para asegurar procesos de movilidad subsiguientes.

Este elemento tiene una relevancia especial, porque lo que en un primer momento pensé era un límite de la investigación, se potencializó como una de las características que lo

particulariza y que llama la atención sobre la necesidad de pensar las migraciones temporales colombianas más a fondo, e incluir dentro de los análisis de este campo a las trabajadoras sexuales que han estado excluidas de los estudios hechos en esta materia específica (la de las migraciones estacionarias).

Cuando escribía el proyecto que precedió este trabajo y que orientó su realización, creía que si no existían largas estancias en el exterior sería muy difícil rescatar la riqueza de los procesos migratorios femeninos inscritos en la industria sexual y quizá por ello, durante buena parte del trabajo de campo tuve la intención de encontrar experiencias migratorias que no tuvieran menos de un año de duración. Por fortuna, la discusión colectiva y los principios de la teoría fundamentada -nuevamente- me permitieron entender que el asunto no era de “temporadas extendidas”, sino justamente de estacionalidades, de los constantes movimientos de estas mujeres y de sus retornos, que cuestionan la linealidad con la que suelen pensarse las migraciones internacionales. Este giro en las premisas con la que se analizan las migraciones temporales, significa que: “tiempo y espacio se definen en relación con la dinámica del movimiento de la población en el proceso migratorio. En otras palabras, esta conceptualización de la dinámica migratoria nos remite a un sistema de movimientos en los que espacio y tiempo son dimensiones *construidas* por el proceso migratorio y, por lo mismo, variables por definición” (Canales, 1999: 19).

Por ello, destaco que situar el retorno como un momento migratorio protagónico, que no es perpetuo, me permitió comprender y dar cuenta de las vivencias de las entrevistadas como agentes migratorios, sujetos sociales que aunque con frecuencia son invisibilizadas en tanto parte activa de los procesos de movilidad, nos dejan ver que son sus acciones de circulación por las fronteras, sus desplazamientos, sus tránsitos por el mundo, los que *desgarran* la concepción monolítica de las migraciones internacionales.

Por ello considero vital seguir estudiando la concreción de los procesos flexibilización de la mano de obra en la industria del sexo y su impacto en la promoción y aceleración de las migraciones laborales temporales, pues tal y como lo vimos a lo largo de este trabajo, parece que los y las colombianas que tienen proyectos migratorios de carácter estacional no sólo están vinculados a sectores agrícolas. Pero además, no deja de ser relevante que se profundice el tema del retorno en otros casos, saber por qué otras trabajadoras sexuales

deciden regresar aun cuando no se plantearon proyectos migratorios estacionales, cuáles son las semejanzas y continuidades con otros procesos, qué tipo de escenarios configuran. ¿Qué nos dice todo ello, de la migración y del trabajo sexual en tanto fenómenos sociales?

En Colombia actualmente la discusión en torno al tema migratorio es más fluida, sin embargo no ha incorporado de manera significativa a las trabajadoras sexuales como parte de esas *colombianas en el exterior*, y a la vez muchas de las discusiones en torno a la *prostitución*, no han dado relevancia suficiente al hecho de que esta población está consolidando procesos migratorios autónomos alrededor de la industria transnacional del sexo (discusiones que probablemente se posicionen de manera distinta con el impacto de la Sentencia T-629 de 2010, en la cual se reconocen los Derechos laborales de las trabajadoras sexuales).

Este hecho resulta paradójico si pensamos que las remesas que recibe el país y que constituyen uno de los principales reglones de la economía, están siendo alimentadas por la mano de obra de mujeres como las entrevistadas. Ya lo señala Saskia Sassen cuando enfatiza el que los Estados y comunidades enteras dependen de los ingresos de las mujeres que se encuentran inmersas en los circuitos migratorios (2003), lo que por supuesto incluye a quienes hacen parte de la globalizada industria sexual.

Pero quizá uno de los elementos más perversos que subyace a esta invisibilización -no fortuita-, tenga que ver con la complicidad del Estado y de sociedad con los abusos y la explotación de esta población, los mismos a los que les hace ruido y les molesta que: “Si nuestros migrantes son Colombia en el exterior, y tenemos putas colombianas en el exterior (hecho que “avergüenza”), Colombia también es un país de putas y será necesario re-pensar el papel de “Juan Valdez” como el “emblemático” embajador de la colombianidad”, asunto que se resuelve con el silenciamiento de esas *otras migrantes*.

Este elemento tiene que ver directamente con lo que he mencionado a lo largo del todo el documento y que Isabel Holgado sintetiza así: “con el estigma -[de la prostitución]- no sólo son sancionadas las mujeres que visualizan la verdadera lógica de la jerarquía sexual mediante la demanda de dinero a cambio de sexo sino todas aquellas mujeres disidentes del orden sexista, como es el caso de las lesbianas, cuyo máximo delito es separar la sexualidad de la reproducción, del deseo masculino y del matrimonio” (2004), asunto que

inscrito en el terreno migratorio tiene implicaciones particulares, pues develar las construcciones sociales e ideológicas alrededor de la sexualidad femenina, en un contexto como el nuestro, implica reconocer que a través de esas mismas construcciones operan mecanismos de *control sobre la movilidad* y los cuerpos de todas las mujeres a distintos niveles.

Ahora bien, haciendo uso de los mismos tres momentos: antes, durante y después de la migración, quiero resaltar algunos de los aspectos centrales que sugiere la lectura transversal de cada uno de ellos, haciendo énfasis en los elementos que aporta, visibiliza o cuestiona en relación con las discusiones teórico-analíticas que alimentan la intersección en la que se inscribió el estudio y que constituyeron los derroteros que orientaron mi reflexión:

1. *¿Qué recuerdas de tu proceso de migración?* Fue casi siempre la pregunta con la que abría las conversaciones con las entrevistadas, y la forma como empezaban a hilar su relato me dio cuenta como lo dice White, de “aspectos escogidos de su experiencia vivida” (2002). Y esos aspectos, situaban inicialmente el tema en aquella etapa que precedía la partida. En el preludio, como lo muestra el estudio, se hallaron claves fundamentales para entender la migración de trabajadoras sexuales en tanto proceso autónomo. Es innegable el ejercicio de planeación, elaboración y despliegue de estrategias de las entrevistadas ante el evento migratorio, lo que de plano cuestiona el hecho de que migrar para trabajar sexualmente sea siempre una *medida desesperada* de “las mujeres”. Por el contrario lo que se evidencia es que ésta es una acción calculada, frente a la que se valoran riesgos y posibilidades; la mayor parte de las relatantes no consideraron haber sido víctimas de grandes mafias y por el contrario asumen la utilización de diversos agentes para poder salir del país, con los cuales negocian y frente a los cuales son críticas.

Sumado a ello, la manera como las entrevistadas vivieron esa etapa previa al viaje, da cuenta de lo planteado por Lourdes Benería en relación con el papel de la mano de obra femenina en los procesos de expansión global, la estacionalidad e inestabilidad de los “trabajos femeninos” y el turismo sexual como eslabón entre los procesos de movilidad internacional y la industria del sexo (2005). La preferencia por ciertos destinos, el que existan redes e información específica que facilitan los desplazamientos de estas mujeres, y

todos los demás elementos que vimos tienen presencia en este proceso, ponen en evidencia la concreción de esos procesos globales, como marco de referencia amplio en el que se inscriben las migraciones y la industria del sexo, hoy por hoy. Pero a ello debemos sumar la reflexión de las entrevistadas sobre “la situación del país” como desencadenante de sus propios procesos migratorios, asunto que deja claro el impacto en la cotidianidad de muchas mujeres colombianas, de las políticas neoliberales y los altos índices de desempleo.

Vale la pena entonces decir que cada trámite, muchas de las expectativas que habitan la mente y el futuro de las entrevistadas, los “agentes de viajes”, la “señora que nos ayuda con los papeles”, etc., hacen parte de todo ese entramado global que media y potencializa los procesos de movilidad y que las entrevistadas viven y emplean, asuntos todos que se encuentran más allá del espejismo de racionalidad costo-beneficio como su determinante.

Quisiera insistir en que no existen “las migraciones de las trabajadoras sexuales” esencialmente entendidas, todo lo contrario, al igual que cualquier otro u otra migrante en tanto agentes activos esta se da en relación con lo que ha sido su vida, sus intereses y sus esperanzas frente a la construcción del futuro propio. Lo que es particular es la forma en que las relaciones de género, “raza” y clase se imbrican para marcar ritmos y compases, unas formas de opresión –con los consabidos efectos materiales- que se dibujan de modos diferenciados en las vidas de unas y otras y que por supuesto ordenan también el escenario migratorio. Sin embargo, creo que una de las cosas particulares que muestra el estudio es que, desde el prelude, la migración se muestra para las entrevistadas como estrategia de la clandestinidad, pues en otro país parecen eludir los estigmas que tienen en Colombia. De alguna manera -en varios de los casos- trabajar sexualmente en otro país resulta -guardadas proporciones- subjetivamente menos costoso y para muchas menos desvalorizante, en tanto podrán alcanzar objetivos más rápido con otras condiciones laborales.

Las estrategias desplegadas por las entrevistadas incluyen recursos propios e interaccionales, que van desde el apoyo brindado y recibido por otras compañeras de trabajo y/o familiares sin intereses lucrativos, hasta la compra y venta de información, servicios pagos de intermediarios para la obtención de contratos y documentación, por

ejemplo. Estos últimos ponen de manifiesto la participación de numerosos agentes en origen y en destino, que se lucran o no, con la migración de muchas mujeres en la industria del sexo. La identificación y el análisis de estas redes fue fundamental en este estudio, sobre todo si tenemos en cuenta, como lo menciona Pedone, la necesidad de: “considerar a los inmigrantes como sujetos capaces de crear y llevar adelante estrategias migratorias para moverse entre contextos micro y macroestructurales en la actual fase del capitalismo (...) [y] superar las aproximaciones estáticas, abstractas y simplificadoras que sólo analizaban variables macroestructurales [en las migraciones]” (2005: 109).

Ahora bien, considerando específicamente las situaciones de explotación y lucro excesivo por parte de intermediarios dentro del proceso, quisiera insistir en que una de las cosas que nos muestran los relatos es que en efecto existe *tráfico de personas*, pero no sólo en su acepción de las grandes mafias, sino más bien como múltiples estrategias soterradas, que inciden en la salida e ingreso de personas en los circuitos de comercio sexual internacionales, y que dichas estrategias son usadas por las involucradas para traspasar las fronteras y desplazarse de un lugar a otro, sin que ello las convierta necesariamente en víctimas directamente coaccionadas como en el caso de la trata. Después de todo: “el tráfico no conlleva necesariamente engaño, coacción, fuerza, abuso de autoridad y fraude, ni está siempre relacionado a mafias y organizaciones criminales, sino que puede implicar a pequeños empresarios, otros inmigrantes o individuos que de forma independiente se benefician del éxodo y explotación de seres humanos” (Oso, 2000: 2).

Es importante pensar, entonces, en la estrecha relación que tiene la existencia de estas redes con las políticas restrictivas de los estados que, amparadas en principios racistas y sexistas, reducen los márgenes de movilidad libre y obligan no sólo a habitar el mundo con miedo, sino que dan lugar a la generación de este tipo de tramas, que en muchos casos sí pueden aumentar la vulnerabilidad de las trabajadoras sexuales migrantes que se ven obligadas a usarlas para poder movilizarse.

2. Las reflexiones hechas por las entrevistadas *sobre la estancia en el exterior*, son muy amplias y convocan diversos escenarios de la “vida fuera”. Sin embargo, sea cual fuere el aspecto al que se refirieran, sus experiencias nos hablan del impacto a escala global de un orden socio-racial que está generizado. En ese sentido, muchas de las dinámicas en las que

se vieron involucradas las relatantes estando fuera del país, responden a lo que Teodora Hurtado llama “triangulación entre identidades de género, étnicas-raciales y mercados laborales” (2008: 346), lo cual fundamentalmente nos remite a las transformaciones vividas por los procesos de movilidad hoy y las múltiples dimensiones que involucra, incluyendo los lugares de origen y destino, las trayectorias laborales, la condición étnico-racial, la nacionalidad, como elementos que “caracterizan” a las y los actores y al fenómeno migratorio (*Ibid.*). Pese a que dicha triangulación estuvo presente siempre, es vital mencionar que la manera como se configura varía y está condicionada por cuatro factores particularmente: los lugares de destino, el tratamiento legal de la prostitución allí, el estatus migratorio y las demandas específicas -racializadas de modos distintos- de los mercados sexuales en los que se insertan las entrevistadas.

Sea cual fuere el lugar de llegada, todas las entrevistadas dan cuenta de la estigmatización frente a las *mujeres colombianas* sobre todo si son trabajadoras sexuales. Lo que nos pone de cara frente a la circulación de marcas “raciales” sobre los cuerpos y vidas de estas mujeres, que sirven como motor para actuaciones violentas y discriminatorias. Este asunto coincide con lo planteado por Hurtado (2008) y Piscitelli (2008), acerca de la persistencia de imágenes sobre la sexualidad de las “mujeres latinas”, que se supone muy activa y exuberante, a la vez que alegres y cariñosas, pero: “estos estereotipos se definen como las formas de conexión entre modelos culturales, económicos y matrimoniales que proclaman sumisión y dulzura de parte de las mujeres inmigrantes a cambio de derechos de ciudadanía, inserción laboral, mejores condiciones materiales y relaciones de género “más igualitarias”. Sin embargo, no hay que olvidar que se trata de relaciones de poder y de asimetrías sociales que se producen y reproducen aun en contextos transnacionales” (Hurtado, 2008: 354).

No obstante, uno de los elementos centrales que muestran los relatos es que la migración favorece en muchos casos la utilización de esos mismos estereotipos para obtener beneficios materiales y emocionales, y para definirse a sí mismas desde lugares distintos al del ejercicio del trabajo sexual, lugares que no se consideran de desprestigio social, que se suponen “prelación” dentro de los mercados sexuales transnacionales

Entre clientes, compañeras de trabajo, administradores/as y demás es significativo señalar el despliegue de estrategias para sobrevivir y para ejercer control sobre sus vidas que desarrollaron las entrevistadas, las cuales van desde el uso de su sexualidad como herramienta de poder, hasta prácticas de solidaridad, risas, resignificación de espacios y aprovechamiento del tiempo libre, pasando en todo caso por la constante reflexión sobre los procesos de movilidad y las trayectorias de sus vidas y mostrándose siempre como sujetos con intereses y deseos propios.

Sin embargo, aunque la capacidad de acción no se encuentre limitada, a lo largo del estudio es posible ver cómo el tema de la estigmatización por trabajar sexualmente no tiene que ver sólo con la mirada del otro, sino con la interiorización de estereotipos que en ocasiones, se asumen como válidos para justificar actuaciones discriminatorias y violentas, en la medida en que ser una “mujer decente” [por ende digna y merecedora de respeto] significa algo diametralmente opuesto a lo que se supone es una “prostituta”: “En el modelo sexual que se nos propone socialmente, las prostitutas aparecen y representan a las “otras”, las que no son buenas, las que condensan en sí todo lo prohibido, lo que no pueden hacer las mujeres “buenas”” (Garaizabal, 2001).

Finalmente, otro de los elementos que deseo rescatar en este apartado es el que tiene que ver con el contacto que todas las entrevistadas mantuvieron y mantienen con Colombia, a través de prácticas comunicativas y el envío de remesas a sus familiares y/o amigos, por ejemplo. Estas prácticas de conexión entre origen y destino han sido ampliamente estudiadas para el caso de otros y otras migrantes que no se encuentran insertos en el comercio sexual en destino, y se ha argumentado que este tipo de asuntos dan cuenta – junto con muchas otras cosas- del papel activo que tienen estos, como seres concretos en tanto *actores globales*, además porque refieren un modo de vida entre dos naciones que está siendo transterritorializado y que habla de la vida cotidiana de muchos y muchas migrantes (Guarnizo, 2006, citado por: Puyana, Motoa y Viviel, 2009).

Sin embargo, pocas veces se reconoce que las trabajadoras sexuales también desarrollan estas acciones. Los discursos victimizadores crean una especie de “cortina de humo” que imposibilita analizar cómo se dan esas interacciones en un marco más complejo, en lo que por supuesto subyace la intencionalidad política de homogenizar y silenciar a estas

migrantes. Creo que la presencia de estas prácticas en las entrevistadas, cuestiona de manera directa las suposiciones frente al tema de la “inercia” pretendida por los discursos que sólo ven esclavas sexuales en los contextos migratorios. Lo que se puede ver a través de este estudio es que las entrevistadas logran una organización activa de su cotidianidad, que desbordan los límites geográficos y que convocan aspectos subjetivos, familiares y sociales.

3. *Sobre el retorno*: Estas migrantes retornaron y posiblemente vuelvan a partir. Las condiciones de estos retornos para los casos acá estudiados, resultan responder a cuatro factores fundamentalmente. En primer lugar al carácter temporal de la migración, lo cual significa que el regreso estaba planeado desde antes de partir y era parte constituyente del proceso de salida. En segundo lugar, lo temporal como estrategia de consecutivos movimientos migratorios, lo que parece configurar el retorno como plataforma de movilidad entre las fronteras, asunto que entre otras cosas, explicaría en parte que muchas de las entrevistadas no hayan querido permanecer en condiciones de irregularidad en los lugares de llegada, en tanto ese ir-volver-ir se convierte en método para mantenerse activas dentro de los circuitos migratorios, garantizando condiciones mejores de trabajo.

169

Existen muchas investigaciones que abordan el tema migratorio y el trabajo sexual, estudios muy interesantes, casi siempre desarrollados en los países de destino que han logrado visibilizar el tema y posicionarlo como asunto de debate académico y político. Sin embargo, el hecho de que se hagan “allá” casi siempre nos deja con la sensación de que las migrantes *se van para siempre*, quizá atisban las expectativas y los esfuerzos de muchas trabajadoras sexuales allí por consolidar procesos de retorno y menos veces de reunificación, pero no tenemos muchas noticias sobre lo que significa retornar y cuáles son sus significados y sentidos.

Por ello, considero que uno de los elementos centrales de este estudio es que permitió dar una mirada a todos estos procesos desde el lugar de origen -que bien puede ser ahora de recepción-, revelando el grado de control que una trabajadora sexual puede tener sobre sus procesos de movilidad. Sin embargo, y dado el escaso desarrollo que existe en el país en este tema -el del retorno- creo fundamental que se profundice como campo investigativo, que además puede tener mucha fuerza si tenemos en cuenta la reciente

puesta en marcha de políticas directivas de retorno, las crisis económicas y la frontalidad con la que muchos Estados han asumido sus políticas anti-inmigratorias.

Ahora bien, todos estos elementos tienen que tener un impacto en las sociedades de origen. ¿Qué significa para Colombia en el largo plazo ser un país expulsor de población migrante?, para el caso que nos atañe, ¿qué implica esto para el comercio sexual en el país y para los y las trabajadoras sexuales? Una de las cosas que de modo muy intuitivo sugiere este estudio es que el regreso implica muchas veces una reflexión crítica frente a las condiciones de trabajo, las relaciones con los clientes, el modo en que se establecen los intercambios, entre otras cosas y supongo que esto podría impactar de algún modo las reclamaciones colectivas.

Para ir finalizando, uno de los asuntos que más logró llamar mi atención es el trasfondo “reivindicativo” que hallan las entrevistadas en la migración, escenario de resistencia y resignificación con respecto a su hacer y su lugar como mujeres en la sociedad. Por ello, quiero resaltar que por muy constreñido que fuese el abanico de posibilidades de las entrevistadas o muchas las vivencias de abuso y explotación que han soportado, quienes participaron en este estudio fueron mujeres con valentía y determinación, cuyo coraje les ha permitido recorrer otros lugares del mundo, materializar los sueños propios y los de quienes quieren, accediendo a bienes materiales y simbólicos, que les dan otros márgenes de movilidad social, pero con los que sobretodo resisten a la “inferiorización” social que soportan al desafiar los principios hegemónicos de la feminidad construida.

Es evidente que el camino por recorrer en este campo de estudio es muy largo. Señalaré algunos campos temáticos –otros ya los dejé insinuados a lo largo de este capítulo- que plantearían nuevos retos de comprensión, a riesgo claro de no mencionar todos los posibles:

-De un lado estamos frente al desafío de comprender de manera más compleja la participación de las trabajadoras sexuales en los procesos migratorios con miradas hechas desde los lugares de origen, que las involucren por supuesto como agentes de estos, pero además que reconozcamos que no son las únicas protagonistas.

- Sabemos poco del papel de otras y otros actores en estos procesos, del lugar de los intermediarios, del retorno mismo, de las personas trans que también emprenden esta travesía o de los hombres que están inmersos en las dinámicas de los mercados de comercio sexual internacional, vendiendo servicios sexuales y no sólo “administrando” los femeninos. Esto permitiría hallar puntos comunes, entender cómo se co-construyen las lógicas de las relaciones de género en este contexto, étnico-raciales, entre otros.

-¿Qué sucede específicamente con la maternidad, la prostitución y la migración internacional? ¿De qué manera son atravesadas las construcciones de sentido sobre estos asuntos y qué papel juega la interrelación de estos escenarios?

- Si pensamos el trabajo sexual como trabajo emocional, ¿qué continuidades o qué conexiones podríamos leer entre este y otras labores que han sido definidas como *trabajo de cuidado*? ¿Qué implica esto en contextos globales?

Estamos frente a un universo de cosas por descubrir en esa intersección temática entre los estudios sobre género, trabajo sexual y las migraciones, pero sobretodo ante el desafío ético y político de pensar el papel de la academia de un modo menos indiferente e indolente frente a la realidad social. Por eso mismo considero fundamental pensar modos de tejer puentes con la población directamente involucrada en estos escenarios, encontrar la manera de retroalimentar de manera constante la producción académica, cuestionándola de modo constructivo y apostando porque no se quede ahí únicamente, que los estudios impacten las realidades concretas, y que contribuyan a deconstruir las lógicas opresoras, inequitativas y excluyentes con las que hemos aprendido, tristemente, a vivir a diario.

Bibliografía

Agustín, Laura. (2006). "Atreverse a cruzar fronteras: migrantes que venden sexo". En: Viento Sur, N°87.

Agustín, Laura (2005). "Cruzafronteras atrevidas: otra visión de las mujeres migrantes". En: Miranda, María Jesús (ed.) Mujeres extranjeras en prisión. Madrid: Universidad Complutense.

Agustín, Laura (2003) "La batalla por 'la verdad' sobre los trabajadores sexuales". En: Ofrim Suplementos. Madrid: 2003

Agustín, Laura (2003) "Olvidar la victimización: Los migrantes como protagonistas". En: Development, 46.3, 30-36.

Agustín, Laura (2002) "Cuestionar el concepto del 'lugar': La migración es algo más que una pérdida". En: Development, 45.1. Edición española

Agustín, Laura (2001) "Mujeres inmigrantes ocupadas en servicios sexuales": En: Colectivo Ioé edtr., Mujer, inmigración y trabajo, Madrid: IMSERSO, p. 647-716,

Agustín, Laura (2000). Trabajar en la industria del sexo. Publicado en OFRIM/Suplementos [publicación especializada de inmigración] Junio 2000, Madrid, España.

Arango, Joaquín (1985). "Las 'Leyes de las Migraciones' de E.G. Ravenstein, cien años después", En: Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 32:7-26.

Arango, Luz Gabriela (2004). "Mujeres, trabajo y tecnologías en tiempos globalizados". Cuadernos del CES, N° 5. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Arteaga, Ana María. (2010). Informe global: Mujeres migrantes andinas. Contexto, políticas y gestión migratoria. Santiago, Chile: Andros Impresores.

Bauman, Zygmunt (2005). Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias. Barcelona: Paidós Ibérica.

Benería, Lourdes (2005). Género, Desarrollo y Globalización. Barcelona: Hacer Editorial.

Berger, Peter & Luckmann, Thomas (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores

Butler, Jennifer (2009). "Prostitución militarizada: La historia no contada". En: Mora (B. Aires) vol.15 no.2 Ciudad Autónoma de Buenos Aires jul./dic.

Canales, Alejandro & Christian Zolniski. (2000). "Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización". Ponencia presentada en el Simposio sobre Migración Internacional en las Américas. San José, Costa Rica, 4 al 6 de Septiembre. Documento en línea, consultado el 10 de Febrero de 2011, disponible, en: <https://www.comminit.com/?q=la/node/149699>

Canales, Alejandro. (1999). "Periodicidad, estacionalidad, duración y retorno. Los distintos tiempos en la migración México-Estados Unidos". En: *Papeles de Población*, No. 23. México: UAEM.

Carabí, Àngels (1998). "Belleza, género y raza: fisuras en la norma". En: Carabí, Àngels & Segarra, Marta (Eds.) *Belleza escrita en femenino*. Barcelona: Centre Dona i literatura.

Central Unitaria de Trabajadores de Colombia -CUT- (2011). *Manifiesto 8 De Marzo De 2011*. Documento en línea, consultado el 10 de marzo de 2011. Disponible en: www.ccsa.org.pe/.../dia...de...mujer.../MANIFIESTO-CUT-COLOMBIA.

CEPAL (s/f). *Migración Intraregional y Mercados Laborales en Centro América: ¿Qué Sabemos?*. Documento en línea, consultado el 22 de enero de 2011. Disponible en: <http://imprasc.net:29572/QuienesSomos/Documents/GammageMercadosLaborales.pdf>

Chiarotti, Susana. (2003). "La trata de mujeres: sus conexiones y desconexiones con la migración y los derechos humanos". *Población y desarrollo*, serie 39. Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población.

Classen, Sandra & Polanía, Fanny (1998). "Modalidades del tráfico de mujeres". En: *Tráfico de mujeres en Colombia. Diagnóstico, análisis y propuestas*. Colombia: Fundación Esperanza

Corso, Carla & Landi, Sandra (2000). *Retrato de intensos colores*. Madrid: Talasa

Cortés Torres, Carmen Julia. (2009). *La Identidad de Colombianas Inmigrantes que Ejercen la Prostitución en España*. Tesis Doctoral. Universidad de Salamanca, Departamento de Sociología y Comunicación.

De Gracia René & Guillén, Elvia. (2004). "Panamá". En: CEPAL - SERIE Seminarios y conferencias. N° 24.

Departamento Nacional de Estadística -DANE- (2011). Principales resultados del mercado laboral. Enero de 2011. Documento en línea, consultado el 5 de marzo de 2011. Disponible en:http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech/pres__web_ech_e ne_corta11.pdf

Díaz, Luz Marina. (2009) "La quimera del retorno". En: Diálogos migrantes, N° 4. Bogotá: Fundación Esperanza.

Díaz, Luz Marina. (2009). "la construcción de redes y su impacto en las migraciones". En: Diálogos migrantes, N°3. Bogotá: Fundación Esperanza.

Documento Pacto de Convivencia Zona de Alto Impacto, Alcaldía Mayor de Bogotá: s/f.

Falicov, Celia. (2002). Migración, pérdida ambigua y rituales. *Revista Perspectivas Sistémicas*, 69. Ponencia para el VIII Congreso de Terapia Familiar de la Asociación Mexicana de Terapia Familiar. Buenos Aires: CEFYP. Recuperado el 18 de junio de 2009, en <http://www.redsistemica.com.ar/migracion2.htm>.

Fondo de Población de las Naciones Unidas -UNFPA- (2007). El estado de la población mundial 2006. Hacia la esperanza. Las mujeres y la migración internacional. Documento en línea, consultado el 2 de febrero de 2009. Disponible, en: http://www.unfpa.org/swp/2006/pdf/sp_sowp06.pdf

Fonseca, Carlos & Quintero, Ma. Luisa (2005). "Mujeres migrantes latinoamericanas en el trabajo sexual de Barcelona, España: la relación simbólica entre cuerpo y sociedad desde los estudios de género contemporáneos". En: *Caderno Espaço Feminino*, v.13, n.16.

Forni Pablo; Siles, Marcelo & Barreiro, Lucrecia (2004). ¿Qué es el Capital Social y cómo Analizarlo en contextos de Exclusión Social y Pobreza? Estudios de Caso en Buenos Aires, Argentina. Research Report No. 35

Fox Keller, Evelyn. (1991). Reflexiones sobre género y ciencia. Valencia: edicions Alfons el magnánim

Franco Aguilar, José. (2010). *Los que regresan: migración de retorno en la región de los Altos de Jalisco*. Tesis de grado, Maestría En Población Y Desarrollo. FLACSO: México.

Galeano, María Eumelia (2004). *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro de la mirada*. Medellín: La Carreta

Garaizabal, Cristina (2000). Una mirada feminista a la prostitución. Ponencia presentada en las Jornadas Feministas. Córdoba, diciembre de 2000 y publicada en el libro

Feminismo.es... y será. Editado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2001.

Garaizábal, Cristina (2004). "ONG y Derechos Humanos: la experiencia de Hetaira" En: Osborne, Raquel (Ed.) *Trabajado@s del sexo*. Barcelona: Bellaterra.

Garaizabal, Cristina (2009). "Una mirada crítica al Plan español contra la trata". Documento en línea, consultado el 10 de enero de 2011. Disponible, en: <http://www.pensamientocritico.org/crisgar0609.html>

Giddens, Anthony. (1995). *Constitución de la sociedad, La : bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu

Gómez, Osca (2008). "Del olvido a la inclusión. Elementos para una política pública migratoria colombiana desde un enfoque de Derechos Humanos". En: *Diálogos Migrantes*, N° 1. Bogotá: Fundación Esperanza.

Gregorio Gil, Carmen. (1998). *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género*. Madrid: Narcea S. A ediciones

Guarnizo, Luis Eduardo (2006b) "El Estado y la migración global colombiana". En: *Revista Migración y Desarrollo*, primer semestre, pp. 79-101.

Guarnizo, Luis. (2006). "Migración, globalización y sociedad: teorías y tendencias en el siglo XX". En: Gerardo Ardila (ed.), *Colombia: migraciones, transnacionalismo y desplazamiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Guerra Talavera, Raquel (2006). "La Inmigración Extranjera Desde una Perspectiva De Género. La Mujer Inmigrante del Siglo XXI en Canarias". En: *VECTOR PLUS*.

Gutierrez, Carlos (2002). *Temas De Filosofía Hermenéutica. Conferencias Y Ensayos*. Bogotá: Universidad De Los Andes, Universidad Nacional De Colombia. Panamericana formas e impresos.

Harding, Sandra. (1987), "Is There a Feminist Method?", *Feminism and Methodology*, Bloomington/Indianapolis. Indiana University Press.

Hernández, Rosalva Aida (2008) "De Feminismos y Poscolonialismos: Reflexiones desde el Sur del Río Bravo". En: Suárez, L & Hernández, R. (Eds). *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*. Madrid: Editores Cátedra.

Holgado, Isabel (2008). *Prostituciones. Diálogos sobre sexo de pago*. España: Icaria.

Holgado, Isabel. (2008). "Trabajos y estrategias de las mujeres migrantes". En: Rodríguez Martínez, Pilar (Ed.) *Mujeres, trabajos y empleos en tiempos de globalización*. Barcelona: Icaria Editorial

Holgado, Isabel. (2004). Reseña de "El prisma de la prostitución" de Gail Patherson, "La prostitución: El espejo oscuro" de Dolores Juliano y "Retrato de Intensos colores" de Carla Corso y Sandra Landi. Athenea Digital, primavera, número 005. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona. Red AL y C.

Holgado, Isabel. (2001). "Las Nuevas Retóricas de la Inmigración Femenina: La Prostitución en las Calles de Barcelona". En *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Nº 94. MIGRACIÓN Y CAMBIO SOCIAL. Número extraordinario dedicado al III Coloquio Internacional de Geocrítica (Actas del Coloquio).

Hurtado, Teodora (2010). Colombia "Viaje más allá de la prostitución". Documento en línea, consultado el 16 de mayo de 2010. Disponible en: <http://es.paperblog.com/colombia-viaje-mas-alla-de-la-prostitucion-100066/>

Hurtado, Teodora (2008) "Movilidades, identidades y sexualidades en mujeres afrocolombianas migrantes en Europa: El caso de las "italianas"". En: Wade, Peter, Urrea, Fernando & Viveros, Mara (Eds.) *Raza, Etnicidad Y Sexualidades. Ciudadanía Y Multiculturalismo En América Latina*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá) Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales, Escuela de Estudios de Género; Universidad del Valle, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica; Facultad de Ciencias Sociales y Económicas Universidad del Estado de Río de Janeiro, Instituto de Medicina Social, Centro Latinoamericano de Sexualidad y Derechos Humanos. ISBN: 978-958-8063-60-7, p.343 - 376.

Joves, Esperanza (2010) "Resumen: Migración de mujeres trabajadoras domésticas de Ecuador hacia los países de la UE, especialmente España". En: Diálogos migrantes, Nº 5. Bogotá: Fundación Esperanza.

Juliano, Dolores (2005): "El trabajo sexual en la mira. Polémicas y estereotipos", publicado en Cad. Pagu (on line), 2005, n. 25, 08/02/2006, pp. 79-106. Formato electrónico en www.scielo.br/scielo.php?script; (2005) *Les altres dones. La construcció de l'exclusió social. Els discursos que ens uneixen i ens separen*, Barcelona: Institut Català de les Dones.

Juliano, Dolores (2002). *La prostitución: el espejo oscuro*. España: Icaria

Juliano, Dolores, (2000), "La telaraña de las redes migratorias" En: *Ciudadanía Sexual*, Boletín 11. Documento en línea, consultado el 26 de marzo de 2009. Disponible en: http://www.ciudadaniasexual.org/publicaciones/Doc_La%20Telarana_de%20las_Red es_Migratorias.pdf

Kempadoo, Kamala (1998). "Introduction. Globalizing sex Workers' Rights". En: Kempadoo, Kamala & Doezma, Jo. (Eds.) *Global Sex Workers. Rights, Resistance and Redefinition*. New York-London: Routledge

Lagarde, Marcela (1998). *Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres*. Managua: Punto de encuentro

Lagarde, Marcela. (1997). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM

Lamas, Martha. (1996). "Trabajadoras sexuales: del estigma a la conciencia política." En: *Estudios sociológicos XIV*. México: El colegio de México.

Landolt, Patricia. (2006). "Modernidad tardía y migración transnacional: reflexiones conceptuales desde el caso de El Salvador". En G. Ardila, (Ed.). Colombia: *Migraciones, transnacionalismo y desplazamiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

López, Magdalena. (2007) "Debate Feminista: Teorías, Practicas Y Realidades". En: Serra Cristobal, Rosario (Ed.) *Prostitución y trata: marco jurídico y régimen de derechos*. España: TIRANT LO BLANC.

López, Yolanda. (2002). *Por qué se maltrata al más íntimo*. Bogotá [Colombia]: Universidad Nacional de Colombia.

Lorente Molina, Maria Belen (2004). "Género, ciencia y trabajo. Profesiones feminizadas y las prácticas de cuidado y ayuda social". En: *Scripta Ethnologica ISSN: 0325-6669 ed: v.26 fasc. Argentina*. p.40 - 55.

Lorente Molina, Maria Belen (2002), "Trabajo Social y Ciencias Sociales. Poder, subalternidad y funcionalización de saberes." . En: *Trabajo Social ISSN: 0123-4986 ed: Unibiblos Universidad Nacional De Colombia v. fasc. p.42 - 59*.

Maffía, Diana (2005). "Epistemología feminista: por otra inclusión de lo femenino en la ciencia". En: Blazquez, Norma & Flores, Javier (Eds.). *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

Medina Villegas, María Claudia (2011) *Los ausentes están siempre presentes: una aproximación interpretativa de la experiencia maternofamiliar transnacional entre España y Colombia*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Departamento de Sociología I (Cambio Social).

Mendia, Irantzu (2006). "Migración forzosa". En: *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*. Universidad del País Vasco. Documento en línea,

disponible en: <http://www.dicc.hegoa.ehu.es/listar/mostrar/143> Consultado el 15 de febrero de 2010

Mestre i Mestre, Ruth (2005). "Hilando fino: migraciones autóctonas de mujeres para trabajar en la industria del sexo". En: Pedreño Cánovas, Andrés & Hernández Pedreño, Manuel (Coords.) *LA CONDICIÓN INMIGRANTE Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia*. Murcia : Universidad de Murcia, Vicerrectorado de Extensión Cultural y Proyección Universitaria.

Micolta , Amparo (2005). "Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones internacionales.". En: *Revista del Departamento de Trabajo Social*, N° 7. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Micolta, Amparo & Escobar, María Cénide. (2010). "Si Las Abuelas Se Disponen A Cuidar, Madres Y Padres Pueden Emigrar". En: *Revista Venezolana De Estudios De La Mujer* - Julio/Diciembre VOL. 15/n°35. pp. 91-116.

Mora, Luís (2007). "Globalización, migración internacional y división sexual del trabajo. Una mirada desde el género y los derechos reproductivos". Chile: *Notas de Población*. CEPAL. No.85

Morcillo, Santiago. (2009) ""Una cosa es el hambre y otra es el placer". Límites encarnados en las personas dedicadas al trabajo sexual.". Ponencia presentada en: VIII Reunión de Antropología del Mercosur (RAM) "Diversidad y poder en América Latina". Buenos Aires, Argentina: 29 de septiembre al 2 de octubre

Narváez, Juan Carlos (2007). "Reconstruir teoría o desbordar conceptos: transnacionalismo, juventud, acción social". En: *Ruta transnacional: a San Salvador por los Ángeles. Espacio de interacción juvenil en un contexto migratorio*. México: Colección América Latina y el Nuevo Orden Mundial, Miguel Ángel Porrúa, UAZ, Instituto Mexicano de la Juventud.

Nicolás Lazo, Gemma. (2009). "Los Trabajos Invisibles: Reflexiones Feministas Sobre el Trabajo de las Mujeres". En: *Defender y repensar los derechos sociales en tiempo de crisis*. Observatori DESC. Documento en línea consultado el 26 de julio de 2010. Disponible en: <http://www.descweb.org/files/09%20-%20Gemma%20Nicolas%20-%20Trabajos%20invisibles%20final.pdf>

Organización Internacional para las Migraciones -OIM- (2006). "Glosario sobre migración". En: *Derecho Internacional sobre Migración*, N° 7. Ginebra, Suiza

Organización Internacional para las Migraciones -OIM- Colombia (2006). *Dimensiones de la trata de personas en Colombia*. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Osborne, Raquel (2000). "En primera persona: las prostitutas, el nuevo sujeto de la prostitución". En: Mujeres: unidad y diversidad. Un debate sobre la identidad de género. Materiales para la reflexión. Madrid: Secretaría de la Mujer, Federación de Enseñanza de CC.OO.

Oso Casas, Laura (2008). "Migración, género y hogares transnacionales". En: García Roca, Joaquín & Lacomba, Joan (coords.) La inmigración en la sociedad española: una radiografía multidisciplinar

Oso Casas, Laura. (2000) Estrategias migratorias de las mujeres ecuatorianas y colombianas en situación irregular: servicio doméstico y prostitución en Galicia. Madrid y Pamplona: Facultad de Sociología- Universidade da Coruña. Documento en línea, consultado el 4 de octubre de 2010. Disponible en: http://www.mmo.gr/pdf/library/Spain/laura_oso_en%20espanol.pdf

Oso Casas, Laura. (2008b). "Mujeres latinoamericanas en España y trabajo sexual: un laberinto circular". En: Herrera, Gioconda & Ramírez, Jacques (Eds.). América Latina migrante: estado, familias, identidades. Quito: FLACSO - Sede Ecuador : Ministerio de Cultura del Ecuador.

Parella, Sonia. (2003). Mujer, inmigrante y trabajadora. La triple discriminación. Barcelona: Anthropos.

Pedone, Claudia. (2005) "Tú siempre jalas a los tuyos". Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España". En Herrera, G.; Carrillo, M.C.; Torres, A. (eds.). La Migración Ecuatoriana. Transnacionalismo, redes e identidades. Quito: FLACSO-Ecuador.

Periódico el Capital (31 de julio de 2009). Turismo, migración e inversión en Panamá. Documento en línea, consultado el 20 de enero de 2011. Disponible en: <http://www.chielslaw.com/es/turismo-migracion-e-inversion-en-panama.html>

Piscitelli, Adriana (2009). "Tránsitos: circulación de brasileñas en el ámbito de la transnacionalización de los mercados sexual y matrimonial". En: Horizontes Antropológicos. V 31, pp. 131- 137.

Piscitelli, Adriana (2008). "Actuando la "brasileñidad"? Tránsitos entre circuitos de turismo sexual y los mercados del sexo y matrimonial europeos" Documento preparado para ser pronunciado en la reunión de la Asociación de Estudios Latinoamericanos. Río de Janeiro, Brasil: junio 11 a 14 2008.

Puyana, Yolanda; Motoa, Julieth & Viviel, Adriana. (2009). Entre aquí y allá: las familias colombianas transnacionales. Bogotá: Fundación Esperanza.

Puyana, Yolanda. (2008) "Qué Pasa Con Las Familias Transnacionales Y Las Relaciones De Perspectiva De Género Ante La Migración Internacional?" Bogotá, 2008

Puyana, Yolanda (et al). (2003). Padres y Madres en Cinco Ciudades Colombianas. Almudena editores. Bogotá.

Ramírez, Saúl. (2006). "los cargos comunitarios y la transpertenencia de los migrantes mixtes de Oaxaca en Estados Unidos". En: Migraciones internacionales, N° 003. Tijuana: Colegio de la frontera del norte.

Revista Semana. (Sábado 4 de abril de 2009). Prostitución, un negocio que brilla en Bogotá. Documento en línea, consultado el 4 de abril de 2011. Disponible en: <http://www.semana.com/enfoque/prostitucion-negocio-brilla-bogota/122588-3.aspx>

Ribas, Natalia. (2004). Una invitación la sociología de las migraciones. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Rodríguez, Penélope. (1999) Más Allá Del Problema De Los Métodos En Investigación En Ciencias Sociales. Bogotá: Uniandes,

Rodríguez, Pilar. (2008) "género, migración y trabajo en las sociedades posmodernas". En: Holgado Isabel (Ed.) Prostituciones. Diálogos sobre sexo de pago. España: Icaria.

Ruíz, Martha Cecilia (2009). Migrantes transfronterizas en el comercio sexual: integración, control migratorio y nuevas formas de desigualdad. Documento preparado para presentar en el Congreso 2009 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Río de Janeiro, Brasil, del 11 al 14 de junio de 2009

Ruíz, Martha Cecilia. (2008) "Migración transfronteriza y comercio sexual en Ecuador: Condiciones de trabajo y las percepciones de las mujeres migrantes". En: Herrera, Gioconda & Ramírez, Jacques (Eds.). América Latina migrante: estado, familias, identidades. Quito: FLACSO - Sede Ecuador : Ministerio de Cultura del Ecuador.

Saffon María Paula (Junio 1 de 2011). "La discriminación de los feos". Revista Semana.

Salazar, Noel. (2006). "Antropología del turismo en países en desarrollo: análisis crítico de las culturas, poderes e identidades generados por el turismo". En: tabula rasa, N° 005. Bogotá: universidad Coegio Mayor de Cundinamarca. Pp: 99-128

Sanz Abad, Jesús (2009). Entre "cumplir" y "hacer cosas". Estrategias económicas y simbolismo en el uso de las remesas de la migración ecuatoriana en España. Tesis Doctoral: Universitat Rovira i Virgili. Departament d'Antropologia, Filosofia i Treball Social

Sassen, Saskia (2003). *Contra geografías de la globalización; género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de sueños

Sennet, Richard. (2000). *La Corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama

Spivak, Gayatri Chakravorty. (1985). "Puede hablar el subalterno?". En: Nelson, C. and L. Grossberg (eds.) *Marxism and the interpretation of Culture*. Chicago University of Illinois Press, pp. 271-313..

Strauss, Anselm y Corbin Juliet (2002) *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Vitale, Serena (2000). "El Status de la Mujer Migrante. Las Marroquíes en España". En: *Investigaciones geográficas*, N° 24, pp. 97-110

Wade, Peter (1998). "Identidad racial y nacionalismo: una visión teórica de Latinoamérica". Marisol de la Cadena (Ed.) En: *Formaciones de indianidad: articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. Popayán, Colombia: Enviñon Editores. Pp. 379-402.

White, Michael y Epston, David (2002). *Medio narrativos para fines terapéuticos*. Buenos Aires: PAIDOS.